

MIGUEL
ÁNGEL
ASTURIAS



VIERNES DE DOLORES



Lectulandia

La vida que llora a la muerte en los bares cercanos al Cementerio General es el punto de partida para esta novela de estructura caracolesca, en la que el Viernes de Dolores y la relación entre Tantanis y Ana Julia son la excusa de Miguel Ángel Asturias para desnudar el poder, la necesidad de poseerlo, de retenerlo, de denunciar a aquellos que lo ejercen y abusan de él en todos los estratos y espacios sociales. Asturias retrata el alma de esta sociedad. Un alma compuesta por miles de almas. Almas sencillas, almas mezquinas, almas angustiadas, manipuladoras, enamoradas, almas humanas.

El muro del cementerio. Cal y llanto. Cal y llanto. Fuera la ciudad. Dentro las tumbas. Cal y llanto. Cal y llanto. Además de contar historias y personajes, el lenguaje en Viernes de Dolores produce imágenes, sonidos, olores, sensaciones, pensamientos que permiten que el lector se sitúe y viva, goce, sufra las escenas, que sienta el paso lento o veloz del tiempo y de la gente, que quiera intervenir en los diálogos.

Con esta novela los académicos de las letras delirarán con los guiños autobiográficos del autor; los estudiosos de la historia, la política y la sociología encontrarán un retrato del cotidiano, del pasado pero también del presente; y los lectores comunes, aquellos que leen por placer, podrán escuchar el zumbido de las farolas colgadas en la puerta de la necrópolis, zumbir al que siguieron minúsculos rayos de tempestad entre carbones chisporroteantes y más pronto que luego, el estallido encendese de la luz blanca, lechosa, sin ojos.

Denise Phé-Funchal.

Lectulandia

Miguel Ángel Asturias

Viernes de Dolores

*

ePub r1.0

Piolin 26.09.17

Miguel Ángel Asturias, 1972

Editor digital: Piolin
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

**MIGUEL ÁNGEL
ASTURIAS
Premio Nobel
VIERNES
DE DOLORES**

El esplendor de la actual narrativa latinoamericana está indisolublemente unido a la renovación del lenguaje poético que abrazó nuestro continente pocos años atrás. Ese florecimiento tiene sus nombres: César Vallejo, Pablo Neruda, José María Arguedas, Alejo Carpentier y Miguel Angel Asturias se cuentan, sin ninguna duda, entre los más relevantes. Unos han sido fieles a las estructuras poéticas, otros han transitado los cauces de la prosa y otros también han fluctuado entre ambas formas de expresión, pero fundiéndolas en una misma corriente de intenso lirismo y notable fuerza épica. Este último es el caso de Asturias, el gran escritor guatemalteco que ha frecuentado las más recónditas articulaciones del idioma; que ha recreado todo un mundo de sueño y realidad de delirio trágico e incisivos cortes históricos, de consumación de estilo barroco sustentando la denuncia social; que asimismo llegara a conjugar sus profundas vivencias de la cultura europea —del surrealismo en particular— con los mitos y, las leyendas que alimentaron las raíces del mundo precolombino. O sea, del autor *El señor Presidente* de *Hombres de maíz*, de *Mulata de Tal*, de la formidable trilogía bananera —integrada por *Viento fuerte*, *El papa verde* y *Los ojos de los enterrados*— y de tantas otras admirables obras, que le valieron el Premio Nobel en 1967. También de *Viernes de Dolores*, su producción más reciente, que convoca en sí todos los valores apuntados junto a ese arrasador vendaval de "cal y llanto", que exorciza una festividad popular hasta los límites mismos del esperpento, del aguafuerte goyesco.

I

El muro del cementerio. Cal y llanto. Cal y llanto. Fuera la ciudad. Dentro las tumbas. Cal y llanto. Cal y llanto. Fuera las calles del suburbio. Dentro las cruces, la grama, el crucigrama que llenan nombres, apellidos, fechas. Vertical y horizontalmente, números y letras. Si se borrara, si desapareciera el muro del cementerio, pero no, allí estará siempre, siempre. Cal y llanto. Cal y llanto. Si se borrara, si desapareciera el muro del cementerio, pero no, allí estará siempre, siempre. Cal y llanto. Cal y llanto. Fuera, los pasos, las voces, la vida. Dentro, el silencio sin silencio, la tierra con historia, los pinos verticales, el gorigori del viento en los cipreses, los sauces despeinados, los álamos temblones, el damero de calles y avenidas entre nombres, apellidos, fechas. Números y letras grabados en el bronce y el mármol para la eterna brevedad del tiempo. Y más lejos, rodeada de barrancos, la isla de los pobres, cubierta de cruces blancas como hechas de palitos de fósforos.

Si se borrara, si desapareciera el muro del cementerio, como se borra y desaparece la noche con el alba, cuando levanta los dedos del teclado esférico en que ha ejecutado, no a cuatro manos, sino a millones de manos, otro movimiento del eterno desaparecer. Si se borrara, si desapareciera esta última frontera sin aduanas, pero no, allí estará siempre, muro que uñé tantas cosas separando tanto, siempre, alto, plomizo, interminable, a perderse de vista entre las cocheras del servicio fúnebre y el hospital de enfermos contagiosos, momias de algodón y vendas que se retuercen, los ojos de fuera como desatornillados al oír los telonazos de las descargas de fusilamiento, sin importarles sus lepras, sus pústulas, sus llagas, la carne viva, la carcoma terebrante de sus huesos. Si se borrara, si desapareciera este paredón de ejecuciones capitales, pero no, allí estará siempre, siempre, muro que une tantas cosas separando tanto, alto, plomizo, interminable, cortado por las columnas y el arco de la puerta principal, y dos pequeñas puertas, laterales, sin más adorno que una cruz y dos enormes farolas de electricidad de arco, carbones que riegan luz de luto.

Por la puerta principal entran los que ya no regresan. Se abren de par en par las gigantescas rejas, pasa el entierro y se oye un golpe de campana rota, seguido de la voz de Tenazón, el guardián del cementerio que repite, cada vez que recibe un nuevo huésped: “¡Más combustible... adelante... aquí la muerte es natural como la vida...!” Y por las puertas laterales, entran y salen las visitas. Entran. Salen. Entran. Salen. Entrada por salida. Calzados y descalzos, bien y mal vestidos, de luto riguroso algunos, otros con aguaceros en los ojos y otros abrazados a ramos de azucenas, embuditos blancos de pasta de hostia. Como si lo fueran. Todas estas flores mortuorias parecen de pasta de hostia, perfumada y penetrante la de los nardos, de párpado sobre párpado la de las rosas, de orejitas de nieve la de los jazmines, de pluma blanca la de los claveles, espumilla alfeñicada la de los crisantemos, porcelana la de las orquídeas. Abrazar, abarcar en las flores al ser idolatrado. Sus edades fragantes. Su recuerdo. Su vida. Dalias, lilas, gladiolos, diamelas, hortensias,

magnolias, acantos, violetas, margaritas, no-me-olvides.

Pero no sólo flores acarrearán estas filas de hormigas negras que entran y salen del cementerio, también llevan cristos, cruces, retratos, lápidas, agua bendita, floreros, coronas de ciprés, de papel, de hojalata, gente que al salir del cementerio, no se vuelve igual de entre los muertos, parece desorientada, sin saber qué hacer, sin rumbo, sin saber si marcharse a la ciudad en seguida —tranvías, carruajes, automóviles de alquiler—, o quedarse por allí, donde al sólo cruzar la calle espaciosa y arbolada, empieza el suburbio de casas apeñuscadas bajo las polvaredas que levantan los ventarrones que barren aquellos campos solos. Algunos atraviesan la gran avenida, maquinalmente, tristes, mestizos hechos de soledad cansada. La cruzan para alejarse lo antes posible de la necrópolis solemne, suntuosa, funeral, y se pierden por el barrio de calles de tierra, cercas de alambre como frenos de hilos de púas para el viento y los caballos viejos, esqueletos sin dueño, somnolentos e inmóviles de día, y de noche deambulando, sedientos, en busca de charcos de agua con estrellas. Casuchas de desecho. Paredes de adobe. Barracas de madera. Y en la parte comercial, calles empedradas, jardines y casas de altas cornisas. Marmolerías, floristerías, farmacia, peluquería, ventas de cal y materiales de construcción. Risas. Voces. Ladrar de perros. Lloro de rorros. Ruido de trastos y parloteo argumentoso en las cocinas de las casas pobres. Ecos de fonógrafo, lección de piano y exclamaciones de jugadores de naipes, en las salidas de la gente acomodada. Chirriar de camas, a toda hora del día y de la noche, en los cuartos de las “nenas”, para el boticario, ménades para el raparrabias. Siempre juntos, inseparables, y jamás de acuerdo. Aquél con su eterno porfiar sobre lo mucho que se ganaría, ya no digamos en higiene, en dinero, si los prójimos, en lugar de hacer sus aguas menores y mayores en los basureros, dispusieran de lugares en que se aprovecharan convenientemente las substancias del desbeber y el descomer.

El raparrabias, apodado así porque a todo el que pela le da rabia su máquina cero a cero filo, o al que rasura, su navaja de afeitar casi peine, o al que peina, su peine casi navaja, el raparrabias acepta lo del excremento es money, pero le duele el que su madre, la madre naturaleza, figure con sus tres reinos en la porquería.

—¡El amoníaco! —grita el farmacópola—, el *ammoniacus*, sin ir muy lejos!

Y qué lejos podía ir, si lo tenía en las narices, en las paredes, al lado de la puerta, donde estaban pintados San Rafael Arcángel y Tobías, su dulce acompañante.

—¿Por qué... por qué han de venir a mearse aquí, a la entrada de la farmacia? —desesperaba el boticario.

El raparrabias sabía por qué.

Las imágenes del Santo Arcángel y su compañero, en lugar del trágico pescado, traían una Sirena ojizarca, pelirroja, coluda, con tres senos en lugar de dos.

—¡Tritética —explicaba, arguyente, el farmaceuta—, porque borrada la amorosa yunta, se quita a la imagen lo pagano, sexual y erótico, y se permite que brille lo alimenticio, cristiano y dietético!

Meadas de protesta, largas, cortas, antiblasfematorias y antimasónicas. Aguas e hisopos no muy santos conjuraban las desgracias y malogros que amenazaban al barrio con semejante deshonestidad. ¿Por qué no le pintó al Hombre de la Emulsión, horriblemente feo, tipo del criminal nato para los niños que tienen que tragarse aquel betún con tufo de bacalao, en lugar del pescado que lleva a la espalda, la Sirena con tres tetas? No. Debía ser al Arcángel. Descreído. Descreidote. De un lado de la puerta de la farmacia, San Rafael con la Sirena tritética, y del otro lado, el Hombre de la Emulsión.

—Barrio de todos y de nadie —decía el raparrabias, mientras el boticario vociferaba contra la frescura del guardián del cementerio que hacía suelta de globos, en medio de las tumbas, el día de su santo, el día de San Tenazón, santo que con una gran tenaza saca carbones del infierno y los apaga a soplidos.

—¿Carbones o cabrones? —indagaba el raparrabias.

—No sé lo que saca, pero el día de San Tenazón, por ser el santo patrono de ese podrido cenaoscuranas, los globos suben del cementerio a pasearse por el cielo como si fueran tumbas.

Barrio de todos y de nadie. Chiquillos descalzos tras una pelota de trapo. Gallos de pelea. Atados. Hermosos. Picotean el sol que gotea maíces de oro en la penumbra de los patios o clarinean — ¡kikiri-kiero! ¡kikiri-kiero!...— soñando, gallo de pelea no prueba gallina, con gallinas blancas y gordas, como cantantes de ópera.

Palos. Golpes. Gritos. Lo sabe todo el barrio. Ese hombre. Y ella que se deja pegar. La plancha. El traje. Revivir la tela vieja, imposible, ni con plancha de sastre. El pantalón. El quiebre. El doblez. Como se llame a eso. Trapo húmedo. La plancha. Los golpes. El trapo humeante con tufo de sinapismo. Ese hombre. Y ella que lo aguanta. Ya fuera yo...

—¡Cállese, india desgraciada, habla porque tiene ese su marido panadero, sin sangre en las venas de tanto dormir de día y velar de noche!

—¡Y usted, cómase una carretada, antes que la pique la casampulga!

—¡Cómo no, chon, ya yo comiéndomela a usted! ¿Por qué se deja pegar?

—Porque me gusta...

—¡Vaya gusto, andar hedionda a árnica!

—¡Peor sería a permanganato!

—Eso cree usted...

—¿Creo?... Huelo...

—Me voy a levantar la ropa, oye, para que me huela mejor...

—¡Mejores propuestas me han hecho, prefiero la muerte, como dijo el loro!

—¡Entonces, cállese!

—¡La lengua es mía!

—¡Lo único que tiene!

—¡Algo es algo!

—¡No la amuelen, ustedes, palabra una, palabra la otra... vean qué bien se me

pegó el vastaguito de las “Tres camisitas de Cristo” que me regalaron... da unas flores preciosas, con tres camisitas, una de oro, otra celeste y otra de un lila pálido divino!

—¡Saca la lengua, te digo! ¡Sácala... lo que está este patojo es indigesto!

—Yo tengo ipecacuana, si quiere...

—Le recibo el favor para no caer con ese asaltante de la botica. Se indigestan de hambre.

—Muy cierto. Es la peor indigestión. El alimento cae de repente, cuando se consigue, a los estomaguitos vacíos. Porque el estómago se acostumbra a estar sin nada. Y estos pobres, pues, así creen, con los estomaguitos vacíos.

—No se zurce así...

—Me va a enseñar doña sábelo-todo...

—Malagradecida, le voy a traer mi dedal.

—Sí, porque lo que es el mío se lo tragó mi marido. Regresó del circo reimpresionado por el Tragaldabas, el hombre que se traga cosas y, jugueteón como es, haciendo, haciendo que se tragaba mi dedal... pun... se lo tragó...

—Y ayer como que no entró...

—¿Quién?

—Su marido.

—A las tres de la mañana. El trabajo, le queda sumamente lejos.

—Tipógrafo es lo que es él.

—Linotipista...

—Ganan mucho...

—Pero dejan la salud, los ácidos de la máquina los tisquea, y vivir hasta aquí. No se hallan piezas...

—Piezas así como ésta, no, con derecho a patiecito donde tender la ropa, excusado y pileta para lavar. Aquí a la vuelta, no sé si supo, alquilaban una casita algo barata.

—¿En la vecindad de una cantina?

—Pared de por medio...

—Pues ni regalada. Ni que el dueño le pagara a uno por vivir en ella, los borrachos no dejan paz.

—Tampoco se puede vivir en la vecindad de la floristería...

—No me diga...

—Toda la noche se oye como que se tiraran cosas...

—¿El don Ramirito y su mujer?

—¡Qué va... los espíritus!

—Verdad, pues, que el don Ramirito es Aoristo y medio espiritista...

—¿Medio?... en lo que está usted, espiritista y medio, querrá usted decir. Calientan una mesa, una mesita de tres patas, sin clavos ni tornillos, y luego le hacen preguntas. La mesa espiritada, magnetizada, les contesta con traquidos y golpecitos,

Y hasta ahí muy bien, pero luego la mesa se les va de las manos, como con ataque epiléptico y más pronto cuantitas cosas hay en la casa empiezan a golpearse unas con otras, y ése es el gran ruido que se oye todas las noches.

—Pero lo peor de lo peor sigue siendo la vecindad de las cantinas. Tingas, risotadas, llantos de borrachos. ¿Dónde me deja usted el escándalo corrido en la fonda “Los Angelitos”? Sodoma y Gomorra, como dice mi madrina. ¿Sabe usted lo que hacen?

—Lo sé, lo sé, lo que hacen y lo que no hacen. Van al inodoro que es de todo lujo, pero sólo tiene media puerta, escondiéndose tras máscaras que el dueño les alquila, y los que están en la cantina se divierten haciendo apuestas de adivinar quién es el que está zurrando. Apuestan dinero, tragos, cigarros, objetos de valor.

—Mañas de velorio...

—Pero quién reclama.

Barrio de todos y de nadie. Que el sol seque lluvias, que la lluvia moje soles, el barrio siempre igual. Basureros. Un almanaque viejo hojeado por el viento. Ni en la basura pierde sus ínfulas el tiempo. Marca días antiguos, fechas. Un portón, un jardincillo y una casa de pino coloradoso. En la puerta, el nombre del que la habita, pintado en un cartón: Roque Feler. Algún chusco escribió abajo: “Cualquier parecido con la realidad es puramente casual”. Y a partir de la casa de Roque Feler García, alineadas frente a la gran puerta del cementerio, cantinas, bares, fondines, cervecerías y otros lugares de la Mala Providencia que también consuela, empezando por la cantina “El Ultimo Adiós”, donde el uso es, según el sapo la pedrada, según el zapote el zapuyulo, según el aguacate la pepita, según el pesar el lenitivo.

Copa sencilla por el amigo, doble por la esposa o los hermanos, triple por los padres o los hijos, y a cada lenitivo sencillo, doble o triple...

—Sírvamelo sencillito...

—¡A mí me lo dobla!

—¡Que se lo doble su má...quina!

—Y a mí, uno de esos triples... quién dijo miedo... el que en la cruz gritó: “Tata, Tata, ¿por qué me habís abandonado?...”

Y a cada lenitivo seguían las boquitas: los “cantimpaces” de frijoles negros refritos, el caviar del trópico, los “responsitos” de hígado picado con cebolla de tallo verde, los “requienes” de caldillo de cangrejo tan espeso que era como comer pedacitos de esponja viva.

Paredaña con “El Ultimo Adiós”, cantina situada en la intersección de la calle ancha, arbolada, rumorosa de viento y hojas, que corre al pie del interminable muro cementerial, y la calzada de los entierros, vía láctea de cemento blanco que desciende de la ciudad en blanda hamaca para después de la hondonada subir más blanca hasta la puerta principal de la necrópolis; paredaña con “El Ultimo Adiós”, frente al cementerio, la cantina “La Flor de Un Día”, antro lleno de borrachos y moscas, con la siguiente advertencia pintada en la pared a guisa de reclamo:

“Para fondear, mejor aquí que enfrente...”

—Y qué... y qué... y qué... —discutía un hombre enlutado, gatatumba va gatatumba viene, pero no eran reverencias, sino que se iba de bruces contra Sepolcri, un genovés propietario de la marmolería más importante de por allí—, qué es... qué es el mármol veteado... qué son en el mármol esas manchas que lo hacen tan hermoso?... ¡El vómito de los siglos!

El italiano lo levantó casi en peso de uno de los sepulcros que exhibía en su negocio, como las colchonerías exhiben los colchones y las mueblerías, las camas.

—¡No, seor, no vengo a fondear, sino a que me muera! —entró aquél gritando a “La Flor de Un Día”, delirante, vestido de luto riguroso, que apenas se tenía en pie frente al rótulo “Para fondear... mejor aquí que enfrente...”—, si cree que por ese su letrero voy a fondear aquí, está equi... equi...

—Equis está haciendo el amigo... —le contestó el que atendía la cantina.

—¡Me agarró el luto parrandero, qué culpa tengo yo! ¡Me agarró el luto de la Mujer X... mi mujercita se volvió en México, la Mujer X... la parranda más negra... pobrecita, viva me quiso mucho y muerta ya no me quiere, ya no le gusto, y lo peor es qué ¿qué le va uno a explicar en su descargo a una piedra, a una lápida, a una cruz, a la tiniebla, al vacío...? —tras una pausa limpióse la boca salivosa con la manga del saco y añadió, después de observar atentamente los botoncitos de la bocamanga—, lo que escrito está, escrito se queda... fondear aquí, no... ¡nunca!... aquí vengo a que me mueran...!

—Pues si es para eso —pacientó el cantinero, tomando de un plato un rabanito pelado—, allí enfrente, donde los muertos le hacen el favor. Pregunte por el guardián del cementerio, un verdugo, un tal Tenazón... Vaya, pase, atraviése la calle, pues allí no sólo lo *mueren*, sino que lo entierran...

—¡No fondeo, vaya... aquí yo no fondeo... —monólogo de briago, la cabeza colgada sobre el pecho, el pelo en la frente—, tampoco enfrente... —reaccionó, alzando la cabeza, una fúnebre sonrisa entre los dientes—, enfrente, en el cementerio, por baboso! ¡Ni en tan... poco... ni en Tampico... y lo que ahora me está haciendo falta es otro elíxir!

Y acercándose al cantinero le gritó:

—¡Otro elíxir!

Y encarándosele, al ver que cariparejo, aquél ni siquiera se movía:

—¡Me resobra, oye?... me resobra!

—¡Pues si yo le resobro, usted me revienta!

—¡Pues si yo le reviento, usted me rebalsa!

—¡Pues si yo le rebalso, usted me repugna!

—¡Pues si yo le repugno, usted me rebuzna!

Si la mujer del cantinero volvía de la cocina con una jícara humeante en la mano, cambiando de dedos, como si tocara un instrumento, como se quemaba, no interviene tan a tiempo, aquél deshace al borrachín. Se metió entre los dos, ágil, mimbreante,

como era, y alcanzó a gritar:

—¡Cuidado te ensuciás las manos con esa porquería! Se agarran a decirse letanías y acaban pelándose los dientes y medio matándose. ¡Bebé unos traguitos de *macho* y no le hagás caso!

Jamás de los jamases vio a su hombre tan fuera de sí, como en aquel momento. La gente y los animales, Dios guarde, tienen sus horas, y cuando el hígado empieza a patear y la procesión va por dentro, preocupaciones de pagarés vencidos, inconvenientes con la policía de ornato por ese maldito letrado “¡Para fondear... mejor aquí que enfrente!” Y la responsabilidad por los objetos que les dejaban en empeño, que les vendían por nada, o los iban a cambiar por tragos; una mosca que pase, se disgusta, y contimás si le dicen a uno en su propia cara, gratuitamente, que es un burro, que rebuzna.

—¡Bebéte unos dos traguitos de *macho*... —repitió ella, al ver que su hombre se medio calmaba, e insistiendo en un tono aún más cariñoso—, recibíle el favor a tu Cobriza, no seás así!

Sin aceptar ni rechazar la jícara de *macho*, bebida de harina de maíz, cacao y azúcar que aquélla le ofrecía, rica como el más rico chocolate cuando se toma que fuego es y humo despide, con la ventaja de ser más digestivo, el cantinero paseó los ojos furibundos por una runfla de borrachos inofensivos que siempre estaban en la cantina y revienta si no les grita:

—¿Qué chin... ches hacen ustedes? ¡Si no hay voluntarios para sacar de aquí, como se merece, al desgraciado ese, voy a ir yo... quiero que me diga en la calle, quién de los dos es el que rebuzna!

La fila de borrachos del plantel, sentados en un poyo, unos en camisa, los cuellos abiertos, las mangas recogidas, otros en camiseta, sin nada que recogerse, y otros en chaleco, el chaleco sobre el pellejo, paralizados, mineralizados casi por el aguardiente que ingerían, más piedra lumbre que aguardiente, despertaron del sueño despierto, sueño de antesala, en que esperaban no se sabía qué.

Al oírse llamar voluntarios, alzaron las cabezas, entreabriendo los párpados sobre los nuégados blancos de las córneas, sin encontrarse las pupilas.

La Cobriza, siempre colocada estratégicamente entre su marido y el luctuoso e imprudente borrachín, se desentendió de aquél, para increpar a éste:

—¡Infeliz, sólo para eso se quedan viudos... para chupar!

—¡No sólo para eso, madama, sino para echar punta... y si se le ofrece, ya sabe... es rerrico!

—¡Atreviiii...! —esta vez fue el marido el que contuvo el brazo de su consorte, con-suerte la llamaba él, Cobriza color de culebra de agua, lustrosa, ondulante, vivaz...

Cuando aquélla terminó la palabra “atreviiii... dote”, ya el cantinero le habla pescado el brazo, que si no, le baña la cara al borracho con el líquido quemante de la jícara; si casi, casi...

—¡Sáquenlo! ¡Sáquenlo!... —gritaba la mujer a los borrachos de turno que despertaban de su ausencia.

—¡Ni pura revanada... no me sacan de aquí! ¡No me voy de “El Ultimo Adiós” sin beberme el último... Por eso se llama así... El postrimero, mero, mero...

Uno de los borrachos, pequeñito y pestañado, como *poney*, ni camisa, ni camiseta, sólo el chaleco, se levantó, era del mismo alto sentado que parado, movió los labios y formó estas palabras:

—Le significo, caballero, que aquí no es “El Ultimo Adiós”, sino “La Flor de Un Día”...

—Pues si no es, no es... me voy... ¡muchas gracia, oye!... me voy a quitármela a otra parte... a quitármela, ¿eh?... ¡Un momento, seores del jurado —los borrachos inmóviles, sentados en fila, se le quedaron viendo con ineptas caras de jurados—, un momento... ¿quién me calumnia... quién me injuria... quién me ofende... quién dice que me la estoy poniendo?... ¡Me la coloqué, parranda de luto riguroso, por mi mujercita que se volvió en México la Mujer X, pero ahora, seores del jurado, me la estoy quitando, que no es lo mismo, lo mismísimo mismo!

Salió más de allá que de acá, las paredes se le acercaban, se le alejaban, y colóse en el bar “Los Siete Mares”, lo mas elegantito de por el barrio, el sol caliente bañaba los muros de espejo, el mostrador de alabastro, estilo cementerial, las botellas espejantes en las estanterías barnizadas de negro. Al sólo cruzar la puerta pidió que le sirvieran un “pésame con sonrisa de marqués”, colocando un puño de billetes arrugados sobre el mostrador, para que vieran que tenía con qué pagar aquel néctar.

—Más qué aguardiente, fuego... —dijo el que le sirvió, un hombre con un costurón en la mejilla, cicatriz de un machetazo.

Fuego del infierno, sólo eso podía ser aquel líquido glacial, dorado, convertido en incendio al apurarlo, y fue tal la quemadura, galillo, lengua y encías en una sola abrasadora llama, que el luctuoso cliente encogió los labios y medio mostró la dentadura con rígida sonrisa de marqués.

Perlas gordas le bañaron la frente. No le pasaba el ardor, por más que con la mano se abanicaba la boca abierta para darse aire.

—Me voy... —dijo, por fin, cuando pudo hablar—, está muy triste el marqués. ¡Soy joven, soy guapo, soy viudo, y puedo echar punta! ¡Me canso ganzo!

Echó a andar fuera de “Los Siete Mares”, la sensación de ir nadando, y se detuvo en la cervecería “Las Movidas de Cupido”. Un chipotazo en la jerigonza (nada le quedaba en la boca del otro ardor, del ardor del “pésame con sonrisa de marqués”), epilógó un rápido intento de manoseo bajo las faldas, por poco le rompe el calzoncito, a una de las meseras, a la “Pichona” Benavides. Sin esperar, para luego aruños, qué deliciosa pielcita de muslo tibio, velludito, a que aquélla le asegundara el bofetón, salió cariacon—bebido, no cariacontecido, tan mal acontecer llevaba en la cara y tal cantidad de bebida entre pecho y espalda.

Hipante y julepe, al salir le puso el pie a una chucha jiotosa que dormía junto a la

puerta del fondín. El animal, tras tirarle la tarascada instintiva, huyó con la pata herida, desatornillando alaridos interminables.

—¡Me recontraganzo... soy guapo, soy libre, soy joven, soy viudo y echo punta!

El relajo, en la fonda “Los Angelitos”. Allí sí que sí. Como no se debe llorar a los *tiernos*, se les mojan las alas de lágrimas y no llegan al cielo, padres, parientes, compadres y amigos, seguían el velorio en la fonda “Los Angelitos”, después del entierro, y bebían y bailoteaban, mas era zangoloteo, al compás de la música valseada que molía un fonógrafo de entraña negra y trompetón de pico de ave marina. Fingiéndose alegres, bailaban los pobres padres, más parecían picados por la tarántula, mientras el pedacito de su carne que acababan de sepultar se hacía nada. Bailaban los padrinos, pies de paso doble a sus cuarenta otoños, y las madrinas de ojos de candelas chorreadas de tanto retener el llanto, entre ahogos y suspiros. Y mientras unos levantaban polvo bailando, otros ingerían un guaro mieloso llamado “cordial”, después de Dios, el licor es lo único que templea y alivia el cuerpo destemplado por el pesar, y no pocos, aprovechando que en “Los Angelitos” había “water-closed”, alquilaban la máscara para el rito que allí resultaba casi macabro, porque no era “closed”, sólo “water”. La taza blanca y la tabla como salvavidas negro para traseros de personas de luto. Cuanta delicadeza, pero también cuánta osadía comercial. Sin puerta, ni siquiera una cortina para ocultar al oficiante, aquel inodoro, por mucho que se viera aparte, a un ladito del despacho de bebidas, más que esconder, descubría lo que allí pasaba, incitando las miradas de los que entraban a “Los Angelitos” a beber o platicar el trago, y la curiosidad militar y eclesiástica de curas y militares que desde la calle, a sabiendas del secreto, se detenían a fisgpear.

Al que venía del entierro que no aguantaba más (no se alivió en el cementerio acucillado, por ser de mal agüero hacer del cuerpo donde los muertos salen de noche a hacer del ánima), poco o nada le importaba sentarse a poner su telegrama doble urgente a la vista de todos. ¡Qué podía importarle la falta de caridad de prójimos tan poco cristianos! Miraditas, risas, cuchicheos. Qué podía importarle, si en aquellos instantes no era persona, sino intestino, sieso, nalgas y un pañuelo en la mano para enjugarse el sudor agónico. Pero a los demás sí les importaba, pues qué habían de hacer que no se viera en un inodoro descubierto, más aquellos a quienes tenían recetado ponerse como arañas, o los que se trepaban en la tabla para ir al pulso, temerosos de sangrizas y bestizuelas de pubis, o los que se tronaban los dedos, se tiraban del pelo, se mordían la lengua, sin conseguir o consiguiendo, pues ésa era la otra dilucidación. A los más sí les importaba, pues qué le quedaba al que sin apuro inmediato presentía la llamada de larga distancia; qué al que le venía el antojo de sólo ver taza tan blanca y tabla tan negra y bien lustrada, marco de luto para el retrato ovalado de sus posaderas que lucían, como cachetes aplastados o como dos enormes senos de matrona con un relicario al centro; qué al que se le amontonaban y se le iban las ganas, sin saber, por mucho que calculara, si alcanzaría a llegar a casa o tendría que responder allí al llamado de amor indio. A todos éstos, qué les quedaba: ¿zurarse

andando para que se los comieran las moscas?, ¿pasarse de finústicos e ir con lo que no era música de viento a otra parte? ¿A dónde por aquellos andurriales? En los demás expendios de licor, los excusados tenían mucha puerta, y trancas, y pasadores por dentro, seguridad de cajas fuertes, pero eran pozos ciegos inmundos, con el tablero asqueroso inclinado de atrás para adelante, repisa en la que el cliente quedaba como loro en tabla, sin tener de donde agarrarse, medio expulsado del agujero redondo, los pies sirviéndole de rozadera, los hombros pegados a paredes mantecosas de humo de candelas y astilla de ocote, paredes convertidas en pizarras de locos sexuales sueltos, delirantes, que dibujaban, más allá del amor carnal, en el reino del amor óseo, esqueletos y *esqueletas* poseyéndose: besos, no de labios, sino de engranajes blancos, dientes contra dientes, dedos de manos radiografiadas en busca de senos y pezones en los vacíos intercostales, piernas entrelazadas como compases, y sobre estas figuras acopladas, esqueléticas, rodillas y codos de varillas de paraguas, la artillería gruesa: calaveras de frasco de veneno, falos en lugar de tibias, y un miembro viril que recorría las paredes, desplegando en su avanzar irrefrenable, su nombre “el filarmónico”, escrito con letra de carta, y sexos de mujeres pintados del suelo al techo volando como mariposas, entre cortinas de telarañas, en las que no era raro contemplar arácnidos miríficos sobre insectos vivos en un acto más sexual, el de comérselos, caminitos de hormigas en comercio de pajas, lagartijas fugaces, gusanos negros, negrísimos, otros verdeazules, lechosos, y nubes de masconcitos con alas, las moscas bravas, al picotazo eléctrico seguía la manotada inútil, y de mosquitas pegajosas que se volvían parte del pelo, del pellejo, del sudor tras las orejas y la nuca, como fideítos de mugre viva, sin faltar el alacrán de turno, belleza zodiacal que se deslizaba por los tablones del piso mojado que alfombraban chencas de cigarrillos, cabos de puros, palitos de fósforos quemados, salivazos y rompidos pedazos de periódicos con lamparones o bajorrelieves de materias fecales. El problema no era fácil, si no se aceptaba el inodoro descubierto de “Los Angelitos” y menos para el sexo débil, el de la meada fuerte. Y por eso, para atraer a las damas, cubrir apariencias, ahorrar rubores, animar indecisos, consolar al afligido de corazón y tripas, dar libertad de gestos y esguinces al forzado, evitar a la clientela fina el paralizante y supersticioso miedo a las letrinas cerradas y *sobretoditotodo*, como explicaba en una sola palabra, resumen de razones, el dueño: proporcionar una entrada al negocio, no sólo el comer se paga aquí conmigo, el descomer también, dado que los que en aquel fondín iban al “water”, se alquilaban una máscara en la caja, que ya con máscara, todo a sus anchas, líquidos, sólidos, tempestades...

Un cuento de hadas después de cada entierro, tal parecía, un cuento para niños representado por deudos llorosos, aquel alternarse de diablos, reyes, ángeles, payasos, perros, toros, gatos, monos, osos, en el “water” de “Los Angelitos”, mientras el fonógrafo, trompetón de pico de ave marina, no cesaba de tocar “Píntame Angelitos Negros”.

Ora era el afligido padre, pálido, inconsolable, con máscara de Mefistófeles

soltando cuernos estercóreos.

Ora la abuela que exoneraba el vientre riéndose con máscara de payaso, cuando bajo el antifaz lloraba la muerte de su nietecito.

Ora el tío que sentíase celestial en aquella penosa diligencia, escondido tras una máscara de ángel.

U otro cualquiera de los acompañantes.

Nadie sabe. La tripa aprieta. El frío del cementerio. La caminata. El lenitivo que hace de bajativo.

La *Profe de kinder*, si el fallecidito ya iba a la escuela, aliviándose el apurón con máscara de mono parajismero.

El padrino, maldita la mano que tuvo, se le murió el ahijado, sudando la gota gorda con máscara de Negro Pansiete. Pero, sanempezar es todo en la vida, y lo que sanempezaba en cuento de hadas, alternarse de animales, seres fantásticos y personajes de la farsa, en él “water” de “Los Angelitos” concluía en juego de prendas, un poco prolongación de los juegos del velorio, la noche anterior. Adivinar la identidad del defecante escondido tras la máscara y exigir prenda al que, tras aportar que adivinaría, después de tres chances, de decir tres nombres, se daba por vencido.

La prenda conllevaba el pago. El que perdía obsequiaba tragos, cervezas, cigarrillos, si era mujer pagaba con besos y caricias, que daba ella o se dejaba dar, y no pocas veces aparejaba sufrir pellizcos, coscorriones, jalones de oreja o tirones de pelo.

—¡Adivina, adivinico —y el que servía de preguntón, soltaba con la boca una larga pedorreta—, quién es el Rey que ocupa en este momento el trono de los pedórridos? ¿Es el Rey Cagatintas? ¿Es el Rey Cagaluto? ¿Es el Rey Cagaaceite? ¿Es el Rey Cagachín? ¿Es el Rey Cagarriendo? ¡O es la Reina que está pariendo a Carlos V, porque cuidadete, el Emperador en cuyos dominios no se ponía el sol, nació en un retrete!...

—¡A la una...

¡A la dos...

¡A las...

—Que dé prenda...

que dé prenda,

la tercera es la vencida...

—¡Adivina, adivinica, por virtud del tocotoco, tocotoco (la que debía adivinar defendíase riendo a más y mejor del manolarga que le hacía cosquillas), tocotoco que te toco, que no toco, que me toco, que te toco, que no toco, quién es el Payaso de máscara de enchilada, nariz de remolacha, labios de tomate, mejillas de carne picada, todo espolvoreado de queso?

Alguien que sabía más de la cuenta, cantaba: “Pagliaci”.

—¡Caaaa... ga, Payaso!

Y en el tumulto, todos querían cobrar la prenda de los labios pulposos de la pelirroja de piel alimonada y ojos verdes que no supo decir quién era el Payaso, no faltaron los caídos, los que se fueron de boca, los que clavaron los dientes en el respaldo de una silla, al fin mujer, que se les atravesó, como preguntándoles: “¿Y a mí, por qué no me besan?”, alboroto que terminó con el cambio del Payaso, por un ángel.

—¡Adivina, adivinico, por tu lengua y con tu lengua, jeresgonzada lengua, quién es el Gelán de la Gran Cachanca?

Parientes y amigos del muertito que venían de enterrar revoloteaban alrededor de aquel que tenía que adivinar quién era el Angel de la Gran Chancaca, y no adivinaba y no adivinaba... ¡prenda!... ¡prenda!... o del perspicaz, avisado o maligno que se entremetía y daba en el clavo... de olor, descubriendo quién, escondido tras la máscara angélica, desventaba gases hilarantes, a juzgar por las risotadas de car-car-car... camanes y car-car-car... camales que soplaban al oído de muchachones sudorosos y niñas de pechitos de calcomanía, entre car-car-car... caja... ja, ja, ja, ja, ja..., las letrillas del canónigo... “por zurrar del tren bajé... jé, jé, jé, jé, jé..., el tren se marchó sin mí... jí, jí, jí, jí, jí..., ¡ah!, pero qué bien zurré... jé, jé, jé, jé, jé... já, já, já, já, já... de los gustos sin pecar... jú, jú, jú, jú, jú... y sin dejar a Dios ofendido... jó, jó, jó, jó, jó... el de sentarse a zurrar... já, já, já, já, já... con un cigarro encendido...” jí, jí, jí, jí, jí...

Otro con otra máscara, descubierta quién era el Angel, corría a ocupar el “water” y proclamaba, al tirar la cadena, como melopea no era poca música, y sentarse en el trono, que él no venía a jugar prendas ni “water-polo”, sino “water-bolo”, choteo al que mezclábanse desconocidos y tunantes de esos que mientras iban y venían en visita de altares, de cantina en fondín, de bar en cervecería, bebistrajando, comistrajando, se apuntalaban la borrachera, no se les fuera a caer encima, libando de “piernita metida” en los negocitos que expendían aguardiente para llevar, trampas que figuraban como pacíficas carbonerías, ventas de carbón y leña rajada, palito y cisco, ocote y fósforos, atados de tuza y cañutos de trementina para el reumatis, sopladores de palma, redondos o triangulares para soplar el fuego y esponjuelo para el constipado y la chorreadera de narices. Cuando a los que andaban en tuna no les alcanzaba el pisto para dejar la seña del envase, apuraban el contenido, guaro blanco o ajerezado con anilina, sacando la cabeza y medio cuerpo fuera del marco de la puerta del negocio, para cumplir con la ley de ramos estancados que prohibía beber en el interior de estas “carbronerías”, por no tener patente de cantina, y media pierna adentro, algunas veces asida a dos manos por el desconfiado comerciante que sólo así, de “pierna metida”, conseguía que no se volatilizaran sus envases.

Un leñazo contra un hombre que corría. Al darle el leño en la espalda, lo hizo trastabillar... —soy joven... soy libre... soy guapo... soy viudo... y puedo... correr..., iba diciendo—, corría perseguido por una mujer alta, flaca, sin nada enfrente ni atrás, ni pechos para dar de adelanto, ni nalgas para dar de ribete, una

giganta con la cabeza pequeña y nombre de varón: Onofre Bracamarte. Pero era mujer. Sí, como mujer figuró en el parte policial publicado en los periódicos. “Onofre Bracamarte (mujer), capturada por actos inmorales con una mesa de tres patas que ella declaró, en estado de sonambulismo, que no era una mesa, sino su amante de palo potencializado.

—¡No, no... no me robó nada!... —explicaba la Onofre a los vecinos que por ventanas y puertas salieron a ver qué pasaba, entre perros, palomas, gatos, loros, ardillas; con el ladronicio que hay, hasta de día roban—; no me robó nada, pero llorosa, gimiente, a lo que una está expuesta, con eso que han inventado de beber, el cuerpo fuera y la pierna dentro del negocio, este bandido vino a proponerme que hiciéramos de “piernita metida”...

—Y de paso que pidiendo gustos... —comentó, festiva, una mujer desde un ventanuco; y como informando a las personas que habían quedado dentro, añadió—: Es el viudo ése que anda suelto... Yo lo machimbraba con esta Onofre que siempre anda medio a medio con los muertos...

—¿Medio a medio?... —se oyó que decían—, lo que anda es mediu a médium, recibe y trasmite...

—Trasmite qué... ¿telegramas..., enfermedades?...

—Lo que puedo asegurarles es que está cifrada... es una mujer cifrada...

—Fichada...

—Esa es otra cosa, yo lo que digo es ci-fra-da... y por eso recibe y trasmite mensajes del más allá...

—Lo que no impide —volvió a hablar la que se asomaba al ventanuco— que venga un largo y le falte al respeto...

—Toda mujer es de respeto... —sazonó alguien adentro...

—No todas: hay mujeres de respeto y mujeres de respeuto al placer carnal, y a éstas si se les habla con respeto, se les hace falta al respeuto, y si se les habla con respeuto, se les falta al respeto.

—Sí, los que andan en chupa, como el hombre ése que diz que es viudo, son más atravesados que el que... —corroboró un remendón que de embelequero se echó a la calle a ver qué pasaba, un zapato en una mano, un martillo en la otra y atrás, “Joachin”, su gato montés; corroboró lo que acababa de afirmar la mengana ésa que tenía una bola del mundo en su casa, una bola del mundo que daba vueltas, con un solo dedo se la hacía girar, obsequio de su señor marido, el profesor de geografía, a falta de una bola del mundo en la panza...

—Pero viudo más atravesado, ¿dónde...?, ni con candela —gangueó una vieja glotona, asomada a la puerta de su casa con un plato de peltre lleno de arroz blanco y frijoles negros, revueltos; mano y carrillos le faltaban para comer y tragar lo que para cada bocado agarraba con los dedos de la platada de “moros y cristianos”, fríos y mantecosos.

Y añadió, al hablar llovían en torno suyo arroces y frijoles:

—¡Hígados de tipo! La Onofrita ésa, no me van a decir que no le quita el hipo a cualquiera...

—Si no se quería quitar el hipo... —picareó el remendón, el gato montés subido en su hombro, jugaba con unos chicos descalzos, panzones, de paloma al aire, que le ofrecían cáscaras de banano; el remendón medio apagaba un ojo, cuando el humo del puro que fumaba le rozaba el párpado.

—Lo sé, lo sé... —siguió la vieja, paladeaba sus “moros y cristianos” o se introducía el índice en la boca para botarse las macitas de arroz y frijoles que se le formaban donde no tenía dientes, y no dijo más por acompañar con los ojos a la cobriza, la propietaria de “La Flor de Un Día”. ¿Sola ella y a esas horas, entre oscuro y claro? Milagro. El hombre, su hombre, no la dejaba ni a sol, ni a sombra. ¿Su marido? Decían. Aunque, quizá sólo era su hombre. Mejor que no fuera su marido, sino su hombre. Lucía más con una hembra tan hembra y tan preciosa. Su cara trigüeña con dos ojos dormidos, negros, helados. Sí, mejor que no fuera su marido. El marido es más respeto, pero es menos como macho. En cambio, la que tiene su hombre, lo tiene todo.

—¿Qué es eso que todo me da vueltas... —se agarró la vieja de la puerta, sentía que todo giraba alrededor suyo, aunque... no... no pudo fijar los ojos... juntar los ojos en las vueltas del chucho... vuelta y vuelta y vuelta antes de echarse a dormir... El perro. Ella. Su cabeza. La puerta. “Moros y cristianos”, frijol y arroz revuelto en el mismo plato. Las primeras estrellas, cuitadas, altísimas, arrocitos en la frijolada negra de la noche que empezaba a caer frente a las carnicerías del cielo. Poniente de carne de res. Ella debía conformarse con los frijoles y los arrocitos. Desde que murió su marido. El luto del frijol negro. Desde que murió su marido no probaba carne. Desalforzó los labios plegados sobre el hueco de su boca. Sonrisa de movimiento con los pocos dientes que le quedaban adelante y que se le movían. ¿Cómo es eso que no probaba carne desde que murió su marido? ¿Y aquel que le decían “Momo”? Carnita de cecina, medio enfermero, medio leproso de allí, de... allí... No se desnudaba cuándo iba a visitarla... se desvendaba... unas vendas largas de momia... pero no tenía llagas ni nada que fuera de dar asco. Ni llagas, ni pústulas. Por el contrario, parecía quemado, hervido en agua de cernada, con la pelleja blancuzca que botaba un polvito de escama de pescado seco... ésa era toda su enfermedad...

No gritó, porque no gritó. Una mano de esponja helada. En su brazo. En su brazo. Helada. Helada.

La Bracamarte, seña Onofre, la agarró del brazo. Guantes de dedos de esponja. Lo demás, la sombra. Y le dijo:

—¿Cleo?

—Cleotilde Moreno —se identificó la vieja, amedrentada, la respiración en un hilo y frío en las canillas. Por fortuna que de cristianos le quedaba el chucho casi a los pies, y aunque dormía, de una patada lo podía despertar y listos, para que la defendiera.

—Olvídese de ese nombre. A partir de este momento, Cleopatra del Nilo, y le traigo un mensaje de ultratuntumtumtum...

—¡Bah! ¡Bah! ¡Bah! ¡Bah!...—rezongó la vieja.

—Un mensaje de...

—Mi marido...

—No, de “Momo”...

—¿Murió?

—No, está en la polvareda de las criaturas del sol...

—En la polvareda anduvo siempre. Donde se paraba, dejaba un rieguito de polvo blanco. Si lo juntáramos, le decía yo, y lo vendiéramos como talco...

—“Momo” le manda a decir que no se preocupe por los seres de alrededor de usted, están ma-te-rial-men-te terminados, y no son sino jalones en la escala terrestre.

—¿Qué es eso de jalón? ¡No, señá Onofrita, pobre fui siempre, pero no de jalón! De nueve días bien andados y nueve meses nunca vistos.

—Calle y escuche el mensaje. ¿No oye las jerarquías?

—Eso tiene que ver con la Santísima Trinidad y algo las oigo...

—¿No oye andar a planetas de pie plano en la bóveda en conserva y a estrellas de pies con dedos de oro?

—¿Y a pie anda “Momo” por allá? ¿No mejoró?

—Mejor o peor son conceptos que no existen en la polvareda, en el torbellino del sol...

—No me va a decir que todo es igual por allá, señá —afligió la voz de la vieja al tiempo de rascarse, como si le resmoliera lo que la Bracamarte le había dicho, el cráneo coloradoso bajo su poco pelo cano—, si todo es lo mismo, para qué se muere una... para qué se murió mi marido... para qué se murió “Momo”... El “Momo” soñaba con ir siempre en coche, arrastrado sobre unos resortes de esos que se hunden y se levantan, sin hundirse ni levantarse, y cojines de plumas. Me lo decía a cada rato. En la otra vida no vamos a andar de pie...

—El ser inmaterial no necesita de carruajes, es un fluido...

La vieja se soltó de la mano helada de la Bracamarte. Sentía en el brazo, como guante de esponja, sus dedos de muerta.

—Algo debe haber de todo eso que no sabemos. Casual, vea, señá, que pensando estaba yo en el “Momo”... A propósito de qué... A propósito de qué estaba yo con el pensamiento fijo en su recuerdo... No, no, no me acuerdo; pero el caso es que en ese momentito vino usted, susto el que llevé al sentir su mano helada en el brazo. Creí que era “Momo”, y si no era él en persona, era él en sus labios, en el recado que, Dios se lo pague, usted me trajo. Lo malo es que el fregado ése ya no se acuerda ni cómo me llamo y me confunde con esa tal Cleopatra que salió en las vistas. Todos los de por aquí fueron a verla. Menos yo. Bastante tengo con mis sueños y mis pesadillas para ir al cine a pagar por ver más pesadillas y más sueños...

Se interrumpió y siguió:

—¡Ah... ya me acuerdo a propósito de qué estaba yo pensando en el “Momo”... A propósito de mi señor marido legítimo, Eusebio Caravant.es, y en Eusebio a propósito del marido de la .Cobriza, y en la Cobriza, porque pasó frente a mí, cuando estaban en el escándalo del hombre al que usted le tiró el leñazo, pasó destapada, sola y a la carrera...

Subía de muy abajo la humedad de la tierra mojada por el sereno de la tarde, embriagaba el perfume profundo de árboles de magnolia que olían a canela, y escuchábanse los abanicazos de los chaguaramos, altas palmeras casi secas, en los patios de las casas grandes, soterradas por el polvo de las tolvaneras. El día cerraba su inmenso libro blanco. Angustia vaga, ambulante. Terminar algo que no terminaba, que seguía, a pesar de esa sensación de fin de fiesta. Del envoltorio terrestre de la Bracamarte, cara feróstica de presbítero con los carrillos colgando como candados, salía una figura de mujer alumbrada por dentro, no del todo transparente, esculpida en vidrio nevado. ¿Ya sería tiempo de despertar al perro, lo único cristiano que le quedaba cerca?, se preguntaba aquella que seguía refunfuñando por lo de Cleopatra del Nilo.

—Hay ángeles con aguaceros dulces en los ojos, detrás de nosotros... —la vieja buscó y no había nada ni atrás ni adelante, pero qué importaba eso con tal que siguiera hablando aquella mujer de nieve y luz eléctrica salida del cascarón horrible de la Bracamarte. Sí, sí, sí, reflexionaba la vieja, a esta, a esta divinidad de criatura fue a la que vio el viudo, que anda engasado delirante, cuando le propuso lo que le propuso, y la carantamaula, tarasca, mi compañera, se lo tomó para ella... ¡Igualada..., teniendo a esa niña del cielo adentro, queriendo ella, ella, desempeñar de joven!

—Cuando la vida se nos escapa —entreabrió los labios, su hablar era música, la mujer de nieve y luz eléctrica— empezamos a quererla retener con los recuerdos, a ponerle diques de memorias, efemérides, aniversarios, a quererla volver con nosotros hacia atrás; pero es un juego falso: más vale escapar con ella, correr a la par de ella, que cuanto más lejos de nosotros estén el pasado y los recuerdos, mejor... la vida no tiene pasado, la vida no tiene memoria... va... va... va... es un ímpetu... una dicha... una gloria...

II

A la puerta del cementerio llamaban al guardián, pero qué lejos, qué lejos se oía:
—¡Tenazón!... ¡Tenazón!...

Entre el ir y venir de las últimas gentes, trapudas, fantasmales y el desfile de perros largos, largos.

Sin rebozo ni pañolón, destapada, como estaba, se vino desde su negocio, la Cobriza en busca del guardián. Hablar con él. Ponerlo al corriente de lo que pasaba. Pero debía ser pronto.

—¡Tenazón!... ¡Tenazón!... ¡Señor Tenazón!...

Nadie. El eco de su voz, apagado, lejano. Los pájaros nocturnos. Las nubes deslizándose con peso de azogue por el cielo. Y más perros, uno tras otro, uno tras otro, tragando hambre, las lenguas de fuera, los rabos en alto.

Desesperada, sin saber qué hacer, asomó la cabeza al interior del cementerio por una de las puertas laterales y derecho fueron a dar sus ojos con el mausoleo de doña Agapita de Angulo. Todo esculpido en mármol, se miraba a la señora como si estuviera viva, estaba agónica, de tamaño natural, alzada del lecho por un ángel que con el Índice le señalaba el cielo, y no muy lejos, aunque desde allí donde ella estaba no se alcanzaba a ver bien, la otra sepultura famosa: un militar caído entre cañones y banderas y una mujer furiosa, encamisonada, despeinada, con los ojos redondos, fijos, casi de fuera, y una espada quebrada en el puño, tratando de defenderlo... de quién... allí, de nadie...

Grupos de sepultureros, viejos, jóvenes, chicos, regresaban a toda prisa con sus utensilios de trabajo, sus carretillas de mano, las chaquetas dobladas en el brazo o echadas sobre los hombros. Atrás venía Tenazón. Paso a paso. Dueño y señor. Ni joven ni viejo, el contraste de su piel fresca, sin arrugas y su cabello cano, amarilloso, color de ajo machacado, le daba y le quitaba edad. Llaves en las manos, un cigarrillo encendido en los labios.

—¿Qué le parece, Tenazón, el escándalo que se tienen en “Los Angelitos”?

—Si a eso viene... —cortó el guardián de muy mal modo.

—No, no... —reaccionó la Cobriza, había empezado mal.

—Entonces, ¿qué se le ofrecía?

—¡Tanto como ofrecérseme con usted, nada... —coqueteó ella, riendo—, espérese tantito a que estire la pata!

Tenazón mostró los dientes pequeños color de arena en un ensayo de sonrisa seca, antes de hablar:

—Pero para algo me llamó...

—Para todo, menos para eso...

—Menos para que la entierre, para todo... —se le fue acercando—, habría que saber qué es ese todo... ¿se puede saber?

—Se puede saber, ya lo creo... —contestó la Cobriza en tono natural, mientras

aquél se guardaba las llaves para tener libres las dos manos, escupía el cigarrillo apagado, papel, tabaco y ceniza, y la requería en tono pegajoso, de intimidad casera:

—¿Qué tal... qué tal está...? —en la pregunta sabida de cómo se encontraba, la intención de cómo andaba de carnes, tan manifiesta que la Cobriza casi tuvo la sensación que se preparaba a palparla y hubo de contenerse, agarrarse las manos, morderse la lengua, ir contra su naturaleza, mostrarse dócil, ella que era arisca; sometida, ella que era altanera y media; educada, ella que por linda tenía por modo ser malcriada, y todo para qué, si por más que se devanaba los sesos, se mordía los dedos, cambiaba el pie en que se apoyaba, volvía a ver, no sabía por dónde, empezar, cómo empezar, qué palabras decirle sobre lo que la trajo precipitadamente en su búsqueda... el asunto era tan repeliagudo... y conste que se dejó venir contra la opinión de su marido que como se opuso hasta el último momento, tuvo que salir corriendo, sin rebozo, sin pañolón, sin nada, temerosa de que el tal guardián, verdugo de muertos y vivos, a vivos y muertos los trataba a patadas (nunca falta el “Yo lo vi... yo lo vi pateando un féretro y pateando después al esqueleto...”), fuera a tomar a la tremenda el pedido de la Cobriza y los acusara de cohecho, soborno o corrupción de autoridad, que, para acusar, palabras sobran. La Cobriza se decidió, sin más titubeos:

—Quiero hablar con usted...

—Estamos hablando... —la paró y desarmó Tenazón, como si hubiera adivinado lo embarazoso que había sido para ella arrancar aquellas cuatro palabras de sus labios: quiero hablar con usted...

Y jamás se habría quedado la Cobriza con semejante tapaboca, tan gratuito, tan injusto, si no la llena de pavor un murciélago que giraba alrededor de ellos, atándola a Tenazón con la espiral invisible con que estos ratones de alas malas unen a hombres y mujeres, contra su voluntad.

Se desentendió de todo, de lo que la había llevado allí, de la grosería de aquel aprovechado, apresurándose a hacer con el índice y el meñique los cuernitos al diablo, mientras arrodillaba los otros dedos en la palama de su mano, y decía:

—¡Desata lo que ata tu espiral, Angel Laberintoso de las malas alas, ratón llegado de las edades de plata, de la luna, que si no lo desatas tú, lo desato yo con mi saliva que escupo y cuelgo del aire para que te ahorques!

Una guitarra los inmovilizó. Todo era silencio perforado de astros, de sonidos, de palabras que a favor del viento llegaban a sus oídos, aunque algunas se perdían...

"... Dicen que... reposan en calma... dicen que en la... ya no hay más allá... ... mas si el cuerpo... jamás muere el alma..."

Ellos ponían las palabras que faltaban: “Dicen que... *los muertos* reposan en calma... dicen que en... *la tumba*... ya no hay más allá... mas si el cuerpo... *muere*, jamás muere el alma...” El treno de la guitarra apoyaba la voz que se dejaba ir... “que es la que te adora con loca pasión...”

¡Qué encono amoroso y qué guitarra!, como tocada por el guitarrista ciego de “Las Movidas de Cupido”, Celestino Tomelloso, más conocido por Don Cherter, de la

familia de los Tomelloso, músicos y poetas que nunca pasaron de zope a gavián.

Los negocios de la mala providencia quedaban tan cerca uno del otro que por allí se oyó, a la puerta de la cantina “La Flor de Un Día”:

—En estos días como que van a fusilar a alguien... —y en tono familiar—, ¡buenas noches les dé Dios, qué tal están..., se ven tantos policías, y eso por aquí, sólo para el día de Finados, en noviembre, o cuando el supremo gobierno ordena a los cuques fabricar un muerto. ¿Y la Cobriza?, no la veo.

“Pero doña Cleotil —contestó el dueño de la “Flor de Un Día”, antiguo puja de remates—, andan tan resiliencias las ventas con eso de tanta vigilancia por aquí, que, ya ve usted, me entretengo en sacarle música a los vasos, estos limpiadores son muy buenos —el vidrio soltaba sonidos escalofriantes al girar en sus manos—; la Cobriza fue por ahí no más a hacer un mandadito.

—Tan tarde...

—Con esto de la civilización, doña Cleotil, no hay tarde ni temprano, al oscurecer se prende la luz eléctrica y sigue el día; ya me contaron que estaba usted en palique con yo sé quién...

—¡Qué lenguas!

—Las noticias vuelan...

—Pobre mujer, me da lástima. Todo el mundo le hace el vacío. Hasta el don Ramirito, el floristero, que era su acólito, resultó trompudo con ella y ahora ya no le habla.

—Pase adelante, y se bebe una “Anima”...

—Qué ocurrencia, ponerle así, al anisado...

—Decía que el don Ramirito —en una bandeja brillaban los vasos que había limpiado—, pero ése es espiritista...

—¿Y ella qué es?

—Sí, también, pero como que también es hipnotizadora, y a usted a saber si me la hipnotizó.

Un ligero temblor de piernas, bajo las naguas, estremeció a la vieja y un suspiro inabarcable, qué pequeño es el pecho cuando suspiramos, alcanzó como lazo, en lo invisible, a “Momo”, su adorado leproso; a Cleopatra del Nilo, su doble, y a esa criatura divina de nieve y luz eléctrica que la Bracamarte escondía en su ser, como el carbón el diamante... ¡ah! si fuera ahora mismo a golpear a la carbonería y gritarle: ¡Mujer de oscuridades, devuélvame el diamante, mío es, porque lo vi y lo oí hablar!

—Tómese su anís...

—Me lo tomo, me lo tomo, Dios se lo pague. Primero, la punta de la lengua como los gatos. Sabroso, lo malo es que irrita, y para las que padecemos de inflamación. Qué idea salir la Cobriza a deshoras...

—Allí no más fue a la puerta del cementerio, a buscar al guardián.

—Ese es otro. Mucho que dijo que iba a ayudar cuando se presentó el escrito contra las escandaladas de “Los Angelitos”, y no hizo nada.

—Nadie ayuda en nada por no comprometerse, están en los cargos porque se hacen sapos, y el pícaro ése, menos, como no sea vender por interpósita mano, las armazones de las coronas a las floristerías de por el centro...

—Se averiguó, por fin...

—Se le preguntó a una mesa parlante, y contestó, sin titubear. A veces las mesas titubean, dan saltitos, giran para un lado y otro. Pero esta vez se le dijo: si el sujeto que sabemos, vende lo que le hemos preguntado, dé tres golpes... y en el acto, se oyeron los tres golpes...

—Pero volviendo a lo de “Los Angelitos” —la vieja bajó los párpados bolsudos, al compás del anís que nuevamente vertía en su copa el propietario de “La Flor de Un Día”—, eso de obligar a la pobre gente a hacer sus necesidades en público, es contra natura...

Le dio la espalda para colocar la botella de anisado en su sitio, no oyó bien, y preguntó:

—¿Contra qué?

—Contra natura. Así dice el boticario...

—Ese sí que habla porque tiene boca. ¿No será contra natura haber pintarrajeado en la pared de su botica, a Tobías, al lado San Rafael, llevando en el brazo una sirena tetuda?

—¡Ni tanto, ansinita, como limitas, los senos! Lo malo que tiene esa sirena es que parece mujer mala. Pero ésas son imágenes, imaginaciones, como los que lo critican a usted por haber puesto eso de “Para fondear, aquí mejor que enfrente”, y lo de “Los Angelitos”. Lo de “Los Angelitos”, primero es contra Dios,

—¿Por qué contra Dios?

—Me extraña que no lo sepa. Dios, en su inmensa sabiduría, puso atrás de la persona aquel lugar...

—¿Qué lugar?

—No me haga hablar, ¡malo!, que su anisadito ya se me subió a la cabeza. ¿Y por qué lo puso atrás... je... je... —rió la vieja, agarrada al mostrador balanceándose—, y si lo puso atrás fue porque ese lugar debe mantenerse escandido y usarse en oculto. Pero también es contra natura, como le decía. Los animales, con ser que son irracionales, se esconden para hacer sus necesidades; los gatos le echan tierra encima, con las patitas, cuando acaban, haciéndose los desentendidos, y cómo entonces exigir, sin ir contra la naturaleza, que el cristiano, el bautizado, lo haga como si fuera un acto teatral?

—O de Circo... —añadió el cantinero.— El otro día fuimos con la Cobriza a réimos un rato con uno que alquiló una máscara de payaso...

—Pero, del circo se pasa a la aflicción, cuando los dientes alquilan las máscaras afligidas...

—Sí, verdad... y por eso el bachiller...

—¿Don Talisméo?

—Sí, es el único bachiller de verdad que conocemos. Don Talisimeo explica que cuando un cliente, enfundado en una de esas máscaras tristes, se sienta en el “water” de “Los Angelitos” con el periódico en la mano, negro sobre blanco, los periódicos son las calaveras de la vida, las letras de los periódicos son como los dientes de las calaveras, exclama, no como dicen que dicen en el teatro, “Te vi o no te vi...”, sino “¿Hago o no hago?” con la segunda letra del abecedario.

La vieja, molesta por no poder celebrar con el cantinero el chiste del bachiller, qué sabía ella Cleotilde Moreno, analfabeta, de silabarios, encaminóse hacia la puerta rengueando.

—Agrado quiere grado —dijo al salir—, y no le digo adiós, no me despido, porque voy allí tantito a hacerle encuentro a la Cobriza...

Pero no fue muy lejos, al pasar por “Las Movidas de Cupido” se detuvo a oír lo que decía el ciego Celestino.

—Cada guitarra —explicaba éste, al hablar movía los abanicos de sus cejas blancas, casi de pluma, sobre sus ojos sin pupilas—, cada guitarra tiene una *madera* de hablar una canción, pero si es una tonada la que acompaña, su manera de hablar es el gorgor del llanto. Una tonada, para que ustedes sepan, no es una canción. La canción se canta. La tonada se sangra. El que interpreta una tonada, sangra él y sangran los que le escuchan. Sangran, contienen el resuello en las narices húmedas. Soalzan los párpados lluviosos y oyen, no afuera, sino adentro, el hundirse de todo en un instante. Nada es ya posible. Nada. La canción llena la vida, el alma, los oídos. La tonada, no, es la resaca, la ola que se lleva todo y nos deja vacíos...

—¡Y por eso se llenan las copas!... —sacudió las ajorcas al tiempo de cantar, *la Pichona*, decana de las meseras, enredada con un cojo que tenía un puesto de limpiabotas en el Gran Hotel, y siguió—: ¡El vacío lo llenan las copas! ¡Vengan copas que quiero vivir!

Borrachones, con los vasos en alto, hacían corro a *la Pichona* los asiduos movicupidenses: cocheros de carruajes fúnebres, enjutos, patilludos, bebedores de cerveza negra para no desuniformarse y devoradores de panes con mortadela, que así la muerte no faltaba ni en sus alimentos.

Don Chester gritaba:

—¡Cámbienle de nombre siquiera!

Pero apenas se escuchaba su voz en medio de los otros clientes que coreaban a *la Pichona*:

—¡El vacío lo llenan las copas! ¡Vengan copas... vengan copas que quiero vivir!

...

—¡Y por eso se llenan las copas! ¡Vengan copas, vengan copas, que quiero vivir!

—¡Cámbiele de nombrecito siquiera! —insistía el ciego—, que aquí no se oiga más pedir mortadela... que se diga vidadela!

— ¡Y por eso se llenan las copas! ¡Vidadela! ¡Vidadela! ...

Cantando, cantando, *la Pichona* salía a la puerta del negocio, un brazo en asa a la

cintura y el otro suelto, lleno de pulseras tintineantes, y le echaba sus registraditas a la calle ancha, arbolada y solitaria que bordeaba el muro del cementerio, inquieta y cada vez más nerviosa por el sinnúmero de policías uniformados y sin uniforme, chontes y orejas, que roncebaban por todo eso de por allí desde hace días, sin anuncio, bando ni sepalcuantos.

— ¡Y por eso se llenan las copas! ¡Vidadela! ¡Vidadela! ...

Se agregaban al coro los cocheros y palafreneros de los más pomposos carros fúnebres. Cocheros de acaramelados bicornios con plumas negras, rígidos, sin libertad para moverse en sus guerreras tiasas y correaes de charol rebrillioso. Coreaban, cargajeaban (mezcla de gargajeo y carcajada), cargajeaban y apa... pla... pla... pla... plaaudían...

En una de las saliditas a la puerta, *la Pichona* divisó a la Cobriza y al guardián del cementerio, a ese que le decían Tenazón, parados bajo las farolas de la entrada principal y... no pensó en nada al principio, pero después, reflexión hecha, se dijo: la sometidota ésa quién sabe en qué intrigas anda, y se lo habría comunicado al patrón, si éste no está en uno de sus ataques de tos, morado y casi sin sentido y con el único consuelo, eso sí, en medio de un círculo de esputos redondos como monedas, que siendo la pechuguera tan convulsa, no podía ser tísico, que es una tos muy seca, ni del corazón, que es una tos desganadita.

—¡Vidadela! ¡Vidadela!... —seguían cantando, unidos al coro, a cuáles más destemplados, los sepultureros, de quienes se decía que rezaban al levantarse: “El muerto nuestro de cada día dádnoslo hoy...”, o mejor: “Los muertos nuestros de cada día dádnoslos hoy, Señor...!” Viejos albañiles mostachudos, el decano con los cabellos rizados en canelones, rechoncho e indiferente, como un dios antiguo, otros más jóvenes y hasta aprendices o chuneros, gremio de enterradores visto de menos por cierta alta y funérea, aristocracia. Por los postillones de tan indios casi asiáticos, perniabiertos, jinetes de la muerte, recortados en un gran silencio de sepelio. Por los aurigas que se creían aurigas de constelaciones. Guantes blancos, casacas, futraques y levitas bajo el peso de las charreteras. Cordones, galones y botones dorados. Corbatines negros, impecables cuellos tiesos, cadenas con insignias, sombreros de copa y fustas con escarapelas de plumas.

“Exequiosos”, no obsequiosos, veían de menos a los sepultureros, cuidándose de guardar las distancias, cuando aquéllos se reunían a la caída de la tarde, después del trabajo, a cervecar en “Las Movidas de Cupido”, sin siquiera cambiarse de ropa, ni lavarse, sucios de la cabeza a los pies de polvo rojizo de ladrillo, gateados de lamparones de cal y en las orejas, clavado, el plin-plin-plan... plin-plin-plan... de sus cucharas de albañil golpeando de plano, de filo, de punta, los ladrillos, ora al aire, el ladrillo sostenido en la mano, un golpe y partido en dos, ora apoyado en el muslo para hacerle chaflán con golpecitos seguidos... plinplinplan... plinplinplan... como campanilla de reloj despertador que suena, suena, resuena, mientras aduras se desliza el féretro hacia adentro de la tumba con ruido arenoso de arrastre sin mulillas. Mas el

tintinear de este reloj de ladrillos cesa al aproximarse los chuneros con las bateas de mezcla batuqueada allí cerca, con agua, cal, tierra y arena, oírse el golpe fofo de la argamasa que pegaba sus cachetes a la sepultura ya cerrada y el frote arcilloso del afinador que el maestro de obra pasaba y repasaba con gran estilo, hasta emparejar el muro, prontamente blanqueado para que todo quedara allí como si nada hubiera ocurrido, que, en cuanto a los sepultureros, si te entierran, no me acuerdo.

El guitarrista, Celestino Tomelloso, recobraba al auditorio:

—Humanos somos y como humanos —husmeaba a diestra y siniestra para oler si le escuchaban; a su perspicacia de ciego, una persona que escucha huele distinto de aquella que pone oídos sordos a lo que se le dice, advierte, cuenta o chismea—, humanos somos —repitió— y como humanos estamos hechos de alma y... puerco, mal nos pese...

—¡Cuer... pito, el mío!... —restregó *la Pichona*, infulosa y provocativa, todas sus cabalidades no muy cabales, en el hombro del ciego, aunque del restregar, al retroceder y gritar todo fue uno—: ¡Ya se repaseó en mí... alfileres, agujas, espinas, qué tiene en las hombreras; me picó!

—¡Dios castiga... —sentenció el ciego, retrataba la nada con sus ojos sin pupilas—, hay cosas que no se pueden hacer, salvo ustedes que usan sus partes divinas como quien va de vientre!

—¡Qué mismas... fíjese cómo habla... —protestó *la Pichona*—, ustedes... ya yo en esas...!

—¡No se afloje, don Chester! —le gritó un cochero cargado de espaldas, pronto a levantar el vaso de cerveza del mostrador y a cerrar los ojos, cerraba los ojos siempre que bebía cerveza, hasta quedarse con la espuma en los labios.

—Pues, como les decía —siguió aquél—, estamos formados de alma y cuerpo —en redor suyo tendió la mano buscando dónde estaba *la Pichona* Benavides— ¡puerquito el de ésta!... y es por eso que hay dos clases de canciones: las que nacen del alma y las que nacen del cuerpo.

—¿Y la tonada, entonces, de dónde sale? háganos favor... —tartamudeó un sepulturero anaranjado de polvo de ladrillo.

—¡Echele, don Chester, explíquese! ¡No se achique!

—¡Dele maque, no se quede callado! ¡No se apee, ándele!

Se alternaron voces y gritos, mientras las meseras servían tragos, cervezas, panes con mortadela, chorizo, sardinas, frijoles con queso, y *la Pichona* se escurría hasta la puerta a tomarle el pulso a la calle, ya no tanto por los policías, cuanto por ver en qué estaban el guardián y la Cobriza. Por de pronto seguían parados frente a la puerta del cementerio.

—Si se callan...—retomó la palabra el ciego—, les esclarezco de dónde salen la tonada o las tonadas, porque muchas hay, muchas, muchas tonadas, pero todas tienen un solo origen.

En el silencio que se hizo para escuchar a Tomelloso, se oía como una inmensa

mosca que se golpeaba en paredes, botellas, cuernos de venados que adornaban las estanterías, la tos convulsa del patrón que se ahogaba, apoltronado en la trastienda, en medio de un círculo de esputos redondos como monedas.

—Pero antes de hablar de la tonada o las tonadas, de dónde salen, qué es lo que en verdad son, quiero que se fijen en lo que les decía de las canciones. Nacen del alma y del cuerpo. Si manan del alma, son mariposas de mil colores que al volar aplauden ellas mismas con sus alitas su existir, y si brotan del cuerpo son como el topeteo de las bajas pasiones que nos desgastan. Las canciones que nacen del alma, nos alzan en vilo. Cuando yo las canto siento que mis pies quedan muy por lo bajo, mientras yo vuelo muy alto, no así las que son hijas de la carne...

—De la carne puta... —se oyó en el gran silencio mascado de miradas, toses y risitas, la voz doctoral del decano de los sepultureros, reinado como un dios antiguo, con rizos en canelones que le formaban una coronita.

—¡Putísima! ¡Putísima!... —confirmó Celestino Tomelloso—, y no por eso indigna de mantenerse en un ten con ten con el alma a través de un negrísimo túnel que ustedes no dirán que no conocen...

Se movieron las cabezas negativamente, pero ninguno contestó.

—¿Ni de oídas?

Todos callaron. No conocían ese túnel ni de oídas.

—Pues sí lo conocen, lo requeteconocen —continuó aquél—, porque lo recorren cuando sueñan, tienen pesadillas o cuando la temperatura ha subido de muchos grados y ven visiones. Es el túnel de los que sueñan, de los locos y los engasados. Y es en ese túnel profundo, cavado en nosotros mismos, donde, al mezclarse alma y cuerpo, carne y espíritu, nace el tono.

La Pichona, que se había quedado de centinela en la puerta, no les perdía movimiento a la Cobriza y al guardián, seguían parados a la entrada del cementerio, le largó un puntapié a un perro que aullaba allí cerca. Aullaba con tal destiempo, como si nunca hubiera aullado. El aullido desequilibra, destantea, pensó aquella con sus entenderes, la espalda escamosa de espeluznos de miedo. A mí, según contaba una tía mía, se me fue la sangre de mi primera mensualidad, por haber oído aullar a un chucho.

Pero al largarle el puntapié al animal que desapareció en la sombra, se le fue el zapato, y tuvo que ir, saltando en un pie, a recogerlo entre las hojas de los árboles.

La de Dios es gato se armó en los tejados. Hasta el viento parecía que se había vuelto gato en aquella trenza de gatos remolimeantes que a juzgar por los alaridos, mordíanse con furia de fieras, arrancándose pedazos de orejas, colas, narices, cuero con pelo. ¿Pleito o brama? Las dos cosas, pleito y brama, que, con los gatos, como con la gente, el amor es siempre un revuelto de eso que no es pleito, sino brama, y de eso que no es brama, sino pleito.

Tras este primer asalto, el más feroz, sobrevino una tregua entre los contendientes — ¡contén tus dientes!... — se maullaba uno a otro... ¡contén tus dientes! ... —, listos

para la segunda arremetida que fue un cuerpo a cuerpo en el que sólo se distinguían los espinazos erizados, los ojos de fuego verde, y los maullidos aterradores... mauuuuuUUUUUU... MMMMMM... miauUUUUUUU... que eran casi palabras endiabladas de felinos... *La Pichona*, que había recobrado su zapato, se santiguó y andando para atrás, coquetería vieja, después de encender un cigarrillo, volvió al interior de la cantina, en el momento en que Celestino decía:

—Lo más misterioso de la persona, voy a aclarárselos bien —en los superciliares le temblaban los hilos de sus cejones blancos—, lo más misterioso de la persona es el tono y del tono...

—Nace la tonada... ji, ji, ji, por poco digo la *cervelia*, como tenía en este vaso cerveza en la mano —intervino un cochero enano que se mantenía siempre empinadito, como si colgara de una percha.

—¡No tan fácil! —exclamó Tomelloso.

—Me va a decir a mí... —atrevió el cochero, menudo, pomposo, con cara de tigrillo. Entre los dientes una cachimba de huesos y un cigarrillo negro.

—A usted y a todos. Claro que se los voy a explicar. Es algo difícil de entenderlo. La tonada no nace del tono, sino del no-tono. Si me ponen asunto entenderán cómo es la cosa. Cuando, fijarse bien, cuando se interrumpe a través de ese túnel de que les hablaba, el túnel de los sueños, única comunicación entre el alma y el cuerpo, cuando se interrumpe a través de ese túnel la relación existente entre estas dos porciones del ser humano, carne y espíritu...

—¡Déle betún, don Chester, déle betún! —gritó un borracho, un joven albañil que pegó con la cabeza en la pared, al tiempo de babear palabras y agua amarilla de vómito—: Me siento tan descompuestamente descompuesto...

—Pero, como pasa siempre, el túnel se rompe por lo más delgado —siguió Celestino, jugar con las palabras era su mero cuatro—, e interrumpida la comunicación, hay que tener en cuenta que carne y alma se hablan a través de distancias infinitas, roto el hilo...

Ya nadie le escuchaba.

—Habría querido hacerles ver — ¡qué lic... cencioso, de dónde telescopios, un ciego haciendo ver? (... aunque él tenía su manera de hacer ver... haciendo ver... sos)—, sí, habría querido hacerles versos para que se les quedara que de esa interrupción momentánea —de no ser momentánea, la persona se volvería loca—, de ese desgarramiento entre pedazo de tierra y pedazo de cielo que a la postre somos, de esa falta de tono en el hilo transmisor, brota la tonada, balbuceo que se vierte en canto cuando las lágrimas se cristalizan y vibran como cuerdas de hielo en la laringe del que se ha quedado áfono de gritar sin que le oigan.

Y la palabra lo dice: “To-nada”. ¡Todo o nada!..., el grito del jugador desesperado, y por eso la tonada sólo se puede acompañar con guitarra, instrumento del instinto y el azar, del ¡Todo o nada!

Y quizás habría vuelto a hablar de las diferencias entre la tonada y la canción.

Insistir ante aquéllos...

Rechazó la idea. ¿Qué es eso de que cada quien tiene el auditorio que se merece? No era verdad. ¿Merecía él aquel auditorio de grandes sastres del vestido de madera a la medida: carpinteros y ebanistas que pasaban por “Las Movidas de Cupido” a colocarse sus cervecitas entre pecho y espalda, el pelo oloroso a poni, cedro, caoba, olían a árboles y a barniz sus manos... (... su vestido de novia fue de madera blanca, duro como marfil... ...el vestido de ceremonia de papá fue de madera pintada de negro... ...el vestido de ceremonia de mamá fue de madera sin pintar...); o de esos otros, también grandes artistas de la escena, que por las calles céntricas de la urbe representaban el paseo funeral conduciendo carruajes negros, tirados por caballos negros, gualdrapados de negro, enjaezados de guarniciones principescas, detrás de coche fúnebres desaparecidos bajo las flores de las coronas, o a la zaga de cureñas, ocasión única y heroica para los altos jefes del ejército de estar (siempre después de muertos) junto a un cañón; o de artistas menores, casi de zarzuela, de los entierros de dos o tres carruajitos con gente afligida y afligidos caballos siguiendo coches fúnebres de color café, crema, celeste que en lugar de plumeros llevaban perillas de cama matrimonial? ¿Merecía él, en fin, aquel auditorio de sepultureros hábiles y crueles en la maestría de instalar rápidamente a propietarios e inquilinos en su última morada, porque hay tumbas que se poseen y tumbas que se alquilan, siendo cierto aquello de que el que nació para inquilino ni muerto es propietario...?

Sí, habría querido hablarles de otras diferencias existentes entre la tonada y la canción. Lo tenía tan rumiado. El gran rumiante, es el pensamiento. En la canción, por ejemplo, el alma enamorada quéjase de desamor, pero por grande que sea el desamor, donde hubo fuego rescoldo queda. O bien, es el cuerpo el que se lamenta, el que se duele de abandono, carne a carne amor se hace, pero por grande que sea la ausencia del ser amado, hay el consuelo de lo que de su presencia física queda en el recuerdo...

No es así en la tonada, agonía y derrota, en las que al alma y al cuerpo no les queda “nada”.

Al grito de “¡Todo o nada!”, el eco responde, a la tonada... ¡Nada!... La tonada es el lamento del carnicero perdido en la selva, del ángel perdido en el cielo, del que parte a sabiendas que no llegará a ninguna parte, del que nada contra la vida en busca de la muerte...

Pero, a quién explicar, si ya nadie le escuchaba.

Un cabezazo más fuerte en la pared, sonó como cañonazo, y la voz del sepulturero briago:

—Me siento tan descumpuestamente descumpuestito...

La Pichona se coló por una puerta de la trastienda, al rincón en que el patrón pasaba sus toses, arrellanado en una poltrona, bajo una frazada azul turquí.

—Sí, sí —acercóse *la Pichona* a secretearle al oído—, algo pasó, algo pasa o algo va a pasar. Hay en la calle más *polis* que pepitas.

El patrón abrió los párpados como dos ojales, intentando sacar a través de ellos, los totones de sus pupilas perdidas en los sacudones de la tos convulsa.

—Quiero... quiero...

No dijo qué, el pañuelo sin duda, porque alargó la mano helada, húmeda y tomó al tanteo un pedazo de sábana que le servía para recogerse las flemas, la saliva, los mocos, las lágrimas y los “¡Ay, Dios mío!” “Ay, Dios mío!” que le saltaban de la lengua en medio del toser continuo y el círculo infernal de sus esputos redondos como monedas de un país espumoso.

Ya nadie escuchaba al ciego Tomelloso, poeta y guitarrista de “Las Movidas de Cupido”, a mucha honra.

Los cocheros, postillones, palafreneros y maceros de pompas fúnebres, enlatados, como conservas de la muerte, en sus cuellos, pecheras y puños de almidón y pez, charolados, emplumados, espejeantes, brindaban, entre nubes de humo de tabaco, con los sepultureros rojizos de polvo de ladrillo de tumba, marmoleados de cal, con los tipógrafos de esquelas mortuorias, con los carpinteros de ataúdes y con todo aquel que algo representaba en la próspera industria funeraria. Caían de paso a tomarse su traguito, sólo de paso, curas de responso y hoyo, notarios de última voluntad, médicos, de acta de defunción, oradores fúnebres de voz temblona, periodistas de necrologías, y como de los brindis, cada vez más efusivos, todos pasaban a más encendidos transportes amistosos, de “quitá que a mí no me venís vos con indiferencias sociales”, se barnizaban a abrazos y hocicazos (besos con las jetas babosas medio torcidas como se besan los hombres), olvidándose de las diferencias entre paño y dril, casaca y camisa, zapato y caite, tricornio y sombrero, estilicidio que, en esos raptos de simpatía universal, amistad sin límites, fraternidad irresistible y paternidad violenta, les permitía, juntando manos y cachetes, mezclar gota a gota, el sudor de sus alcoholes.

Celestino Tomelloso husmeó de nuevo y al olor de que nadie le ponía asunto, un auditorio que escucha huele distinto del que se desentiende, apoyó la guitarra en sus rodillas, inclinóse hasta juntar su mejilla a uno de los medios hombros de su instrumento, las guitarras tienen hombros de botella, y comentó, mientras seguían los brindis, abrazos y besos de la funérea aristocracia hedionda a caballeriza y el proletariado sepulcral con olor a tierra de huesos:

—¡Ya no hubo nada... ya se juntaron el polvo y el estiércol!

III

Uno, dos, tres, cuántos minutos, cuatro, cinco, cuántos minutos contaron con sus pulsos, la Cobriza y Tenazón, sin hablar, sin moverse, como los dejó la guitarra y la tonada del ciego Celestino (... que si el cuerpo muere, jamás muere el alma...), cuántos minutos... uno, dos, tres minutos contados con los pulsos, o sólo el tiempo de un parpadeo, el tiempo de una instantánea tomada con los ojos... sin moverse... sin hablar... a la puerta del cementerio, entre la tiniebla azulosa de la noche, la joven noche de rutilantes diademas, y la cautiva tiniebla blanca de los huesos en las tumbas, entre el ayer futuro que es la muerte y el hoy pasado que es la vida. ¿Habrá llovido? ¿Era el sereno? ¿La luz también se moja y llora?

La Cobriza sintió las pupilas de Tenazón a saltos y corriditas por el óvalo de su cara de moneda, por sus cabellos sueltos, destrenzados, refuego de azabaches y coquetería de retrato, por las cornisas de sus hombros desnudos y por su blusa de encaje con voladitos de lechuga sobre sus pechos redondos, provocativos y tan a la mano. Los pechos de las mujeres parecen inalcanzables y tan a la mano que están, pensaba el guardián del cementerio.

Ella hizo el ademán de espantarse aquellos ojos de hombre que le andaban por encima, insectos de vidrio cascarudo con patas de pestañas, y recobrándose:

—¡Se nos fue el pájaro!

—Me agarra... el dolor por aquí a estas horas todos los días... —exclamó el guardián riendo bajo sus bigotes.

—Debe ser empacho... —disimuló aquélla, encendido a fuego el colorete de sus mejillas, tizoncitos parecían sus pómulos, haciéndose la que no había entendido, pero de los labios se le regresó la respuesta que merecía: “¡Que te lo agarre tu mamacita!”, y si no se la soltó fue porque circunstancias son circunstancias y en las que ella andaba, no era para tenerlo de enemigo Mas, como Tenazón intentara seguir a redopelo con sus frases de doble sentido, el quedar bien de confianzudos y malcriados, y a propósito de “empacho”, masticara entre dientes algo de “ojo de macho”, que mentalmente ella retrucó con un “Barajo, reviro y me agacho”, había que pararlo en seco, Y la Cobriza lo paró. En la vida, más vale una vez colorada que mil descoloridas.

—¡A mí, Tenazón, para que lo sepa, me pueden, me irritan, me pudren, me ponen los nervios de punta, esos juegos de palabras que se reducen a decirse cochinadas!

El guardián hizo un gesto de excusa y dijo algo de la moda...

—Sí, ya lo sé, no me haga tan reignorante, demasiado sé que es la moda, la gran mierda, la moda. En el periódico salió que entre la gente bien a esos juegos de palabras les llaman escopeteos. Escopeteos, desahogos, pesad erías...

—Una manera de cantarse las verdades.

—¿Verdades?... ¡Lisurias!... Y como en los juegos de manos, en los dimes y diretes, palabra uno, palabra el otro, siempre acaban peleando. Sin ir muy lejos, mi

marido, por una de esas alternancias en letanía, estuvo a punto de malmatar al viudo ese que anda por ahí, más bolo que el aguardiente y que está como engasado...

—¿Y todavía anda por aquí ese fulano? —inquirió Tenazón al tiempo de levantar la cabeza, echando humo por las narices; había logrado encender un cabito de puro que fumaba haciéndole a la llamarada de los fósforos cuevita con las manos.

—Pobre infeliz, el amor por su mujer, no lo deja irse... —dijo la Cobriza.

—No creo que sea el amor... —masticó aquél las palabras y el puro.

—¡Qué sabe usted!

—Bebe por el más negro remordimiento...

—Fe no doy. Pero lo cierto del caso es que molestaba tanto en el cementerio que hubo que echarlo y lo echamos...

—Pobre...

—Aquello fue divertido...

—Alegrarse del mal ajeno es de gente baja...

—Espérese. Oiga. No sentencie. Una tarde, ya casi de noche, al hacer el último recorrido; lo que cuesta, viera usted, echar a los recalcitrantes hacia la salida, se resisten, hay tontos que se quisieran quedar a dormir junto a sus muertos, uno de mis muchachos, uno que hace de Angel de la Bola de Oro, en las loas con que atajan por “El Sauce”, el rezado de la Virgen de Guadalupe, se trajo el uniforme...

—Ya el uniforme, ni que los ángeles fueran policías...

—Por ahí andan. Se trajo el vestido de ángel y disfrazado de ángel, la cara empolvada, la cabellera una peluca de tirabuzones rubios, la túnica vaporosa, un par de alas amarradas a la espalda, la espada en zig-zag de rayo, tomó al viudo del brazo y le cantó las cuarenta verdades: “Tu mujer, le dijo, me manda a sacarte a empujones de junto a su tumba fría, pues allá con Dios, ella ha sabido lo mucho que, mientras vivía contigo, le faltabas con otras. ¡Fuera! ¡Fuera!...”

—¿Y le faltaría?

—A la prueba me remito. No volvió al cementerio ni para remiendo...

—¿Remedio para quien? —se extrañó ella, los ojos fijos en el guardián — ¡Fregado está eso que usted crea que los muertos tienen remedio!

—Remiendo dije... —rectificó aquél enfático.

—Da igual, los muertos no tienen ni remedio, ni remiendo...

—Lo cierto, cierto es que al viudito ése no se le volvió a ver ni el pelo y que así se debería hacer con todos los viudos y viudas que vienen a llorar remordimientos. Dolor por la mujer muerta o el marido muerto, misterio, dura hasta la puerta del cementerio...

—Le parece gracioso...

—No me parece nada. Y mejor si hablamos...

—Estamos hablando...

—Atalayadora es usted, me devolvió el tapaboca... qué bien... pero mejor si hablamos...

—Estamos hablando... —recalcó la Cobriza, implacable, riéndose, lo había hecho caer dos veces.

Y siempre placentera, el gesto de muchos ángeles en la cara, jugando con los aretes, con el pelo, con sus soguillas, jugando siempre con las manos, tenía que mostrarse coqueta y reamable con el guardián para sonsacarle algo de lo que a ella le bailaba adentro.

—Hablando en serio, si me arriesgué a venir en sus buscas tan retardo, es por algo que a usted le parecerá una gran singranciada, pero que tiene mucha importancia para nosotros, los que vivimos con la camisa levantada, el santo volteado y el Jesús en la boca, en ese maldito negocio de cantina.

—¿Por lo de la suspensioncita de garantías?

—No, no; aquí lo raro es cuando las restablecen. ¿Las van a suspender? Mejor, así habrá más garantías. Vino porque siendo usted autoridad...

—¿Por este mamarracho de uniforme negro que ya no es negro, sino rata, y estos vivos plateados de mis galones, que ya no son vivos, sino muertos?

—Y siendo autoridad y amigo nuestro —la Cobriza se acercó al guardián con toda la magia de la serpiente de agua, lustrosa, ondulante, vivaz— quisiéramos saber si ultimísimamente ha habido robos en el cementerio...

—Que yo sepa, no.

—¿Y a qué se debe entonces tanta policía?

—¿A qué? Me extraña. ¿Le parece poco el puterío?

—Pero, Tenazón, ¿no es para los Santos y el Día de Finados que éstas se alborotan por aquí?

—¡Bravo, cómo les sabe el almanaque!

—No sola yo, todo el mundo... Ahora que pasó el carnaval debían andar por las playas...

—Sí, porque a los hombres, en cuaresma les gusta el pescado...

—¿A los hombres? ¿Y usted qué es?...

—¡Bueno, nos gusta el pescado!

—¡Y no sólo en cuaresma! —rió la Cobriza.

—¡Pero en cuaresma es mejor, porque es pescado, sin ese...! —y tras una breve pausa, añadió el guardián—: Qué le vamos a hacer, ahora las tenemos aquí de fin de fiesta...

—Aquí, si hace favor, Tenazón, no es fin de fiesta, sino fin de entierro...

—Y entierro de verdad. Allá —señaló con el brazo extendido, la mano y el índice—, los contagiosos. Ni cerca de por allí se puede pasar. Apestan como si se estuvieran pudriendo en vida. Tuve que hablar recio y golpeando en la Municipalidad, en la Oficina de Porcuantos, debe ser por cuántos hijos de mala madre hay allí, en defensa de mis muertos, ya les estaban echando la culpa de la hedentina a ellos, ya estaban diciendo que mis muertos eran los hediondos. Y más allá, el montón de locos en el *manicero*, y allí cerca los huérfanos en el hospicio... póker servido...

muertos, locos, huérfanos y putas...

—Pero el manicomio queda lejos —intervino la Cobriza, por decir algo, pasándose la mano llena de anillos por una de las cortinas de su cabello negro despeinado eri dos bandas.

—¿Lejos?... —masticó Tenazón el puro apagado y con los dientes y labios salivosos, afirmó—: Los únicos gritos y aullidos que se oyen en el cementerio a medianoche y toda la noche, son los aullidos y gritos de los locos... —y sin hacer pausa, la Cobriza no hallaba cómo encajar de nuevo su asunto, aquél reenumeró—: ¡Cementerio, lazareto, manicomio, hospicio de huérfanos y mujeres alegres!...

—Que de alegres sólo tienen el título, porque son más tristes que entierro a pie... —aclaró la Cobriza y, entre seria y festiva, adujo—: ¡Qué tal, Tenazón, que usted como guardián, tuviera que tocar la campana por cada entierro de una mujer así, fichada o solapada que entra al cementerio!

—Muchas gracias. Me pasaba el día repicando...

—Entrarán más de las que usted se imagina...

—Vaya uno a saber entre tanta difunta quién es y quién no es.

—En todo caso... —se animó la Cobriza, ya encajaba de nuevo en su asunto—, si fuera por ésas, se vería sólo policía de tolerancia, y no es así —se tronó los dedos largos y delgados—, fuera de los chontes uniformados, hay de la secreta, confidenciales, de hacienda, hasta municipales han resultado por allí, y por eso mi señor marido que, como hombre precavido, vale por dos...

—¿Sólo por eso... la considero?

—No sea maligno. Me mandó a que le conversara...

—Pues dígle a su señor marido que últimamente no ha habido robos en el cementerio. Pasó la racha. Siempre se hacen rondas nocturnas...

—Ocurre —se arrancó ella, pero luego se contuvo, debía hacer una pausa para darle importancia a lo que iba a decir—, ocurre, Tenazón, que al negocio han estado yendo a dejar que empeñados, que vendidos, que por tragos, objetos de valor que pueden ser robados y como en este caso podría cabernos a nosotros alguna responsabilidad, mi marido quiso hacérselo saber, que llegara a sus oídos y recibirle el favor de su valioso consejo.

—¡Ah-já...! —garganteó Tenazón, a sus pies el precipitadero si seguía escuchándola.

No hay mujeres toreras y para qué las había de haber, si son las más grandes toreadoras de hombres, sin necesidad del vestido de luces y... sin ningún vestido y... sin ninguna luz... mejor...

La faena de la Cobriza aquella tarde no tenía precio. En una charla sin ton ni son, capotazo aquí, capotazo allá, lo había ido apartando de sus firmes terrenos de autoridad uniformada, es decir, con más autoridad que cualquier autoridad civil, a papel de cómplice o, por lo menos, de encubridor de rateros.

¿Recibirle su valioso consejo?

Pamplinas. Lo que se proponían era hacerle saber el *volado* por boca de ella, y... bueno... ya lo sabía... ya se había tragado la píldora por las dos orejas...

Hacérselo saber y para qué... Cómo para qué... Para astuciarlo, para envolverlo en el ardid...

En la sesera de esta gente tramposa, un funcionario uniformado es un muñeco de juguete al que se le da cuerda con la llavecita del cumplimiento del deber. Si se echa a andar, nadie lo detiene y de aquí la táctica del cohete soplado para evitar que se ponga en movimiento, que se dé o le den cuerda. El cohete soplado es el que sube y no estalla. Antes que el muñeco uniformado, milico o policía, entre en acción, se le sopla la cuerda, aflojándosela con regalitos, coimas, amigotes, francachelas, virgos o hermosas hembras.

La Cobriza adulzó las pupilas envolviéndolo en la amorosa herrumbre de una miradita húmeda y confiada.

—Mi consejo —contestó el guardián, medio desarmado— es sencillo: deben pedir factura por cada objeto de esos... que se los cambian por tragos, que los dejan “sudando” allí con ustedes, que se los venden, factura, factura... la factura habla...

—¿Factura se les va a pedir a tipos que llegan en un temblor de cuerpo, semidesnudos, en medias, sin zapatos, el corazón que ya se les sale por la boca, llorando, arrodillándose por un trago, en la mano un Cristo, una cruz, un candelero, un florero, una pila de agua bendita? Hágame favor...

—Entonces aténganse a las consecuencias, al registro del negocio, al comiso, al proceso...

—¡Muy temprano!

—¿Qué?

—Lo que oyó, patroncito...

—Pelemos, Cobriza —se le fue para encima el guardián y la abrazó.

—¡Pelemos! —se dejó ella medio abrazar, ya zafándose...

—Si los pleitos fueran así...

—Estoy pensando, pero suélteme, hombre, por Dios. Tengo *quillas*, tengo *coscas*, me va a quemar un cachete con ese su puro, apaga uno y enciende otro; estaba pensando que para sacudirnos toda responsabilidad, si nos llaman a declarar, podemos decir que son regalitos que nos han hecho...

—¿Regalitos fúnebres? Cualquiera lo cree...

—O algo más sencillo. Decir que son cosas que los clientes nos han dejado a guardar, ¿qué le parece?

Tenazón no contestó. La brasa del puro parecía hablar por él un idioma desconocido, el idioma de los astros que se encienden y apagan en el luto del cielo, sin responder a las preguntas del destino humano.

—Pero, responda, yo quisiera que me asegurara...

—Que le asegurara, qué...

—Que me asegurara que ese...

—Lo único que yo puedo asegurarle con las manos en el fuego, porque sus manitas son puro fuego —ella trató de retirárselas, él las retuvo—, es que no hay motivo de alarma. No ha habido denuncias de robos ni de hurtos (esto es lo que la Cobriza quería saber), no tenemos órdenes de registrar los negocios de por aquí ni de catear casas, como ocurrió cuando los grandes robos en el cementerio. ¿Se acordará usted de aquel ataúd que enterraron con más joyas que una joyería, así llegó del extranjero, los de la aduana se hicieron pejes, y al irlo a desenterrar, los del contrabando, se encontraron con el esqueleto del gabinete anatómico del Instituto de Varones? El que lo sabe bien es don Talismeo Luna...

—¿El bachiller?

—¿Bachiller?... —sorprendióse Tenazón y luego deslizó sonriendo—, no sabía que fuera bachiller, pero... tiene sus latines. Lo sorprendimos infraganti...

—¡No puede ser! —cortó la Cobriza.— ¡No puede ser! Don Talis no ha venido al negocio a dejarnos ningún objeto —y como el guardián moviera la cabeza como dudando, cada vez más alarmada, añadió aquélla—: ¿Infraganti?... ¿Lo sorprendieron robando dice usted?

—Robando, no. Lo sorprendimos en la isla...

—¡No puede ser! ¡Es increíble... don Talis...!

—Sí, don Talis, vestido de cura se ganaba la vida rezándoles responsos por veinticinco centavos a los que enterraban allí. Algunos le daban cincuenta centavos y hasta un peso, pero su tarifa era veinticinco.

—No sabía yo que fuera delito rezar por los muertos...

—Nadie ha dicho eso...

—Infraganti dijo usted...

—La verdad es que si no somos nosotros... Lo que pasó fue que el pobre se cortó al ver acercarse gente uniformada, nada impone más que el uniforme, un simple uniforme de cartero asusta, y echó a correr ensotado con el misal y el bonete en la mano. Los que asistían al entierro, al darse cuenta que lo del responso era una tomada de pelo al difunto, se olvidaron del finado y se lanzaron detrás del falso cura persiguiéndolo entre cruces y muertos, a gritos y pedradas. Si nosotros no intervenimos allí lo linchan...

Alzaron la cabeza al mismo tiempo al oír el zumbido de las farolas colgadas en la puerta de la necrópolis, zumbar al que siguieron minúsculos rayos de tempestad entre carbones chisporroteantes y más pronto que luego, el estallido encendesciente de la luz blanca, lechosa, sin ojos. Y fuera de esta luz, al instante ya pasto de insectos, la más compacta masa oscura, tiniebla pretérita sobre polvo de historia, sombras de familia cipresina y sepulcral, multiplicadas, arremolinadas, atropellantes, negror de negruras que la calle arbolada que corría junto al muro, más anchurosa que ancha, separaba del parpadear luminoso de la ciudad, oleaje de techos que moría en la barriada, del resplandor de los negocios de la mala providencia, perforados por luces amarillas, rojas, verdes, y el tornaviaje de los tranvías que se alejaban.

Hacia ese mundo iban ahora la Cobriza y Tenazón, él a pasos zancos, y ella a paso menudo.

—Conque —hilvanó el guardián—, dígame a su marido que últimamente no ha habido robos en el cementerio y que como ya le expliqué se hacen siempre las rondas nocturnas.

—Sí, sí... —adujo ella solícita—, nos consta a todos los que vivimos por aquí y vemos por las noches, la procesión de antorchas entre los sepulcros.

—Qué atrasada de noticias anda. Eso sería antes. Ahora, en lugar de hachones encendidos, se emplean linternas eléctricas y por eso dice Sepolcri, el marmolero, que parecen las luces de los acomodadores de cine...

—¡Cállese con Sepolcri! A usted no muy lo quiere...

—¿A mí?

—Dice que a usted lo aguanta por necesidad, lo traga a ratos, pero que se le indigesta siempre.

—¡No estoy aquí para que me quieran ni para que me traguen —golpeó las palabras Tenazón—, sino para cumplir... digo mal... para cumplir y hacer cumplir los reglamentos de la negrópolis! —esta palabra dejó en el ambiente eco de grandeza antigua, aunque a los oídos de la Cobriza, obsesionada por la presencia de la policía, sombras de bultos que a su paso iban peinando, sonó a “negrópolis”, o lugar en que negrea de polis.

—Una tumba, una capilla, lo que sea —retumbó la voz del guardián, hablaba en voz alta para que le oyeran—, no es altar de gitanos ni pudín de pastelería que se sostienen con cuatro palos en el aire. Cimiento y más cimiento se necesita. Y Sepolcri no entiende, no quiere entender...

—Quiere hacer lo que le parece —musitó ella—, pero no es sólo a ustecito que no lo traga, a nosotros nos aborrece...

—¡Qué bonito! Porque le exijo, le caigo mal, porque le exijo más cimientos que estatuas...

—¿Estatuas? ¡Deshonestidades son ésas!

—Deshonestidades o estatuas...

—Y a nosotros nos aborrecen él y don Ramiro, el floristero de la esquina, porque los dos aseguran que son inmorales e irrespetuosos los nombres de nuestras trampas. “El Último Adiós”, “Los Siete Mares”...

—Hay que convenir —tomó Tenazón a la Cobriza del brazo, ella trató de soltarse, le había subido los dedos hasta el sobaco, sería de los hombres que les gusta quedarse con el tufo de los pelos sudados en las uñas, para después restregárselo en las narices —, hay que convenir que a ustedes en “La Flor de Un Día” se les fue la mano con ese letrero tan chingón que pintaron en su negocio. Allí sí que se les fue la mano...

—A un abusivo se le están yendo los dedos... —chanceó ella, levantando el brazo para que el guardián la soltara.

—Se las trae el letrero, y si todos lo aceptan y algunos se ríen de la ocurrencia, a

nadie que yo sepa le cae bien leer frente al lugar en que quizás duermen los suyos (¡La suya... por si alcanzo!, pensó la Cobriza), la salvajada de “Para *fondear... mejor aquí que enfrente*”.

—El único que tiene derecho a protestar es usted, porque es hacerle competencia a su negocio...

—¿Qué negocio?

—¿Cómo, qué negocio? ¿Quién es el que vocifera, muerto que entra, al tocar la campana: “Más combustible...”? Y a propósito, el otro día oí una discusión entre Sepolcri y el floristero. Este alegaba que ese dicho de usted “¡Más combustible!”, era intolerable, vulgar, grosero, insultativo...

—¿Y acaso los muertos no son material que puede arder, que arde, que se quema? —interrumpió el guardián.

—Pero déjeme contarle...

—Del floristero no me extraña. Me aborrece. Quería que después de cada sepelio, dos, tres días después, me hiciera de la vista gorda para que sus empleados sacaran, como basura, las armazones de las coronas, ¿qué tal? ...

—Regaladas las quería...

—O vendidas... si vino a verme, a proponerme que hiciéramos el negocio al partir... mitad para él, y mitad para mí...

—En lugar de quemarlas...

—Sí, y entonces me di el gusto de restregarle en la cara: Don Ramirito, cada combustible entra con su combustible florido y no hay negocio.

—Pero esta vez y aunque no muy lo quiere, Sepolcri, en la discusión que le contaba, lo defendió... Decía que no sé dónde hay un vaciadero de cadáveres de reyes, llamado Escorial, donde si usted Tenazón recibiera a los reyes difuntos, no les llamaría combustibles, sino “escorias”, que creo que es peor...

—Marmolero y floristero —dijo Tenazón— están para jugarlos a la mosca y no es chisme, pero son ellos los que más intrigan para que el juzgado de ornato dé la orden de borrar los rótulos de sus cantinas.

—Y si fuera cosa de ellos, pero son unos infelices. Lo hacen siguiendo el evangelio de ese putal de viejas ricas que han fundado, con sus fundamentos debe ser, una sociedad para defender el buen nombre de la ciudad, y son las que escriben en los periódicos, las que recogen firmas contra nosotros, las que mueven al Arzobispo. Lo que es la ignorancia. El otro día vino a vernos un gringo que dijo que era profesor. Un gringo gente, porque hay gringos gentes, no todos son bestias. Tomó muchas fotos de nuestros negocios, de los nombres que les hemos puesto, de su significado, de los anuncios, fotos de cerca, fotos de lejos, y nos felicitó en su media lengua, porque, después del gran México, dijo, es en nuestro país donde se bromea más alegremente con la muerte. Eso es saber, no los de aquí. Pero, además, si nuestros rótulos les parecen irrespetuosos, malos, sucios, indecentes, indignos y no sé qué más, ¿por qué no protestan por las mujeres medio desnudas que Sepolcri amontona sobre las

tumbas? ¿Es que las tetas de mármol no son tetas? ... ¿Y por qué no intervienen en el escándalo corrido que mantienen en “Los Angelitos” con eso del “water” público y las máscaras...?

¡Es...

¡Es...

¡Es... tornudo!, pareció decir la vieja Cleotilde, al soltar un ruido de narices y boca que si ella no explica que era estornudo, la Cobriza y el guardián lo toman por una manera lacónica de anunciarles su presencia.

—Una vieja jamás hace gracia y menos cuando interrumpe...

—Nada de interrumpir... —dijo la Cobriza.— Tenazón se ofreció para acompañarme hasta el negocio.

—Pero ahora ya tiene compañía —objetó aquél pasándose la punta de los dedos por los bigotes—, y yo me despido...

—¡No, si no espanto! —rió la vieja encangrejada, angulosa, con los ojos, dos goterones de líquido negro colgando de las mechas de su pelo alborotado sobre la frente.

—Entonces —se apartó la Cobriza a decirle a Tenazón—, ya lo sabe, lo importante es que usted lo sepa. Son cosas que nos han ido a vender, a empeñar, a dejar por tragos...

—Sin factura, desde luego... —insistió aquél, a quien la presencia de la vieja cambió en un ser hostil, sombrío.

—Por eso no se preocupe, diremos que son cosas que los clientes nos han dejado a guardar.

—Estoy pensando —la Cobriza se dejó tomar del brazo, la vieja Cleotilde seguía al trote detrás de ellos— que yo les podría ser de mucha ayuda, si convenimos en que usted a mí no me ha dicho nada, que yo no sé nada. Así sí, así, así me comprometo a que no los traben, pero ya no sigan recibiendo cosas que no saben ustedes si son bien o mal habidas, porque van a parar fichados y en chirona, por encubridores.

La Cobriza sintió que respiraba. Temió volver a casa con las flautas destempladas. El histérico de su marido le habría echado en cara haber metido a Tenazón en asunto tan peliagudo. La trastienda del negocio, ya no parecía trastienda de cantina, sino de iglesia. Una pura sacristía. Tanto cristo, tanta cruz, tanto candelero, candelabros, pilas de agua bendita, floreros, marcos de retratos, ángeles adoradores y vigilantes, con lámparas en las manos. Todo en metal plateado o dorado.

La promesa del guardián, “me comprometo a que no los vayan a trabar”, con la sola condición de que ella le jurara que de lo hablado ni él ni ella habían oído nada, era el triunfo de los triunfos, y fue tal su alivio, que tuvo la sensación de libertad y desahogo de cuando, antes de acostarse, desabrochado él apretador que levantaba, sostenía y ofrecía sus senos, éstos quedaban librados a su peso de carne, sensación de bienestar que interrumpió el temblor de los dedos de aquel que la llevaba del bracetete, y de vez en cuando, los acercaba de refilón al bulto de su pecho.

—Por mi parte —la Cobriza enronqueció la voz para dar solemnidad a lo que iba a decir—, queda jurado sobre la cabeza de mi madre, que es lo que yo más quiero en la vida, que no sólo no hemos hablado, que ni siquiera nos hemos visto.

Tenazón, por toda respuesta, le apretó los dedos en el brazo, al tiempo de soltarla, saludar y volverse, ni joven, ni viejo, el contraste del pelo cano, amarilloso, color de ajo machacado, y la piel de su cara sin una arruga.

La vieja Cleotilde, librando un labio que se le había quedado prendido entre dos dientes flojos, venía tras ellos mordiéndose de cólera, articuló al aparearse a la Cobriza:

—¡Y a mí, que me coma el chucho, ni adiós me dijo! Bueno, ya me tendrá que saludar cuando me reciba con su sabido “¡Más combustible!” Este se hace el muerto entre los vivos y el vivo entre los muertos. Es su modito de pasar la vida y ahora va que siente que no llega a donde ese que dicen que es general. Allí se juntan varios de por aquí, a jugar dados. Y sabe lo que supe, para eso tiene una sus amistades, sabe lo que supe, fui a buscarla para contárselo, pero sólo encontré a su maridito... sabe lo que supe... que por ese general huertista, ese general mexicano, tienen movilizada la policía por aquí... —y, acezosa, tras un respiro y otro, la Cobriza iba tan de prisa, le tardaba el llegar con las buenas noticias que le llevaba a su marido, reclamó la vieja —: ¡Jesús, qué derecha la que le entró... —iban derecho, derecho, una tras otra siguiendo el muro del cementerio—, y sabe, sabe lo que supe, que han traído perros, perros policías, como si los policías no fueran bastante perros y qué perros... La carota que puso un sargento, por poco me come viva y si no hubiera sido porque soy vieja, la ventaja de ser vieja ¿eh?, la ventajita de ser vieja, quizás me pega o me lleva presa. Tenía uno de esos chuchos encadenado con un bozal en la boca. Me acerqué como a preguntarle algo a él, pero más pronto me volví al animal y le dije: “¡Qué bonito... no te bastaba ser perro, ahora también sos policía!...”

La Cobriza rió y dijo:

—¡Cómo se pondría el sargento!

—Me echó el chucho encima, pero yo le hice la cruz, y aunque medio me arañó no me hizo nada —respondió la vieja Cleotilde, que a veces la alcanzaba, se le acercaba, o bien la seguía de cerca, coleándola y hablándola.— Como usted me encargó que le averiguara aquel asunto, anduve metiendo las orejas por todas partes, metiche, metiche, una vieja puede ser metiche, y le oí decir al bachiller Talismo Luna que la policía anda por aquí de ma... ni... obras...

—¿De maniobras? —preguntó la Cobriza, la vieja dejaba entender otra cosa.

—Sí, sí, sí... de mani... obras son amores y no buenas razones...

—No entiendo...

—¡Niña! Andan queriendo meter la mano a... otro cajón de muerto con joyas, porque aquí no todo muerto es cadáver... ¡hay cada... vergüenza!... Los sepelios de los pobrecitos, sí son de muertos verdaderos, pero los pomposos a veces son entierros de oro y piedras preciosas, algunas entradas de contrabando con todo y el difunto,

como pasó no hace mucho. Y otro chisme —la vieja trató de apareársele a la Cobriza para hablar en voz más baja—, otro chisme, pero éste sí que es de chuparse el dedo: El Tenazón ése, aconchabado con el general mexicano, que por eso se vino a vivir por el cementerio, los mexicanos no dan tiros de balde, se meten de noche entre las tumbas con un aparato de piedra imán que señala con una agujita dónde hay joyas y no cadáver... ¿Qué tal?... (Sí, qué tal, pensó la Cobriza: nosotros en la pena por cuantas cosas sin valor que nos han ido a dejar a la cantina y éstos en la pepena, a lo grande, con aparato y todo.) Y éstas son —siguió la vieja—, esas luces de lamparitas eléctricas de las rondas y contrarrondas para que no entren ladrones, diz, y qué ladrones van a entrar, si los ladrones están adentro. Y por eso le dije yo a usted, que ese Tenazón se hace el muerto entre los vivos, y el vivo entre los muertos. Y si no, lo del pobre viudo que anda allí medio chiflis. Lo divertido del caso es que se le fue a meter a la carbonería a la Onofre Bracamarte, que no sólo es centenaria, sino feróstica...

—¿Cuándo? —hiló la Cobriza, no porque le importara, por llevarle un poco el rumbo a la vieja.

—Ahora que yo venía para acá. Fue el gran escándalo. Llegó a proponerle de “piernita metida”, pero no eso de tomar el licor con el cuerpo fuera y la pierna dentro del negocio. Lo sacó a leñazo limpio, por supuesto.

—¡Qué asco... con una mujer tan repelente!

—¡Hasta ahí no más repelente! Se ve que usted no está en el ajo. La Bracamarte, como médium que es, digo, dije, digo persona que está medio a medio con los espíritus, se trasparenta y entonces se ve salir de cuerpo con más arrugas y pliegues que paraguas sin abrir, una estatua de vidrio nevado alumbrada por dentro, una mujer divina...

—Y yo creyendo que andaba en chupa por amor a su mujercita. Tiene razón Tenazón, bebe por remordimiento...

—Ah, sí, ¿le contó?

—Sí, me contó que tuvieron que echarlo del cementerio, valiéndose de un muchacho disfrazado de ángel, porque ya no lo aguantaban.

—¿Y por qué no lo aguantaban? Por vida suya, las cosas no son como las cuentan. ¿Por qué no lo aguantaban? Porque les hacía sombra, porque molestaba su presencia, porque el corazón con el lenguaje más claro que es el latir y dejar de latir, pulsación que se para y sigue, le hacía dudar de que en el féretro que le entregaron los coyotes, soldado con soldadura, no sé cómo se llama esa soldadura...

—¿Los coyotes? —indagó la Cobriza, extrañada, acortando el paso para oír mejor a la vieja.

—Coyotes llaman en México a los que se ocupan de los muertos, creí que usted lo sabía.

—Quiere decir, doña Cleotil, que ella no falleció aquí, sino en México...

—En la capital, en propio México. Se llamaba Lucila Luisa. ¡Autógena... no se

me venía la palabra! El infeliz recibió el féretro ya soldado con esa soldadura que deja sobre el metal cicatrices de quemaduras amarillas, mas al sólo recibirlo le entró la duda de si en aquel envoltorio de plomo, frío como una bala, estaría o no su adorado tormento. Máxime que en México se comercia a más y mejor con los cadáveres.

—¿Comercian?

—Sí... —se santiguó la vieja—, la boca no me lleve al infierno. Los venden, los alquilan para velorios, entierros, cobrar pólizas de seguro, sustituir gentes vivas que se quiere hacer pasar por muertas... Cadáveres a plazos, cadáveres al fiado...

La vieja Cleotilde se interrumpió. Estaban en la puerta de la cantina “La Flor de Un día”. Ni un alma en el negocio. Desierto. La policía espantaba a la clientela. Ni los voluntarios de siempre, beodos de carnes que eran ya dolaje. Sólo su marido, las moscas y las luces eléctricas.

—Lo que ahorita voy a ir hacer yo —dijo la Cobriza al entrar medio tiritando del frío—, es chocolate caliente... —palmoteo a su marido en la espalda, soltándole a la oreja—, te traigo muy buenas noticias, todo arreglado... Tal vez doña Cleo quiere romperle la espuma a un chocolate que yo hago batido con molinillo ahumado...

—¿Ahumado?

—Sí, señora, como lo oye. Se ahúma el molinillo y se bate el chocolate que sale con espuma de humo...

—Como se hace para mejorar la pluma de los gallos de pelea. Se baten con humo las yemas de huevo, que se les dan de alimento.

—¿Dos chocolís, o uno? —interrumpió la Cobriza.

—Para mí chocolate, no. Si me hacen el obsequio, son tan amables conmigo que no tengo materialmente cómo pagarles, recibiría el favor de otro anisadito.

—Estaba inquieto —dijo el cantinero, al tiempo de servirle a la vieja Cleotilde el anisado, en la trastienda se oía el ir y venir de la Cobriza, el ruido del soplador con que avivaba el fuego y pedazos de “Noche de luna entre escombros”, un vals que silbaba como sin querer—, estaba inquieto, le repito —siguió el cantinero—, porque se oyó un tiro por aquí atrás, ese ruido sordo, como de cohete soplado...

—¿Soplado? al que se soplaron... —soltó doña Cleotilde riendo, pero al realizar lo que tan a la ligera y en broma había tomado al decir con aquel calambur al que “despenaron”, tartamudeó presa de pánico igual que si hubiera tenido una revelación macabra—, sa... sa... sa... saben a quién mataron...

Y escapó tras apurar el anisado. La noche era inmensa.

IV

En la primera, no. En la segunda, tampoco. En la tercera, no, no, ni en la cuarta calle. Más bien atrás de la casa de Roque Samuel Feler, en la Quinta Avenida, como llaman a una callecita de tierra apisonada, estrecha, descalza, que moría en la blanca calzada de los entierros. Allí en la Quinta Calle del Cementerio, número 26, abría sus puertas que no cerraba nunca, ni de día, ni de noche, “El Quitituy”, sin sucursales ni dentro ni fuera del país, pues bastaba y sobraba “El Quitituy”, para que allí estuvieran todos los “quitituyes”, en su “quitituy-quitituy”. Esto se leía en un letrero pintado en el zaguán, y más adentro un cartel advertía al visitante que en el mundo de los “quitituyes” o “quitituyenses” no se admitía jamás lo de “¡salud!”, al apurar la copa. “¡Salucita y de la buena!”, “Chóquela, compañero, chóquela!”, “¡hasta ver a Dios!”, pues era de cajón y perdón por la alusión al vecindario, brindar con la palabra “quitituy”, a la que podía agregarse un segundo “tuy”, para hacerla más elocuente: “quitituy-tuy”, y un tercero y un cuarto, y un quinto “tuy” según subieran la amistad y el agrado con los éteres de la alegría, hasta el “quitituy-tuy-tuy-tuy-tuy-tuy-tuy...” que podía transformarse, ya en el colmo de gestear y palabrear sin encontrar cómo traducir sentimientos muy hondos, entre lagrimones y besitos, en el “quitituy-tuy-tuyito”.

Para beodos y peorvivientes era tan importante la 5ª Calle del Cementerio, por encontrarse en ella “El Quitituy”, que la llamaban la “five”, como a la Quinta Avenida de Nueva York, y sólo más importante, “El Quitituy” mismo, súmmum de los súper, no solamente porque sin moverse de allí, se conseguía el “quitituy-si” de las “quititutas”, “tutejamonas” o “nefertitas” que disponían de cuartos tumbales para el amor, sobre el adobe desnudo la cal llorada a brochazos, sino porque no tenían desperdicio, no era como otras fondas o cantinas, que en la noche chirimoche y en la madrugada nada. En “El Quitituy” corría el dado a todas horas y se bebía el famoso “amancebado”, aguardiente de sabores frutales o sabor a sangre de cabro, delicioso, riquísimo, que pasaba suave por el gástrico y se subía a la cabeza “ipso facto” de sólo tocar la copa.

Antro, cuchitril, trampa, cubil, madriguera, “El Quitituy” recordaba las antiguas posadas de los caminos, por sus corredores llenos de flores, más hojas que flores: altos pacayalitos, bambú de miniatura, quequexques de hojas enormes en forma de inmensos corazones verdes, begonias, helechos, hojas manchadas como pieles de tigres o serpientes, colas de quetzal cayendo de altas canastas, macetones con riego de hojas minúsculas en llovizna de esmeraldas, orquídeas casi pájaros, otras en forma de pipas, cazadoras de insectos, cactus de agujosas espinas y otros de espinas de lana, pringas de sangre de los coralillos, yedras, campánulas, enredaderas que circulaban por los techos; corredores que daban a la sala de despacho, adornada con cadenas de papel de colores, farolitos chinos, en las paredes espejos y láminas de la Exposición

Centroamericana de 1900, y un mostrador de tipo alemán que era la desesperación de enanos y chaparros que parados al pie de aquel mueble monstruoso parecían pedir sus bebidas, como si estuvieran ya enterrados y apenas si alcanzaban, empinándose y levantando mucho el brazo a tomar lo que les habían servido, sin verle la cara a nadie, condenados a contemplar, si no se quitaban de allí, como toda perspectiva, vientres hidrónicos, braguetas húmedas y rodillas pintadas en los pantalones. De esta amplísima sala que agrandaban los espejos y achicaban el mostrador monstruoso, gigantesco, y el número increíble de mesitas cuadradas y redondas, de sillas de mimbre, sillas de petatillos y sillas metálicas, plegadizas, fuera de escupideras de cobre y capoteras también gigantes, se pasaba por una puerta estrecha, los vidrios rotos remendados con tiras de papel de periódico, a un enorme patio, en la parte techada convertido en salón descubierto, con sus mesas y sus sillas, y en la parte abierta al cielo, repetida la decoración vegetal de la entrada con cañas bravas, rosales silvestres, más barejones que rosas, culantrillo, lluvias de crucecitas blancas en ramiborlas de plantas enredadoras y clavelones japoneses con tantas flores rojas que eran como surtidores de agua de fuego.

El boticario de la sirena tritética (suprimida la amorosa yunta de los senos, brillaba el pecho de la mujer como algo alimenticio, cristiano y dietético), tomaba su “mancebado” en “El Quitituy” con los habituales de la copa de mediodía: un cartero que andaba sobre las olas de sus callos, al que apodaban “Vinagreta”; un sastre mezcla de mongol con montgolfier al que apodaban “Mongolfiera”; enfermeros del manicomio y del asilo de infecciosos, aquéllos como locos y éstos como momias; gente del servicio fúnebre de respiración de entierro y la sobrecarga intelectual; el bachiller Talismo Luna, el farneceuta, pujaba para adentro cada vez que oía que lo llamaban “Doctor”, y un flaquísimo poeta que al decir del vulgo aprovechaba los entierros para hacer su calistenia de cadáver entre los cadáveres, conocido con el sobrenombre de “Turista del Cementerio”, de frente menos gordo que un espárrago y de perfil más gordo que un fideo.

El poeta respiró hondo, con una nada de aire llenaba su caja torácica, los anteojos en la mano, horribles ojos de ratón tierno, y exclamó al oído del boticario:

—¡Qué maravilla, amigo mío, qué maravilla aquella altísima palmera! Nadie la ve. Estoy seguro que nadie alza los ojos para mirarla.

—No asegure nada, poeta. Hoy todo el mundo está pendiente de ella. Dicen que desde esa palmera le dispararon al hombre que mataron anoche...

—Enviudó de la vida...—articuló el poeta, temeroso de que no le entendieran.

Y no le entendieron. “Mongolfiera” aclaró:

—Enviudó de su mujer, primero...

—Y anoche enviudó de la vida que es la esposa más bella... —insistió el esquelético “Turista del Cementerio”. Luego añadió—: Habría que protestar. Firmar una protesta. La redacto y la firmamos aquí mismo, ¿qué les parece?...

—¿Por la muerte del viudo... me zafo! —interpúsose “Vinagreta”, los callos

deliciosamente adormecidos por la acción del “amancebado”. Esto de protestar le olía mal, y para peor si como decían lo acabó la policía por ser un ánima que andaba en pena... lo vieron tan afligido... tan afligido... tan desasosegado...

—¿Una protesta diciendo qué...? —aprontó el bachiller Talisimeo Luna.

—¡Cómo qué!... —extrañóse el poeta.— Una protesta contra los que tratan de mezclar en un crimen...

—¿A la palmera?

—Sí, señor; la palmera es un ser como nosotros y siendo que no puede hablar nuestro idioma, ella habla con sus hojas el idioma de los grandes abanicos, nosotros tomamos su defensa...

—Turista... no del cementerio— se dijo para sí don Talisimeo—, sino de más allá del cementerio, donde no hay nada más que sueños...

El sastre intervino. Gordinflón, prieto, bajo y achinado, revuelto de mongol y montgolfier:

—Nos bebemos otro “amancebado” y el poeta nos explica su teoría de lo zoológico visible en cada persona, como trasunta lo que fue cuando animal era, aunque algunos lo siguen siendo, que hay cada animal, cada semoviente...

—No debe usarse peyorativamente o como diría don Talisimeo en desmedro medrante, lo de “animal” —se interpuso el poeta, de perfil se miraba más gordo que un fideo—, porque cuando decimos que alguien es un animal, lejos de ofenderlo le hacemos un gran elogio. Es lo animal lo que sostiene lo humano en la persona. Mientras más animal se es, se es más humano...

—¡Hay cada bestia, entonces! ¡Cada bestia...! —gritó Mongolfiera, mezcla de mongol y montgolfier; por lo visto jamás se había contemplado solo él en un espejo, pues, como sastre, siempre era al lado del cliente, y en este caso, más para ver al cliente que para verse él.

—Eso cambia... Lo bestial ya es otra cosa...

—Pero, poeta —intervino don Talisimeo—, hablando de los sobrehúas...

—¡Apodos, qué sobrehúas, bachiller!

—Pues hablando de los apodos, exponía usted la teoría de la parte zoológica que hay en el individuo y que pasa al alias, mote o sobrenombre...

—Desde luego, bachiller, desde luego. Al que le dicen mono, algo de simio debe tener... y al que le dicen “pulga”... y al que le dicen “sapo”... y al que le dicen “piojo”... y al que le dicen “chinche”...

—Las teorías morfológicas de “El Quitituy”... —rió el boticario, al decir así, mostrando sus dientes amarillos, como píldoras de quinina, y añadió— Lo malo es que no se sabrá nunca quién mató al viudo...

—Sí se sabrá —arguyo don Talisimeo—, esta noche, en la floristería de don Ramirito, haremos comparecer su espíritu, a la mesa de las postrimerías, para que diga quién lo...

—Pero si no es eso lo que importa —gritó “Mongolfiera”, mongólico y feróstico,

la piel lustrada por el licor—, no es eso lo que nos importa —con un gran pañuelo blanco se enjuagaba el sudor de “amancebado” que le bañaba la cara—, lo que interesa es saber por qué lo mataron...

—Eso se sabe...

—¿Las joyas?...

—El cadáver de su esposa venía de México en un féretro soldado...

—Y en lugar de las joyas, ¿qué había?... un esqueleto...

—Que se identificó en seguida —sostuvo el bachiller—, lo habían sustraído del Gabinete de Ciencias Naturales del Instituto Nacional de Varones. Era el esqueleto que presidía el bautizo de los que entraban a estudiar el bachillerato, de los “nuevos”. El famoso San Jun Paracatuy. Pero ésta ya es harina de otro costal de huesos y con el permiso de todos me retiro por ser hora de almuerzo...

—El “Turista” también se va... —rieron todos del dicho del boticario, al ver salir al poeta con don Talisimeo Luna.

—Sí —se la devolvió el poeta al fármaco—, me voy con el “doctor”...

Y se perdieron en el laberinto verde de “El Quitituy”. Enredaderas, palmeras, quequexques, lluvias de helechos...

—La historia de ese esqueleto me interesa —dijo el poeta, al quedar solos, sobre la marcha, el paraguas que se le enredaba entre las piernas, más gordo que sus piernas.

—La historia de San Jun... de San Jun Paracatuy...

—Paracatay, he oído decir —rectificó el poeta.

—De las dos maneras, Paracatuy y Paracatay —dijo el bachiller.

—¿Origen?

—Hindú...

—¡Ay, amigo!

—Los estudiantes de bachillerato le rendían culto...

—Cuenta... cuenta...

—El culto más extraño... Los veo, los oigo, fueron mis compañeros, sólo que yo me quedé de bachiller... El culto más extraño...

—¿Diabólico? ¿Satánico?...

—Alguna religión olvidada. Culto en el que se mezclaban fetos y serpientes. El licor de los fetos y el licor de las serpientes, y el más extraño idioma. Bástele saber, poeta, el nomenclátor de sus sacerdotes o “Gozolones”. Había entre estos “Gozolones” o Supremos Sacerdotes, los “Ajadamas”, con bíceps de boxeadores; los “Solfininfos”, con bozo y azulada barba en las caras linfáticas; los “Chambumelios”, de largos dedos torturadores; los “Pluridulcidos”; los “Grútulos”, brutos terribles; los “Gulgueránicos”; y como ayudantes en los bautizos negros ante el esqueleto blanco, máxima divinidad, fin de todas las cosas, los tres viejos o perpetuos estudiantes encargados de las “sangrías hipedúmicas”, los seis testigos de las floreadas “acaramelias” y los del “feliboso” ardor, los “felibosos”, jefes de los acólitos

“aliños”, los acólitos de las alas balanceadas, “Priscansol” y “Rotulí”. De los incensarios se alzaban sierpes de humo de sal quemada entre las licuadas albricias de las lágrimas de los bautizados...

¡San Jun!

¡San Jun!

¡San Jun!

Fuera del templo del Esqueleto, coronado y adornado con flores, en los corredores y los patios del vasto edificio, retumbaba el grito de cientos, de miles de bocas juveniles: “¡San Jun! ¡San Jun! ¡San Jun! y en el laboratorio y salón de química, templo del Supremo Esqueleto, atronaban las voces de los que subidos en los pupitres, las mesas, las sillas, esperaban la entrada de los catecúmenos, al grito de “¡San Jun! ¡San Jun! ¡San Jun! ¡San Jun! ¡San Jun!...”

Aquéllos entraban a golpes, traídos por los brutales “Grútulos” casi al arrastre, las ropas hechas pedazos y, sin pérdida de tiempo, los “Sordenes”, es decir los que hacían oídos sordos a sus lamentos y obedecían órdenes, les cortaban el pelo a ras, hasta dejarles las cabezas como la del esqueleto, guacal limpio en el que los dedos de los feroces “Chambumelios” iban y venían como arañas, que no daban pasos, sino tatzazos.

Los “Ajadamas” entraban en acción cuando el bautizado se resistía, hasta dejarlo tendido en el suelo, como en la pista de un ring.

Luego venía el bautizo propiamente dicho. “Priscansol” y “Rotulín” presentaban ceremoniosamente a “Solfininfo”, “Gozolón” de ojos verdes de culo de botella, blasfemo y energúmeno, los frascos del laboratorio de ciencias naturales, en los que dormían, sumergidos en líquidos viscosos, serpientes enrolladas o fetos de niños a medio hacer, y de esos líquidos se tomaba para bautizar, con el apodo que llevaría toda la vida, al vil feto de primaria, admitido, a partir de aquel momento, en las filas de los instituteros o estudiantes de secundaria.

—Yo te bautizo... (el bautizado de rodillas debía besar por las buenas o por las malas, las manos del esqueleto) con el Santo Nombre de “Coche”... —decía “Solfininfo”, al derramar en la cabeza de un muchacho gordinflón y bocudo, los alcoholes pestilentes que daban sueño al sueño de víboras y fetos, mientras los asistentes repetían: “¡Coche! ¡Coche! ¡Coche!...”

—Yo te bautizo con el Santo Nombre de “Sapo”... de “Mono”... de “Pulga”... de “Ratón”... —seguía “Solfininfo”, repartiendo apodos, aunque algunas veces éstos no obedecían a los rasgos físicos del bautizado, pues al apayasado le daba el sobrenombre de “Fantoche”, al hijo de un carnicero notorio le quedaba “Puyazo”, a un tartamudo “Chachalaca”, al hablantín “Perica”, al de pies grandes “Patudo”, al bizco “Choco-chique”, al coloradioso “Chinche”, al lampiño “Indio”, “Prieto” o “Negro” al mulato...

El Poeta, que parecía ir más atento al lenguaje abanicante de la palmera, el hablar de las hojas que movía el alto céfiro, se detuvo, tomó del codo al bachiller Talismo

Luna y le dijo, como en secreto:

—Ve, usted, ve, usted, amigo Luna, cómo esos terribles sacerdotes o “Sofininfos” de los bautizos de los estudiantes nuevos, en el instituto tienen el don de adivinar en el bautizado, el ancestro zoológico... Todos, usted, yo, todos correspondemos, morfológicamente, a un animal que fue, quién sabe en qué milenio, nuestro antepasado...

Don Talismeo retiró el codo de las manos frágiles, casi translúcidas del poeta, tuvo la sensación de que aquel delicado aeda, era un San Jun Paracatuy, vivo, y que lo arrastraba hacia donde, al decir de las malas lenguas, hacía de turista, al mundo de los desaparecidos.

Y por hacer de parlaenbalde, le dijo:

—Y cuando viene por aquí, Poeta, no se ejercita en el verso...

—Sí que sí, la muerte me inspira... —respondió el Poeta después de un largo y molesto silencio. No le había caído bien lo de “ejercita”, por aquello que decían de él las malas lenguas: que no faltaba a entierro alguno, porque así hacía su calistenia de esqueleto entre las tumbas.

Siguieron caminando. El Poeta repitió:

—Sí, sí, la muerte, es una gran inspiradora. El otro día mi mujer se había quedado sin servicio, y como la verdad es que ya no se encuentran sirvientas, se me ocurrió esta tontería:

¡Entra, pasa adelante, muerte mía!

Hace falta en la casa una de adentro...

¡Qué extraño!... ¿Ofreces tus servicios?

¿Con qué te pagaremos? ¿Te pagarás conmigo?

Los vecinos atisban, nos envidian...

Tienen sirvienta, dicen, y te oyen cantar...

Cantas en la cocina, al hacer la comida,

en las alcobas mientras haces las camas,

mientras lavas y tiendes las ropas

y no duermes, cuentas las estrellas...

¿Faltan muchas, di, para te yayas

y te lleves tu paga?...

Qué pobre cosa llevarás, muerte mía...

Registrarán tus ropas cuando salgas de casa,

hay sirvientas ladronas, pero no tú,

tú llevarás lo tuyo, me llevarás contigo

y dirás ¡es mi paga!...

V

¿Por el viudo que mataron anoche? ¡Ja, ja, ja, ja!... ¿Por el viudo tanta policía uniformada y de particular, a pie y a caballo, con bicicletas, motocicletas, perros amaestrados, linternas potentísimas, bastones de caucho especiales, revólveres y cinchos con balas...? En algún lugar de América, en “Las Movidas de Cupido”, quizás, tal vez, acaso en “Los Angelitos” no muy probable, más seguro en “El Ultimo Adiós”, “Los Siete Mares” o “El Quitituy”, acababa de empezar la reunión ultrasecreta del Honorable Comité de la Huelga de los Estudiantes, la Huelga de Dolores, aquel caluroso mediodía de un día de marzo del año de gracia de mil novecientos veinte y tantos, y ¡malhaya la gracia!, pues a más gracia y chistes de los estudiantes, más desgracias y tristezas para la patria.

¿Huelga o fiesta?

Las dos cosas. Huelga y fiesta. Huelga, porque a partir del Viernes de Dolores se declaraba la huelga de Semana Santa o suspensión de clases y labores en la Universidad, y fiesta, porque ese último viernes de cuaresma celebrábase el carnaval de los estudiantes, carnaval que empezó en un tranvía amarillo, tirado por dos muías negras, a lo largo de la novena avenida, yendo como quien va para la Plaza de Toros, sin más pasajero que un muerto que se desangraba. Roque Samuel Feler guiaba el tranvía...

Un disparo. Nunca se supo quién lo hizo. Lo cierto es que como la palabra lo dice, el asesino, *hace sino*, y aquel tranvía adornado como una carroza de carnaval, lleno de muchachos bullangueros que cantaban, gritaban, quemaban triquitraques, se convirtió en coche fúnebre, la fiesta estudiantil en duelo anónimo y Roque Samuel de tranviario en empleado del telégrafo.

¿Quién hizo el disparo?

El tranvía, tirado por las dos muías negras y siempre guiado por Roque Samuel, rodó y rodó por la ciudad, haciendo cambios y más cambios en algunas esquinas, como si el armatoste se hubiera embriagado y tuviera conciencia de lo que se reflejaba en sus ventanillas, parecía ver que calles y casas daban vueltas, al girar la plataforma de movimiento con que se le cambiaba el rumbo. Rodó y rodó, sin detenerse, ni siquiera para mudar el tronco de muías, más por los arrabales que por el centro, cruzandito alamedas arboladas, plazas distantes, jardines olvidados, hasta llegar a medianoche, ya casi sin muías, éstas ya no tiraban, corrían patitas y orejas, para que no les pesara encima el tranvía que la simple inercia echaba sobre ellas, casi sin tranviero, Roque Samuel ya no se mantenía en pie, casi sin látigo, gastado hasta el cabo de madera en las costillas de las negras acémilas, casi sin ruedas, frente a la puerta de las cocheras del servicio fúnebre, lejos de la puerta grande del cementerio, donde en seguida, sin cajón, envuelto en una sábana, se dio sepultura a la víctima, un estudiante que fue enterrado sin luces, sin flores, sin rezos, sin familia y sin amigos.

Roque Samuel volvió ya solo él en el tranvía al paso de las muías. Qué carrera

interminable la de aquel día. El tranvía adornado con flecos de papel, cortinas de iglesia y ramas de pino. Mojaba la ciudad una lluvia de gotas finas. Llovía con luna. Encendió un cigarrillo. Su risa era indecente. ¿De qué se reía? Chupeteó y echó el humo. ¿Y todas aquellas cabezas? ¿Cabezas? Cabezas y más cabezas, ojos y más ojos alrededor del tranvía. Pero no miraban, no pensaban. Se consoló en medio de tanta indiferencia. El era menos culpable. Menos reptil. Y nada sobrenatural, después de todo, nada sobrenatural. La muerte es tan natural como la vida...

Días después entró al telégrafo, como supernumerario, se dice pronto, pero no entró como supernumerario a juzgar por el sueldo y sobresueldo, lo que hacía un sueldazo, más antigüedad, más enfermedad, más *maternidad*, más horas extras que le pagaban, y allí estuviera, si da bola y no empieza a dar en *bolo*, explica jugando con las palabras Celestino Tomelloso, el guitarrista ciego de “Las Movidas de Cupido”.

—Y no dio bola —reía al hablar Tomelloso con todos sus dientes blancos—, porque en telégrafos da bola el que es rápido como una bala —seguía juega que juega con las palabras—; y estaba dando en *bolo*, porque silencio pagado a precio de oro da vela para ése y otros entierros y... desentierros si hablamos del viudo que se encontró anoche con una bala de plomo por andar moviendo la lengua.

—No, Celestino, no... —balbuceaba la cabeza negativamente otro contertulio—; Roque salió de telégrafos por coincidencias fatales e inexplicables en el reino de la razón. Los mensajeros, y eso era Roque, mensajero, esperan por turno los telegramas que tienen que llevar a las casas, y al pobre, parece cuento, los telegramas que le tocaban eran siempre anunciando la muerte de alguien, la muerte o la gravedad, por ese telegramita que se manda para preparar a la familia del fallecido. La noticia se regó y las gentes de sólo ver pararse frente a su puerta a Roque Samuel, se descomponían, se desmayaban, les daba ataque. Y por eso hubo que cesarle...

Al quedar Roque Samuel fuera del telégrafo, pero con sueldo, no dejaba de hacerle cosquilla de risa en los labios eso de que también se le pagara sobresueldo por *maternidad*, se dedicó, sin el Samuel, sólo con el Roque Feler, a cambalachero y a la compra y venta de sellos matados. Palidecía y temblaba su mano, cuando alguien le preguntaba si entre sus sellos matados tenía el de *estudiante*. Pero, después, a sabiendas, y él sí que sabía que la muerte produce el ciento por ciento, que los muertos son el mejor negocio, con los vivos no se puede negociar, con los muertos sí, se dedicó a la importación de cierta grama inglesa, mejor que la pagana del golf, una gramita cristiana, menuda, de un verde eterno, verdadero sueño para los jardincitos de las tumbas, así como tréboles especiales y arbustos japoneses, diminutos y con formas caprichosas.

Acababa de empezar la sesión secreta del Honorable Comité de la Huelga de Dolores, en “El Quitituy”, lugar estratégico frente a una mesa tapizada de copas de “amancebado”, tarros de cerveza y vasos de aguas minerales y de sabor.

Esta primera reunión se hizo por el cementerio, a pedido de los estudiantes de

medicina, que no querían alejarse mucho de los grandes aciertos de sus maestros, tapados con tierra.

Asistían, como delegados de los estudiantes de Derecho, con plenos poderes, es decir, sin pelos en la lengua, Troyano Montemayor, *Choloj Tantanis y Chocochoque*; como delegados de Medicina, también con plenos poderes, sin pelos en la lengua, la *Chinche y Pumusfundas*. Faltaban un delegado de Medicina y los Delegados de Farmacia.

—Esos fármacos son tan atascados, que de repente no saben los muy babosos que era aquí donde teníamos que reunimos —dijo la *Chinche*, un estudiante cabezón, nervioso, de tez blanca rojiza y ojos verdes.

—Y no se puede empezar, qué informalidad, ni para esto cumplen, por la Gran Santa Papucia —se quejó *Chocochoque*—, porque *Pan* es fármaco.

—¡Un momento, amado pueblo —rectificó en el acto la *Chinche*—, *Pan* es estudiante de Medicina, si me hacen el favor!

—Pero no se puede empezar la sesión —insistió *Chocochoque*, turno, cabezón, gallito, el, pelo sobre la frente—, porque *Pan* es el encargado de hacer los muñecos que van a ir en las carrozas, y quedó en traer los dibujos.

—Hablando del que se “come” y el que se “pone”... —alzó la voz *Pumusfundas*, tratando de ser epigramático.

—¡Del que se “come”, no, porque no soy tan pura mierda para que me deje comer de vos, indio color de ejote, y el que se “pone” va a ser este trasero mío sobre este banco.

Pan, alto, melodioso en sus ademanes, blanco, de ojos encapuchados, tenía más de bohemio que de boticario o médico futuro. Extrajo de un cartapacio un pliego de papel que desdobló —o como se decía entonces, “desdiabló”, los dobleces los hace el diablo—, para mostrar el proyecto de la carroza que llamarían “Los horrores del cristianismo”.

—¡Está espléndido, merece un trago... —propuso la *Chinche* y, menos *Pumusfundas*, dietista en ciernes, todos levantaron sus copas y tarros, para apurar el “amancebado” y la cerveza, y a propósito del mido de tragaldabas que hicieron al beber, *Pan* les mostró otro proyecto de carroza: la de “los galillos”.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —aplaudió *Chocochoque*.

Aprobaron todos, menos *Pumusfundas*. Opinó, pasándose la mano por la cara, frente, ojos, nariz, se bajaba la cara hacia la papada, cuando quería decir algo importante:

—El corte anatómico no lo veo muy bien...

—¡Joder con el corte anatómico! —intervino el Troyano Montemayor—, si de lo que se trata no es de anatomía, sino de la fisiología del empleado público. Galillos por los que no pasa un fideo, se tragan niágaras del presupuesto nacional.

—Ve, vos, *Pumusfundas*, no importa —medió la *Chinche*—, el carro así como está va a ser tan de a sombrero, tan pura riata, que quién se va a estar fijando en la

anatomía.

La objeción *pumúnica* perdióse en un coro de voces que aprobaban los proyectos de las dos primeras carrozas: “Los horrores del cristianismo” y “Los galillos”.

En el de “Los horrores del cristianismo”, los muñecos que representaban tales horrores, no podían ser más reales. Uno de éstos era el prototipo del terrateniente vernáculo.

Troyano Montemayor y *Choloj* Tantanis cruzaron una mirada.

El terrateniente respondía con tal verismo a una cara conocida, y para ellos tan familiar, que no cabía equivocación. Para Troyo, porque era la cara de su tío, Ramón Montemayor y Gual, famoso por su crueldad con los peones de sus fincas y haciendas, en las que tenía cárceles y cepos ideados por un cocinero chino que tuvo a su servicio, y por el uso y abuso que hacía del derecho de pernada, no al estilo antiguo de sólo poner el señor la pierna en el lecho de la desposada, sino a “sangre y huevo”, como fanfarroneaba él mismo procazmente, a sangre y fuego, y sin derecho a pataleo. Y para *Choloj* Tantanis, porque, además de ser íntimo amigo de Montemayor, enamoraba a Ana Julia, hermana de éste, una chiquilla delgadísima como una hoja de papel biblia, de piel muy blanca, muy blanca, bien que en lo clorótico y delgado de la niña no había que fijarse, pues su mamá, madre de Montemayores, ahora gorda como una ceiba, fue un hilo, como ahora la esquelética Ana Julia.

—Y qué tapas esos de farmacia que no vinieron —comentó la *Chinche*—, a saber qué les pasó, no sabrían que era aquí.

—¿Qué les pasó?— alzó la cabeza *Pan*, retocaba uno de sus dibujos con un “faber” amarillo de punta criminal—, se quedaron en “Los Siete Mares” bebiendo cerveza.

—¡Me caches!... —terció *Pumusfundas*—, ya éstos se mamaron... —hablaba como reabsorbiendo las palabras, el brazo largo como un compás, geometrizando para alcanzarse a rascar abajo de la nuca, para después en una ligera risa, más saliva que risa, mostrar un colmillo con una rebanadita de oro.

—Hay que ir a ver si están todavía allí en “Los Siete Mares” —propuso la *Chinche*, mientras arrebatava los dibujos de las manos de *Pan* y de otras manos que volaron para apropiárselos.

—¿Se nombra una comisión? —preguntó *Choloj*, en medio de la risa general que despertó su propuesta.

—Se nombra... —siguieron riendo—, pero antes que nada hay que pedir un trago... —se alzó de entre las voces y las carcajadas la voz ronca de *Pan*, pronto a pedir que se repitiera, a cuenta de los fondos del Honorable Comité, la vuelta de tragos y cervezas.

—Quedan nombrados *Pumusfundas* y la *Chinche* para pasar *ipso facto* a “Los Siete Mares”, a inspeccionar en qué estado de etilicidad, correspondiente a escala zoológica, se encuentran los compañeros de farmacia, y si están potables y no han

bajado de la celsitud del hermano cerdo, requerirles para que en el término de la distancia hagan acto de presencia en esta primera sesión del Honorable Comité.

La voz de *Chocochoque* se perdió en el alboroto de todos los que abandonaban sus asientos, caían sillas, ceniceros, escupideras, para arrebatarse de las bandejas los vasos de cerveza y las copas de “amancebado”, especialidad del “El Quitituy”, quitapesares que entra suave y se sube *ipso tacto*, de sólo tocar la copa, como podía comprobarse por el adormecimiento de dos deudos que se pusieron los zapatos para traer su muerto al cementerio, ellos dos solos desde muy lejos, y ahora, lloraban por los pies, al secarse el agua de las ampollas que les hicieron los zapatos. Ellos dos solos, sin acompañamiento ni coronas. Uno frente a otro. La cortesía de la indiferencia. No verse. No hablarse. Pero estar atentos, para repetir los gestos del levantar la copa y bebería. Lo hacía uno y el compañero repetía cada movimiento, como una imagen en un espejo. Y si era el otro, lo mismo. Levantar la copa, apurarla de una vez, hasta ver a Dios, nada de sorbos, o sacar un cigarrillo, prenderlo, soltar el humo, suspirar, sentir que los pies le lloraban agua de ampollas que tiene el mismo color de las lágrimas.

—Ve, vos, *Pan*, ¿por qué la tenés con mi tío Ramón? —tiró de un brazo al dibujante, Troyano Montemayor.— ¿Qué te ha hecho, quisiera saber yo, o dirés vos que no me di cuenta de quién es el latifundista de tu dibujo?

—No es que la tenga con tu tío ni cosa que se le parezca, pero como, viejo, se trata de una carroza que se va a pasear por las calles de la capital, hay que poner gente conocida. La popularidad se paga, amigo, tiene sus inconvenientes. Tu tío Ramón es el más popular de los finqueros de la Zona Reina, la más rica de la República, porque pertenece al Club, porque juega al golf, porque en cada bar de los mejores de la ciudad tiene cuenta, porque es solterón, cazador simpático y apolítico...

—Los del “Honorable Comité”—intervino la *Chinche*, apoyado por *Chocochoque* —, no tienen parientes ni amigos, sino qué, sería imposible, que porque uno del comité es amigo de fulano, que porque otro del comité es pariente de mengano...

—Y si no se pone gente conocida, qué gracia tiene... —agregó *Chocochoque*, llevándose la mano a la frente, para subirse el pelo, mientras con la otra esgrimía el dibujo de la carroza de “Los horrores del cristianismo”.

—Es lo que yo digo, si porque don Ramón es tío de éste o amigote de aquél... —adujo *Pumusfundas*, bajando y subiendo por la ternilla de la nariz torcida, afilada y huesosa, el pulgar y el índice en forma de pinzas. Luego añadió, enfático—: y déjense de discutir babosadas. Mejor saludar a esos dos pobres que vinieron con su muerto a cuentas, a saber desde dónde, solos con ellos.

—Sí, muchachos, muy bien pensado —saltó *Chocochoque*—; hay que darles el más cumplido pésame.

—Hay que darles un trago, qué saludo ni pésame —intervino *Choloj Tantanis*, y seguido de *Pan* se aproximaron a los deudos que ahora frente a la copa vacía, un poco asustados, la muerte siempre asusta un poco, descansaban del viaje y de la carga.

—Pero no les van a dar el trago así no más, que alguien se los ofrezca, que

alguien les diga unas cuantas palabras —propuso la *Chinche*, y por señas, entre serio y sonriente, aconsejaba a *Pan* que empujase a *Choloj* para que hablara...

—Sí, vos, *Choloj*, deciles alguna cosa... pobres... —insinuó *Pan* haciendo casi pucheros para no reírse a carcajadas. La debilidad de *Choloj* era hacer discursos.

—¡Héroes cotidianos y anónimos... —empezó Tantanis, dirigiéndose en tono de arenga a los desconocidos, mientras Troyo Montemayor ordenaba dos “amancebados” dobles para aquéllos, y una vuelta más de “amancebados” sencillos y cervezas para los del “Honorable Comité”, y algunos panes rellenos con carne, gallina, queso, sardinas.

—¡Héroes cotidianos y anónimos... —le entró de nuevo *Choloj*—, jamás condecorados, jamás aclamados, os saludamos...! ¡Héroes son aquí los que tienen muerta el alma y se uniforman todavía... o esos personajotes de leva que ya son sólo una sombra... una sola... una sola sombra larga... o los que de las estatuas ecuestres o los caballos de las estatuas... sin que haya quien se fije, quien pare mientes en los héroes anónimos que pasan cargando su muerto, envuelto en un petate y metido entre cuatro tablas...

—*Choloj* ya lo tomó en serio —codeó *Pumusfundas* a Monte mayor—, pero como va a ser tu cuñado...

—¡Ni es ni va a ser! —respingó Troyano.

—Pero es tu amigo íntimo...

—Eso cambia...

La *Chinche* inició una canción que todos corearon:

En un petate, capitán...

en un petate, capitán...

llevan la patria a donde van,

los militares, capitán...

los magistrados, capitán...

los medicuchos, capitán...

los diputados, capitán...

los comerciantes, capitán...

los sacerdotes, capitán...

los abogados, capitán...

los ricos-homes, capitán...

llevan la patria a donde van...

van a enterrarla, capitán...

en un petate, capitán...

¡en un petate, capitán...!

Salieron atropelladamente, gárrulos, alborotadores, retozones, atronados, por el largo corredor convertido en túnel de plantas ornamentales, y cuando no la tenían con el sombrero de paja de *Chochique*, blanco como una tartarita, que éste defendía, terminó con el sombrero abrazado sobre su pecho, lanzando puntapiés para que nadie

se le acercara; la tenían con la pipa de Montemayor, que el muy pretencioso mantenía en la boca, mordiéndola fuertemente con los dientes —alguien se la arrancó y la pipa fue de mano en mano en pasajuego y escondite—; la tenían contra la chaqueta cuta de la *Chinche*, que a turno le tiraban, al menor descuido, como para alargársela.

En “El Quitituy” quedaron, otra vez solos con su ánima, los que habían llegado con su muerto, frente a frente, con las copas dobles de licor llenas, pues ni tiempo les dieron de decir “quitituy”.

—¿Para cuándo reunión? —preguntó *Pan*.— Hay que avisarles a los otros con tiempo...

—Pero propongo que nos reunamos en otra parte —argumentó *Pumusfundas*—; si no, se vuelve relajo...

—Y vos —preguntó la *Chinche* a *Pumusfundas* al salir a la calle, era tal el calor que parecía que iba a llover—, ¿cómo hiciste para zafarte de esa autopsia?

—No fui; y vos, ¿cómo hiciste?

—Tampoco fui. No nos hubiera dado tiempo, digo yo, para ir al anfiteatro y venir aquí. Y esto era más importante, ¿no te parece? Autopsias hay todos los días, y huelga, viejo, sólo una vez al año...

—Para vos, *Chinche*, que se debía haber dos huelgas al año...

—¡Y tres tal vez! —exclamó aquél, todas las pecas de la cara en su risa, sacudidas, espolvoreadas, luminosos los ojos verdes.— Y al tipo ése como que se lo doblaron por aquí por el cementerio...

—*Pan* —alzó la voz *Pumusfundas*—, ¿estuviste en la autopsia?

—Al comienzo. Ningún problema. Horta...

—¿Se la trizó?

—¿Oiganse al zutuhil éste hablando castilla! —gritó *Pan*, sin parar de reír y repetir—: ¡Se la trizó! ¡Se la trizó! ¡Cómo no, doña Gabriela Mis... tamal!

—Vaya si no... vaya si no... —se detuvo a sacudir su pipa Montemayor, conversando con Tantanis, eran inseparables—, merecido se lo tiene, pero eso no quiere decir, qué tío el tío Ramón, que deba ser él quien represente a los terratenientes en la carroza de “Los horrores del cristianismo”. ¿Por qué no ponen a los Darien, al marqués de Troncogilá, a los Loring, que son peores, dado que el tío Ramón todo tendrá, menos el trampearles los jornales a los peones? ¿No te parece? Que pongan a otro.

—Hay que parlamentarle a *Pan* —opinó Tantanis—, pero no aquí; si él quiere, lo quita, aunque lo dudo, tiene el exacto carácter de una vieja solterona, no sé si te has fijado...

—No por mí, vos comprendés. A mí personalmente me viene muy flojo ni por él, menos que menos bien ganada se tiene la fama; por las muchachas, por mis hermanas, y mamá que también se disgustaría.

Tantanis pensaba en Ana Julia, pensaba siempre en ella, delgada como una hoja de papel biblia y muy blanca, muy blanca.

Se bajaron del andén. Un grupo de gente formaba rueda al lugar en que cayó el matado anoche. Pocitos de sangre en el suelo y salpicaduras rojas en la pared.

Cerca y lejos se oían todavía las voces de los del “Honorable Comité” que se alejaban cantando. La *Chinche*, *Pumusfundas*, *Chocochique*, *Pan* y los delegados de farmacia, *el Peludo Ramos* y *Chachalaca Mancio*, que echaron raíces en la cervecería “Los Siete Mares”, no por posmas ni por la cerveza ni por el lugar, sino por dos meseras que eran dos confites.

En un petate, capitán...

en un petate, capitán...

¿Huelga o fiesta? Las dos cosas. Huelga en la Universidad durante la Semana Santa y carnaval de los estudiantes el Viernes de Dolores, carnaval de carnavales, amargo, explosivo, mordaz, blasfematorio (escupir al cielo y abrir negras car cajas de luto como si fueran paraguas), carnaval de todos los disfraces y todas las audacias, cara al crimen, cara al fanatismo, cara a la barbarie, la palabra convertida en guillotina, el gesto en mueca de indefenso que bromea por no tener otra arma, la risa estudiantil en carcajada feroz de concubino... ¡abajo las togas, los uniformes, las levitas, las sotanas, los ornamentos, los títulos, las condecoraciones! Toda la mecánica del impropio. Los impropios del Viernes de Dolores como los litúrgicos del Viernes Santo. Echar en cara a todos lo de todos. Sin palabras, a gritos, tal la rabia, a escupidas, tal la mofa, escupidas, rechinantes de dientes y asco, asco, asco... sin eclipses hipócritas de marigargajos, lo obsceno a pabellón desplegado (al principio fue el sexo, y al final será el sexo ecuestre sobre el sexo débil), carnaval con toda la guapería de la denuncia, entre el andar a gatas de la vulgaridad intencional desenfrenada y el granear apocalíptico de la protesta, huelga y carnaval de carnavales, fiesta estudiantil que recordaba aquel Viernes de Dolores en que un tranvía se convirtió en tumba, la luz en sangre, el pavor en risa despiadada ante los poderosos, y los siete puñales de los verdugos se clavaron de nuevo en el corazón de la madre de un estudiante...

VI

Troyano Montemayor y Gual se perdía sudoroso, lengüeteante, la boca seca, en el delirio de la fiebre helada. Apenas dibujados los muebles en la habitación oscura. La suntuosa cama, un biombo chino, un raro espejo de cristal dorado. Si todos los palúdicos del mundo se juntaran hablarían la lengua que él hablaba... el comienzo o el fin del desidioma... Alguien oía. Una sombra inmóvil a la orilla de la cama. Despertarlo. Pero para qué, para ponerle el termómetro... Mejor dejarlo. Seguía hablando dormido:

—... zapatos de cuerno... si... no... si... go su cornihuella, casquiducho, lengüiloso, fursallante... sigo su cornihuella por carmadanes ligeros, rosidorados dinteles, frasidominos verbales, arroscauces, aclámides... —y tras un breve silencio volvía a su delirio—: ... adiestro lastres sabidos... almenas nicotinarias... florilentos pandorales... ajisoles... ajimares... rodulines... pezoncitos... puntas de coral azul... una piedra... la bombilla... cascalia de vidrios... la calle de oro a negro...

Troyano sacaba la cabeza de las sábanas buscando aire, aire... La sombra, parecía una mujer, desclavaba movimientos para taparlo. Nadie está libre de una pulmonía. Con semejante fiebre. Pero ahora tiritaba. El frío del paludismo no le dejaba seguir en su jerigonza. Tastaceo de dientes y palabras incomprensibles:

—... la calle de oro a negro... enredados de flores... grútuas... atenazares... chocasueños... calcalina... zoncito... cal... zoncito... no, no, no... persuasiva... por pemiles... plurisoldarse... acaramelias del oso hormiguero más allá de las hormigas del pubis... Interdeliquio... no, no, no... menos persuasciva... gestos... gargolaciones... no, no, no... el no de las que llevan cuentas lunares... el no de las de la secta calendárica...

Despertó. Abrió los ojos lejanos y antes que le llegara el termómetro a la boca, dormía y hablaba:

—... el olor de sus cabellos... aceite de almendra... y el olor a cal... a pared encalada... no tener otro lecho... sostenerse con las piernas... el lecho vertical... el atrilineo... Pendulación... cuerpos en la noche... la noche de tilinsilin... ¿te acuerdas?...

Despertaba a lo largo de puentes tendidos sobre ríos de vidrio. La naranja es redonda. Pero él estaba metido en una naranja cuadrada, el cuarto de papel naranja, al lado de su cama, su hermana Gabriela, tratando de enjugarle el sudor de la frente y las sienas con una toalla pequeña, mientras le decía:

—Delirabas. Has hablado tanto... no se te entendía nada... —bien que con una sonrisilla intencionada significara Gabriela que lo había entendido todo. Troyano la retiró de mal humor.

—“Oreja”, eso debías ser.

—Eso me saco, por estarme aquí contigo y cuidarte.

—¿Y qué pude haber dicho...?

Gabriela estuvo a punto de soltarle, no lo que había oído, lo deducido de sus palabras. Aquella novia fácil, aquellos más que coloquios callejeros. El escándalo. Y si alguna duda cabía, entre los papeles de Troyano que a sus horas era poeta, descubrió estas estrofas:

Acaso éramos santos, acaso éramos reyes,
acaso éramos buenos, acaso lo sentimos,
obedecemos ambos no sé a qué leyes,
la culpa no fue mía, ni los culpables fuimos...
Sentimos, qué sentimos, un algo acaso extraño,
hicimos un bien grande, o hicimos un gran daño...
Hoy al confesonario de la sombra venimos
a confesarnos ambos, si los culpables fuimos...

Pero Gabriela, que las tenía todas consigo, todas las de su casa, ella llevaba el control y las riendas, porque doña Sofía, su mamá, era medio jerigonza, su hermana Ana Julia romántica hasta las lágrimas y su hermanita menor, idiota, fijando sus ojos en los ojos de Troyano le dijo:

—Hablabas de las mañas que te ha enseñado ese sujeto que molesta a Ana Julia...

—¿*El Cholojero*?

—Y que tú admites, sabiendo su origen, hijo de cholojeros.

—Admito... admito... bien sabes que es compañero mío en la Universidad, compañero mío de ciases...

—Muy bonito...

—Y por qué no le hablas tú a Ana Julia...

—Háblale tú, que eres el varón de la casa...

—No puedo, Grela...

—¿Y por qué no puedes? —endureció la voz Gabriela.— El llamado a hacerlo eres tú...

—No puedo. Es mi compañero, estudiamos juntos, casi siempre andamos juntos y para colmo, y esto es muy en secreto, los dos somos ahora delegados, por la Facultad de Derecho, en el Honorable Comité de la Huelga.

—Y siendo del Comité vas a dejar que saquen al tío Ramón, en la carroza “Los horrores del cristianismo”,

—¿Y de dónde sabes tú eso?

—Un pajarito...

—Qué pajarito... *Cholój* se lo debe de haber contado a Ana Julia y hay que pedirle a esa cara amarrada que no vaya a divulgar. Es una infidencia, no guardar el secreto de lo que se discute en el Comité de la Huelga, y lo peor es que si me acusan a mí, no tendré el cabe de denunciarlo a él, de aclarar que fue Ricardo Tantanis, alias *Cholój*, porque eso implicaría reconocerle una intimidad con mi señorita hermana.

—Y bueno, no hagas tanto escándalo por cosas secundarias...

—Secundarias te parecen a ti...

—Son secundarias —afirmó con el énfasis seco de su voz dura, Gabriela—, si se compara con lo que quieren hacer: sacar al tío Ramón representando a los terratenientes...

—¿Y no es terrateniente?

—Pero hay otros...

—¿Y no explota a los mozos?

—Ya vas con tus ideas. Curioso...

—Lo curioso es que ese *Choloj*, al que detestas, no esté de acuerdo con que saquen al tío Ramón en la carroza...

—¿Qué pasa? ¿Por qué discuten? —preguntó doña Sofía, que había entrado con las medicinas recién compradas en la farmacia.

—Nada, mamá... —contestó Grela, mientras aquél, temeroso, rodaba los ojos por la penumbra de su cuarto de enfermo, hacia las pócimas que su mamá dejaba sobre una mesa.

—Curioso —siguió Grela al salir doña Sofía— que un nieto e hijo de tratantes de caballos peruanos y entrañas de coche, desapruete lo de sacar en esa fantochada al tío Ramón y no esté de acuerdo con el carro en que van a poner “Los horrores de los cristianos”, mientras tú, educado en colegios religiosos, de buena familia, con un apellido, Montemayor, casi nada, Montemayor y Gual, esté de acuerdo y acepte la bafa que se quiere hacer de cierta gente. Ah, pero tus ideas... tus ideas...

—Entonces, apruebas las relaciones de Ana Julia y Tantanis...

—Lo que no apruebo es lo de “Los horrores del cristianismo”, guangojada aceptada por ti, en menoscabo de tu familia, de tu clase social, de nosotros... esa imagen que se quiere dar del estado en que viven los peones. Ah, pero tus ideas, tus ideas...

—Lo que te aseguro, Grela, es que el tío Ramón no saldrá en la carroza.

—También Tantanis, qué apellidito, mi Dios, Tantanis, se lo prometió a Ana Julia...

—Ah, ya son de promesas...

—No seas ridículo...

—Y si las va a cumplir, como el juramento que hizo en el Honorable Comité de no decir nada de lo, que allí se está tratando. Y lo peor es que no puedo desenmascararlo, denunciar su felonía por Ana Julia... saldría a bailar mi hermana...

Gabriela guardó silencio, mientras su hermano, ya con el frío de la fiebre palúdica, luchaba por no entrechocar los dientes y decir:

—Falta de hombría... falta de carácter... y eso que se trata de un asunto de broma, de una fiesta estudiantil...

—Eso quisieran ustedes, que nos tragáramos que en toda esa fiesta que hacen no van “tus” ideas... El sarcasmo que hacen de las cosas de la Iglesia, la burla de los símbolos de la patria, el ataque a las familias...

—Pero todo eso en broma...

—En broma... en broma —repitió con cierto retintín de duda, Grela, mientras volvía la mamá con una cuchara a darle la medicina a Troyano.

—Qué conversadores están —comentó la mamá, mientras vaciaba, en la cuchara de sopa, un líquido lechoso, ácido, amargo.

—Hija, alcanza el vaso... ese vaso que está allí, para que tu hermano se enjuague y se le vaya el mal sabor de la medicina.

Y mientras aquél, tras hacer el esfuerzo de tragar el líquido viscoso, tomaba el vaso y se enjuagaba, añadió doña Sofía:

—Cuéntenme, de qué conversaban...

—De la “huelga” —dijo Grela.

—Y es ya el viernes...

—Este viernes... —añadió Troyano.

—No, niño —rectificó Gabriela—; este que viene no es Viernes de Dolores...

—Y papá, cuando fue estudiante, ¿no estuvo en la “huelga”? —inquirió Grela, la voz seca y dura.

—No, hija; en su tiempo no había nada de eso. Todo empezó... aunque creo que sí, que él todavía estaba en la Facultad...

—De agronomía... —rió Troyano.

—No seas pesado, hijo; tu padre estudió Derecho, pero se dedicó a la agricultura. Y creo que todavía estaba en la Facultad, cuando los estudiantes dispusieron que a partir del Viernes de Dolores ya no habría clases, y como no se los concedieron, se declararon en “huelga”, y para festejarlo asaltaron un tranvía, de esos que iban por la novena avenida a la plaza de toros...

—Fue cuando mataron...

—Sí, la policía mató a un estudiante...

—Y la niña quiere —refiriéndose a su hermana— que no hagamos befa de la autoridad, que no nos burlemos de la sociedad...

—A mí, lo que no me pasa de sus “huelgas” es que se burlen de los sacerdotes. Eso es ofender a Dios... Al pobre *Padre*..., sólo porque dicen que tiene muchas casas... —y cambiando el tono de protesta, en vocecita de ternura—, estás sudando, hijo... mejor... mejor... mejor que la medicina te haga sudar... ya mañana, primero Dios, vas a estar bueno...

—Tengo que ir mañana a la Facultad...

—Sólo que el médico lo autorice y ese tal paludismo se lo consiguió esta criatura —añadió doña Sofía, dirigiéndose a su hija—, por terquedad de Ramón. Se había de llevar al muchacho a la cacería o de pesca, qué sé yo, a los pantanos.

—¿Y el tío —inquirió Gabriela—, irá a venir para la Semana Santa?

—No sé, hija. Con él vaya uno a saber. Cuando se oyen en la calle los cascos del caballo se sabe que ya está en casa, pues nunca avisa cuando va a venir, y menos cuando se va a ir. Y cuidado, si viene a medianoche, con que vaya una a levantarse a querer servirle algo, a ver qué se le ofrece. Sin saludar a nadie, sin decir palabra,

agarra su sombrero, se dirige a la puerta de la calle, y tras el puertazo, se oyen los cascos de caballo que se aleja.

—Es raro...

—No, hija; es solterón...

Y si supiera que va a figurar en el carro de los estudiantes con la complicidad de su sobrino, pensó, sin decir palabra, Gabriela, se monta a caballo y no vuelve más... No, hay que evitar, salió ésta del cuarto del enfermo que parecía dormido, la mamá sentada al borde de la cama, le pasaba la mano por la frente, hay que evitar que el tío figure en esa mascarada, y el llamado es Ricardo. Haré que Ana Julia se lo pida. Ricardo, porque con Troyano no hay caso, muy sobrino es de don Ramón Montemayor y Gual, pero no hará nada para que su tío no figure en la carroza de “Los horrores del cristianismo” para no desdecirse de sus “ideas” avanzadas.

Lo que urgía por de pronto, era hacer ver a Ana Julia que si el tío Ramón figuraba en el paseo, el Cholojero ése se cerraba la puerta de la casa para siempre. Pero cómo hablarle, cómo darse por aludida con ella, si lo que sabía lo escuchó escondida detrás de un biombo de la sala, que daba a una ventana, donde Ana Julia, cuando ya todos duermen sale a hablar con Tantanis. Decirle que se lo había contado su hermano era peligroso, pues si Ana Julia se lo chismeaba a Ricardo, éste podía ir al Comité de Huelga y acusar a Troyano de infidencia.

Nada más veloz que el pensamiento. El sonido, la luz, se mueven a velocidades de tortuga comparadas con el pensamiento.

—¡Ana Julia! ¡Ana Julia! ... —fingió buscarla por toda la casa, presa de un tremendo susto — Troyano está delirando... es la fiebre... yo sé que es la fiebre, y no, no puede ser... sabes lo que ha dicho con medias palabras... ¿sabes lo que ha dicho? ... No, no puede ser... Dios mío, no puede ser...

Grela se dejó mimar de Ana Julia, la que con su mano le dio unos tragos de agua para que se calmara.

—¿Sabes lo que dijo? Que al tío Ramón lo van a sacar en una de las carrozas de la Huelga. Y eso sería horrible, Ana Julia, horrible para nosotros, para mamá, para él... O lo diría porque estaba delirando...

—Bueno... —Ana Julia apuró el resto del agua del vaso del que su hermana había tomado dos tragos—, algo de eso hay, pero...

—Pero, qué pero ni qué pero, si hay algo de eso, tenemos que evitarlo.

—E... vi... tar... lo... —silabeó Ana Julia—, hay que hablar francamente con Troyano.

—¿Y cómo le digo que en su delirio...?

—Como me lo estás diciendo a mí, chulada, como me lo estás diciendo a mí, ni más ni menos.

—Le juré a mamá que no le diría nada...

—¿Y mamá oyó?

—Estaba allí conmigo, fue después de darle la medicina, que le subió la fiebre,

empezó a delirar y... ahora está privado... Si conociéramos a alguien...

—Fluvia es bastante amiga de un estudiante de medicina... Pero eso sí, cómo va a ir Fluvia con el recado, sin saber si esa su amistad pertenece a la comisión encargada de las benditas carrozas.

—Ah, ¿hay una comisión?

—Sí, el Comité de Huelga nombra una comisión encargada exclusivamente de las carrozas.

—¿Y en esa comisión no figura algún amigo tuyo?

Ana Julia guardó silencio. Sus pupilas de ámbar oscuro recibieron la rapidísima visita de sus párpados que por dos veces, la última más larga, velaron su visión.

—Creo que sí... que yo tengo un conocido...

—Debes hablarle... pedirle que si puede hacer algo porque el tío Ramón no aparezca, tendrá las puertas de la casa abiertas...

Callaron ambas. Luego añadió Grela:

—De todo esto a Troyano, ni una palabra, ¿me lo juras?

—Por Diosito, chulada, te lo juro.

—Secretos en reunión... —asomó Fluvia.

—Reunión de flores... —se alzó la voz de Ricardo Tantanis, que llegaba a visitar a Troyano, su compañero enfermo.

—Ve, vos —dijo Troyano al sólo entrar Ricardo—, aquello que dijiste de cómo sería mi tumba —doña Sofía, que estaba aún sentada a la orilla de la cama, habría querido lanzarse y teparle la boca a su hijo con la mano, con una almohada, con la toalla, con lo que fuera.

—No, mami, no se alarme..., y tú, Fluvia, dale una silla a Ricardo para que se siente,

—Sí, pero no hables de tumbas —las palabras de doña Sofía y el reclamo que le hizo con los ojos, impidieron que el enfermo insistiera en el tema de su tumba, sin por eso quedarse conforme, no porque quisiera precisamente hablar de la muerte, su madre tenía razón, era lo menos indicado estando él enfermo, sino porque le halagaba lo dicho por su compañero, y en el fondo quería que su gente lo oyera, sobre el monumento que cubriría su huesa: una gran piedra de la que saldrían hombres con antorchas, palas, arados, martillos, yunques, periódicos, espigas, hoces, cadenas rotas... “sus ideas”... “sus ideas”, como diría Grela.

—¿Y qué tal? —inquirió Fluvia—, ¿qué preparativos se hacen para la huelga?

—Ricardo traerá noticias —adelantó Troyano.

—Ninguna. Sé lo que todos saben...

—Lo que los del Honorable Comité, saben —recalcó Fluvia fijando los ojos en Ricardo.

—Absolutamente. Y es más, Fluvia. Otros años he tenido amigos entre los del Honorable Comité, pero este año ni sé quiénes son. Que se los diga Troyano... —y señaló al enfermo.

—Entre la gente se habla mucho...

—Entre la gente —cortó la mamá, quitándole la palabra a Fluvia—, los muchachos... los muchachos y las muchachas que hablan, que será así, que será asá...

—No, mamá. Mis profesores no son muchachos, y los he oído discutir sobre la huelga, la llaman así, pero más bien es un paseo de carnaval.

—Hasta allí no más —intervino Troyano—, ¿verdad, vos? —volvióse a Ricardo—, porque el carnaval es una tontería, siempre es una tontería, y la huelga no...

—Bueno —dijo doña Sofía—, los jóvenes tendrán que hablar; la visita no es para nosotras, sino para el enfermo...

—Para el enfermito... —subrayó al salir detrás de su mamá, Fluvia.

Al quedar solos, Troyano le hizo señas de que callara a Ricardo. Se llevó el índice a los labios.

—Cerraré la puerta, bien cerrada —le dijo después de un momento— y acercáte, el paludismo no se pega... sentáte aquí a la orilla de la cama... no hay que hablar en voz alta, porque las mujeres por siempre han de ser... Vos no tenés hermanas, pero yo, viejo, tengo tres, y qué tercio, cada una a cuál más curiosa. Todo lo de la huelga lo quieren saber, todo lo preguntan... ¿Qué novedades hay en el Comité?

—Lo de la “canción de guerra” de los estudiantes...

—Ah, no. Contá.

—*Pumusfundas* y la *Chinche* andan en ésas. Vos los conocés y se saldrán con las tuyas.

—¿Una canción de guerra...?

—Sí, un himno.

—¡Bravo! ¡Me gusta la idea!

—Y se cantará este año al subir al asta la bandera de la huelga, si hay tiempo.

—Y lo de las carrozas, vos, en qué quedó...

—Se nombró la comisión. Estoy en ella...

—¿Y a mí en qué comisión me pusieron?

—En la de recoger plata, viejo, para eso sos pistudo, y amigo de todos los ricos. Lo cierto, vos, es que no podés seguir enfermo.

—Mañana me pienso vestir. Y no he podido ni *remachar*, allí estaban los códigos sin tocar, ese horrible Código Militar. La maldición gitana, viejo: Que te *enferme* de *paludis*, y que tenga que *etudiá* el Código *Militá*...

Ricardo encendió un cigarrillo.

—No te doy, porque vos fumás fino.

—Tengo aquí, gracias. Lo que me podés dar es fuego... —y en tono desesperado—, no tener acción ni para prender un fósforo, para raspar un fósforo en la cajetilla, me ca...ches...

—Si querés te deajo mi encendedor, aunque no te conviene fumar.

—¿A quiénes has visto? ¿Qué se dice? ¿Qué hay en la calle? Lo que quiero saber

es quiénes forman las comisiones.

—Puros animales, viejo. Vos te reís, pero no es así. Todo el mundo zoológico. En la de adorno, quedaron el *Mono Escobar*, la *Gata Sagastume*, el *Sapo Leal*, el *Chompipe Lario* y no sé quién más.

Troyano rió, repitiendo mientras reía.

—Mono... gata... sapo... chompipe...

—En la comisión de conseguir “guaro”, el santo “guaro” y la pólvora, el *Pizote Morales*, el *Sope Estévez*, el *Pájaro López*, el *Caballón Pérez*, el *Micoleón Benítez*; amigos de los “guareros”.

—¿Y no pusieron al *Culebrón*?

—Cómo no, insustituible, pues es amigo de todos los coheteros. Y en la comisión de la cerveza se buscó un par de *cachurecos*.

—Sí, porque tienen que llegar a la fábrica rezando el rosario.

—Cierto, rezando el rosario y golpeándose el pecho.

—¿Y para redactar el “No nos tientes”?

—En la comisión ésa quedaste vos, estás en dos comisiones, con el *Bolo Valle*, *Moyas*, la *Pulga* y...

—Bueno, así se frena un poco a los de Medicina, viejo. Como viven entre órganos, pústulas, diarreas, purgaciones, escriben cada barbaridad...

—Pero tiene gracia.

—¿Y los de Farmacia?

—Trabajando en todas las comisiones. Me voy, tratá de componerte vos.

—¿Y quiénes más están en la comisión de las carrozas? Me interesa por lo de mi tío...

—Estoy yo... adelante el burro, ¿verdad, vos? Yo, *Pan*, la *Mixca*, el *Guamaco*, el *Charro*...

—Y *Pan* insiste en poner al tío Ramón...

—Insiste...

—¿Y los otros? ¿Les hablaste...?

—No. Tengo otro plan. Mañana te cuento...

A lo lejos se oyó la voz de Ana Julia. La voz y la risa.

Acababa de entrar de la calle. Asaltada por sus hermanas repartía los paquetes de compras. Medias, un perfume, polvos, bombones y un secreto... que por la forma de la caja se descubrió en seguida... una corbata...

—¿Para el enfermo? —le preguntó Grela.

—Sí —contestó Ana Julia con cierto disgusto, su intención era otra, adelantarle el regalo de la corbata a Ricardo, para sus estrenos de Semana Santa, y así poderle pedir lo del tío. Viva e inteligente reaccionó en el acto.

—Es para Troyano, pero quiero que opine Ricardo. Las mujeres, dígame lo que se diga, tenemos mejor gusto que los hombres para elegir las corbatas.

—¿Y por eso se les dio el voto...? —dijo el enfermo.

¿Alcanzó Ricardo que Julia al pedirle su opinión le daba a entender que había comprado la corbata para él y que asaltada por sus hermanas, al sólo entrar de la calle, tuvo que declarar, en tan terrible aduana, que la corbata era para su hermano?

VII

—Y no era que este año no querías que pusiéramos el Judas... —gangueó el viejo Tantanis, urgido por los reclamos de su hijo.

—Se entra la Semana Santa, papá —le decía éste, apremiándolo—, se entra la Semana Santa, y no se llama al resbaloso ése que hace los Judas...

—La que estaba de pesar era tu madre, desde que me pediste a principio de año que por andar muy adelantado en tus estudios de abogacía, por ser ya casi abogado, dejáramos la costumbre de poner Judas en la puerta del negocio, pues te ocasionaba muchas burlas de tus compañeros, disgustos con tus relaciones sociales...

—En fin, que no convenía... —cortó el ganguear de su marido, la madre que paseaba sus dedos en abanico por la pelambre de un gato negro, sentada en una mecedora, frente a una ventana, mientras caía el sol de la tarde.

—Y por eso no se le habló al encargado de hacer el muñeco como todos los años.

—No se le habló, pero ya vino dos veces, dos veces ha venido a preguntar si hace o no hace el Judas —aclaró la madre.

—Bueno, ahora, Ricardo, quiere que se ponga, que mandemos a hacer el muñeco y que lo coloquemos en la puerta del negocio. Vaya uno a entender a los hijos. Un día es una cosa, y otro día, otra... —y luego de una corta pausa, en la que el viejo sacó el pañuelo y estuvo por estornudar, agregó:

—Aaaaa... —no estornudó—, tu mamá le das una gran alegría. Estaba de pésame... ¿verdad que estabas de pésame?...

—Ya yo de pésame por Judas... andá a freír niguas...

—Te vi llorar...

—¿Llorar?

—Sí, llorar por el muñeco que, para ti, más que Judas Iscariote, es una tradición de tu familia, de tus padres, abuelos...

—No sé cómo explicar; pero, la verdad... no, hijo, no lo creas, de vieja una llora por todo...

—Los grandes dramas en los pequeños vasos de agua —gangueó el papá de Ricardo.— Tu madre, aunque diga que no, soltó sus lagrimitas al saber que te oponías a que se pusiera el Judas, porque decía...

—Decía... decía... no inventés, ve, no inventés. Lo único que yo dije fue que se moría algo de la casa, y eso me daba tristeza. En esta casa, desde que yo era muy pequeña, y antes de nacer yo, la gran tradición era el Judas del Sábado de Gloria. A los del pueblo qué otra cosa les queda...

—Oler pedos en las procesiones —gangueó por lo bajo el viejo.

—¡Severo!... —le llamó la atención ella, y siguió—: Los como nosotros, mis abuelos, mis padres, mis hermanos, por no ser gente encopetada no podían permitirse el lujo de salir de cucuruchos en las procesiones de la Merced, de la Candelaria, de Santo Domingo.

—Mamá, para qué me das explicaciones. Hay que poner a Judas...

—No, hijo, no es que hay que poner a Judas, porque sí. Debo explicarte que antes no había el revoltijo que hay hoy entre las gentes. Antes cada quien, cada familia, ocupaba el lugar que le correspondía, alegre, conforme. Y a los como nosotros, gente de negocio de venta de carne y entrañas de coche, de cerdo como se dice ahora, nuestro lugar en la Semana Santa, era el del Judas del Sábado de Gloria.

—¿Cómo el del Judas? —se extrañó de aquella afirmación el joven estudiante — ¿No son los ricos, los que poseen, los que tienen, los que besan como Judas todos los días al Maestro, y le dicen: “¡Dios te salve! ...”?

—¡El del Judas! ¡El del Judas! Pero te voy a decir cómo y por qué. Todo tiene su cómo y su porqué, Alguna salida hay que dejarle siempre al rencor popular...

—Válvula de escape, es mejor decir —ganguéó el papá, que fumaba en una pipa.

—Bueno, válvula, como dice Severo. Y esa válvula a la protesta más íntima de nuestra gente, de la gente de nuestra clase, era el poner a Judas vestido siempre como persona principal: como doctor, magistrado, ministro, ricachón, que se entiende. Y esta casa, hijo, era una de las de esas pequeñas reivindicaciones. Por eso me daba tristeza que se perdiera la tradición, que este Sábado de Gloria no hubiera Judas en el techo de la casa de los Tantanis Cimborio, que si por tu señor padre somos Tantanis, por mí, Cimborio.

—Pues no se perderá, madre. Hay que llamar lo antes posible al que lo hace todos los años, lo antes posible.

—Sí,... sí, ahora mismito le mando recado. Para él también era un pesar muy grande quedarse este año sin hacer el muñeco.

—Que venga y hable conmigo...

—¡Cómo va a ser eso! Se le da la orden como todos los años y él se las arregla, sin necesidad de molestarte, hijo.

—No, mamá, que hable conmigo...

—Este Ricardo lo que quiere —ganguéó el papá— es un Judas parecido a alguno de los profesores... ya me lo veo venir... como los muñecos que sacan en las carrozas de la huelga.

—Eso sí que no —protestó la madre—, ¡jamás... jamás...! el Judas que figuró siempre en nuestra casa, como buen ricachón se parecía a todos, pero a ninguno en particular. Perdería la gracia, y se convertiría en un ataque personal, el que Judas representara a un profesor,

—Son cosas que se le ponen a mí papá —rió Ricardo—, y usted que le hace caso. Pensé que realmente iba a entristecerse el barrio si no se ponía a Judas, y que de mi parte era una cobardía.

—Me gusta que lo reconozcas, muchacho —bajó la cabeza antes de alzarla, para seguir, el papá—; para mí, era feo decírtelo, pero tu actitud resultaba más que cobarde, acomodaticia.

—Bueno, también...

—No, Crisanta, no hay “bueno” ni “también” que valgan. Que porque no digan hacer o dejar de hacer las cosas, uno, es querer quedar bien para no quedar mal...

—Así son siempre, Severo, tus explicaciones. No explicas nada.

—No discutan, por Dios. Papá se sulfura, y déjelo, mamá, que yo sé, entiendo lo que quiere decir. Suprimir el Judas de la casa de los Cimborio era una claudicación.

—¡Bravo! —aplaudió el viejo, y por aplaudir se le cayó la pipa y se hizo pedazos.

Casi se arrodilla para recogerla. Consideraba los años, muchísimos años, que aquella pipa acompañó sus horas.

—Te compraré una nueva, papá...

—Tiene muchas, no vayas a gastar tu dinero en eso —refunfuñó la mamá—, y las pipas nuevas no le gustan. Además, le hace mal fumar tanto...

—Razones que no son razones para que mi hijo no me regale una pipa.

—Ahora se trata, Severo, de buscar al que hace los Judas. Dios quiera que no esté muy comprometido. El pobre se fue como golpeando, el día que vino por segunda o tercera vez, y tu papá le dijo que este año no íbamos a poner...

—Y no por sentimental —gangueó el viejo, ya con los pedazos de la pipa en la mano—, sino por lo que se le paga, que no es tan poco.

—Feliz se va a poner el pobre —adujo doña Crisanta— cuando sepa que en casa de los Cimborio no cortamos la tradición...

—Y puede que por eso haga este año un Judas que nos permita lucimos. Ultimamente hacía unos muñecos tan deformes...

—Para ridiculizar mejor al traidor...

—Ridiculizar, ridiculizar... Es que ya no les daba ni forma humana, había perdido los papeles...

—Hablaré con él —dijo Ricardo— y le pediré que sea un Judas flamante...

—Parecido a uno de tus profesores...

—No, papá, juro que no...

Se interpuso doña Crisanta:

—Yo ya dije que eso de personalizar sería faltar a la tradición, y entonces mejor no ponerlo. El muñeco debe ser de tal manera que cada quien le halle parecido al ricacho con quien la tenga, porque le caiga mal, porque le deba algo... sin por eso parecerse a ninguno...

—Judas, para ser Judas, debe parecerse a todos éstos sin parecerse a ninguno... —recalcó don Severo.— Así lo oí decir muy recién casado con tu madre, en una discusión muy semejante, que tuvo mi suegro con uno de sus hermanos. Y qué te cuento... —rió el viejo con risa pegada a los dientes pintados de amarillo, por la nicotina, dientes color de su pipa, de sus pipas—, al principio, como yo no era de aquí, venía de vez en cuando a vender caballos desde el Perú, nací y crecí libre y feliz envuelto en el rumor del Urubamba, creí que todo eso de Judas lo decía por mí indirectamente. Resultaba incomprensible que personas tan afanadas en los quehaceres materiales, tan pegados a su duro oficio de matar cerdos, y trabajar

carnes, entrañas, tripas, aún se empeñaran en aquellas negras discusiones sobre Judas.

—Mejor te hubieras quedado en tu Urubamba.

—¿Y yo, mamá? —saltó Ricardo.

—¿Vosss...? —rió la mamá recreándose en su hijo.

—El destino. Dos veces estuve con mi mercancía, caballos de pura sangre, a punto de naufragar en el Pacífico. Una vez frente a Panamá, y otra ya llegado al golfo de Fonseca. Desde entonces cada vez que veo una montaña, un volcán, me parecen pequeños. Las olas que subían y caían sobre el barco en que todos esperábamos la muerte, eran diez veces más grandes. Y aquellas inmensas olas, altísimas, se me quedaron en los ojos, desproporcionándome el concepto de medida. Para mí las catedrales, los grandes edificios resultan hormiguitas.

—Grandes sólo tus pipas...

—Pero con otro sentido de tamañitud, como se dirá. Poco a poco se siente, se va sintiendo, que la pipa es más grande que la mano, y uno trata por eso de abarcarla, de pasarle los dedos alrededor, para no dejarle seguir creciendo. Pero la pipa crece y crece, y hay momentos en que uno baja el brazo bajo su peso, es ya tan grande, abarca tanto espacio...

—Voy a decir —se levantó doña Crisanta de la silla de balancín en que estaba, tras espantar al gato y sacudirse con las dos manos la blusa y la falda, para botarse los pelos del animal—, voy a decir en el negocio, que si viene a buscamos el azurumbado ese que hace los Judas, le digan que queremos hablar con él. Son capaces que le dicen que no estamos...

Y al punto volvió:

—Qué les decía yo. Ya le habían dicho en el negocio que no estábamos. Por fortuna salí. Ah, es que si una no se mueve... —volvió a ver a su marido. —Bueno, aquí está...

—Buenas, muy buenas... —saludó el “hacedor de traidores” entrando, el sombrero tomado con las dos manos, al final de sus brazos, de sus dedos, a la altura de las rodillas.

—Adelante, Matisano, cómo van las cosas —le respondió don Severo.

—Van, señor..., van...

—¿Te dijo la patrona que seguimos fieles a Judas?

—Andá por allá, cómo iba a decirle eso.

—Mamá... —terció Ricardo, molesto por ese tiquismiquis que mantenían sus padres, y que no lo ocultaban ni ante personas extrañas.

—Sí, me dijo la señora que, como todos los años, debo fabricarles el muñeco. Y que lo quieren muy bueno, muy representativo... sólo que si es así, me lo van a tener que pagar más caro, porque los materiales han subido...

—Los materiales, mentiroso —dijo doña Crisanta, recogiendo sus faldas, para sentarse nuevamente en la mecedora, donde ni bien se arrellanó saltó el gato a su regazo—, los materiales, ropas viejas...

—Ropas viejas... no crea, doña, no crea. Se aprovecha algo, pero la tela con la que se hace el muñeco, la paja para rellenarlo, los colores para pintarle las cejas, las pestañas, las chapas, los labios, y el pelo bermejo de la peluca... cada vez están más caros.

—¿Y por qué no le dan unas ropas de papá, que andan por ahí botadas? —terció Ricardo.

—¡Jamás... —saltó doña Crisanta que casi se lleva pegada en el trasero la mecedora, aventando al gato, ya sacudiéndose maquinalmente, para quitarse los pelos del animal de su blusa y su falda—, acabaría tu padre más trastornado de lo que está...!

—¿Trastornado?

—Cállate, ve, cállate. Cuando se empiezan a hacer recuerdos de infancia o juventud, que fui feliz junto al Urubamba, que en Lima viví mis mejores años, que los caballos, que en el Pacífico, que la tempestad, que las olas... se ha perdido la cabeza... el recuerdo para mí es una forma de locura inofensiva, apacible...

—Menos mal, ¿verdad, papá? —rió Ricardo.—Pero, mamá, cómo es eso de no poder darse la ropa vieja para vestir a Judas.

—Hubo un caso. Los herreros Mancilla, hombres todos muy guapos de por las calles de la Estación, dicen que eran hijos de gitanos con mujeres de aquí, dispusieron poner Judas en su casa, y sin saber las creencias...

—Infundios—ganguéó don Severo.

—Sin saber lo que es, porque la creencia popular es lo que es, y no lo que se enseña en los libros, o se aprende en la escuela, dieron algunas de las prendas de ropa que ellos ya no usaban, para que les hicieran el Judas, y a partir de aquel Sábado de Gloria, empezaron a beber aguardiente, y nadie los paró...

—Por eso, doña Crisanta, debe ir uno a recoger la ropa vieja al fondo de los basureros, de noche y con una candela negra. Nada de candela blanca. Yo tengo mi candela negra... Y no sólo para recoger la ropa sirve la candela. Como hay que trabajar, ya cuando se le da forma al muñeco, de noche, pues la lumbre se hace con candela de luto. Sería pecado, profanación, alumbrarse haciendo a Judas con candelas del mismo color que las que se prenden a Dios.

—Todo un arte —acotó Ricardo.

—Toda una magia... —dijo el “hacedor de traidores”, acentuando la “a” de magia.

—Quisiera verlo. Debe ser curioso.

—Bastante. Con decirle, joven, que el engrudo que se usa no es tampoco blanco. Se tiñe de verde, se le llama, entre los del oficio, “engrudo de sapo” o “engrudo de Judas”. Y la aguja con que se cose, pierde su imantación...

—No entiendo —dijo Ricardo.

—Su imantación... cómo explicarle...

—Su imantación, se entiende —cortó el papá, echándole una mirada a su hijo,

para que no insistiera.

—Todo eso quisiera verlo...

—La candela negra, el engrudo negro, la aguja, todo se lo puedo enseñar. Pero cuando me encierro a hacer el muñeco, debo estar yo solo. En mi casa, al lado de mi cuarto hay un patiecito muy pequeño, de paredes muy altas, más parece una celda, un calabozo, sin ventanas. Nada, los muros, el piso y el techo. Se entra por una puertecita. Pues allí me escondo, para hacer el muñeco.

—Si mi hijo pudiera ver...

—No, doña, no. Se torcería él, Dios guarde, y me torcería yo. Allá donde yo vivo...

—¿Dónde vive? —preguntó Ricardo.

—Calle de la Pila Seca, número dos..., al sólo empezar la calle, allí estoy.

—Queremos —dijo don Severo— un Judas...

—Siempre te parecerá pequeño, mi alma —le cortó doña Crisanta—, pues desde que vistes aquellas olotas...

—Mamá... —volvió Ricardo sobre la carga, para evitar estas constantes fricciones.

—Por mi buen nombre queda hacerles un muñeco grande, que se alcance a ver de todas partes, que no se lo coma el aire...

—Cómo es eso de que no se lo coma el aire. Este hombre es un costal de brujerías...

—Las esculturas, mujer, cuando no son de interior...

—Sí, el señor dice lo que es. Para que el aire no se coma la figura del muñeco, le exagero la nariz, le hago un narizón de cuarta y media, unas orejetas de cacerola, una bocota de hamaca colgada de oreja a oreja, y los dientes mascarudos...

—Y a nosotros, ¿por qué no nos come el aire?

—Nos come, doña Crisanta, nos come. Vea usted a una persona encerrada en un cuarto, y véala después al aire libre, y le parecerá diferente. La cara y la cabeza como chupadas, el cuerpo reducido. Los gordos deberían vivir al aire libre, para no verse tan gordos.

—Y las flacas como yo, encerradas, para no vernos tan esqueléticas... —suspiró doña Crisanta, al tiempo de echarle el brazo sobre los hombros a su hijo, y acercársele—, esquelética, pero tengo quien me engorde de alegría, de gusto...

—Y a mí que me coma Judas...

—No, también a usted, papá...

—Milagros que reclamó, porque él no necesita. Lo engordan sus pipas... sus recuerdos... el Perú... A mí, en cambio, sólo me engorda mi hijo... Fuera de él no sé nada, no quiero nada, no se me antoja nada... En él empiezo y en él acabo... Recuerditos cuando se tiene un muchacho como éste... —se dirigió doña Crisanta a Matisano, antes de iniciarse entre ellos la discusión del precio de su trabajo, del Judas que le habían encargado, regateo en el que don Severo usaba espada, y su esposa,

florete. De cada espadazo, don Severo arrancaba, no rebajas, tajadas enteras al precio que aquél pedía, mientras doña Crisanta aplicaba puntazos electrizantes, para debilitar a la víctima, que al final se veía obligada a aceptar la propuesta que le hacían, que era la mitad del precio original. Matisano fingió disgustarse, recogió su sombrero, hizo como que se iba, llegó hasta la puerta de la habitación alhajada con espejos que llegaban al techo, sobre consolas doradas, alfombras antiguas, estatuas de cazadores con arcos, y de la puerta se volvió a reclamar un pequeño aumento, poca cosa. Ni ellos, ni él. Un pequeño aumento. Los Tantanis-Cimborio hacían oídos sordos, hablando de otros asuntos, como si Matisano no existiera, como si no fuera a ellos a quienes se dirigía. La intervención de Ricardo le ayudó. Se le pagaría lo que pedía. Sus padres lo cruzaron con dos miradas de acero. Pero nada podían contra él, y accedieron a regañadientes. Más no lo que pedía, eso no, sino el pequeño aumento, aceptó Matisano, qué le quedaba, sino ahorcarse, la necesidad ahorca, ahorcarse como Judas.

VIII

¡Tantanis!, apellido de tan tan de campanas del sábado de Judas, se dijo Ricardo Tan...tanis, amargo el pensamiento, al marcharse el que hacía los bíblicos muñecos que las turbas linchaban en los barrios populares, mientras en las iglesias cantaban “Gloria”, renacido el fuego, revivida el agua y echadas a vuelo, vertiginosas, voltejantes, las campanas que volvían de Roma. Coheterías, aleluyas, dianas...

La multitud despedazaba, descuartizaba, hacía añicos a los Judas vestidos de militares o de levita, por todo lo que representaban estos espantapájaros. La explotación del pobre por el rico, el abuso del poderoso contra el indefenso, del verdugo con sus víctimas, del capataz con los peones, del jefe armado hasta los dientes frente al ciudadano que esgrimía las leyes inútiles por no decir ridículas, todo lo que para el pueblo eran formas oscuras de una sola traición, la traición al hombre, la traición a la vida.

¡Tantanis!, apellido de campanario, se repitió Ricardo, amargo el pensamiento, Tantanis y Cimborio, por el lado materno. Tantanis y Cimborio, para que nada le faltara. Tantanis y Cimborio, como decía el sacristán de la iglesia de su infancia, de su niñez con llamas de candelas, de cirios, de lámparas de aceites perfumados y azules, de su adolescencia con lamparones en la cara... tanta santiguadura con los dedos metecosos... Los espectros se persiguen, se castigan, se descascaran unos a otros con las uñas de sueño seco... blasones... heraldos... idilios de bronce y mármol... escudos sepulcrales... hienas de tinieblas vacías, y Arcángeles-Hienos, armados de espadas en forma de zig-zag de rayo...

El que hacía los Judas, hombre con ademanes de frasco de perfume, le agradeció con los ojos el haberle ayudado a que los viejos le pagaran más por su trabajo de artista y artesano, mirada de Angel y de perro que Ricardo devolvió en el entendido de que a partir de aquel momento contaba con él para sus planes: sustituir en la carroza estudiantil, al tío Ramón, por un Judas cualquiera.

Saltando de alegría, tras abrazar y besar a sus padres, sorprendidos de aquellos transportes de amor filial poco frecuentes en su hijo, besar los códigos en que estudiaba, los pilares, las paredes, su plan lo llevaba directamente al corazón de Ana Julia, le abría de par en par las puertas de la residencia de los Montemayor y Gual, aparte de conquistarle la estima y el agradecimiento de gente para quien nadie ni nada contaba fuera de su familia, de sus propiedades, de sus acciones, de sus intereses; saltando de alegría llegó a su cuarto ansioso de que pasara el tiempo, esa tarde tenía una extraña cita fuera de la ciudad, saltando de alegría... en un pie, en dos pies, en dos pies, en un pie, sillas derribadas, rosales deshojados, jaulas como péndulos, perros encadenados a todo ladrar, loros caídos de las estacas, en el suelo, con andar de caballeros con espuelas sobre la tierra redonda; saltando de alegría llegó a su cuarto, a su silla, a su mesa de trabajo, donde le esperaba, abierto, un tomo de “Filosofía del Derecho”. No pudo leer. Un pliego de papel. Debía escribir un artículo

sobre Gandhi, sobre la no-violencia. Tampoco pudo. Si metiera un dedo en el tintero que tenía enfrente, pozo de negrura, y después se lo llevara a los oídos, a los agujeros de los oídos, para convertirse en el Enamorado de los Tímpanos de luto, o más sencillo, se pintara bigotes... ¡Idiota!... Algo tenía que hacer... A los que llevan bigotes negros, muy negros, dan ganas de acercarlos un papel secante y absorberlos, y a las personas de bigotes rubios, furiosamente rubios, un pedazo de papel toilette. Un gusanillo minúsculo cayó de un álbum de pastas viejas. Lo aplastó con el pisapapeles. Pero no era uno. Cientos. Los aplastó a todos con aquel fragmento de cristal de roca, luminoso como el sol. A todos, no. Un ejército de gusanos de cartón carcomido subía por sus dedos, sus manos, sus muñecas, sus brazos a cubrirle la cara, la nariz, los ojos, la cabeza. No los miraba, pero los sentía. Acobardado arrojó las pastas a la canasta, y entonces desde el suelo, por sus zapatos, sus calcetines, sus pantalones subían los gusanos, ¿Engusanado antes de estar muerto como todos los traidores? Fue hacia un imaginario César e hizo el gesto de apuñalarlo por la espalda... Su mano chocó con lo de atrás de su guitarra... chururruin... sonaron las cuerdas... Fue hacia un Jesús imaginario e hizo el gesto de besarlo... Sus labios chocaron con el retrato de Ana Julia... ¡Al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios! se dijo gerundiando, burlándose de “La historia en 20.000 frases célebres”, tomo que tenía a la vista. Ana Julia... ¿Amor?... ¿Interés?... No hay amor sin interés... Ana Julia, cebo para la pesca milagrosa de un lugar en la sociedad encopetada, clientela de campanillas... Judas se ahorcó, no por el remordimiento de haber vendido al Maestro, sino por haberlo vendido tan barato, y Marco Bruto... se quitó la vida por bruto... Pero él no era ni judío, ni romano, y todo eso de judíos y romanos no pasaba de ser pura mascarada en las procesiones y oficios de Semana Santa, pura mascarada, como la huelga, que quién tomaba en serio, los damnificados, los del gobierno, los curas, su futura familia política, si salía en la carroza el tío bribón...

Una ventana de su cuarto daba al jardín-hortaliza de su casa. Lechugas y rosas. Por qué no podían ser las lechugas, grandes rosas verdes, y las rosas pequeñas lechugas perfumadas... Pero no era eso, por definición no era eso lo que le preocupaba ahora. Advertía desde su ventana que no obstante la fortuna gastada en aquellas instalaciones jardineras, carecían de belleza. Al sentimiento de lo bello, del jardín obra de arte, se mezclaban la vulgar hortaliza, los odiosos repollos. A los de su clase, discriminaba, tal confusión de valores, artísticos y utilitarios, no les afectaba, y deleitábase entonces, recordando que en casa de Ana Julia los arriates de flores que abarcaban el patio central de la mansión, eran de un auténtico jardín, sin mezcla de hortalizas.

Ese confuso malestar que lo acompañaba siempre, disgusto por lo que más de cerca, en su casa, le rodeaba, no conseguía borrarlo, admirando, sometiéndose, aceptando servilmente la forma de vivir, de pensar, de sentir, de la gente de Ana Julia, a quien acompañaba a la iglesia, se hincaba junto a ella en el reclinatorio destinado más a las mujeres, a las beatas, y se esforzaba por creer, los ojos entrecerrados, las

manos juntas, ebrio de una irrealidad, de una irrealidad mentalmente forjada, envuelto en el aroma del incienso, sin por eso dejar de olisquear el olor a pelo mojado de Ana Julia.

Una voz en la puerta:

—Lo buscan. Allí lo busca un joven...

—Quién es...

—Seguido viene a la casa, pero no le *sabo* el nombre. Si quiere le digo que entre hasta aquí. O lo paso a la sala...

—Díle que venga a mi cuarto...

—Así le voy a decir, pues. Que venga a su cuarto.

—Esto es vivir en la *bruticia*... Qué sirvientas, Dios mío, qué sirvientas. Mamá las busca feas y brutas...

—Me dejé venir —entró cargado de libros y papeles Alfonso Gantes—, para que hablemos de eso de la “Revista”. Este es el formato definitivo. ¿Qué te parece? Se me figura que está bien, que así puede salir. Un formato cómodo, suficientes páginas, nada costoso. Vos sabés que el primer número, o los dos primeros números tendremos que financiarlos nosotros. La “Revista” después cubrirá sus gastos con las suscripciones y los anuncios.

—¿Y de dónde vamos a pagar nosotros, de dónde telas, si no hay arañas?

—De la “huelga”. De lo que se recoja para los gastos de la “Huelga de Dolores”, hay que apartar algo, una cantidad, lo que sea, pues que eso que todo se ha de gastar en esa mascarada... Y tenés que preparar tu artículo. Ofreciste escribir sobre Gandhi...

—Pero, sentáte, viejo, y no te movás tanto, no te movás tanto...

—Ni me siento, ni me estoy quieto. No puedo. ¿Qué pensás del formato de la revista? Es lo que me interesa, lo que quiero saber.

—A mí me gusta. Es manuable, porque había ese otro proyecto de una revista más grande en papel de porcelana.

—Sale muy caro. Y nuestra revista no es sólo para personas de cierta posición, sino para todos. Pensá que tenemos que inventar un país.

—Pero sentáte...

—No...

—Estáte quieto...

—No... Tenemos que inventar un país. Hacerlo, forjarlo, sacarlo de la nada. Esto no es país ni cosa que se le parezca...

—Y si habláramos de todo eso después de la huelga...

—¡La huelga! ¡La huelga! Querés que te diga una cosa...

—No me digas nada... sentáte... no me digas nada... conozco tu manera de pensar... la sé de memoria... hemos discutido tantas veces... ¿qué querés... que acepte tus opiniones como si fueran el Evangelio de San Gantes, alias “Hormiga Loca”?

—Lo de la revista no te interesa, ¿verdad?

—Sí me interesa, pero, para qué hablar ahora, si dices... al menos así me dijiste la última vez que saldrá después de las vacaciones de Semana Santa... hay tiempo...

—No. El impresor exige. Conseguí un buen taller de imprenta, pero quieren el material anticipado. La revista nos servirá para ir creando el país. Hay que inventar canciones. Un país se crea con canciones y cantos, ahí tenés vos, que no existen entre nosotros. Canciones que no sean de otras partes.

—Los poetas servirán para algo...

—Los poetas, los músicos, los pintores, los escultores, los arquitectos, deben contribuir a formar el país...

—¿Sabés que Troyo está enfermo?

—Sí, pero con esto de la “Revista” no me queda tiempo para hacer visitas, ¿qué es lo que tiene? Pobre, debe estar fregado...

—Un ataque de paludismo. Pero mañana o pasado saldrá a la calle. En la escuela lo podrás ver...

—Sí, le quiero hablar de la “Revista”...

—¡Estáte quieto!

—No puedo...

—¡Sentáte!

—¡No quiero, ya me voy! Tu artículo sobre Gandhi No lo olvides. De cinco o siete cuartillas, a renglón doble. ¿Convenido? Cuento con él...

—¿Y quiénes más van a colaborar en la revista?

—Todos...

—Pero ahora los poetas están ocupados...

—¿En qué? No me digás...

—En componer la letra del himno estudiantil... porque este año se piensa cantar por primera vez la canción de guerra de los estudiantes...

—¿Quiénes están? ¿Quiénes lo están componiendo?

—La idea salió de Medicina, la *Chinche* y *Pumusfundas*, pero el *Bolo Valle*, en el Callejón del Asilo Santa María, y *Moyas*, en el altillo de su casa, que son de Derecho, se arrebatan la palabra, por no decir se arrebatan el verso, apurados por *ChocoChique* y otros que meten también su cuchara, y ya está casi listo. Todo el mundo, viejo, todo el mundo se cree poeta y compone sus estrofas. Veremos lo que sale al final. Hay para tres himnos...

—Y para la revista, nada. Es lo que desanima. Nuestro folklore anda perdido, y ellos son los llamados a recogerlo.

—Esperáme, salgo con vos. ¿Qué fregados estoy haciendo aquí? No puedo ni leer, ni estudiar...

—El artículo sobre Gandhi...

—Voy a ir a ver cómo siguió Troyano. Hoy se iba a levantar de la cama,

—Eso sí que se llama *estar gas*... de la más chiquita, ¿verdad, vos? A mí la que

me gusta es la que se llama Fluvia. ¿Fuvia es o Fluvia? Ahí tenés, *Choloj*, podías hacerme un buen tercio con ella, correrme un buen... tendido, y así...

—Ponés en movimiento la casa...

—Que falta les hace...

—Mis cigarrillos. Los estaba olvidando. ¿Fumás?

—No... Pero te voy a arreglar el cuello del saco, que te quedó levantado.

—Gracias.

Salieron a paso ligero. Blas Pascal, dijo “Hormiga Loca”, andaba siempre de prisa...

—Para Fluvia estás bueno —rió Ricardo—, criatura que todo lo hace que parece que va a llamar a la muerte...

—Lo bueno sería que quisiera trabajar en la Revista...

—¿Trabajar de qué?

—De secretaria. La otra vez leí en el periódico que se había recibido de “Secretaria práctica”.

—Pero ya sabés, viejo, que esos títulos los dan por plata en las Academias...

—¡De las Academias... líbranos, Señor!...

—En las Academias de Mecanografía, sin exigir mucho.

—Mucho ni poco. Por cortesía. Pero te veo preocupado, vos, *Choloj*. Si es púrpura, te jocoteaste, porque no vas a poder beberte ni un trago en la huelga. Y si no es, algo te pasa.

—¡Gandhi...! Tener que hacerte el artículo sobre Gandhi...

—Andá a la misma mierda. No te he puesto la pistola en el pecho. Simplemente, te lo he recordado.

—Sí, hombre, es broma...

—Yo no sé bromear...

—Por eso no te gusta la huelga. Te parece estúpida...

—No me parece estúpida. Hay que ir por partes.

—Vamos por calles... —rió *Choloj*—, sólo que a las calles ya les llames partes, y a las partes, calles... y en ese caso diríamos lo mandé... o me mandó a una mala... calle... o hablando de una mujer mostró su calle, su media calle, en lugar de enseñó sus partes...

—La huelga no me parece estúpida. En esa esquina te dejo. Yo sigo para mi casa. Para mí, y ya me he cansado de gritarlo, no se puede hacer mojiganga...

—Ni se debe...

—Ni se debe, tenés razón... Ni se debe, ni se puede hacer mojiganga de la tragedia nacional. Esta palabra no me gusta, pero la empleo a falta de otra. El que risas siembra, donde debería sembrar protestas, puños airados, lágrimas cosecha... —se quedó como oyendo lo que había dicho, sobre sus ojos los cristales de los anteojos, luminosos por el sol, cortos y separados sus dientes, en una como risa nerviosa—, me voy, porque ya estoy plagiando... eso a saber de quién es... no sé dónde lo leí... —se

alejaba—, si ves a Troyo, saludálo de parte mía, que deseo que siga mejor...

No iba hacia donde los Montemayor. Dobló por una calle cubierta de árboles de fuego, tal parecían todas las ramas, sin hojas, sustituidas éstas por flores púrpuras y amarillas, de un rojo y amarillo tan violentos, que embriagaban la vista. Más adelante se metió entre casas viejas, medio derruidas unas, otras recién pintadas, o edificadas con los adobes o ladrillos de sus paredes, aún sin repellar. Perros, niños entre los perros, aguas sucias, excrementos. A lo lejos, sobre tejados y techos de cinc, grupos de araucarias altísimas. Cada vez más lejano el estruendo de las bocinas de los automóviles.

—Aquella reja —se dijo, al tiempo que bajo su zapato se desmoronaba una piedra terrosa—, aquella reja debe ser. Pero no hay nadie —se aproximó, el oído entre el ruido de las hojas, el palpitar de una fuente escondida, el vuelo de algunos pájaros, el silencio quebradizo.

Una risa contenida, sólo las puntitas de la risa, lo hizo ponerse de puntillas, para alcanzar a ver detrás de una fila de árboles de magnolia. Detrás de la reja estaba. Presa detrás de una reja de troncos de árboles de magnolia. Lo saludó con su pañuelo y vino corriendo, igual que una corza.

—No, no y no...

—Un beso... sólo uno...

Ana Julia detrás de la reja herrumbrada, eran escamosos los barrotes y volutas de metal, puso la cara y la boquita en punta, pero cuando aquél acercaba los labios, se apartó, riendo de lo lindo.

—Mala...

—Malo, usted, don... que va a poner al tío Ramón en la carroza...

—Ya te dije...

—Trátame de usted. Hasta que no pase la huelga y sepa yo que no pusieron a mi tío, no le permito hablarme de “tú”.

—Ya te dije...

—Ya le dije, ¡caramba!

—Bueno... ya le dije... que tengo un plan que no puede fallar y que don Ramón no figurará en “Los crímenes del cristianismo”.

—Y el plan en qué consiste...

—Lo único que te digo...

—Que le digo...

—Que le digo es que el plan no fallará, y no puedo revelar nada más...

—Gracias por la confianza...

—No es desconfianza... —trató él de asirla a través de la verja, pero ella, cuerpecito de avispa, se le escapó.

—¿Y para eso me hizo venir hasta aquí?

—Agradezca. Piense que estoy en retiro, que este ratito con usted me puede costar el infierno. ¿Qué le importa? Incredulote. Si me quisiera de Verdad, me

contaría el plan que dice que tiene...

—Para que se lo fuera a decir a su confesor...

—Ji, ji... —rió Ana Julia—, será cosa de ir a decir. Y déjese de pretextos. Es tan pesado que se va a ir sin contarme su plan.

—Por un beso...

—No puedo besarlo, estoy en retiro...

—Un beso cronometrado...

—Para eso le sirve esa agujota que parece correr a saltos en su reloj...

—Y para cronometrar los tiempos en el gimnasio y campos de juegos atléticos...

Un beso cronometrado, que dure lo que una carrera de cien metros...

—¿Cómo de cien metros? Venirme a decir jetona... lloro...

—Es decir lo que dura una carrera de cien metros planos, carrera de velocidad...

—¿Cuánto dura?

—Minuto y fracción...

Se dejó alcanzar por las manos de Ricardo a través de la reja, y así, ella en sus manos, él en sus ojos, quedaron en silencio. La palpitación de sus senos. Su respiración. Sus respiraciones. Un mosquito los despertó...

—¿Y cuándo acaba el retiro?

—Dentro de cinco días...

—No me dijiste nada...

—No pude. Ayer que estuviste en casa, había pensado meter en la caja de la corbata un papelito diciéndote que me venía a retiro, para prepararme para la Cuaresma. Está conmigo Fluvia.

—Díle a Fluvia que hay un estudiante perdidamente enamorado de ella...

—¿Quién...? Otro misterio... Y no tenías por qué guardar el secreto del plan para ro...

—Ya estás hablando, mejor no te hubiera revelado mi plan.

—Bueno, para robarte de la carroza al muñeco que representará al tío Ramón...

—Pero no hay que decirlo, por Dios...

—Es a ti a quien te lo estoy diciendo...

—Ni a mí... y robármelo, si puedo, ¿eh?

—Querer es poder...

—No siempre. Si puedo, me robo el muñeco. Necesito algún cómplice.

—Ese que está enamorado de Fluvia... o creará que Fluvia lo va a aceptar, sabiendo que es estudiante, si sacan al tío Ramón.

—Chantaje. Eso se llama chantaje.

—Y cómo se llama el beso cronometrado...

—Además, con el enamorado de Fluvia no se cuenta. No le gusta la huelga, no es partidario. Participa, va, está, pero no mueve un dedo...

—¿Lo conozco?

—Sí. Es aquel muchacho de anteojos que se acercó a hablarme, y al que yo

quería, ¿te acuerdas, fue en la puerta de la librería que está frente al Instituto?, quitarle de la mano un ejemplar de...

—Ah, sí, una revista que me dijiste que no era de modas...

—La “Revista de Occidente”...

—¿Y por qué no se mete en la huelga? ¿Por qué no le gusta? Un inconveniente, porque Fluvia es “huelguera”, se entusiasma con todo lo de la “huelga”, compra el “No nos tientes”, se lo aprende de memoria, va al paseo, discute con mamá... con mi hermano...

—Porque, según él, y aquí sí que cada quien con sus ideas... la fiesta estudiantil trata en broma lo que no es broma, convierte en figuras de carnaval a los peores esbirros, a los ladrones públicos, a las bestias inhumanas que nos gobiernan...

—El quisiera una huelga seria...

—No. Una revolución francesa... un pedazo de la Revolución Francesa es lo único que pide...

—Qué bárbaro. Una monja que nos cuida aquí en el retiro, es francesa, y nos ha contado lo que fue eso. Hace poquito dice que se descubrió en París un sótano en que había ciento sesenta y tres calaveras de padres. Mejor es la huelga. Así al menos se dan gusto. Se burlan de los curas, pero no los matan, y la gente goza con las críticas a los del gobierno, y lo mejor es que le sacan los trapitos al sol, al más pintado.

—Eso es lo que ese Alfonso Gantes “Hormiga Loca” no acepta. Que a la denuncia pública que en la huelga estudiantil se hace de nuestras lacras, de nuestro infortunio, de nuestra barbarie, de nuestra desvergüenza, no siga una acción concreta.

—Pero qué va a seguir, si todos terminan más ebrios que el aguardiente.

—Al decir una acción concreta, él se refiere a que al Viernes de Dolores debería seguir una semanita trágica. Aprovechando que las procesiones se hacen con gente que visten de cucuruchos, disimular bajo la túnica y el capuchón morados un buen número de gente dispuesta a dar el asalto al palacio Presidencial, al tiempo de cruzar la procesión de la Merced, o de la Candelaria, por la Plaza Central. Y tomado el palacio... la San Barthelemy...

—Para todo han de meter a los santos...

—Jajaja... —soltó la risa Ricardo, no pudo resistir el ataque de hilaridad que le produjo la salida de Ana Julia—, se conoce que no les enseñan historia allí donde las monjas...

—“Pero si ese San Barthelemy no está en la Historia Sagrada, qué quieres que haga.

—Y debía estar, porque la Historia Sagrada, es... empezando por Caín... una San Barthelemy...

—Otro día me explicas. Dentro de cinco días, en la casa.

—¿A qué horas?

—Si te parece... no, pero es muy peligroso... el tío Ramón puede venir de la finca, y nos encuentra en la ventana...

—A qué horas regresa, por lo regular...

—No tiene hora...

Ricardo juntó los labios, moviéndolos para pedirle un beso.

—Sin cronometrar... ¿eh?... sin ero...no... —los labios dejaron al chocar un chasquido...

Las araucarias lejanas... el silencio quebradizo... una lagartija... los pasos de Ana Julia por los senderos de arena... magnolios de hojas verde metálico... soltando cascadas de perfume, perfume con resplandor de luna a mediodía...

Un rato después despegó aquél las manos heladas de los barrotes escamosos de la reja. Entre los fríos hierros quedaba aún su presencia... ¡Ana Julia!, pronunció su nombre como si ella estuviera todavía allí, defendiéndose de sus labios, de sus manos que perseguían sus senos, de sus brazos que perseguían a quien... así... así es... la mujer... una sombra...

IX

Las pandillas, perdón, comisiones estudiantiles encargadas de recaudar fondos se movían en la ciudad a velocidad de relámpago. Los designados por el Hache Ce de la Hache de De (Honorable Comité de la Huelga de Dolores) y los voluntarios. El comercio, todo o casi todo en manos extranjeras, recibía, entre risas y temores, aquellos grupos de muchachos alegres e ingeniosos. Almaceneros, abarroteros, ferreteros, nadie escapaba a la guadaña de los estudiantes de Medicina, a la balanza de los estudiantes de Derecho ni al mortero de los estudiantes de Farmacia. La comisión de pelar al comercio en el centro de la ciudad (pelada a cero con muchas cifras antes), irrumpía en los negocios a la hora de mayor afluencia de compradores, cuando el almacén estaba lleno, para que fuera todo más espectacular. Del bolsillo del propietario o de la caja salían billetes o cheques. El que manejaba la guadaña, máscara de calavera, camisón blanco leche de cal de sepulcro, recibía el óbolo, en nombre de la Muerte, patrona de los estudiantes de Medicina. Luego, ceremoniosamente, lo pasaba al representante de los juristas, máscara y túnica negra, para que lo pesara en la balanza de Themis, y el de la balanza, cuando el peso lo satisfacía, lo entregaba al estudiante de Farmacia vestido de alquimista, el cual lo metía en el mortero y hacía como que lo molía.

Terminada la ceremonia en un almacén, pasaban a otro, cantando a voz en cuello:

Todos los estudiantes

son, son, son...

Todos los estudiantes

son, son, son...

son muy de al peee... eee... lo,

son muy de alpeee... eee... lo...

Y cuando piden plata,

pla, pla, pla...

Y cuando piden plata,

pla, pla, pla...

son más de al peee... eee... lo,

son más de al peee... eee... lo...

El comercio del Celeste Imperio, inveterada costumbre de llamarle así, y eso que los chinos buen cuidado ponían de celebrar año con año en forma retumbante, el aniversario de la declaración de la República China, y en lugar principal lucía en sus negocios el retrato del presidente Sun Yat-sen. Lo cierto es que el comercio del Celeste Imperio tenía fama de ser el que más daba para la fiesta estudiantil del Viernes de Dolores, y no sólo fama. Obsequiaban volutas y colgaduras en forma de dragones, gusanos, mariposas, estrellas, para adornar el frente de los edificios universitarios, así como dinero y cajas de trenzas de triquitraques que se quemaban, cientos, miles, en el momento de enarbolar la bandera negra y hacerse la declaratoria

de huelga. Todo con tal que no se hablara del “peligro amarillo”.

La batida del comercio duraba dos o tres días. Libaneses de por el barrio de la Concordia, una sola calle y un millón de libaneses, alemanes de por los portales, turcos de los alrededores del mercado central y algún cristiano de esos hijos del país que se mantenían de mal humor.

Un estudiante, prematuramente calvo, vestía de fraile y al son de una campanita iba diciendo:

Recordad, doncellas,
que un virgo tenéis
y si lo perdéis,
no lo recobraréis...

Y cuando enfrentaba grupos de mujeres ya hechas, cambiaba:

Recordad, señoras,
que un cuerpo tenéis
y si no lo usáis,
para qué lo queréis...

El grueso de los estudiantes que le acompañaban, coreaba:

Todos los estudiantes
son, son, son...

Todos los estudiantes
son, son, son...

son muy de al peee... eee... lo,
son muy de al peee... eee... lo...

Y cuando se emborrachan,
cha, cha, cha...

Y cuando se emborrachan
cha, cha, cha,
cha, charará, cha, cha...

marran zope...

amarran zo... ooo... pe...

Menos visible y ostentoso el trabajo de la comisión encargada de redactar el “No nos tientes”, periódico anual dedicado a los cuadrúpedos, pelúpidos, insípidos, tíos vivos, cornúpetos, filibusteros, chafarotes, curas, divas de las casas de tolerancia y mandamases efímeros.

Primero, desplumar el material, que por algo a los chistes les llamaban “plumas”. Chistes y chismes, versos más alusivos que directos y prosa sin eludir elucidando.

Luego, desplumado el material, apartar los corchos muy largos, por falta de espacio, o reducirlos cuando eran buenos, y agregar o quitar sílabas a los versos, sin consultar al autor, porque la colaboración era, en su mayor parte, espontánea y anónima.

Al igual trabajaban las comisiones de fabricación de carteles, organización del

paseo, y la de las carrozas, una de las más importantes.

El dinamismo de Tantanis, el *Cholero*, nieto e hijo de choleros, lo hizo figura principal de esta comisión, al lado de *Pan*, *Pan* Maitines Peral, tanto que a veces, cuando éste no estaba, aquél disponía en su condición de “dictador de repuesto”.

Cada comisión se componía de un “Dictador” o Presidente, un “Dictador Suplente” y los ayudantes o sublimes esbirros.

Cholero era dictador suplente de la comisión encargada de la preparación de las carrozas que el Viernes de Dolores recorrerían las calles de la capital, puesto de mando que le ayudaría a realizar su plan: suprimir, sin que el muñeco faltara, la figura de don Ramón Montemayor y Gual, de la carroza “Los horrores del cristianismo”.

Además, facilitaría su propósito el gran número de figuras planeadas para esta carroza. Diez y se quedaba corto. Unas en vivo, representadas por estudiantes disfrazados de tiranos, verdugos, militares y policías. Otras, esculpidas en cartón y manta. Síntesis sangrienta de la historia dinamitada para que un público callejero, habituado a fragmentos de anuncios, percibiera cuán inofensiva fue, la barbarie pagana comparada a la de los bárbaros cristianos.

Por el orillado barrio de “El Gallito”, donde se multiplican las calles, los callejones, por aquí, por allá, por todas partes, en el fondo de un barracón, separado por un tabique de un amplísimo garaje que servía a una agencia de transportes internacionales para guardar sus camiones, trabajaban los estudiantes en las carrozas ayudados por alumnos de Bellas Artes, duchos en pintura y escultura.

Pan, personalmente, se ocupó de don Ramón. Perfecto. Logró la más acabada imagen del tío aquél, ricachón, siempre anegado en sus risas y sus barbas, los brazos cortos, pequeñas las manitas de dama, hinchado el pecho, medio arqueadas las piernas.

Y a medida que la figura del terrateniente que representaría al más cruel, al más feroz de su clase, salía impecable e implacable de las manos de *Pan*, que trabajaba ronroneando como gato, el cigarrillo encendido entre los labios plegados, crecía, se agigantaba el combate que *Cholero* libraba con él mismo. Acabar con los privilegios... no, no, él nunca habló de eso... en este sentido no contradecía su manera de pensar si robaba el muñeco que representaba al tío Ramón, sin dejar el hueco en el carro, sin que se notara la falta del maniquí, porque ése era su plan... Pero como él, muchacho del pueblo, iba a salvar de la befa a un ricachón vulgarote, briago, brutal, tirano y egoísta... los labios de Ana Julia... si se dejara tocar los senos... besarla al tiempo de tocarle los senos... ah, sí... si se dejaba tocar los senos substraía el muñeco que estaba terminando *Pan*, feliz, sonriente, la cabeza de un lado a otro, el pincel en la mano para darle los últimos toques, toques que le dio acompañados de pugiditos, hasta darse por satisfecho. Tornóse de espaldas, anduvo algunos pasos, para alejarse de su obra, volvióse y exclamó al enfrentarla;

—¡Perfecto!... ¿No te parece perfecto, vos, *Cholero*?

Varios de los estudiantes que trabajaban clavando, pintando, acomodando en otras carrozas las figuras, las banderas, los carteles, rodearon a *Pan*, felicitándole, abrazos y aplausos, por aquella obra maestra.

Pan sacó un pañuelo para enjugarse el sudor, el sol del mediodía pegaba vertical, y sentóse en un trozo de madera. Sus largas piernas de zancudo, largas y delgadas, una cruzada con otra como si las trenzara.

—Vos que sos artista estudiando Medicina...

—¿Y aquí, de qué sirve el arte? No, *Cholojero*, no me quiero comer las uñas ni emigrar... De médico hallaré lugar en mi tierra. De artista, o me quedo aquí muriéndome de hambre o emigro, salgo, voy a México, a Argentina, a París... y allí, sí, allí sí, un pintor, un escultor, un músico vale tanto como un médico, si no más...

—De acuerdo —intervino *Galeote*, un esculpe monos—, el problema que nos plantea a los que hacemos estas cosas... escultura... pintura... música... —al *Galeote* se le movía la manzana al hablar en tal forma que parecía hablar con ella, apedrear las palabras a manzanazos de Adán— es el de empezar a sentir algo así como nostalgia a medida que progresamos... la nostalgia del que sin estar fuera del país, por incomprendido, se siente lejos... lejos de todo esto que nos es adverso, adverso del todo, a tal punto que cuando uno llega a cierto dominio de su arte, se pregunta: ¿Qué pito toco yo aquí?... y no le queda más que expatriarse...

—Pero, vos, *Galeote*, que estás en Bellas Artes, por qué no te metiste a medicina o a derecho... —dijo Tantanis, la voz lejana, más pensando en don Ramón y en los senos de Ana Julia.

—No me metí, no porque no hubiera querido, sino porque no era bachiller, viejo, Y aquí sin bachillerato...

—Pero vas a ser un gran escultor...

—Grande o pequeño, *Choloj*, no me importa —alzó los ojos *Galeote*, sus ojos en forma de almendras, con el blanco de las córneas desbordante, las pupilas negrísimas —, pero escultor, sí... escultor, sí...

—La discusión está muy buena —se irguió *Pan*—, pero si no nos anda la mano, nos va a agarrar el tiempo...

Y todos se levantaron, cada cual a sus tareas.

—Ve, Richard —ordenó *Pan* al *Cholojero*—, lleváte a don Ramón y guardálo allí donde están los otros muñecos. Tomá la llave y quedáte con ella, porque lo que es a mí se me va a perder...

—Las llaves al ladrón... —se dijo Ricardo Tantanis mordiéndose la lengua y alzó al fantoche de cartón y trapo almidonado que representaba a las mil maravillas al tío de Ana Julia, levantándolo más, pues arrastraba las botas, para llevarlo a guardar bajo llave a una pieza no muy ancha que daba a los excusados del garaje.

—Qué húmeda es esa pieza y qué mal olor tiene... —volvió comentando *Choloj*, después de guardar el muñeco.

—Y, vos, Richard (con retintín lo de Richard, haciendo burla a *Pan*), de cuándo

acá quejándote de malos olores, si en tu casa debe oler a... tripas... —dijo uno de los pintores.

—Perdón si meto mi cuchara —intervino *Galeote*, reía alegremente—, aunque sea en forma de muñecos, qué bueno, qué bueno que esos ricachos sepan lo que es estar encerrado en un calabozo húmedo y hediondo a miercolesanto...

—Pero, vos, *Pan*, mejor tené la llave... mejor guardála vos —intentó Tantanis deshacerse de aquel fragmento de metal plateado que le quemaba la mano.

... la llave... pequeñísimo pie de serafín... los serafines perdieron los pies y eso son-las llaves, dientecitos por dedos, agujero donde estuvo el tobillo... pero a qué venía aquel cuento idiota que oyó contar de niño, cuando mejor era recordar, en ese caso, uno de los cuentos de Scherezade: la llave que abría dos puertas, la puerta de la lealtad a sus compañeros, a los de su clase social, y la llave de la traición, la llave que facilitaría sus planes...

¿Un carruaje? ¿Vacío? Suerte... ¿Por allí carruajes? Una cama de carruaje viejo con ruedas nuevas, tirado por dos radiografías de caballos.

Tantanis ordenó al cochero hediondo a yodoformo que le llevara a la esquina de la calle de la Pila Seca. No convenía que supiera la dirección exacta adonde iba. Un cigarrillo. Humo... humo en lugar de pensamiento... Las gafas, las gafas negras... Ocultarse... Esconder los ojos... Escondese de él mismo... Otro cigarrillo... Tabaco y yodoformo... Una esperanza... que el que hacía los Judas... Sí, sí, que el que hacía los Judas se negara... La Pila Seca... Al otro lado de la ciudad... Ruedas... Otras ruedas... Las mismas ruedas, sólo que a veces se oían como si fueran otras ruedas... La llave le pesaba en la bolsa... Temor de que el carruaje se desfunde... pero por lo visto sólo a él le pesaba... A cada movimiento del cochero, el yodoformo le “incensaba”... Masonería de ángeles... Trató de reír de la fidelidad debida al Honorable Comité... de no darle importancia... un muñeco por otro, qué importaba... qué arreglaba don Ramón en la carroza, si cada vez eran más criminales los bárbaros cristianos... de qué metal estaban hechos ellos... los jóvenes, los estudiantes, para no desquiciarse moralmente... Salir de sus hogares, donde todo era abundancia, bienestar, cariño, ternura, al espectáculo de las cárceles, los hospitales, los tugurios, la miseria de los que vivían en la basura...

El carruaje se detuvo. Esquina de la calle de la Pila Seca. Pagó y esperó que se alejara.

Antes de tocar, era bien la casa del que hacía los Judas, se detuvo a leer una lapidita pegada al muro. Decía: “Artista”. Nada más ni nada menos: “Artista”...

Golpeó con el tocador de bronce. Una manita dorada que era como la amistad de la casa que salía a través de la puerta. Un rato después, para su ansiedad un siglo, asomó una mujer vestida de negro, canosa, con la cara fresca.

—¿A quién buscaba? —preguntó.

—Al señor Matisano, si está...

—Simoneta —alzó la voz la mujer, vuelta la cara hacia dentro—, vé si está el

“artista”. Como siempre trabaja escondido —volvióse a decir al que lo buscaba—, nosotras aquí en la casa nunca sabemos si está o no está. Casarse con un artista es lo peor de lo peor. Créamelo. No se cuenta, con el artista no se cuenta, pues si por casual le viene la inspiración, y perdóneme usted, la inspiración les viene como cuando les dan ganas de orinar, que tienen que orinar suceda lo que suceda; cuando la inspiración les viene, aunque la casa se les caiga encima... con decirle que sólo una hija tuvimos... la inspiración no dio tiempo para más... Hija, ¿está tu papá?...

—Sí está, mami... —gritó una voz cantarina desde lejos—, y pregunta quién es el que lo busca...

—Dígale, señora —apresuró Ricardo—, que es el hijo de los señores Tantanis...

—Ah, mucho gusto, soy la señora del artista. Simoneta, dígame a su papá que es el hijo de los... —los cholojeros iba a decir— Tantanis...

Pero ya el artista venía hacia la puerta limpiándose las manos con un trapo embebido en aguarrás, y desde el patiecito que se abría al salón de recibo, saludó:

—¿Cómo le va, joven? Pase, pase...

Ricardo entró, pero estuvo a punto de no dar la mano al artista, sino a su hija. Al lado de la mamá, fina y alta como una varita de lirio, sonreía Simoneta, quinceañera de tez de azúcar dorada, ojos azules vestidos de pestañas que daban vuelta hacia sus cejas en arcos perfectos.

—Pues por aquí venía... —tartamudeó Tantanis, deslumbrado por la belleza de Simoneta.

—Sí, no crea que me he olvidado del encargo de sus papás. Pero, la verdad, es que ando algo atrasadito. Estuve con el dolor de la hernia. Desde que me operaron. Dios lo libre de tener hernia. Desde que me operaron de apendicitis, me duele la hernia, y no me animo a que me operen otra vez.

—¿Por qué?

—Porque Simoneta, mi hija, trajo una revista en francés y me medio tradujo lo que decía. Decía que de cada mil personas sometidas a la anestesia, una se queda en la mesa de operaciones...

—Pero...

—Nada, joven, las probabilidades de uno a mil en personas que como yo le tienen tanto miedo a la muerte... Le decía que estaba algo atrasado, pues ahora son muchos los encargos que tengo...

—Y yo venía...

—A que no les haga el Judas... y... lo comprendo, créame que lo comprendo. Figúrese que Simoneta, mi hija, que está en el colegio de las Madres Francesas, no quiere que me ocupe de confeccionar Judas...

—Hermana de Judas me gritan —intervino Simoneta, con voz cantarina, trino y cristal—, porque dicen que papá hace los Judas...

—Pues todo lo contrario, todo lo contrario —recalcó Tantanis.— A lo que venía es a pedirle que en lugar de uno, haga dos muñecos...

—¿Dos Judas?

—Sí, dos Judas...

—Qué idea... —comentó la esposa, que más hablaba con las narices que con la boca.

—¡Sensacional!... —abrió los brazos Matisano.— Estas son las cosas que nos sacuden a los artistas, ¿sabe?... La novedad, lo que no se ve todos los días, y por eso, el verdadero artista anda siempre a caza...

—... de lo que no se ve todos los días —remató con su voz de timbre dulce, Simoneta.

—No hay mejor definición del arte... —rió por lo bajo, al decir así Ricardo Tantanis, bien que con voz nasal, la esposa del artista lo definiera de otra manera:

—El arte es una monserga...

—También, también —arrebató la palabra Matisano—, el arte es todo, el arte es todo, siempre que sea arte...

Simoneta deslizó sus pupilas azules, como redondas turquesas por momentos verdosas, hacia el lugar que ocupaba, ya fuera del espacio, el joven visitante. Fuera del espacio, porque él, frente a aquella criatura inefable, sentíase transportado del país de la eterna primavera, a la Primavera de Botticelli.

—Quisiera que me mostrara algunas de sus obras... —dijo Ricardo, tratando de prolongar la visita.

—Pase por aquí. Este es el taller. Esta simple galera. La estoy arreglando. Pero todo cuesta mucho. Y no se encuentra gente que trabaje... —en uno de los rincones, sobre unos bancos de madera, al levantar un lienzo asomaron los ojos de vidrio una serie de santos, ángeles y vírgenes.— Todos éstos son encargos de aquí de la ciudad, de aquí de la capital y también de algunos pueblos. Los cofrades se aburren de verles las caras a los mismos santos, y los cambian, y es lo que más encargan: hacélos, hacélos, dicen, pero hacélos con otra cara. También, como usted ve, hago piñatas. El arte al servicio del gasto de la casa. Piñatas con figuras de animales. Las pagan bien. Piñatas para las casas ricas...

—Sí —asintió Ricardo—, porque las piñatas de las casas pobres son unas feroces tinajas viejas, con flecos... —y sonrió al par de Simoneta, que además de sonreír, sacudía nerviosamente los canelones de sus cabellos sobre sus hombros finos.

—Qué gracia tiene —exclamó la mamá—, feroces tinajas viejas con flecos... Eso fueron nuestras piñatas. Las que tuvimos piñatas. Ahora son osos, elefantes, gatos, patos, que apalean los chicos, para romperlos y apropiarse de las golosinas que hay en su interior. Todo tiene sus contienes...

Simoneta sintió una llamarada en las mejillas. La forma de hablar de su madre la avergonzaba, cuando estaba ante extraños.

—¿Y los Judas?... —indagó Ricardo, quería ver cómo los hacía.

—Ah, los Judas... No se enseñan hasta que ya están terminados...

—Supersticiones...

—Que hay que guardar... —atajó el artista.

—Sólo los santos mandamientos son de guardar... —terció la mujer al soplo de nariz.

—Caprichos, diría yo... —intervino Ricardo, extasiado ante la imagen de Simoneta—, los artistas, señorita, tienen sus caprichos. Y usted también debe ser supersticiosa...

—Todos somos un poco supersticiosos, ¿no le parece?

—Sólo que en las mujeres, la superstición se llama coquetería...

—Me está diciendo coqueta...

—Sí, Simoneta, te está diciendo coqueta... Y ahora caigo. El joven es estudiante...

—De Derecho... —añadió Ricardo.

—Ahí tienes —siguió la mamá—, podías preguntarle a él...

—Ah, sí... Es cierto que en el paseo del Viernes de Dolores van a sacar al Señor Arzobispo montado en un burro... no al Señor Arzobispo... —se confundió Simoneta—, sino su efigie...

—Falta de respeto... —espetó la señora.

—¿Por qué falta de respeto, mujer? El Arzobispo, muy arzobispo será, pero no es más que Jesús...

—Y eso a qué viene...

—A que Jesús entró a Jerusalén montado en un burro...

—Porque así se usaba...

—No, mujer...

—No la puedo sacar de la duda, señorita —dirigióse Ricardo a Simoneta, comiéndosela con los ojos—, porque no soy de los organizadores de la huelga, y los que la preparan lo mantienen todo en secreto.

—Como papá con sus Judas...

—Y a propósito de Judas —dijo Matisano enfrentado a Tantanis—, en lugar de uno, ahora quiere dos. No hay inconveniente, pero me tiene que decir si del mismo tamaño, si parecidos o diferentes...

—Le explico. Los quiero, al menos uno, vestido de finquero, de finquero rico. Sombrero aludo, pistolas...

—Habrá entonces que doblar el precio...

—Los treinta denarios serán sesenta...

—Cuando en una familia nacen “cuaches” —acotó la mamá: Simoneta se agachó para acariciar a un perrito faldero que le hacía fiestas—, los gastos se duplican, se multiplican por dos...

—Y se los entrego como habíamos convenido. Antes del Viernes de Dolores, el jueves anterior al...

—Viernes de la huelga —dijo Simoneta jugando con el perrito que ladraba.

—Mejor si fuera el miércoles —sugirió Tantanis.

—¿El miércoles?

—Si le parece, yo vengo a recogerlos. Es lo mejor. Así le pago el resto. Papá le dio un adelanto...

—Una parte. Pero de eso no tenga cuidado: le hago la facturita por dos Iscariotes... —rió el artista sin hacer ruido de risa.

El perrito faldero seguía ladrando colérico contra Ricardo. Al despedirse y salir Tantanis, cerrar la puerta y volver el artista adonde ellas estaban, dijo la mamá:

—Ese muchacho no debe ser buena gente...

—¡Mujer!

—A los animales no los engaña el instinto. Y el “Perrimplín” desde que lo olió le declaró la guerra...

—Extraño, porque el olor que debe tener es de tripas de cerdo...

—¡Papá! —protestó Simoneta, y añadió—, lo que es a mí me parece un muchacho encantador...

—¿Encantador? Que sin *respecto* te has vuelto...

—Y lo de los dos Judas, en víspera de la Huelga —siguió la mamá—, se explica. Primero le servirán en la huelga y después los pone, el Sábado de Gloria, en el techo de su casa...

El artista se encogió de hombros:

—En pagándomelos bien, lo demás no me incumbe...

—Hasta ahí no más —dijo la esposa.— Los artistas, esos grandísimos indefensos, se meten en unas... Acordáte de don Jaco, que se voló los sesos de un balazo al verse comprometido... y era un gran artista...

—Mamá, don Jaco porque le acusaron de haber fabricado las bombas...

—Ahora, mamá e hija, déjenme en paz, me voy a inspirar...

—Y yo —dijo Simoneta— tengo que estudiar mi lección de Historia Sagrada... —abrió el libro, leyendo—: A trompetazos...

—A sombrerozcos —corrigió la mamá, nasalmente.

—No, mamá, a trompetazos derribaron las murallas de Jericó...

X

¿Dos Judas, dos. Judas? Dos, no, tres... uno con planta de finquerota para la carroza de “Los horrores del cristianismo”, en lugar del maravilloso muñeco que había hecho *Pan*, tan parecido, tan exacto al tío Ramón, que sólo le faltaba hablar, y otro para colocarlo, durante la Semana Santa, en lo alto del frente de su casa, en la cholojería, Judas con leopoldina, ojo pache, cigarro puro, anillos, botines de charol, en espera del Sábado de Gloria, a todo Judas, como a todo coche se le llega su sábado, día en que las turbas, al volver las campanas de Roma, lo harían pedazos. Y un tercer Judas...

El plan más perfecto. Operación Iscariote, sin beso, ¿eh?, sin osculada ni Maestro... El tercer Judas, él...

Acarició en su bolsillo la llave del cuartucho en que se guardaban los personajes o públicos fantoches que figurarían en las carrozas del paseo estudiantil, el Viernes de Dolores.

Llave en mano (¿detentador?... depositario más bien... la elasticidad de los términos jurídicos), llegado el momento cambiaría el muñeco que representaba al tío de Ana Julia, por el que el “artista” le entregaría el miércoles anterior a la huelga.

Volvería a recordárselo dentro de dos o tres días, o antes. Cómo fiar de las promesas de artistas y altareros. Volvería a recordarle la entrega, en fecha convenida, de su ingenua y oprobiosa mercancía, un Judas finquerote, con pistolas y sombrero tejano.

Apuró el paso, volvería a casa del “artista” por la... “divina” no quería decir nada... “preciosa” era muy poco... “encantadora” banal... “lindísima” vulgar... por Simoneta... así, sin adjetivo... casi sin pronunciarlo o pronunciándolo con los labios húmedos...

Simoneta, su secreto, su viruela lunar. ¿Y Ana Julia? Ana Julia... Ana Julia... a Ana Julia le bastaba querer ella... La que pedía a gritos, belleza solitaria, no amor, sino adoración, era Simoneta... Simoneta, sin adjetivo... Simoneta, así, Simoneta...

Aminoró la marcha. Dentro de dos o tres días a casa del “artista”, a recordarle su ofrecimiento, la entrega de los Judas... sí, sí, sin adjetivo... Simoneta... Simoneta... por Ana Julia todo aquello... dos Judas... tres Judas con él... Si alguien le hubiera dicho que el que se opuso siempre a que sus padres pusieran Judas en su casa, andaba ahora encargando dos trágicos fantoches en lugar de uno... sí, sí, no podía dejar pasar muchos días sin volver a casa de Matisano a preguntar cómo iba su “encargo”... así, sin adjetivo... ¿cuál?... ¿Judas?... también sin calificativo... ya se habían gastado todos, sin por eso dar la medida de lo que es el traidor, salvo que la diera él, que usaba al traidor para traicionar... sustraer de la picota al terrateniente ése... faltar a la confianza de sus compañeros, a la buena fe de *Pan*, que le entregó la llave donde se guardaban los monigotes... en mala hora aquella llave en sus manos... el destino tiene dientes de llave... su traición empezó... no, Ana Julia no era culpable...

culpable, no... pero estaba mezclada a su traición... en cambio, la criatura que acababa de aparecérselo en casa del “artista” surgía intachable, inmaculada...

Apuró el paso. *Pan* no solamente le dio la llave, sino le confesó, en voz baja, salivosas las comisuras de los labios, sin aparato de presunción, que aquel maniquí, imagen del tío Ramón, constituía su obra maestra... alegre amargura... su obra maestra para una fantochada, y ni siquiera eso, porque no llegaría al público, sustituido por un Judas... usaba a Judas para ser más Judas que Judas... siempre que el “artista” cumpliera con el encargo... debía volver pronto a recordárselo y a purificarse en la visión de aquella criatura que se le apareció para hacer más dolorosa su condición de cómplice... qué cómplice... ejecutor de la más baja infidelidad...

Ganó las calles céntricas. Dejó casas atrás. Casas. Ventanas. Puertas. Postes. Esquinas. Gente desconocida que venía a su encuentro o le seguía por ir en la misma dirección... sus pasos entre tantos pasos anónimos... sus ojos entre tantos ojos y anteojos, más anteojos que ojos... sus brazos, sus piernas, sus pies entre tantos brazos, tantas piernas y pies con y sin zapatos...

Iría a casa de Ana Julia. ¿A qué? Troyo quizá seguía en la cama. Inútil pretexto, ella estaba en retiro. Apretó el paso. Al que debían retirar de la circulación, como billete falso, era a él. Se encogió de hombros, no en un qué me importa explícito, sino en un medio saltito de las hombreras abultadas, para, en verdad, ocultar lo que aquel gesto significaba. Tanto como no importarle, no. Volver adonde Simoneta y que ésta lo acusara. Que la hija del que hace los Judas, lo acusara de ¡Falso!... y sus compañeros estudiantes del Honorable Comité, y *Pan*, con sus grandes córneas de fuera, casi sin pupilas, como Ecce Homo.

Su casa. Su cuarto. Su cuarto fue siempre su salvación. Se encerró en la oscuridad.

—¡Gandhi!...

Había quedado entre las paredes la voz loca de *Hormiga Loca* reclamándole su colaboración para la revista.

Pero, para qué escribir sobre Gandhi. ¿No había que ser sobre todas las cosas, antes que filósofo, antes que sabio, antes que poeta, un ser puro, un ser íntegro?

Se avergonzó, la cara confundida con las almohadas, los párpados apretados sobre las pupilas, para quitarse toda luz. Su mundo era la oscuridad total del traidor. Se medio adormeció. Tenía que hacer el artículo, para salir del paso. ¿Salir del paso? Para eso no necesitaba purificarse, beber leche de cabra, tejer su ropa con lino humilde hilado a mano ni oponer su pecho endeble, esquelético, de piel ahumada, al Imperio Británico.

Salir del paso. Escribir sobre Gandhi para salir del paso. Dio vuelta en la cama, abrió los ojos y quedóse como colgando de sus pupilas pegadas al techo. La letra mata todo lo que vive. La letra ha perdido lo sagrado. Es la farsa de un mundo muerto. El cobarde escribe sobre el héroe. El retrógrado prepara su tesis sobre la Revolución Francesa. El prosaico, sólido, sórdido, municipal y desgraciado, se

aficiona a la poesía y escribe poemas. ¡Ah, la cáscara, la cáscara de la vulgaridad cotidiana... el vulgar Apóstol que quiere meter el dedo en la llaga... ¡Gandhi!... él, el menos íntegro, el traficante de Judas, de los Judas, el acomodaticio, el de Ana Julia... la clase... la casta... el dinero... ¡Ay, Amor, cómo quitarte la “eme” de mierda!...

Sí, la letra ha perdido su valor, su sentido profundo, su sacralidad de siglos, su enigma, su misterio, convertida en anuncio. Se anuncia. Todo se anuncia. Ya nada existe por la letra, sino por el anuncio. Lo que no se anuncia, no existe. El mundo, este mundo de hoy, este mundo nuestro, flota sobre las letras, vive de la letra para afuera, no de la letra para adentro, como vivió antes el hombre. Y por eso se cae, se cae toda nuestra civilización. Se nos cae encima en forma de anuncios. Ser anuncio o no ser. Estudiar cinco, seis años, para, al final de la carrera, tener derecho a poner el anuncio de “Abogado y Notario”. Un anuncio pequeño en un periodico grande e inmundo, amparado en el lema “Verdad, Justicia y Belleza”, donde debió decir, en lugar de “Verdad”, mentira, falsedad o embuste; en lugar de “Justicia”, soborno, venalidad, prevaricato, y en lugar de “Belleza”, fealdad, monstruosidad, mal gusto. Aunque lo mismo sería. El papel aguanta. Lo mismo Chana que Juana. Qué importancia, si las palabras ya no significan nada. Son otra cosa. No se sabe qué, pero son otra cosa. Y ésa la tragedia. Usar palabras que son signos cuyo significado se perdió. Usarlas para llenar espacio en los periódicos, en los libros, en las cartas. Al hombre primitivo, según el mito, se le perdió el fuego. Recobrarlo le costó inmensos sacrificios. Como a nosotros nos costará recobrar el recto significado de las palabras. Y es por eso que al que se le llama “ladrón”, porque en realidad es público y notorio ladrón, se queda como si tal cosa, igual que si se le llamara “honrado” a carta cabal. Qué le importa que le llamen ladrón, si sabe que la palabra ahora ni avergüenza, ni denigra. El dinero de sus robos y depredaciones en sus bolsillos y cajas fuertes, y que ladren... La Iglesia habla del Verbo, y el Verbo que se hace carne ya no existe, pues ahora el Verbo se vuelve anuncio, baba... Nada del Verbo, antes la Baba... Gandhi... Judas...

Dos fuertes golpes en la puerta le sacaron del semisor en que estaba, los ojos llenos de una luz de jarabe, las orejas rumiantes, el peso de su cuerpo, de sus brazos, de sus manos...

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Que allí lo buscan —se oyó la voz de la sirvienta.

—Hay que decir que no estoy...

—Es un pobre hombre que viene muy afligido... le dije que sí estaba... quiere hablar con usted...

—Preguntále qué es lo que quiere...

—Le voy a preguntar, entonces, si así lo manda.

Y después de un largo momento, la misma voz de la sirvienta:

—Dice...

—Sí, dime qué dice... —hablaba a veces de “tú” a la sirvienta, como en casa de

Ana Julia.

—Que como tiene notificación que usted estudia, le pide que si le puede ir a poner una inyección a uno de sus hijos que está muy malo con garrotillo.

Si se levanta, hay dos estrangulados: la sirvienta y el que llegaba a buscarlo. Nada de garrotillo, garrote...

—No soy estudiante de Medicina, que vaya a otra parte. Lo que yo estudio, es Derecho, la ley...

Se oyeron al arrastre los pasos cansados de la sirvienta que volvía.

—¿A qué regresará?... —se dijo Tantanis, y al oír que se acercaba a la puerta, preguntó—: ¿Le dijiste?...

—Sí y me pidió que perdonara la imprudencia, pero que él no sabía que usted estudiaba para polis...

—¿Para qué?

—Para policía, pues...

Se rió. Una risa de esponjitas de saliva que le quitó el mal humor. Las pomposas letras que ornaban el frente de su Facultad: “Facultad de Ciencias Jurídicas, Políticas y Sociales”, convertido en “Facultad de Policía”...

Para la gente del pueblo, la policía y la ley son la misma cosa.

Sus padres le esperaban en el comedor de pesadísimos muebles propios para titanes, y estuvo a punto de encenderse de nuevo en la llama de su irritabilidad, de su mal humor, al oír que su madre contaba a su padre que una amiga que encontró, por casualidad, en la calle, le había dicho que lo que más valía en su hijo —es decir, en él— era su sangre ligera... la gente de sangre ligera llega adonde quiere... sangre ligera te dé Dios, hijo, que el saber nada te importe...

Estuvo a punto de gritarles:

—Soy de sangre ligera y respiración asnal, porque aquí sólo de burro se puede respirar...

—Supe que anduviste de visita donde el que hace los Judas —le dijo su padre, mientras ocupaba su silla pontificia, todo el peso de la caoba del nuevo rico, frente al consabido plato de sopa... ¡maldita sea la sopa!...

—Sí, fui a recordarle el encargo. No quiero que vaya a dejar nuestro pedido en el candelero. Con esa gente de iglesia...

—Ya va, ya va... contra la iglesia... —intervino su madre.

—¿Y qué te dijo?... Contáme...

—Que sí, que entregará los Judas el día convenido...

—Para qué querrá dos Judas, es lo que yo quisiera saber —se dirigió su madre a su papá, el cual, sin contestar a su esposa, acabando de apurar una cucharada de sopa, dijo:

—¿Y conociste a su hija?

—Simoneta... —terció la mamá, mientras masticaba un pan ensopado con sus dientes de oro.

Simoneta... el nombre lo iluminó todo...

—Es muy linda, muy linda... —siguió su progenitor con tristeza de años en la voz cascada.

—Porque salió al abuelo, que era italiano —adujo la madre—, de Génova; sí, de Génova era el abuelo...

—Sí, mujer; tuvo una marmolería muchos años en una de las calles que van al cementerio...

—¿Y dónde la iba a tener, hombre, por Dios, en las calles que van para la Plaza de Toros?

—Podía ser...

—Podía ser... No, hombre, no podía ser... Los hombres siempre con su podía ser...

—Y allí, si mal no recuerdo, entró Matisano de aprendiz, y aprendió a sacar del mármol lo que sacan: Cristos, ángeles, cruces, libros entreabiertos, calaveras, antorchas, rostros de labios cerrados por un dedo... el dedo del más allá... todo lo que sacan...

—¿Cómo todo lo que sacan? —apoyó su madre la pregunta con los ojos repartidos en los ojos de su hijo y los de su marido.— ¿Es que de Italia viene en el mármol todo eso escondido, y ellos tienen el arte de encontrarlo?...

—Dios te dio el habla, mujer, pero no te dio más que el habla. A todo esto, Ricardo no había abierto la boca, salvo para comer. En sus oídos, con sonoridad musical, igual que si hiciera círculos concéntricos en un líquido de sueño, se dilataba más y más, cada una de aquellas sílabas: Si... mo... ne... ta...

—Al yo decir que en el mármol el artista encuentra, quiero decir...

—Querés decir, ya sé lo que querés decir...

—No sabés, don sabelotodo. El italiano ése, el marmolista, vino soltero y aquí se casó con una muchacha del país, y de ese matrimonio nació la madre de Simoneta, lo que significa...

—Que en la misma forma, mujer, en la mismísima forma en que el mármol trae en su seno las figuras que el escultor le arranca con su cincel y su martillo, los humanos trasladan de la sangre a la vida a sus hijos...

—Y... —articuló Ricardo.

—¿Qué ibas a decir? —preguntó el papá a su hijo.

—Nada...

—La huelga lo tiene mudo, de mal humor, no se sabe... Madre, madre para que adivinés qué tiene tu hijo...

—Mujer, eso de la huelga debe dar muchas preocupaciones. Sólo figuráte todo lo que hacen y no hacen: paseo, como de carnaval, el Viernes de Dolores...

—El mayor pecado...

—Periódico...

—Periodiquito... —rectificó la madre.

—Periodiquito, pero cuesta mucho, mamá —intervino Ricardo desesperado.

—Por supuesto, hijo... No le hagas caso a tu madre, que ella no sabe lo que cuesta un periódico por pequeño que sea, el simple impreso, una hoja volante...

—Si sabré lo que cuesta. Estas canas me salieron cuando caíste preso, por metido, ¿eh?, por metiche, por meterte a dar dinero para la hoja que hacía aquel caricaturista...

A los postres —yemas de huevo quemado bañadas en almíbar y raspadura de coco—, sólo se escuchaba la respiración medio sofocada de su padre, después de engullir los seis platos de ordenanza, y el ruido que su madre hacía al comer.

Un perro entró y se puso a dar vueltas antes de echarse a roncar. Venía de la cocina, donde al mismo tiempo que a los patronos, se le daba de comer, para que no molestara bajo la mesa.

—*Hormiga Loca*... —se levantó Ricardo al oír que llamaban por teléfono...— ¿Sos vos, sos vos, *Hormiga*?... Sí, hombre, sí... mi artículo sobre Gandhi... Sí... sí... ya lo empecé... Pero ahora oí, oíme viejo, oíme... Sí... Gandhi... sí... Pero lo que te estoy preguntando... Sí, sí, sí... *Hormiga*, oíme... quiero saber si tenés en tu biblioteca... oíme... oíme... No, no, lo de Gandhi yo lo tengo todo... lo que te pregunto es si tenés libros en colores de pintores italianos...

Y tras una pausa:

—¡Ah, qué bueno!... Voy para tu casa... quiero verlos... ¡Llego, llego enseguida!

Colgó el auricular, fue a su cuarto, se puso la chaqueta y escapó corriendo... ¿En cuál de los pintores del Renacimiento había visto a Simoneta?...

XI

Al salir Ricardo de su casa, más corriendo que andando, debió tomar su bicicleta, se encontró con Troyano Montemayor, y tal su sorpresa, que por poco le grita: De parte de Dios, bulto, de esta vida o de la otra... y no se topetearon, porque si él iba rápido como el rayo con hambre de vírgenes italianas en los ojos, aquél venía despacio, despacio, como un fantasma de algodón. Se levantó de la cama con fiebre de termómetro, grado y medio, para cumplir un encargo de la Comisión de Adorno de los edificios universitarios, el día de la huelga.

—No puedo acompañarte, viejo peludo... (y sí que el enfermo estaba peludo), no puedo acompañarte —insistió Ricardo—, porque “Hormiga Loca” me está esperando, hablé con él hace un momentito por teléfono y si no voy predica mil años sobre la impuntualidad, madre de todos nuestros males.

—Acompañáme... —insistió Montemayor.—Allí tengo mi auto y si querés pasamos antes por donde “Hormiga Loca”. Te excusás y seguimos...

—¿Y adónde vas?

—Hasta el final del mundo, adelantito de la Quinta de San Buenaventura.

—¿Tenés fiebre?

—Sí, pero...

—¿A qué vas tan lejos?

—En busca de un hombre que hace cordones de pino, esos como gusanos de agujas de pino con que se adornan...

—Pero yo tenía... —y se guardó el resto: cita con las vírgenes italianas...

—Es una tapa, *Choloj*, si no me acompañás, y si te insisto es porque quiero que vos manejes... La cabeza se me va de repente, he tomado tanta quinina, doble dosis, escondidas, para estar bueno para la huelga, veo lucitas y se me pierde el timón...

Tantanis se rascó la cabeza, antes de aceptar:

—Bueno, pasemos por donde “Hormiga Loca” a decirle que no me espere...

—O hacés lo que tenés que hacer con él y seguimos...

—No. Sólo le digo que no...

Troyo cortante:

—Que no trabajan hoy en la “Revista”. Lo sé, viejo. Sé lo de la “Revista”. No me vas a contar que ese alocado está trabajando para la huelga...

Subieron al auto. Troyano, pálido, peludo, barbado, las llaves del auto en la mano, que Ricardo arrebató para poner en marcha el motor.

—Con tal que “Hormiga” no disponga leerte...

—No, hombre, si sólo voy a decirle que dejamos para otro día lo que teníamos que hacer...

—Vos, *Choloj*, me estás cayendo mal, qué es tanto misterio, bajáte si querés... ¿Por qué no me decis que vas a trabajar en la “Revista”, que vos también ya sos *intelectual*?...

El automóvil se detuvo al final del Callejón del Administrador y Tantanis saltó y llamó a la casa de su amigo que en persona abrió la puerta.

—¡Ah! ¿Cómo están, muchachos?

—Otro día vengo, vos, Hormiga —explicó *Choloj*—, porque ahora vamos a un volado con Troyano...

—No tengo nada que hacer —atajó Hormiga—, espérenme un momentito y los acompaño.

Y los tres avanzaron en el automóvil hacia las afueras de la ciudad. Tantanis al timón; Troyano Montemayor algo postrado, en el asiento de atrás, y al lado de Tantanis, “Hormiga Loca”, que no se estaba quieto. Se salía del asiento hacia delante, se volvía para hablar con Troyo, sacaba la cabeza por la ventanilla, se agachaba a tocarse los zapatos, alzaba los brazos para palpar con las yemas de sus dedos largos y huesosos el techo del vehículo.

—Te había escogido una colección de libros maravillosos, vos, *Choloj*. Lástima que no los pudistes ver.

—El culpable fui yo —dijo Troyo—, él no quería venir, hay que decirlo, pero yo no me sentía con fuerzas para manejar hasta donde vamos.

—¿Hasta dónde vamos? —inquirió “Hormiga”—, peor si vamos a regresar muy tarde. No avisé en casa...

—No es tan lejos, pero cuando se está enfermo, como Troyo, todo se ve como si estuviera al fin del mundo —aclaró *Choloj*— Vamos un poco más allá de la Quinta de San Buenaventura...

—¿Y a qué van hasta allá? —preguntó “Hormiga”, sin dejarse de mover.

—A buscar a un fulano que hace esos cordones de pino que parecen gusanos —dijo Troyo—, y que son muy decorativos.

—Pero, Ricardo, otro día podés venir a casa. Lo que sí te aseguro es que te vas a quedar lelo. Hay unas madonas de Bellini, para mí las de Fray Angélico, y unas vírgenes de Filipo Lippi... y la Fornarina de Rafael... Esa la dejé aparte, porque con ésa, viejo, te vas a volver loco...

Troyano, aludiendo a lo que le había dicho a *Choloj*, sobre que se estaba volviendo *intelectual*, tosió atrás con tos fingida.

—Ve, vos, Troyo —se mosqueó Tantanis—, al entendido por toses...

—Qué culpa tengo yo, si me ha quedado una tos muy fea...

“Hormiga” se felicitaba, sin dejar de moverse, volviéndose hacia el asiento de atrás, donde venía derrengado Troyo, o echándose hacia delante, o jugando con las manos, o pasándose los dedos entre el cuello de la camisa y el pescuezo. Se felicitaba...

—Por fin —decía—, un compañero de Derecho interesado en la pintura italiana. Allí donde todos son casuísticos, estólidos, pragmáticos y codigueros... Aunque, viéndolo bien, vos, *Choloj*, qué tiene que ver la pintura italiana con Gandhi...

La pregunta quedó sin respuesta. Toda pregunta sin respuesta hay la creencia que

se vuelve querubín. Por eso hay tantos querubines en las dominaciones celestes. El automóvil rodaba por entre pinadas y casucas, asustando a las gallinas, seguido del ladrar de los perros. Carretas tiradas por bueyes, unas cargadas de maíz, otras de tejas coloradas, otras vacías, blancas, con sólo los sacos de cal que habían entregado,

—Troyo creyó que iba a tu casa, vos, “Hormiga”, por algo de la huelga —dijo *Choloj*—, y le extrañó... ¿verdad, vos Troyano, que te extrañó?... porque sabido es que al compañero no le da por allí, no es huelguero...

—Es *intelectual*...

—No es que sea *intelectual* —volvióse hacia Montemayor “Hormiga”—, pero por temperamento no me gustan las bufonadas. Después de leer a Shakespeare, los bufones son para mí aquellos que en lugar de reír escupen sangre. Y eso es lo que los estudiantes hacemos...

—Aaaa...ramos..., dijo la mosca en el culo del buey —soltó *Choloj*...

—Hacemos, dije y repito —se engalló “Hormiga”—, porque, aunque no me gusta, soy solidario con todo lo de la huelga, me disfrazo para ir al paseo y me embolo...

—Pero nuestra generación, vos, “Hormiga” —dijo Troyo.

—Nuestra generación... —cortó “Hormiga”—, nuestra generación se va a desinflar...

Hablaba sin dejar de moverse, ora dirigiéndose a Tantanis que iba al timón ora a Montemayor que en el asiento de atrás fumaba cigarrillo tras cigarrillo, ora a los dos.

—Es la generación más brillante... —insinuó *Choloj*.

—No lo niego —aceptó “Hormiga”—, pero de algún tiempo a esta parte evade los problemas...

—No me vas a decir, vos... —quiso hablar Troyano, pero “Hormiga” prosiguió:

—Y no solamente evade los problemas, sino juega al ratón y el gato con la realidad...

—Ya llegamos —cortó Tantanis—, y ahora, vos, Troyano, movilízate, preguntáles a esas mujeres dónde vive el tipo que buscás.

—Debe ser por aquí, en una de aquellas casas —dijo Troyo apeándose del automóvil, y encaminóse por un sendero siguiendo una fila de sauces viejos.

Al alejarse Troyo, “Hormiga” dijo en voz baja a *Choloj*:

—Perdoná, pero ese tu cuñado es un tonto...

—La cara tiene de tonto...

—Y la planta también...

—Lo que sí te puedo decir es que tus boqueras contra, la huelga le calaron. Yo lo venía viendo por el retrovisor. Nadie de nosotros te va a quitar la razón, “Hormiga”, la tragedia nacional es inmensa...

—Y nos reímos, hacemos fiesta de carnaval para olvidarla... Somos de los que se ríen mientras sueñan una pesadilla...

—O como aquel que llevaron al servicio de emergencia del hospital, con un puñal

clavado en el corazón. Cada vez que le preguntaban si le dolía, contestaba: sí, pero sólo cuando me río...

—A la Patria —enfaticó “Hormiga”— sólo le duele el puñal cuando se ríe...

—Antes que regrese Troyo —cuchicheó Tantanis—, conocí a una chica italiana que parece una de esas madonas y por eso quería ver... ¡shit!... hablamos otro día...

—¿Italiana? —alcanzó a preguntar “Hormiga”, aún más móvil, sudoroso, todo encendido.

—No de primer agua, descendiente de italianos... —y dirigiéndose a Troyo—: ¿Arreglaste el volado?...

—Sí, pero para cumplir con el encargo parece que va a tener que movilizar a sus once hijos. Toda la familia... —subió diciendo Troyo al automóvil y se abandonó en el asiento de atrás— se dedica a fabricar cordones de pino...

—Nuevas industrias —comentó “Hormiga”.

—Algo jodidas, pero qué se le va a hacer, con algo tienen que ganarse la vida —dijo Troyano.

—La industria del gusano de pino —añadió *Choloj*—, así surgió la industria de los caites hechos con gastadas llantas de automóviles, o la industria de los “diablitos”...

—La industria de qué... de los “diablitos”...

—Esta “Hormiga” parece que vive en el extranjero —terció Monte mayor—, mucho que se preocupa de nuestra realidad y no sabe nada de nuestra joven industria... Los “diablitos” son los aparatos que se ponen para que no ande el contador de la luz eléctrica. Es una industria próspera.

—Si están desocupados —propuso “Hormiga”, sin quietud en el asiento, se volvía para un lado, para el otro, para atrás, para adelante—, nos paramos en mi casa y les muestro las estampas...

—No puedo, tengo que hacer —contestó Ricardo—, pero si Troyo se quiere quedar, los dejo allí...

—Tenés que hacer qué... —intervino “Hormiga”.

—Tengo que ir a recoger un cargamento de viruta que encargué en el aserradero de Hipólito Fanjul...

—Te acompañamos —dijo “Hormiga”, lo de Fanjul sonaba a italiano, y él estaba que se las pelaba por conocer a la bellísima criatura de que le habló *Choloj*.

—No vale la pena y a éste —argumentó Tantanis señalando a Troyo— le va a dar más tos con el polvo de la viruta...

—Tos *intelectual*, verdad, vos, *Choloj*...

—No, vos, tos de tísico... —pero se lo dijo tan brutal, tan rencoroso (le podía que le llamaran *intelectual*), que al punto se arrepintió: Troyo estaba en verdad enfermo, pálido, afiebrado, casi osamenta.

—En siendo tisis galopante... —alcanzó a reír con risa fría, seca, Troyo.

“Hormiga” entendió la situación y dijo:

—Es una broma, Montemayor, es una broma... Se queda conmigo (“Hormiga” por momentos lo trataba de usted), se queda en mi casa a ver las estampas...

—Gracias, pero mejor voy a casa. *Choloj* me pasa dejando... ya me lo tenía ofrecido...

—Yo no te he ofrecido nada...

—No se puede bromear con vos —reaccionó Troyano—, cómo sos de peleonero...

—Demasiado sabés que me hierva la sangre cuando me llamás *intelectual*...

—Definición, definición de “intelectual”—intervino “Hormiga”, agitándose de un lado a otro.

Y él mismo se contestó:

—El que recobra lo perdido con palabras, para acabarlo de perder...

“Hormiga Loca” se quedó en su casa, Troyo sacó alientos para sentarse al lado de *Choloj* y el automóvil enfiló hacia el centro, por donde quedaba la residencia de los Montemayor y Gual.

Troyo bostezó, sacó fuerzas de pereza (la haraganería de los de su clase revuelta con la enfermedad), y dijo:

—Muy de pasada, el otro día en casa me contaste que tenías un plan...

—¿Un plan para qué? —preguntó Ricardo.

—Para lo del tío Ramón, ¿no te acordás?...

—Ah...

—Para que el tío Ramón no figure en la carroza de “Los horrores del cristianismo”. Dijiste que tenías un plan y quisiera saber en qué consiste...

—En qué consiste...

—No te estés haciendo el baboso. Si no tenés tal plan y lo dijiste por salir del paso...

—Tengo el plan, pero es secreto...

—Lo que creo, vos, es que no tenés ni pura rosca, lo que querés es darme largas. Ah, mi viejo, darme largas a mí. Caso te lo pedí yo. Te lo pidió Ana Julia. Por mí, con desaparecer de la casa después de la huelga todo arreglado. Mi madre y mis hermanas son las que van a sufrir la retopada del tío Ramón, y vos, viejo, ni te asomés, porque al saber que sos estudiante y huelguero, es capaz de todo...

Al verlo bajar del automóvil, pálido, desencajado, pelo y huesos, *Choloj* se acercó a estrecharlo entre sus brazos, efusivamente, tratando de restañar desde fuera la herida que le había causado llamándolo “tísico”, bien que él tuvo la culpa, porque sabía que lo exasperaba llamándolo *intelectual*.

—Te doy mi palabra de honor que existe el plan, el tío Ramón no figurará en la carroza, pero no me preguntés más...

—Si querés llevarte el automóvil, llevátelo para acarrear la viruta... —y pensó Troyano, tal vez la viruta con que van a rellenar al tío Ramón, pues no sabía que éste ya estaba terminado y guardado bajo llave, llave que tenía en su poder Tantanis.

—Te lo agradezco, me lo llevo. Ya sabés mi opinión sobre las mejores marcas de automóviles. La mejor es la marca “A del A”, auto del amigo.

XII

Después iría por la viruta (mucho bulto y poco peso, que, no por otra razón, apodaban “Viruta” a aquel institutero metido a universitario que se creía Pico de la Mirandola); despuesito iría por la viruta; ahora, en el auto del amigo, adonde Matisano, en busca de Simoneta. ¿Fue una visión? ¿Un pedazo de cielo que descendió a la casa donde se hacen los Judas? ¿Qué realidad podía tener aquella criatura en aquel sitio? No, no era real. Al asomar ella amanecía, en la tarde, en la noche, a cualquier hora. Irreal y visible. Soñada. Soñada por todos los que estaban junto a ella, en el mundo de lo maravilloso.

El “artista” salió a abrir la puerta con las manos doradas. Todos los dedos y las uñas de oro. Más bien abrió con el codo, apoyó el codo en el picaporte, y quedóse con la mitad del cuerpo tras la hoja de la puerta cerrada.

¿Quién podía ser a esas horas? No son horas. El buen hombre no sabía que en su casa, con esa hija, dejaban de existir las horas. Y empezaba el tiempo dorado, de una nueva edad de oro. ¿No traía las manos en guantes de oropel? ¿No es Dios una mariposa aurífera que va llevando polen de oro de un ser a otro, sólo que a veces lo deposita tan abundante que nace una Simoneta?

—Perdone, sí... perdone... estaba sobredorando... —se excusó el artista de no poderle dar al inesperado visitante ninguna de sus manos doradas.

—No, no, el que debe pedirle excusas soy yo...

—Pase...

—Le agradezco...

—Pero estaba usted trabajando...

—Sí, con el oro no se puede officiar cuando uno quiere, hay que atenerse a la atmósfera, temperatura y humedad...

—¿Y cómo las calcula?

—Al pulso del huele, con la nariz...

—Pero siga su trabajo —dijo Tantanis—, por mí no se preocupe, puedo esperar a que usted termine...

—Si me lo permite. Una vez se empieza el sobredorado, no se puede quedar a medias.

—Creí que era polvo de oro lo que echaba...

—No, son estas laminas tan sumamente delgadas que el menor soplo las despedaza. Para dorar hay que dejar de respirar casi, como cuando se nada bajo de agua.

—Lo espero, tenga cuidado...

Feliz coincidencia lo del sobredorado. Mientras aquél concluía, regresarían Simoneta y su madre. A juzgar por el silencio que reinaba en la casa no estaba más que el “artista”. Y mientras tanto, hacía tiempo a que ellas volvieran... perdón...

rectifico... a que el imaginero terminara de cubrir con laminillas de oro las superficies de las alas de un ángel adorador.

Estar allí donde ella vivía, en su atmósfera, en su temperatura, el amor es sobredorarse el alma, necesita también una atmósfera, una temperatura. Estar allí sobredorándose con el polvillo de oro que la belleza que Simoneta indudablemente depositaba en el aire de su casa. Respirar a pulmón batiente aquel interior lleno de cosas que sin estar ella, no tenían más significado que hablarle de la ausente.

Poco a poco, abandonado a sus pensamientos, tuvo la sensación de que su cuerpo no era sino un mueble más, en medio de aquellos muebles en que Simoneta vivía... una silla... un sofá... una cómoda... ¿Cómo sería su alcoba? Si pudiera entrar...

A lo lejos, pero muy lejos, entrevió las bolsas llenas de viruta alineadas en el zaguán del aserradero de Hipólito Fanjul. Iría por ellas. Le esperaban. Se indignó. Qué ruindad. Estar allí, en aquel templete de abril con luz de mayo, pensando en los fragantes rizos de madera apelmazados en bolsas voluminosas y sin peso. Aquellos rizos... aquella cascada de cabellos... la gran Magdalena... la madera... bella, pero trágica... Magda, todo ese otro mundo de la belleza bíblica de las mujeres judías, y qué contraste entre aquellas beldades, envueltas en cascadas de cabelleras fragantes y la personita que lo tenía allí convertido en mueble, silencioso, paralizado, sólo ojos, ojos y sólo ojos para recrearse en las cosas que aquélla veía, que vivían con ella... un espejo... si asomara... si se corporizara su imagen y saliera, como de una puerta luminosa, de ese espejo... no sería raro... lo normal... que entrara y saliera por los espejos... y el olor a ella que allí se respiraba... a costurero... a cuadernos de clase... a goma de borrar... a tinta de escribir... a cabellos lavados con agua de lluvia...

Pasaba el tiempo que a decir verdad para él no pasaba. Vio su reloj... reloj contra todo... hay veces que el reloj está contra todo...

Si terminaba el “artista” el sobredorado de las alas de sus ángeles, antes que regresaran Simoneta y su mamá. Irían... adonde... ¿irían muy lejos...? ¿volverían pronto...?

Como pisadas de palomo se oían los pasos del “artista” alrededor de sus ángeles... Sobredoraba... sobredoraba... y ella sin volver... y el reloj sin detenerse...

Saltó un gato. Desperezóse. Uñas, pelos, bigotes y el maullido de confianza al sentirse en casa. Lo llamó. Hubiera querido acariciarlo. Pasar sus manos por su pelambre color de cobre. ¿No sería que aquella bestiezuca se quitó el sobredorado a lengüetazos, para quedar color de cobre...?

—Ya lo vino a molestar el gato... —oyó la voz de Matisano, pero estaba tan ajeno a lo que sucedía, tan olvidado de la realidad, que se sacudió de la cabeza a los pies, como si en lugar de palabras le hubieran aplicado una descarga eléctrica.— Vaya, gato... —siguió Matisano, dando una palmada para asustarlo—, fuera de aquí... El pelo de los gatos vuela —explicó después— y qué peligro, pelos de gato en el sobredorado, pelos del demonio en las alas de ángeles que van a estar siempre junto al Santísimo Sacramento...

—Harían corto circuito... —estuvo a punto de decir Tantanis que se la picaba de ateo, pero aquél no lo dejó, seguía hablando, mientras se quitaba el oro de las manos con un trapo embebido en aguarrás, olor acre que contrastaba con el aroma a banano de alguno de los barnices,

—Qué barbaridad... qué barbaridad... —repetía el “artista”— todo lo que le hice esperar... una descortesía... una pesadería...

—No tenga cuidado, no tenga cuidado, no podía usted interrumpir su trabajo, porque se le echaba a perder. Fui yo quien se dejó venir, sin avisarle, por el asunto de mis Judas...

—Ya los empecé. No tenga cuidado...

—De los dos, al menos uno tiene que tener un metro ochenta...

Matisano hizo mentalmente el cálculo, al tiempo de repetir como autómeta:

—Metro ochenta..., al menos uno... ¿y por qué no los dos, ya que sólo es cuestión de alargarles las piernas?

—Mejor, mucho mejor...

—Mis Judas son más pequeños. No sé, pero creo que Judas no era más alto que Jesús. En fin... mis Judas son de metro cuarenta... metro cincuenta... Como generalmente los ponen encaramados sobre los techos o las cornisas de las casas, pues no es necesario hacerlos más grandes.

—Por eso, por eso me dejé venir, sin avisarle. Tenía duda sobre esto de las medidas... —y no resistió: lo que en el corazón está, a la boca sale—: Lo dejaron solito...

—Como usted ve...

—Se fueron de paseo —atrevió.

—Los paseos de mi mujer. Su paseo favorito es el cementerio.

—¿Algún deudo?... —apagó la voz Ricardo poniendo cara de circunstancia.

—No, algunas deudas. Allí están muchos, muchísimos de los monumentos y lápidas que hizo mi suegro, y que nunca le pagaron. Ella, la pobre, las va a contar cada vez que entra al cementerio, e imaginariamente hace cálculos de lo que tendríamos si esos ricachos hubieran pagado, no digamos todo, una parte. Y también porque se recrea viendo las manos, dice ella que ve las manos de su padre con el cincel y el martillo, volando, como palomas, alrededor de aquellas obras.

—Es inimaginable que la vanidad llegue a tanto —observó Tantanis—, a mandarse hacer una obra de ésas, en mármol, sin tener con qué pagarla.

—En mármol de Carrara... Para los ricos no hay más mármol que el de Carrara y sería ofender a sus muertos empleando los mármoles del país. Y como una vez puesta en el cementerio la lápida o la obra, no se puede retirar, porque lo prohíbe el reglamento...

—Vivir para oír... —articuló Ricardo.

—Muchos son los que van al cementerio, no por deudos, sino por deudas. Cuenta mi mujer que el otro día se encontró con un médico y hablando, hablando, ella le

refirió todo el dinero que en obras de arte tenía ella allí enterrado, a lo que el médico le contestó: “Y yo, señora, no le quiero decir... éste... éste...” y le fue señalando varios mausoleos... “se fueron sin pagarme...”

—No era una recomendación para el médico... —rió Ricardo y, cambiando de tono, añadió—: Y por eso quizá dejó usted la marmolería.

—No, no, no, de ninguna manera. Por uno que no paga, hay que ser justos, nueve cumplen. No fue por eso. El polvito de mármol, al trabajarlo, me irritaba las mucosas y me mantenía siempre enfermo de la nariz, de la garganta. Tomé operarios, pero...

—Mejor los santos, las piñatas, los Judas... —dijo Tantanis.

—Los santos y las santas... —se retorció el “artista” frotándose las manos.

—Me voy... —se levantó Ricardo de la silla que ocupaba.

—Tan pronto... ¿No se quiere tomar alguna cosita?... —sugirió Matisano, a quien, a decir verdad, Ricardo no había visto, hasta ahora lo miraba atentamente: la primera vez que vino, por estar contemplando a Simoneta, y ahora, hasta ese momento, absorbido entre las cosas de ella, imaginándose.

Un hombre raro, más bien bajo que alto, mínimo, un junco, una urdimbre de nervios. No se movía, se retorció. Al andar voleaba las rodillas, por delante, y frotaba una nalga con la otra por detrás. Al volverse a preguntar a Tantanis, qué prefería, vermut o coñac, giró sobre su cintura, como un bailarín.

Trajo las copas ya servidas y sentóse frente a Ricardo que volvió a ocupar la silla en que había esperado antes. Sensación equívoca. Cuantas veces podía dejaba caer aquél la palma de su mano abierta, en la rodilla de Ricardo, mientras movía la cabeza, echada para atrás, de un lado a otro, para lucir su cuello.

—Y su automóvil, ¿qué marca es?

—La mejor de todas —contestó enigmático, Ricardo—, la mejor de todas, es marca “A del A”...

—Es una marca nueva, no la conocía...

—Nueva, no. Desde que existe el automóvil, existen los automóviles “A del A”...

—“A del A”... —repitió el “artista”, frotando una mano con tenue sudor en la rodilla de Ricardo, el brazo tenso, los ojos blancos—, ¿qué quiere decir “A del A”...?

—Auto del amigo —aclaró Ricardo—, la mejor marca...

—Vamos a dar una vuelta, si tiene tiempo —propuso el “artista” en forma tan inesperada, que Ricardo, desarmado, no halló otra respuesta que afirmar con la cabeza, aceptar.

Al tomar el timón y sentir el muslo del “artista” junto al suyo, lo sentía porque aquel lo arrimaba, se consoló pensando que de paso por aquellas callejuelas podían encontrarse con Simoneta y su mamá. Y lo dijo:

—Qué bueno sería que las encontráramos...

—¿A quién...? —preguntó extrañado Matisano, tan contento iba en aquel asiento, con aquel hombre, en aquel auto marca “A del A”.

—A su mujer y a su hija...

—Nos arruinarían el paseo. Mi mujer habla hasta por los codos y mi hi... ja... jájájá... es tan linda que cuando está presente, sólo en ella se fijan...

—Perdone, pero... —se arrepintió de lo que iba a proponer: cómo podía ir a buscar los sacos de viruta adonde Fanjul acompañado de un tipo tan raro—, sólo daremos una vuelta, porque el automóvil no es mío y lo tengo que devolver.

—Como quiera. Demos una vuelta por el hipódromo. Son tan lindas las caídas de sol.

De este automóvil el que te vas a caer sos vos, pensó Ricardo, ya dispuesto a abrir la portezuela y a empujarlo. Pero quién entonces haría los Judas, y sin los Judas, su plan de salvar al tío Ramón del escarnio público, se venía al suelo. Completamente. No le quedaba más que soportarlo, soportar su muslo, sus insinuaciones, sus coqueterías. Soportarlo. Se mordió los labios. ¿Por qué, cuando iba a su casa y hablaba con sus padres, no se le notaba nada raro? ¿Por qué cuando estuvo a encargarle los dos Judas, presentes su esposa y Simoneta, tampoco?

La salvación. Una amiga. Detuvo el coche, la lodera raspando la acera en que aquélla iba. Al reconocerlo, se acercó pronta:

—Ricardito...

—Meches, qué alegría...

—Sí, qué alegría...

—Mira, te voy a presentar a un gran artista...

—¿Grande? Exagera... exagera, señorita...

—Mucho gusto, señor —dijo aquélla, al darle la mano a Matisano.

—¿Y adonde la tiras? —preguntó Tantanis.

—La tiro... la tiro...

—No puedes decir...

—No, Ricardito, no seas mal pensado. Lo que pasa es que salí de casa sin rumbo...

—Pues si es así, ven, sube al auto, vamos a dar una vuelta por el hipódromo...

—Gracias, pero...

—No hay pero, a tomar un poco de aire...

—Si crees que eso es lo que hace falta aquí...

—Bueno, no hay peros, vamos... —Meches ocupó el asiento de atrás.— ¿Y de Ana Julia qué noticias hay?... —encendió un cigarrillo.

—Está en retiro...

—Sí, lo sé, pero desde esas lejanías eternas —rió de buena gana—, cabría mandar postales, cartas, cables, telegramas...

—Lo que hace es rezar y prepararse para la comunión pascual. Cumplir con la Iglesia, Mechec, cumplir con la Iglesia...

La presencia de ésta en el auto cambió al “artista”. Volvió a ser el Matisano que conoció en su casa y el que le recibió, la primera vez, en presencia de su mujer y Simoneta. Hablaba normalmente, había dejado de hacer movimientos envolventes

con los brazos, lluvias de dedos dulces con las manos, molinetes con la cabeza para lucir el cuello, al tiempo de poner ojos de Inmaculada.

—Aquí por el hipódromo —dijo Meches, que hablaba resbalando las palabras, una sobre otra, suavemente con silbidito de saliva en las comisuras de los labios—, aquí por el hipódromo vive la *Cotorra*...

—Sí, por aquí vive... —dijo Ricardo maquinalmente, más atento a las reacciones de Matisano que a las palabras de aquélla.

—¿Y sigue hipocondríaco?

—Parece que sí... y por eso vive por el hipó... dromo...

—Qué chiste tan malo —protestó Meches.— Y el señor —siguió ésta— ¿es pintor...?

—Escultor, nada más... —contestó Matisano, sin timbrar la voz agudamente, hasta la voz, se dio cuenta Ricardo, le cambió con la presencia, con la proximidad de Mercedes en el auto.

—Pero aquí...

—Sí, sí... —cortó Matisano las palabras de Meches—, y por eso soy escultor de imágenes religiosas...

—Y mientras esculpe un Cristo, por ejemplo, ¿le reza?...

—Señorita, le rezan los martillos. Los martillos, el cincel, la gubia...

—Pero también hace... hace... —intervino Ricardo, debía aclarar ante Mercedes por qué andaba a la caída de la tarde con aquel caballero.

—Eso lo hago para ganarme la vida...

—¿Qué hace? —indagó aquélla curiosa.

—Piñatas...

Ricardo se sobresaltó. Aquello en lugar de aclarar, empeoraba.

—Piñatas y Judas. Es el que hace los Judas del Sábado de Gloria —aclaró Tantanis una vez por todas, temeroso de la lengua viperina y vizcaína de Merceditas.

—Eso quiere decir que vas a poner Judas en tu casa. Te felicito. Es tan resensacional cuando la gente lo despedaza. Y espero que me invites. Te juro que voy de mantilla y abanico, y quiero balcón delantero para presenciarlo.

—Yo los hago —dijo con humildad Matisano—, y el pueblo los deshace...

—Una forma de cobrarse —insinuó Meches—; no es que deshaga a Judas, es que en Judas hace pedazos...

—A todos los que en la misma forma quisiera hacer añicos—intervino Ricardo.

—Pero, Ricardito, no me has contado cómo van los preparativos de la huelga,

—Van, pero nada sé, porque no pertenezco al Honorable...

—No te hagas. Conmigo sí que eso no cuela. Sos y te voy a decir hasta de qué comisión... y quería preguntarte algo... No... Eso mejor después... Sé que estás en la comisión de las carrozas...

—Primera noticia...

—Mis informaciones, te advierto, son de fuente fidedigna...

—¿Gubernamental?

—¡Andá al diablo... seré tu “oreja”!

—Se han visto muertos acarrear basura, Mechecitas...

—Y ponerse lavativas de alambre espigado, Ricardito...

Rieron sin decir más, El automóvil dejó las calles asfaltadas y cojeando por entre terrones que bajo las ruedas se deshacían con leve crujido de tierra, empezó a mascar hojas secas, a cuatro bocas, a cuatro ruedas, a cuatro bocas con dentadura de hule.

El ruido de las hojas secas, acolchadas, húmedas, doradas, el viento peinando los pinos y cipreses, las acacias, los eucaliptos, la profundidad de los vecinos barrancos, los enmudeció. Sólo se oía el silencio. La mudez del silencio.

Ricardo detuvo el auto, antes de dar vuelta para regresar a la ciudad. Recordaba a Simoneta, por contraste, pues nada tenía que ver su carita de primavera dulce, con el paisaje funeral, de funeral de otoño, oro y cobre, en que estaban perdidos. Si en lugar de ir por las virutas con el automóvil lleno de hojas secas...

Se encendían las luces de la ciudad. Meches se quedó en su casa, más bien antes, en una tienda en que vendían cigarrillos, y el siguió con el “artista”, que no tardó en insinuarse otra vez, aguda la voz, silbosas las palabras, móvil, como sentado sobre brasas, agitación que le permitía rozarse con Ricardo.

Se considerará irresistible, pensaba *Choloj*, que rabioso hundió el acelerador hasta donde pudo. El coche volaba. Peatones. Vehículos. Esquinas. Pitazos de policías. Que lo alcanzaran. Carrera automovilística. Reloj contra acelerador. Si no fuera porque tiene que hacer los Judas, con sólo abrir la portezuela y empujarlo, lo recogían con cucharita o con papel secante.

Pero sin los Judas, sin los muñecos, cómo podía llevar adelante su famoso plan. Sin que éste le entregara los dos fantoches rientes, tristes y fatídicos, con qué muñeco sustituía en la carroza “Los crímenes del cristianismo”, al tío de Ana Julia, y qué Judas izaba en el techo de su casa, para no cortar la tradición de la cholojería.

Detuvo el coche de golpe. El “artista” sembró la cara en el parabrisas. Por poco lo rompe.

—¿Se golpeó? —tuvo el desparpajo de preguntarle Tantanis.

—No fue mayor cosa. Un chichón. No se preocupe. Venía descuidado y no me fijé que habíamos llegado a casa. Pase adelante...

—Gracias, debo irme...

—¿Volverá?

—Cuando venga por los Judas...

—Aquí la casa siempre está abierta para usted... a la orden... ¿eh?... a la orden... —se cantoneo, efusivo, conmovido.

Al arrancar el coche, en el espejo que colgaba a la altura de su frente, dibujóse en la puerta de su casa, esfumada, rápidamente perdida en la distancia, la carita de Simoneta, la misma que tendría en sus manos, bajo sus ojos asombrados, contenido el aliento, en la estampa de la Primavera de Botticelli.

—Papá, qué raro que es ese hombre que hace los Judas —dijo Ricardo al llegar a su casa y encontrarse con don Severo.

—¿Raro?... —lo encaró su padre, la pipa en la mano— Tienes razón, es lleno de aspavientos, como las mujeres; pero fuera de los aspavientos, un artista.

—Sí, sí... —era un terreno deslizante, pero Ricardo se animó al darse cuenta que su padre trataba el asunto sin hipocresía—; sí, sí, es medio raro. Dos personalidades se confunden en él. Es una cosa cuando hay mujeres presentes y otra cuando se queda solo con un hombre...

—No me gusta que estés yendo mucho a su casa...

—¡Papá!... —protestó con la voz golpeada, Ricardo.

—Es broma, muchacho. Sé que vas por los Judas... —Y al decir así, don Severo entrecerró un ojo entre el humo de la pipa que le bañaba la cara—, jájájá... vas por su hija... cómo es que se llama...

—Simoneta...

—Eso es, Simoneta... pero al niño le resultó, vaya que tiene gracia, el padre de Simoneta, un suegro extraño... —y ya riéndose a todo lo que daba su dentadura postiza, el viejo Tantanis era un hombre que vivía de muy buen humor—, pero como no vas a vivir con tu suegro... jájájájá...

El regreso de su esposa cortó el retumbante reír de don Severo.

—Algo muy serio estás tomando en broma —dijo aquélla—, porque Ricardito parece preocupado.

—No, mamá. Corrí un poco en el automóvil de Montemayor y si la policía tomó el número, lo van a citar del Juzgado de Tránsito.

—¿Y de eso se estaba riendo tu papá...?

—Me voy a mi cuarto. Allí estoy si me necesitan... —y besó a su mamá en la frente, antes de salir. En los labios se llevó un gustito salobre. El del sudor de aquella frente dulce y para él majestuosa.

—¿De qué estabas riendo con tantas ganas? —preguntó ella, al salir Ricardo.

—De este muchacho, de las cosas de este muchacho. Figúrate que me vino contando que había ido otra vez a casa de Matisano, para darle la medida de los Judas...

—A mí no me convence eso de poner dos Judas. No me convence y no me convence. Y fue, decías, a dejarle las medidas...

—Y vino contándome que el hombre ése es medio raro. De eso me reía...

—¿Medio?

—Y como creo, sólo creo, ¿eh?, no lo afirmo ni lo aseguro, que tu hijo está interesado por la hija...

—¿Por la Simoneta...? Pero no dicen, pues, que le anda los nueve días a la Montemayor, ésa, esa que se llama Ana Julia...

—Esa, se dice hablando de una muchacha pobre, pero no de una Montemayor y Gual.

—Lo malo allí es que tiene ese tío, el que se llama Ramón, que es una especie de Nerón con barbas. Un hombre terrible, según lo hablan las sirvientas.

—Que son el periódico de esta casa...

—Pues, como te decía, ese tal don Ramón Montemayor y Gual echa fuego por la boca, es hombre de horca y cuchillo, anda con dos pistolas, una atrás y otra delante, y un látigo en la mano.

—¡Qué consuegros los que nos esperan!

—¿Cómo, consuegros?

—Sí, porque si se casa...

—¡Cómo, Severo, se va a casar... ni pensarlo... que termine sus estudios... que viaje...!

—Yo decía —llenó la pipa de tabaco, parsimoniosamente— que qué consuegros los que nos tocarían, caso de amarrarse tu hijo. Si se casa con Simoneta —soltó la risa—, corro riesgo yo... viejito, viejito, perseguido por mi consuegro, y si se casa con la Montemayor, la del riesgo sos vos con don Ramón...

—Andá al diablo...

—No en mal sentido, sino en cuanto a que siendo vos de armas tomar, y ese tío Ramón, un Nerón armado hasta los dientes, pues entre ustedes sería la de Dios es *pisto*...

—No blasfemes, Severo, así no más. Hay que persignarse tres veces la boca antes de mentar a Dios.

—Y si Dios no es *pisto*...

—Callá, te vas a torcer...

—El *pisto* es Dios. La gente nos traga, y tragan a nuestro hijo en esas casas nobiliarias, porque tenemos dinero.

Sin encender la luz de su cuarto, Ricardo, echado en la cama, revolvía colchas, sábanas, almohadas... todo... le apretaban los zapatos, el cuello de la camisa, los puños, la corbata, el cincho, todo lo ahogaba... día a día se hacía inminente el instante de su traición... el reloj... el reloj... su reloj... todos los relojes del mundo aproximaban aquel momento, aquellos segundos en que al amparo de la luz del amanecer, la hora de los ajusticiados, arrebataría de la carroza “Los horrores del cristianismo”, al tío Ramón, reproducción magistral de *Pan*, y pondría un vil Judas hecho por el “artista”.

—Ana Julia... Ana Julia... por qué existes —se decía—, por qué existe todo esto... par qué no se deshace...

Se paladeó las pupilas, húmedas de llanto, con los párpados, y qué gusto a Simoneta en las pupilas...

Ana Julia, inseparable del tío Ramón, y Simoneta de aquel papacito que parecía besar el aire y moverse como un caballito marino.

Oyó claxonar. Había dejado el auto de Troyo frente a su casa.

—Allí está la policía —se dijo—, lo identificaron.

Pero no, llamaron a la puerta de su cuarto y era “Hormiga Loca” que entró con los brazos ocupados por cartapacios y libros de imágenes de los pintores italianos del Renacimiento...

—Te lo llevás todo, si no viene... —se incorporó Ricardo.

—Sí viene, sí viene la Simoneta de Botticelli... Pero no te enseñó nada, si no me decís antes cómo va tu artículo sobre Gandhi...

—Hasta ahora tengo muchos datos tomados, mucha bibliografía, pero lo debo escribir. Y estáte quieto, porque moviéndote como te movés, imposible ver a gusto las pinturas...

—Si vieras que cuando contemplo estas reproducciones, se me calman los nervios, me quedo inmóvil... —dijo “Hormiga Loca”, al tiempo de subirse los anteojos, sacar un pañuelo y enjugarse la frente, el cuello, las manos—, y por eso yo quisiera hacer el ensayo de meter en un hormiguero, una de estas estampas... la de Simoneta...

—¡Jamás!

—¿Qué pasaría?

—Las hormigas se quedarían paralizadas.

—Exacto, alguna vez vamos a hacer la prueba...

—Pero no con Simoneta...

—¿Por qué no?

—Sería como que yo se la cediera al padre de todas las hormigas, a “Hormiga Loca”... —rió Ricardo.

—Me la tenés que presentar... ¿eh?

—Desde luego...

—Y ahora que me acuerdo. Al entrar a tu casa vi el auto de Troyo frente a la puerta y creí que aquél estaba aquí.

—No, se lo tengo que ir a dejar, pero antes debo acarrear los sacos de viruta, ya me agarró el tiempo.

—Te dejo las estampas y los álbumes, ve que son muy valiosos. Que no se vayan a perder o a manchar.

—Aquí no entra nadie...

—Las sirvientas son muy brutas...

—Mi madre hace la pieza...

—Como en mi casa —plantó los ojos “Hormiga Loca”, más bien sus anteojos de gruesos cristales en aros de oro delgadísimos, en los ojos de *Choloj* para dar más intención a lo que decía—: las únicas faldas que entran a nuestros cuartos, son las de nuestras mamacitas...

—Aquí queda todo seguro. Los voy a ver despacio y después te los devuelvo.

—La cosa es que me los cuidés. Y ahora si querés te acompaño a traer la viruta.

—Pero antes, no me puedo resistir, quiero ver en cuál de estos libros está la Simoneta de Botticelli...

“Hormiga” abrió de par en par un enorme cartapacio y entre varias estampas, fulgurante brilló la Primavera...

—Para ir por la viruta ya es muy noche —recapacitó *Choloj*.

—Qué va... los italianos se reúnen donde Fanjul a jugar a las bochas hasta muy tarde. Podemos ir...

—Vamos, si te parece...

—Vamos, que así no me echarán en cara que no haga nada por la bendita huelga...

Y salieron.

XIII

—¡Los carretones!...

—¡Los carretones de Ocampo!...

—¡Llegaron los carretones de Ocampo! ...

Quién con un pincel en la mano, otro con un martillo, otro con una brocha gorda destilando engrudo o cola de pegar, todos los que trabajaban en la preparación de las carrozas del paseo de la fiesta estudiantil del Viernes de Dolores, gritaban, saludaban, salían a ver entrar los carretones de Ocampo, bajo las luces incandescentes, no, *incandescentes* por la poca luz que daban, carretones grandes y largos como vagones de ferrocarril, rodando sobre cuatro ruedas muy altas del carro mismo, y delante sobre dos ruedas pequeñas, el giro y el pescante del cochero que refrenaba los caballos.

Los cocheros, carreteros o carreteneros, si se les llamaba cocheros sentíanse halagados; lo segundo, carretero, era despectivo, y carreteneros les gustaba menos que cocheros, pero más que carreteros, porque correspondía a la hercúlea compleción necesaria para guiar por la ciudad los carretones de Ocampo.

Llegados al corralón en que se pintaba, se esculpía, se cosía, aquí ruido de serruchos, allá ruido de martillos, entre juramentos y malas palabras, risas, canciones y voces juveniles, se indicó a los carreteneros el sitio en que debían apostar los carros y así lo hicieron. Luego cada cual bajó de su pescante, se habían alquilado dos carretones, para despegar los caballos y marcharse llevándolos de las bridas, no sin antes recibir el bien de una copa de aguardiente.

La llegada de los carretones de Ocampo puso en movimiento al equipo de estudiantes que algo o mucho sabían de carpintería. Sobre los carromatos se empezaron a colocar las plataformas en que irían “Los horrores del cristianismo” y la alegoría que llamaban “Mamíferos, mamados y mancornados”.

Más tarde asomaron *Choloj* y “Hormiga Loca” con los sacos de viruta. Aquél volvió la cabeza al sitio en que se guardaban los muñecos. Nadie metía allí la nariz. El guardaba la llave. Disimuladamente se llevó la mano para palpársela en el bolsillo. La llave de todo su plan. Cambiar al tío Ramón, muñeco que era la obra maestra de *Pan*, esto le obsesionaba, por uno de los Judas que había encargado al “artista”. Se estremeció. No podría hacerlo. *Pan* estaría presente en la colocación de las figuras, y no dejaría sustituir su obra maestra, la reproducción más perfecta de aquel personaje, terrateniente célebre, clubman, solterón, tío de Ana Julia, por un simple y vulgar Judas, por mucho que tuviera sombrero tejano y pistolas al cinto.

“Hormiga Loca”, preso de repentino entusiasmo, encendido en todo lo que tenía de generoso, iba de un grupo a otro, bañada de viruta la cabeza de pelo azabachado, más negro sobre la piel huesosa, indagando, saltando, felicitando. Pero debía irse, tenía que marcharse. “Hormiga Loca” desde que llegaba a un lugar, fuera donde fuera, “debía irse”, “tenía que marcharse”. Las hormigas, explicaba, se van siempre,

no se quedan nunca.

Llamó aparte a *Choloj* para decirle que le intrigaba muchísimo lo que le había contado de esa Simoneta.

Y añadió expansivo:

—Porque está la otra, ¿eh?, la de Botticelli...

—Para mí que es la misma... —cortó *Choloj*.

—¿La misma?... jájájá... —rió “Hormiga”—, no seas niño, tú sí que de veras... cómo puede ser la misma, la de Botticelli vivió en el siglo...

—Y la metempsicosis...

—No se dice metempsicosis, sino metempsicosis...

—Pero estáte quieto...

—No, si ya me voy...

—Esperáte un rato, yo te llevo a tu casa...

Callaron por dar oídos a las voces estudiantiles que repasaban en coro, las canciones que se cantarían, por primera vez, ese año.

Jorge con charpa y de gala
es un émulo de “Machaquito”
y montado en una escoba
se parece a Napoleón...
¡ay qué bonito...!

—¡Formidable!... —se llenaron de aire encomiástico las mejillas de “Hormiga”, que era medio desinflado de los cachetes—, qué bueno está eso...

Unos dicen que Jorge es amargo,
otros dicen que no es más que un largo,
ya los “cachos” lo supieron cuando el cinco
los fregó con la volada...

—¿Sabés cómo se llama?... “La Jorgeña” —dijo *Choloj*— y se canta con la música de la canción mexicana “La Norteña” —luego, tomando de un brazo a su amigo para hablarle a la cara, añadió entusiasta—: ¿Te convence o no te convence la huelga?...

—Sí y no...

—Sí o no... Nada de sí y no, vos sí que me gustás... sí o no...

—En ese optar entre dos términos opuestos, obligatoriamente, está la raíz de nuestras dictaduras. Con los sátrapas y tiranos que nos gobernaron siempre, no había sino la disyuntiva: sí o no. El sí y no, no lo admitían, el sí y no que es lo democrático: sí, pero... o bien, no, pero...

Las voces del coro se alzaron:

El gringomano Rechinos
emprendió arrastrada lucha,
empleó métodos caninos,
pero al fin agarró chucha...

Se sembró en el ministerio
con sus perras intenciones
y labora en el misterio
con sus perras intenciones...

Y don Manuel,
en espíritu aconseja
y don Adrián
los consejos nunca deja
de los tristes veintidós
de don Manuel...

Después de Cancillería
sólo falta a Su Excelencia
un Zólinger sin conciencia
para este José María...

—¡Qué bien!... —palmoteo “Hormiga”, cuando no se movía él, movía las manos, los dedos, los ojos: tras los cristales de aumento de sus anteojos, saltaban sus pupilas como insectos voraces—, qué buena parodia... qué parodia más buena de la canción “Por unos ojazos negros” —y tras breve pausa, añadió, las venas encendidas en las sienes—: Aquí, *Cholojero*, lo que no es parodia es palidonia, quise decir palinodia...

—Por jugar con las palabras, te pasó lo de Panta...

—Y, vos lo sabes...

—Quién no lo sabe...

—Sí, hombre... pero no tuve la culpa, no pescaron el chiste...

—La grosería, diría yo...

—¿Grosería?... No fue para tanto...

—Que no, te piden que brindes en el matrimonio de don Pantaleón Ziguapate, que era un enano feísimo, o es, no sé si todavía vive, con el cuello largo como botella y las orejas de soplador, y te lanzás con aquello de: En el matrimonio de Panta, el que espanta es Panta...

Un nuevo coro ahogó sus voces:

Rapadura, rapadura, rapadura,

Presidente contra el voto popular,

esa ganga codiciada y que chichona
consiguió tu gran Partido Liberal...

Pues tu cara es el espejo de tu alma,

siempre sucia te la vamos a mirar,

con razón que se murmura entre la gente,

ahora si negra que la vamos a pasar...

Mira al Cuco de la Guerra,

cómo le gusta el terror,

cuando el puño de su espada

nunca ha empuñado con honor...

Mira a la Resucitada

por milagro del cuartel,

que hasta el mismo San Rufino

sufiría, sufriría, Rapadura,

contemplando tu pastel...

El que dirigía los coros, *Chocochique*, Jefe Máximo de la Huelga, vino hacia la parte del corralón en que se preparaban las carrozas, seguido de los cantantes.

—¿Cómo va el trabajo por aquí, muchá? —preguntó al tiempo de darle la mano a *Pan*, encargado de la comisión de carrozas.

Y había una vez

un pueblo chiquito...

Interrumpió un grupo de muchachos cantando:

Y había una vez

un pueblo chiquito,

y había una vez

un pueblo chiquito

que no podían,

que no podían,

que no podían

gobernar...

Si la dicta

no les parece larga,

si la dicta no les parece larga,

si la dictadura no les parece larga,

volveremos,

volveremos,

volveremos a empezar...

Y era una vez

un pueblo chiquito...

—¡Shoooo! —gritó *Chocochique*, enrojecido, furioso, fuera de sí, tratando de callarlos.

—¡Sho, tu cara! —se adelantó la “Sheca” Fonseca con un martillo en la mano, la palidez le hacía parecer más empolvada la cara trigüeña, como el pan que llamaban “Sheca”.

Pan intervino:

—Dejen de joder, por la gran mierda... todo es pleito... no parecen compañeros... —y cambiando de tono—: El trabajo va bien y creo que todo estará listo para el viernes. Lo que falta y hay que comprarlos mañana, son materiales... Aquí tengo la lista... —y después de registrarse los bolsillos del pantalón—: No, no la tengo aquí, la cargo en mi cartera.

Chocochique, que nunca se sabía hacia dónde estaba viendo, no le perdía movimiento a la “Sheca”, que seguía desafiándolo con los ojos, empolvado de palidez mortal, tembloroso. Como si las mangas del saco se le hubieran alargado y acortado los brazos, no se le miraban las manos, sólo las puntas de los dedos prietos y el martillo.

—Dos son las carrozas... ¿verdad? —preguntó *Chocochique*.

—Sí, dos... —contestó otro estudiante, que había salido de bajo las ruedas de uno de los carretones—, dos grandes carrozas —adelantándose a *Pan*, que enarboló las cejas al tiempo de cruzarse de brazos, como diciendo “y... aquí, para qué estoy yo...”

El estudiante que hablaba, al que apodaban la *Mixca*, parlanchín y declamador, siguió explicando:

—En esta carroza irán los “mamíferos” o sean todos los empleados públicos, los “mamados” o ciudadanos que para consolarse de lo que pasa en la dulce Patria, tienen el alcohol, y los “mancornados”, “ama... ama... amancornados”, como dice el tartajo Sarti, o coimeros.

—¿Y en la otra? —preguntó un *canche*, hijo del sol, que para ver ladeaba la cabeza como buscando con sus ojos de pestañas blancas a su interlocutor.

—En la otra “Los horrores del cristianismo”, que por sabidos se callan... —dijo *Chocochique*, que no explicó nada.

—Vos sí que me gustás, vos, *Choco*... —reclamó el albino, hombre blanco, blanquísimo de dientes amarillos y de pocas pulgas—, por sabidos se callan... cuáles son los horrores del cristianismo, qué jo... robar...

—La noche de bodas... —atizó alguien, provocando una carcajada general.

—¡Vayan a la purísima mierda! —se encolerizó el albino, recordando lo que contaban de su noche de bodas.

Contaban que esa noche, desnuda su mujer y desnudo él, ésta le dijo: “¡*Canchito*, apagá la luz para que te vea...!”

Un estudiante de medicina, apodado el *Turco*, el gracejo aldeano imborrable en sus facciones de turco, tomó al *Canche*, como llamaban al albino, del brazo, y le dijo:

—Sólo vení a ver, vos, *Canchito*, los chichitos que van a ir en la carroza de los horrores... Pero antes veamos quién tiene la llave, porque están bajo siete llaves, no se vayan a fugar antes de la corrida.

—La llave la tiene *Cholój* —intervino la *Mixca*, siempre servicial y metido—, y quién sabe por dónde anda... andaba por aquí... andaba con “Hormiga Loca”...

—¡Cómo es eso de que están bajo llave! —respingó el *Canche*, enrojecido.— Deben mostramos los muñecos, que para eso hemos venido en inspección ocular, ¿verdad, vos, *Choco*? —se dirigió a *Chocochique*, que saltó como si lo hubiera mordido una culebra:

—¡*Choco*, pero a mí ninguno me endosa una traición!

Una sola carcajada juvenil saludó la respuesta que aludía muy directamente a la traición de un general, mientras asomaba *Cholój*, traidor en ciernes, con la llave del

cuartucho en que se guardaban los muñecos.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —aprobaba la comisión de inspección y control aquel conjunto de fantoches que eran el *non plus ultra* de la barbarie disfrazada de cristianismo.

No alcanzaron a verlos todos. El más celebrado, el muñeco que representaba al terrateniente, en la figura odiosa de don Ramón Montemayor y Gual.

También figuraba el Padre las Casas, como rezaba un rótulo al pie de un cura parado en medio de una manzana de casas; y el analfabetismo general, en la imagen de un general que no decía cuando no sabía algo “lo ignoro”, sino “lo ignórolo”, lavándose las patas, antes de meterlas contra el pueblo, en la palangana de Pilatos.

Pan balanceaba el cuerpo, escaso de caja torácica, sobre sus largas y delgadas piernas, los ojos en blanco, *Ecce Homo* feliz por la realización de aquellas esculturas en trapo, verdaderas obras maestras, con más de caricatura que de retrato.

Pumusfundas y la *Chinche*, Pontífices de la Huelga, en la Facultad de Medicina, asomaron en busca de *Chocochoique*, ésta colorada, aquél terroso, aquélla menuda, éste más alto y esquelético, a fin de informarle que ya el material de los galenos, para la canción de guerra estudiantil, estaba listo, y faltaba saber si otro tanto ocurría en Derecho.

—Para eso, muchá... —respondió *Chocochoique* y, mientras pensaba lo que iba a decir, se metió el dedo en la nariz.

—¡No seas puerco, vos, *Choco*! —protestó la *Chinche*, ante el espectáculo poco estimulante de un hombre que se escarba las narices.

—Así papo, ya no puede uno sacarse sus mocos... —y acto seguido, tras un como saltito, siempre empezaba a hablar dando un como brinquito, añadió—: Ya, ya, hay que ir al callejón del Asilo Santa María, donde el Negro Valle y *Chirimoyas* están preparando el material de Derecho, para ese canto de guerra.

—Y si ya lo tienen... —terció *Pumusfundas*, tirándose con los dedos largos de su mano flaca, la piel trigueña de la mejilla siniestra hacia el pescuezo.

—Si ya lo tienen, propongo —dijo *Chocochoique*— nombrar una comisión, un jurado literario, que se reúna lo antes posible, y sea ese jurado el que escoja, entre lo que se ha hecho, las estrofas y el coro del himno estudiantil.

—Mejor llamarlo “Canción de Guerra” —atajó la *Chinche*—, eso de himno está muy choteado.

—Pues “Canción de Guerra” me parece bien —aceptó *Chocochoique*—, pasó la hora de los plásticos —adujo— y ahora es la de los poetas.

—Lo que hay que hacer es nombrar el jurado y un cancerbero —adelantó *Pumusfundas*, muy dado a las mitologías—, un Cancerbero que reúna, encierre y no deje salir al jurado antes de pronunciar su fallo.

—Pero que no sea un Can... que sea un Mon... —sacudió palabras y risa el albino, hijo del sol, la piel más blanca que naftalina, los ojos perdidos en gruesos anteojos de cristales color de yema de huevo—, que sea un Mono...

—Y el Mono está aquí, el Monarca de la Parroquia Vieja —exclamó *Chochique*, para luego preguntar—: ¿Aceptás, vos, Monito?

—Pero con una condición —contestó el Mono.

—Echála...

—Que el *Choco* no se coma los mocos —remató el Mono a todo reír, de oreja a oreja colgada la hamaca de sus dientes pequeños.

—Si no me los como —protestó aquél—, sólo me los saco, ya va la vil calumnia...

—¿Y qué es lo que tengo que hacer? —preguntó el Mono, sin dejar de reírse con los ojos festivos.

—Si estuviera ya listo, como espero, el material de Derecho, el de Medicina, dicen éstos que ya lo tienen aquí con ellos —explicó *Chochique*—, nombraremos un jurado que deberá reunirse en seguida, sin pérdida de tiempo, en la Facultad de Derecho...

—Muy bien, muy bien... —aprobaron todos.

—Y a ese jurado —siguió aquél— se le entregarán los versos preparados por las comisiones y los que han llegado, nunca faltan los anónimos y espontáneos, para que escoja, entre todo, lo mejor, y así, al dar su fallo, se tenga ya el himno...

—Dale con el himno...

—La canción de guerra, como le gusta a la *Chinche*.

—¿Y yo, qué pito toco? —preguntó el Mono.

—Reunir al jurado, encerrarlo, y recoger el fallo —aclaró *Pumusfundas*.

—Muy bien... acepto... —dijo el Mono feliz, feliz porque era molestón y, sin dejar la hamaca de su risa, hacía como que se escarbaba las narices.

—Y ahora hay que ir —dijo el *Choco*—, me voy al callejón del Asilo Santa María a ver si ya tienen los versos de Derecho, *Chirimoyas* y el Negro Valle.

—Nos vamos con vos, ¿verdad, *Pumún*? —saltó la *Chinche*.

—Sí, sí... —se plegó *Pumusfundas*, a quien también llamaban, más corto, *Pumún*—, vamos los tres, y como la *Chinche* carga el aporte de Medicina, si aquéllos tienen ya hecho lo de Derecho, ahora mismo podemos hacer una primera selección.

—Muy bien, vamos los tres, pero vamos ya... —salió *Chochique*, seguido de aquéllos, hasta un automóvil de tipo palangana con asientos, manejado por Teófilo, un chofer que pertenecía a otras edades.

En marcha. Antes había que poner en movimiento el cigüeñal. Teófilo, para eso, era mágico. Un jalón a la cigüeña, y listos.

Calles de eucaliptos que hacían sonar el silencio con su murmullo de hojas. Callejuelas de gastadas piedras. Avenidas céntricas, alumbradas, despiertas a esas altas horas.

Una ventolina arrebató el sombrero de la cabeza de *Chochique*. Todos se volvieron. Imposible atraparlo. Aquél apenas tuvo tiempo de decir “mi canotíé”. Voló... rodó... y no rodó mucho... un automóvil que venía detrás, lo aplastó...

Sin inmutarse, gritó *Choco*:

—Daños y perjuicios... pérdida en servicio... ustedes son testigos... exigiré al Honorable Comité que me compre un sombrero nuevo.

Entraron a calles más solas, más largas y asfaltadas. Teófilo manejaba con la boca entreabierta de gárgola que se ríe, el sombrero encasquetado por detrás hasta la nuca, con un saco que más era sobretodo. A la derecha de una de esas avenidas, cruzó hacia el callejón del Asilo Santa María, y se detuvo en la primera casa. No hubo necesidad de tocar. Una puerta se abrió y asomaron, con sendos Códigos en las manos, *Chirimoyas* y el Negro Valle.

—¿Qué tal, poetas? —se adelantó a preguntar *Pumún*, ladeando la cabeza, seguido de la *Chinche*; el *Choco* se había quedado para encargarse a Teófilo que fuera a buscar cigarrillos y, sin posible a esas horas, una botella de ron,

Y se dio con la *Chinche* de manos a boca, cuando éste se volvió, desolado, a decirle:

—Fijáte, vos, *Choco*, que no han hecho nada...

—Son caulas... —arguyo aquél, precipitándose hacia el interior de la casa.

—De verdad no hemos podido hacer nada... —repitió el Negro Valle, con gesto de pena.

—¿Es en serio, vos, *Moyas*? —preguntó *Choco*.

—Hemos tenido que remachar Procedimientos Penales, qué querés que hagamos...

—Pero qué pura vejiga son ustedes... —saltó la *Chinche* golpeándose nerviosamente una mano con otra.

—Y en ese caso —intervino *Pumún*—, que se haga la Canción de Guerra de los estudiantes, con sólo los aportes de Medicina, y si es así, no hay necesidad de jurado.

El *Choco*, más instintivo y mañoso que los otros, olía que lo que decían *Moyas* y el Negro Valle no era verdad, y se quedó callado, mirando, mirando las paredes, el techo, el piso, los muebles, los libros repartidos en las mesas.

—Derecho ha de quedar siempre a la altura del betún —hizo esta reflexión mientras seguía paseando en tomo suyo las encontradas pupilas, que lejos de afearle, dábanle cierto gracejo.

—¿Quién tiene un cigarro? —preguntó.

El Negro Valle sacó su cigarrera. La reunión parecía velorio. Se veían unos a otros en silencio, sin saber qué hacer. Alrededor del cadáver de la poesía no escrita, no sabían qué hacer, si irse, si quedarse, si escupir a los llamados poetas, si hacer pedazos los Códigos...

—No puede ser... —reaccionó, por fin, *Pumún Pumusfundas* — Lo que pasa es que no les debe gustar lo que hicieron, no debe ser muy van-guar-dis-ta —recalcó—, pero muestren, muestren lo que compusieron.

Una mirada que el Negro Valle cruzó con *Moyas*, acabó con el malentendido. Aquéllos la sorprendieron, y éstos se echaron a reír.

—Bien decía yo... —sacó el pecho y se metió las manos en los bolsillos del saco, el *Choco*— bien decía yo que no podía ser...

—No, si en verdad no hay nada... —aseguró *Moyas*, a la defensiva.

—¡Saquen! ¡Saquen!... —intervino la *Chinche* y, sin esperar a más, empezó a registrar los cajones de las cómodas

Volaban papeles, recortes de periódicos, retratos, estampas de misas de muerto, álbumes, folletos, escapularios, ramos benditos, medallas, billetes de moneda sin valor.

—No, si no hay nada, muchachos... —reafirmó el Negro Valle—, allí, vos, *Chinche*, no hay nada...

—Pues aquí sí hay... —gritó el *Choco* y de entre las hojas del Código de Procedimientos Penales saltaron las cuartillas cubiertas de versos.

—Diste con la mina... —celebró *Pumún*.

—De aquí salen cuatro himnos —agregó la *Chinche*, taconeando del gusto, pronto a rectificarse.— Himnos, no; cuatro Canciones de Guerra...

Chocochique extrajo otro cigarrillo de la cigarrera del Negro y se lo puso en la boca, los turnos ojos repasando rápidamente los versos, las estrofas... cuando leen los bizcos, las letras se desquebrajan y arrastran como hojas secas...

—Me parecen muy buenos... éste... éste... éste... —señalaba con el dedo a los ojos de *Pumún*, que verbalizaba los versos.

—Y a mí que me coma el chucho... —protestó la *Chinche*, reclamando que le pasaran, para leerlos, los pliegos que ellos ya habían leído. Y añadió—: Y sobre todo, nada de adelantar opinión...

—Si no estamos adelantando opinión —sostuvo el *Choco*—, pero tampoco vamos a dejar de decir que están muy buenos... que hay algunas estrofas formidables...

—El jurado escogerá —dijo la *Chinche*.

—Unita cosa —terció *Moyas*, flaco como un fideo—, que decida lo que decida el jurado, la canción de los estudiantes debe quedar como obra de todos, no como obra personal de unos cuantos.

—Se me ocurre —añadió *Pumún*— que dado el trabajo que han hecho el Negro Valle y *Moyas*, si el jurado quisiera cambiar algunas cosas, un verso, por ejemplo, o poner... todo esto en el campo de las suposiciones, *Moyas* y el Negro aceptan...

—Desde luego, están autorizados a cambiar, modificar, agregar... —aceptó el Negro.

—Entonces, la presencia de ustedes será necesaria —dijo *Pumún*.

—No —saltó la *Chinche*—, porque no pueden ser autores y jurados.

—Vos, *Chinche* —le golpeó la espalda el Negro Valle—, lo que querés es hacer pasar algunos de tus versitos...

—Andá a la mier... coles...

—Pues es claro que no pueden ser autores y jurados —intervino *Chocochique*—,

pero sí pueden estar cerca del salón donde se reúna el jurado, por si les quisieran consultar algún cambio. Saben una cosa. Estoy feliz, el himno de los estudiantes ya es un hecho...

—Y dale con himno... canción... —insistió la *Chinche*.

—Propongo que el jurado lo formen, como presidente, el *Gato Vela*...

—Si jura no haberse presentado al concurso —salvó la *Chinche*, siempre meticulosa para todo lo relacionado con la huelga.

—Desde luego —siguió *Pumún*—, y como sé que la *Mixca* no concursó, puede ir por Medicina, y cualquiera de los fármacos...

—Previo juramento —insistió la *Chinche* de que ninguno de ellos, ni el *Gato Vela*, ni la *Mixca*, ni el fármaco, presentaron un solo verso al concurso...

Y ése fue el jurado.

XIV

Ricardo Tantanis abandonó el corralón en que se preparaban las carrozas, camino a su casa, siempre en el automóvil de Troyo, la desesperación en el alma y el alma en los pedales. Aceleraba. Frenaba. Aceleraba más. Frenaba bruscamente. Aquellas alternativas de freno y acelerador traducían su estado de ánimo. El motor, dócil, respondía, como un piano, a los impulsos de sus pies, ora en borbotón musical, velocidad —velocidad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre—, ora en un apacible deslizarse por las calles silenciosas de la ciudad. Era su alma la que imprimía al nuevo instrumento, usando los pedales, la nueva música, la música de las velocidades. Sustraer al tío de Ana Julia de la carroza de “Los horrores del cristianismo”, ni soñarlo. Aceleró... imposible... ah, cómo va a delirar la gente amasada en las calles, en las esquinas, al paso de la carroza, ante aquella reproducción tan perfecta... aceleró... aceleró... la velocidad le aliviaba, le deshacía los pensamientos... y si renunciara a su propósito, porque al fin de cuentas el tío ése qué le importaba a él... frenó... sí, qué le importaba a él, vamos a ver, a él, Ricardo Tantanis... frenó... frenó... qué le importaba... ah, pero Ana Julia... las calles... las calles... el horro de las calles... de lado y lado por donde iba, en las casas cerradas, gente que dormía... Por Ana Julia le importaba... Ana Julia... Ana Julia... aceleró... aceleró... aceleró... qué era Ana Julia... qué representaba Ana Julia... en su vida, mucho... (y en bajada..., como diría “Hormiga Loca” jugando con las palabras, subida que era bajada...), en su vida, mucho... en su futuro, todo... abogado de cholojeros... abogado de indios o de gente pobre, no... tenía que ser abogado de gente con dinero... con casas... con bienes... y eso era Ana Julia para él... aceleró más... huir... huir de lo que pensaba... huir como huía el automóvil con sus ruedas a miles de vueltas por segundo, sin por eso escapar a su realidad mecánica, a sus ejes, a su carrocería... velocidad... velocidad infinita de la “Appassionata” de Beethoven...

No, nadie venía. ¿Por qué entonces frenó de repente? La solución sería... sudaba... un pañuelo... perfume de Ana Julia... tembló un momento en las paredes de sus narices, el perfume que usaba Ana Julia... la solución sería... no llevar adelante su plan... no meterse a redentor de muñecos... dejar que ese maldito terrateniente fuera en la carroza causando la hilaridad del pueblo, no la indignación ni la protesta —y en eso tenía razón “Hormiga Loca” de estar contra la huelga—, y renunciar, si necesario, a sus amores, ya que otros le esperaban, sin complicaciones... Gasolina... más gasolina... el motor empezó a estornudar... se había quedado o se iba a quedar con el tanque seco... ni aceleró, ni frenó... dejó el pie quieto sobre el pedal de dar gasolina... un poquito más y llegaba a su casa, donde le esperaba Simoneta... rió de sus propios pensamientos... nuevos estornudos del motor... ¿falta de gasolina o alguna basurita en el carburador?... Y sí que sí. Simoneta le esperaba en su casa, en una de las estampas que le dejó prestadas “Hormiga Loca”.

En el silencio nocturno, llegado a su casa, la contemplaría largamente... sí... sí...

primero desvestirse, quitarse la ropa sudada, sucia, cáscara de angustias... buscar un pijama limpio, tenderse largo a largo, encender un cigarrillo fino y poner ante sus ojos la estampa de Botticelli...

Se quedó a pie, y tan consubstanciado estaba con el automóvil, que tuvo la sensación de que se bajaba, no del vehículo, sino de él mismo, de su cuerpo, de su ser... inexplicable... difícil... pero comprensible, si tomaba en cuenta que el automóvil ya formaba parte de su carrocería ósea, de sus músculos, de sus nervios, de sus fluidos...

Morir es como cuando... como ahora... como cuando se le acaba a uno la gasolina y se tiene que bajar de su esqueleto, de su cuerpo, de su persona, abandonar los en camino... morir... bajarse uno de uno mismo dejando motor, ruedas, chasis... y seguir, como si se bajara de un auto humano al que se le ha acabado la gasolina — el caso de él en aquel momento—, seguir... seguir para dónde... el que muere, el que se apea de sí mismo, sigue para dónde... sensación desconocida... descender del vehículo ánimo y corporal en que vamos... descender de algo que se deja, no se sabe qué, llevándose no se sabe qué...

El pijama limpito... el pitillo... en aquella mesita... en el cajón de en medio tenía una caja de cigarrillos finos... fósforos... ¿fósforos o encendedor...? su encendedor no servía... fósforo... llama y humo... las almohadas bajo su cabeza y Simoneta ante sus ojos.

¿No te gustaría conocerla, “Hormiga Loca”?... Ahora recordaba, ahora que iba a pie, dejó el auto sin gasolina junto a una de las aceras de aquella calle hedionda a pescado y sal húmeda, no en balde se hallaban allí todas las pescaderías de la ciudad.

Sí, ahora recordaba que preguntó a su compañero, para que no le hablara de Gandhi, si quería que le presentara a Simoneta. Frunciendo el entrecejo, o como él decía, trastrocador de palabras empedernido, “entreteciendo el fruncejo”, le contestó que no. Extraño. Le pareció muy extraña su negativa, dada su fama de “hormiga enamorada” o *donjuanplatónica*, como se definía él mismo.

“Me presentás a Simoneta —añadió—, si me saco la lotería... entonces sí... entonces sí... el amor rosicler... la primavera del dinero... los viajes... y ella convertida en un sueño... Si me saco la lotería, me la presentás, para vivir un cuento renacentista con esa chica... si es que de verdad se parece a la Simoneta de la Primavera de Botticelli... lo que dificulto... pero, en fin, gastar miles y miles de dólares, no en comprar el cuadro, como hacen los estúpidos millonarios yanquis, sino en reconstruir un mundo imaginario, vivir una ficción, pero vivirla realmente, no como fantasía, no sé si me explico...”

Apretó el paso. Su casa quedaba allí cerca. Quizá contemplando, ahora, al llegar, la estampa botticellesca, pensaba él también sacarse la lotería y vivir con Simoneta, la realidad irreal del cuadro de Botticelli. Vivir con Simoneta Matisano una primavera... una sola primavera...

Introdujo el llavín en la cerradura, en la famosa “eñe” invertida de las cerraduras

modernas.

Sería fantástico, súper... derrochar miles y miles de dólares en vivir cuadros célebres... cómo... no sabía... y no se lo preguntó a “Hormiga”...

La llave cedía, la puerta lloraba sobre sus bisagras antiguas. El zaguán estaba iluminado por una lamparita eléctrica.

No le preguntó a “Hormiga” qué entendía por vivir cuadros célebres. Eso sería teatro, no vida auténtica, decoraciones, trajes, farsa antigua...

Entró en su habitación de punta de pie. En la vecindad dormían sus padres. Y al hacer girar la llave de la luz, no fue luz, sino un baño de hielo el que le cayó encima.

Las estampas y álbumes habían desaparecido...

Pero, quién... quién... quién las tomó de sobre su cama... y no eran suyas... y lo recomendado que le dejó “Hormiga” que se las cuidara...

Violentemente, ni el saco se quitó, salió y... llamó al cuarto de sus papás.

—Mamá... mamá...

—Ya entraste, hijo... estaba con pena...

—Le quería preguntar. ¿No sabe quién tomó unas estampas que estaban en mi cuarto sobre mi cama?...

—Yo...

—¿Dónde las guardó?

—No las guardé, las escondí...

—No eran mías, eran...

—Sí, ya sé, de ese tu amigo de anteojotes, y por eso no las eché al fuego. Habráse visto, hombres y mujeres desnudas...

—Son reproducciones de cuadros célebres... dónde los puso...

—Aquí las tengo...

—¿Dónde?

—Bajo mi cama...

—Las necesito...

—¿Para seguir pecando? Faltaba más...

—¡Mamá...! —empuñó las manos y habría querido pegar contra la puerta, pero se dio cuenta de que no sólo su madre se interponía, sino toda una sociedad hipócrita, fanática...

Sus pasos, de regreso a su cuarto, sonaron a hueco. Andaba sobre bóvedas vacías. Solos los ecos, los ecos de sus pasos...

—Suprimirse... —sacudió la cabeza desesperado, luego reflexionó—, no soy baboso, hay tantos modos de suprimirse... —y fue, como ciego, hasta el comedor, y de una alacena, donde se festejaba algo, había tantas arañas en movimiento, arañas que creaban silencio y pelo (qué esperan los modistas para lanzar la moda de abrigos femeninos de pelo de araña), echó mano a la primera botella que tocó —era coñac— y llenó un vaso, como si en lugar de licor echara agua.

Embriagarse... evadirse... suprimirse...

Otro vaso más lleno de coñac... en lugar de Simoneta Vespucci en la estampa de la Primavera, el vacío, la mesa familiar, un ramo de flores y un catálogo abierto de chumaceras para la máquina de hacer chorizos...

Luce, luce el coñac en la cabeza... es sudor... sudor goteante... es enajenamiento... emulsión de realidades y sueños...

En las jaulas, por la noche guardadas en el comedor, cubiertas de pedazos de cortinas, removíanse los pájaros... ¿despiertos?, ¿desvelados?...

Apuró otro vaso de coñac y se levantó de la silla en que estaba, acodado a la mesa, los ojos perdidos, para acercarse a las jaulas, pero cómo ponerse de pie, sin sus pies, más bien sus zapatos... se le habían perdido bajo la mesa y no los encontraba... tendría que arrodillarse y meterse bajo la mesa, entre las patas torneadas, columnas de un rito mágico... tirado, no... no se había quedado tirado... barrió el suelo con los ojos... estoy en reposo y podría dormir sobre la alfombra, vello de un inmenso sexo, toda la alfombra vello de un inmenso sexo... más coñac... no, vaso, no... la botella... a boca de botella... silla en que se apoyaba, silla que se caía... al fin consiguió enderezarse, pararse y oír el glu-glu de su tragadero recibir el gran bien del licor que le bañaba los labios, la lengua, las papilas, al par que le inundaba de perfume de vástagos de viñas... cayeron otras sillas... se cayó él por levantarlas... menos ruido... sí, menos ruido, pero más coñac... oyó pasos... la luz de las arañas encendida... la botella... y él por el suelo, largo a largo... si llegara a la puerta... si alcanzara a llegar a la puerta a rastras... escaparía... pu-si-lá-ni-me... más licor... ya no había... ir hasta la alacena a buscar otra botella... no, no, mejor ganar la puerta... sursum mierda... ventajoso... al lado de la puerta estaba la llave para apagar las arañas... todo concluido... clic... clic... la sombra jabonosa... si no resbalaba hasta su cama... sí, sí, sí... recordó glorioso, en su cuarto, a espaldas del Código Civil tenía escondida una pacha de aguardiente pelado... ¿seguro?... seguro... llegar, rescatarla y acostarse... era el con que seguir chupando... qué fino... vestido se metió bajo las sábanas... qué fino... el con que de la amanesquera... aunque por qué no lo probaba... probarlo... no... no... con una mano se quitó de la otra la pacha de licor blando... la mano izquierda es más fuerte que la derecha... menos usada... por eso... por eso... bien que la derecha tiene más práctica para la maniobra... pleito de manos... si la diestra no alcanza a quitarle a la siniestra, la pacha, “ipso facto” te la pone en la boca y lo fatal, lo deliciosamente fatal... los zapatos... acostado con zapatos... al muerto aquél lo enterraron con zapatos y si di y tomé... (no, no, mano siniestra, quieta, nada de apropiarse de la pacha...) en que se le desenterrara fue por quitarle los zapatos... el juez dio la orden... le hice creer que se necesitaba una nueva autopsia, pero no, bien matado estaba... se le sacó del féretro para descalzarlo, que durmiera su eternidad, pero sin zapatos... la acción más noble de mi vida... gracias... ¡No, mano siniestra, no!, aunque ya sería bueno ensayar un traguito, sólo uno... una buchadita... se le acalabró el brazo... la lucha fue tremenda entre el calambre y la pacha de aguardiente en la boca... su mano derecha intervino a tiempo, si no se la

acaba... pero no era su mano derecha, sino una mano extraña, una mano de un hombre sin mano... pelo y risa de viento en sus barbas de mazorca de maíz... “Comparecerás ante nos, los Espantapájaros, si te lo robás...”, dijo, sin labios, sin boca, sin cara, sólo el sonido de la voz en los trapos viejos de su vestimenta, su sombrero agujereado y un pantalón sin una pierna, al tiempo de evitar con su mano, sin mano, que apurara todo el licor de su pequeña botella chata. “¡Comparecerás...!”, repitieron desde sus estacas en forma de cruces, filas interminables de Espantapájaros. “Si me robo a quién...”, intentó hacerse el sueco, el que no sabía. “Entre los Espantapájaros no se dicen nombres. Pero no tienes necesidad de robártelo de la carroza de los malos cristianos...” “¡No tienes necesidad!”, repitieron desde sus cruces las filas interminables de Espantapájaros. “¡Suprímelo! ¡Levántate, salta de tu sepulcro de comodidades en que estás, como momia prefornicante con Ana Julia, y haz que se levanten contigo todos los que sufren su injusticia, su abandono, su vejamen, en sus fincas y haciendas que no son de pan-llevar, sino de pan-robar... Los pájaros se rebelaron contra nosotros los Espantapájaros y casi nos derrotaron, pero ésa es otra historia, la rebelión de los pájaros contra nosotros, dioses de trapos viejos, cada Espantapájaros es un hijo de Dios clavado en una cruz... Si se rebelaran, tú, y tus estudiantes, del muñeco de la carroza no quedaría nada...” “¡Nada!...”, repitieron miles de aquellos crucifijos grotescos. “Pero, ja, ja, ja..., no soy sólo Espantapájaros, sino Espantazopes y sé cómo se las espantan los estudiantes... lo que a los estudiantes les gusta es que quede el recuerdo de la carroza, de la mejor carroza, la comidilla de la gente, aprobación de unos y enfado de otros, disgusto de las familias y gusto de los que en viendo aquellas reducciones mamarrachescas siéntense como vengados de tanto matón de cuartel, de tanto ladrón, de tanto malhechor encumbrado... ¿Verdad que no tiene importancia la huelga?... Tendría —y aquí vio al Espantazopes con cara de “Hormiga Loca”—, si a la bufonada siguiera la acción, no el conformismo que se traduce en otro año de estudios, y otro año más, y otra huelga, y otra huelga... hasta completar la carrera y ocupar un puesto después de pocos años, en la famosa carroza de los horrores...

Ejércitos destrozados de Espantapájaros pasaban de lado y lado, atropellándose por momentos, por momentos en filas ordenadas, en desbande algunos, otros arrastrando a los que parecían muertos de fatiga, heridos o mutilados.

“*Mico...* (su voz se oyó muy lejana, hablaba dormido quitándose la palabra de la boca con las babas), yo voy a hacer de Judas, yo, Ricardo Tantanis, pero no hay quien haga de Jesús...”

“Un sándwich, doña Herminia, de chorizo con rabia...”

“*Mico*, tenés que hacer de Jesús...”

“Dejáme comer mi sándwich...”

“Alguien tiene que hacer de Jesús...”

“Un agua gaseosa, doña Herminia...”

“*Mico...*”

“Gua, gua, gua... los perros se defienden ladrando, si yo pudiera defenderme de tu insistencia ladrándote como chucho...”

“No podés dejar en el arranque a los muchachos, vos, *Mico*...”

“¿Y el baboso ése que hacía de Jesús...?”

“*Chicle*...”

“Sí, *Chicle*...”

“Amaneció en el hospital... peritonitis...”

“No cuenta el cuento...”

“Y como vos has estado apuntando la obra en los ensayos, sabés de memoria lo del Huerto de los Olivos, que es lo que toca hoy, y podés hacer de Jesús...”

“Otra agua, doña Herminia, y me dice cuánto le debo, y unos cigarros, ¿oye?...”

“*Mico*...”

(¿Despierto? ¿Dormido? ¿Recordaba? ¿Soñaba?...)

“¿Por qué me han de poner la soga al cuello... así jodido...!”

“No, la soga me la voy a poner yo, que voy a hacer de Judas, vos lo que tenés que hacer es arrodillarte y clamar a Dios con la copa en la mano...”

“¿Enano, medio joroba y sin dientes...? (se defendía el *Mico* con sus defectos, los redondos ojos saltados, casi fuera de los párpados).

“Con la capa y la túnica se disimula...”

“No, viejo, no tengo valor...”

“Te echás unos tragos antes...”

“¿Y los dientes...?”

“Vamos a un dentero para que te ponga unos provisionales...”

TEATRO RENACIMIENTO

TEMPORADA DE SEMANA

SANTA SUBIRA A ESCENA POR UN GRUPO DE AFICIONADOS

EL DRAMA SACRO “LA PASION SEGUN SAN MATEO”

“Sabía el papel de memoria, pero ahora los dientes... los dientes postizos no tienen memoria, no saben lo que uno de apuntador de teatro ha hablado...”

“Dejáte de joder...”

“Y me duelen...”

“Quitátelos...”

“Jesús sin dientes, Dios guarde, y mejor que me duelan, así resulta Getsemaní, un dolor de muelas... postizas...”

“Salí, vos, *Mico*, salí...”

Lo empujaron a la escena, arrastraba la túnica, por más que se la habían recogido con un cordel en la cintura, los pies descalzos, dedos torcidos y callos, el manto a la “te me caés”, y se arrodilló con gran estilo frente a un peñasco de mentirijillas, al lado de un copón, más bien una copa de cuasia, no se consiguió nada más aparente. “Gran recurso, estoy salvado...”, se dijo el *Mico*, envuelto en la capa punzó sobre la túnica blanca, la cabellera en bucles que le caían en los hombros, y ladeó el copón, al

tiempo de clamar, patético: “¡Padre, aparta de mí este cáliz!”, hacia donde estaban los tramoyistas, diciéndoles por lo bajo: “trago... trago... trago...”, hasta que éstos, para darle valor, le llenaron de aguardiente el copón, que apuró sediento. Horrible cóctel de licor y cuasia. Reconfortado, sin embargo, empezó el segundo *clamavis* (escrito así en el texto, en latín pardo). Retorciéndose de pena, apoyado en la peña, alzaba la copa al cielo: “¡Padre, aparta de mí este cáliz!”, los ojos y los dientes en blanco, córneas y dientes postizos, mientras por lo bajo, ladeando la copa, repetía a los tramoyistas: “Más trago, muchachos...” Apuraba el cáliz hasta las heces, lo alzaba, se atirabuzonaba, y ahora, ya sin pedir al Padre nada, se dirigía a los tramoyistas: “Más trago, muchachos...” En vista de lo que sucedía, se apuró la escena del prendimiento. Judas (el papel lo hacía Tantanis, qué destino), rodeado de los soldados romanos, entra en escena, va hacia el *Mico*, que seguía con la copa en la mano, y lo besa. El *Mico* reacciona, se enfrenta a Judas y le grita: “Y, vos, con qué derecho me jociqueás...” No dio tiempo a que el traidor le dijera: “¡Dios te salve, Maestro!” Limpiándose la mejilla con el manto, agregó: “Si fueras mujer, todavía, pero beso de garañón... dónde se ha visto...” Y cuando los sayones iban a prenderlo y por lo bajo le decían: “Dejáte, vos, *Mico*”, éste, defendiéndose, gritaba: “No, señor, por qué me han de llevar preso... porque no me dejo besuquear por éste...”

No estaba dormido. No estaba despierto. Estaba... Giró los ojos en redondo. “La Pasión según San Mateo.” El año pasado. Bostezó. El año pasado...

XV

Choloj, él mismo se decía su apodo cuando despertaba de mal ánimo, desmerezose. En los tendederos de su casa, cercanas a su ventana, amanecían las ropas blancas, húmedas de rocío matinal. Alguna puerta se oyó. ¿Su padre? Sí, su padre; pero *Choloj*, para no encontrarse con él, escabullóse hacia el baño. Una ducha, Entró decidido. Pero un momento después estaba fuera, anheloso. Tuvo la sensación de que se iba a ahogar. ¿En la ducha? No sabía bien explicarse. Dos, tres veces intentó volver. Pasos hacia el baño, pasos de regreso en forma de fuga. Ya ni a la puerta se animaba a llegar. Se podía ahogar. Si se bañaba, se ahogaría.

Y por no confesar su pavor, su acobardamiento, se inventó la urgencia de ir a recoger el automóvil de Troyo Montemayor que anoche dejó en... en dónde... en dónde lo dejó... No se acordaba. El baño... No, el baño no... Por instinto de conservación. Podía ahogarse. Si se baña, se ahoga. Tuvo la impresión neta de que si se metía a la ducha... ¿En dónde lo dejó?... ¿En qué lugar, en qué calle, en qué plaza dejó el automóvil? Veamos... del lugar en que se preparaban las carrozas... estaba perdido... sólo eso recordaba, que había salido de aquel sitio...

De pronto, algo olfativo. Olor a pescado. Sí, sí, se apresuró a no perder el indicio. Por las pescaderías, por allí lo dejó. Pasaría a buscar una lata de gasolina... la llevaría... la echaría en el tanque del auto y listos... sí, había que guardar un poco, para echar en el carburador, por si no arrancaba...

Y en todo fue preciso. No titubeaba. Actuando diluía su malestar, somnolencia, temblor de cuerpo, pegajosidad de los labios, temor. Pagó la gasolina, levantó el recipiente en que le vaciaron parte de la lata, cinco litros, y echó a andar hacia las pescaderías.

Ríos de escamas... —así le pareció a él: todo lo miraba desproporcionado, dada su inferioridad interior, un como encogimiento de todo su ser agradecido porque se le dejara vivir. Al menos, estar—, ríos de escamas eran las aceras de las pescaderías, ríos de escamas en las que el sol cambiaba en oro la plata de las bateas en que se recibía el pescado de los carros que lo llevaban.

Tantanis se dirigió al auto, rápidamente. No había tiempo que perder. Accionando, moviéndose, actuando superaba su angustia inexplicable, su temblor de cuerpo. Echaría la gasolina y luego, no le caía mal rodar, rodar por la ciudad o las afueras, aunque sólo encontrara carros lecheros y recogedores de basura. Esta gente va, viene, hace cosas, muchas cosas, cada cual en lo suyo, para evadirse de su angustia, de su miedo de estar vivos.

Abrió con la llave el tapón del tanque y se preparaba a echar la gasolina, con ayuda de un pequeño embudo que le prestaron en la gasolinera, cuando un sudor helado, el mismo que le agarró en el baño, lo cubrió de arriba abajo. El temor de morir quemado... pero, por qué, si no estaba fumando, si no había fuego alguno cerca...

Depositó el recipiente en el suelo, las palpitations le ahogaban, al lado de la parte trasera del automóvil, y se dio cuenta de que sólo estaba él, sólo él, en aquel sitio, y que si se quemaba, nadie llegaría a tiempo para auxiliarlo, la gente andaba en sus negocios, allá, y allá, y allá...

Disimuladamente, como si alguien le estuviera observando, sacó el embudo, volvió el tapón al agujero del tanque, sonaba a hueco, alzó el recipiente con gasolina y... no supo adónde ir... adonde ir con aquella gasolina y su miedo de morir quemado...

Rectificó sus movimientos. Volvióse, abrió el automóvil y puso dentro los utensilios que le quemaban las manos frías, dolorosas, y echó a andar de prisa, de prisa, cada vez más de prisa, igual que un perseguido que se ha dado cuenta de que le siguen y quiere escapar, sin echar a correr.

Si se baña, se ahoga... si vierte la gasolina en el tanque, se quema... para qué más explicaciones... él... él lo sintió así y qué, qué podían reclamar, que por haber tenido a través de la piel el anuncio de lo que le iba a suceder, se hubiera salvado...

Asomó a la Facultad de Derecho. Desierta. El bedel andaba por allí. Don Sebas. Le pediría que le permitiera hablar por teléfono. Pero, cómo le decía. Como cómo le decía...

—Don Sebas, me presta el teléfono...

—Con mucho gusto —le respondió éste, era la primera voz humana que oía dirigirse a él con aprecio.

El bedel hizo uso de sus llaves, unas llavonas enormes, para abrir la secretaría, donde estaba el teléfono. Ricardo entró, al mirar que dentro estaba oscuro por poco no entra, pues habría sido ridículo no hacerlo.

Don Sebas abrió una de las ventanas de maderámenes cerrados. Bajo la bóveda del recinto, retratos de personajes de siglos pasados miraban sin mirar.

No tuvo valor de llamar. Quería saber si estaba en casa, Troyo Montemayor. ¿Cómo no iba a estar? Eran las siete y media de la mañana. Preguntaría, si no contestaba él, cómo seguía. Pero, qué locura, preguntar a esa hora por la salud de una persona. Sm fijarse en los números que marcaba, por salir del paso, para que don Sebas viera que llamaba, formó la cifra. Una voz enérgica contestó en el acto: “Dirección General de Policía...” Por poco deja caer el auricular. Colgó en seguida.

—¿Ya habló? ¿Puedo cerrar? —la voz humana, amable, del bedel le reconfortó.

Pasos. Alguien. Increíble. Troyo...

—¿Por qué viniste tan temprano a la Facultad?

—Por vos...

—¿Por mí?... (Sabría que me iba a ahogar y que después estuve a punto de quemarme con gasolina...)

—Me levanté temprano para ir a andar a caballo —explicó Troyano—, pero ya en la calle me dije: no, mejor voy a despertar a *Choloj* y lo invito para ir a nadar...

—¿A qué...? —reaccionó Ricardo, sacudido, con la voz temblorosa; aquella

mañana estaba señalada, por lo visto, en el libro del destino, para que muriera ahogado.

—Pero en tu casa me informaron que te habías venido a la Facultad de Derecho. Con tu mamá hablé, y me preguntó la dirección de “Hormiga Loca”: tenía que mandarle a devolver unos libros de arte, según me dijo; unos libros de arte que aquél te había dado prestados.

—Ah..., sí... ah..., sí...

—Vos lo que tenés, *Choloj*...

—Qué es lo que tengo —apresuróse éste a preguntar, atropellando las palabras y casi se pasa las manos sobre la ropa, temeroso de que ya el fuego lo estuviera lamiendo, pero disimuló, sudando...

—Vos lo que tenés es una goma de padre y señor mío... Estuviste bebiendo anoche, sin duda...

—Sí, con los muchachos... —mintió, si supiera Troyo que sólo él se había embriagado en su casa.

—Y el auto, ¿dónde lo dejaste?

—Tu auto está parado allí por la calle de las pescaderías. Se le acabó la gasolina.

—Hay que echarle.

—Sí, sí, esta mañana le iba a echar yo... —y sintió de nuevo que las llamas salían del tanque hasta abrasarlo y convertirlo en tea ardiente—, pero no —titubeó—, no le eché, porque no tuve quien me ayudara... y ahora lo que quisiera es volver a casa. Mamá no entendió lo que le dejé encargado, ¿me acompañás?...

—Vamos, y de paso, sí querés, echamos gasolina...

—La gasolina está ya en el automóvil...

—¿Y por qué no la echaste?

—¿Por qué no la eché? Debo llegar a casa antes que mamá le mande a devolver a “Hormiga Loca” los libros de arte...

—Qué goma, mi Dios...

Salieron de la Facultad, no por la puerta grande, cerrada, por la pequeña puerta del bedel. La mañana fresca. El sol en las aceras, donde la acera se pega a las paredes de las casas. Ese sol geómetra de las mañanas y los atardeceres, con sus largos compases de luz, en grados, en ángulos que se van abriendo en la mañana y cerrando por la tarde.

Los detuvo un viejo chaquetón, las faldas del saco casi hasta las rodillas. No era un mendigo, pero su destino era ése.

—Jóvenes, ¿tan temprano ustedes por la Calle de los Naranjalitos? En mi tiempo no se llegaba tan temprano a la Escuela de Leyes...

—Buen día, Licenciado... —le llamaban así, sin que fuera tal, apenas fue estudiante de los primeros años, por halagarlo, tratando de evadir su charla salivosa, al hablar salpicaba a sus interlocutores saliva, comida, tabaco, pedacitos de dientes, todo.

—Vamos muy rápidos —dijo anheloso, *Choloj*—, otro día nos cuenta cómo vivían los hotentotes...

—Mejor que nosotros. De eso estén ustedes seguros, mejor que nosotros...

Choloj estuvo a punto de regresar y decirle:

—Al menos entre los hotentotes no se vivirá lo inverosímil... —debía llegar a su casa lo antes posible, evitar a toda costa que su madre hiciera el ridículo... devolver las estampas de arte... devolverlas así, al día siguiente, sin ninguna explicación... que las devuelva... que no me las deje ver, pero que las tengamos en casa siquiera una semana...

El Licenciado siguió su camino hablando solo: “A la ciencia de los sabores —ronroneaba— siguió la culinaria; a la aritmética política, la estadística... Si Job volviera a nacer, el gran maldecidor del día y de la noche, no se conformaría con llamarse Job, sino Jobdido.

Cuando Ricardo Tantanis llegó a su casa, Troyano fue por el auto a sabiendas que dentro encontraría embudo y gasolina, sólo faltaba echar el líquido en el tanque, ya su mamá había remitido las estampas de arte a casa de “Hormiga Loca”.

El ruido del motor del auto que se acercaba a su casa le devolvió el aliento, pero no el habla. Casi tartamudeando pidió a Troyano que lo llevara adonde “Hormiga”, y allá fueron.

—Esperáme aquí en el auto —le dijo *Choloj*—, no te movás de aquí, entro y salgo...

—Si querés te espero con el motor andando —le dijo aquél por molestar al amigo que cada vez iba peor de la goma.

—No seás exagerado...

Llamó y “Hormiga” en persona salió a abrirle. Por lo visto, “Hormiga” era el único que abría la puerta en su casa. Y lo hacía con tal desconfianza, que se diría que esperaba a alguien indeseable para negarle el paso. A cualquiera del gobierno... sí, él no dejaría poner los pies en su casa a ninguno de los de este gobierno...

—Ve, vos... —casi se le prendió *Choloj* de los tirantes, al sentirse frente a “Hormiga Loca”—, te mandé a devolver las estampas y los libros de arte que me habías dado prestados, porque pesa sobre mi casa una terrible amenaza...

—Ya me figuro por qué. Porque, sin duda, saben o sospechan que sos del Honorable Comité. Tiene gracia...

—No, “Hormiga” —parpadeó Tantanis, para cortarse el mareo, sentía que se caía—, no es por eso. Si te contara...

—Contáme, quizá yo pueda hacer algo por vos...

—Rápido, porque en el auto dejé a Troyo que me espera...

—Estuve de palique con ese muchacho. Tiene madera. Le di prestados algunos libros, no sé si te ha contado.

—No, no me ha dicho nada...

—Y por qué decís que está en peligro tu casa...

—Por una singraciada. Figúrate que existe, desde tiempo inmemorial, en mi familia, la costumbre de poner el Judas de los Cholojeros, para que lo descuarticen las turbas y los patojos, el Sábado de Gloria.

—Sí, algo de eso sabía...

—Pues bien, como era una costumbre semibárbara y anticuada, pedí a mis padres que no se pusiera este año a Judas, en la cornisa de la casa. No sé cómo se supo y la gente indignada nos amenaza con quemar la casa.

—Sí, eso de poner Judas, implica un cierto atraso, pero también es bueno no quitarle al pueblo la costumbre del linchamiento. ¿Y qué piensan hacer? Yo que vos no lo ponía, en forma de un muñeco cualquiera, de un quídam. Yo que vos me robaba... —empezó a reírse la “Hormiga”, sin hacer ruido de risa, para dentro, con sus pequeños dientes parejos—, uno de los muñecos de la huelga y lo ponía de Judas... un generalote, por ejemplo...

—Y por eso, temeroso de que tus libros de arte fueran a sufrir, si atacan la casa, si la queman, te los mandé tempranito.

—Sí, a mí me extrañó. Aunque es verdad que ya no me sorprendo de nada. Aquí, viejo...

—Me voy, Troyo me está esperando...

—Saludálo de mi parte y decíle que uno de estos días platicamos del problema que me planteó. Díle que para eso estoy relejendo a Nietzsche.

El auto avanzó por las calles céntricas. Iban de nuevo hacia la Universidad.

—¿Qué problema le planteaste a “Hormiga”? —preguntó Tantanis a Troyo—, me dijo que te dijera que uno de estos días platicarán del asunto.

—Es sencillo. En dos palabras. Necesitamos gobernar nosotros, los hombres superiores.

—La *élite*...

—Eso de *élite*, no me gusta. Se presta a muchos malentendidos. Mejor como Nietzsche lo anuncia y denuncia...

—¡Cataplúm... se te pegó el modo de hablar de “Hormiga”, el que entre la miel anda...!

—Me ha prestado varios libros, pero yo quisiera, y lo voy a hacer, intentar un estudio detenido del Superhombre.

De regreso a casa de Montemayor, Tantanis y Troyano siguieron conversando, sin que aquél lograra salir del malestar que sentía, cada vez peor: sudores fríos, palpitaciones, agrios, temblor de cuerpo, angustia.

—Sí, estoy totalmente decidido a meterme en política —afirmó Montemayor.

—Pera la política, la política —exclamó Ana Julia, que asistía, desde hace algún tiempo, a los “sermones” de su hermano, y con mayor razón cuando, como ahora, esto le permitía conversarle con los ojos a Ricardo.

—La política se ha tomado aquí —siguió Troyo—, por algo detestable, sucio, pestilente, y eso es y será mientras la hagan seres inferiores...

—¿Y quiénes otros la van a hacer? —saltó Ana Julia.

—Yo, que comparado con éstos, resulto más que superhombre...

—El criterio... —quiso intervenir Ricardo.

—El falso criterio de nuestras casas —gritó Troyo, abandonando la silla en que estaba sentado, la mano empuñada, el gesto de tribuno—, el criterio falso con que nos alimentaban y vacunaban desde chicos: ¡No te metás en política! ¡No te dejés ensuciar por la política! Y a partir de esta prédica cobarde, creyéndola cierta, nos apartamos voluntariamente de nuestras obligaciones ciudadanas, los que podríamos gobernar con más probabilidades de acierto, porque hemos estudiado, porque sabemos y leemos, prédica a la que después se suma la de los peligros de caer preso, salir desterrado, o ser fusilado, todo lo cual se traduce en el abandono de los negocios de Estado a los ineptos, a los vivos, a los analfabetos, a los milicos de mentalidad deformada por su misma formación castrense,

—Pero —intervino Ana Julia, al tiempo de abarcar con sus hermosos ojos el óvalo de la cara de Ricardo, tratando de indagar qué le pasaba, por qué estaba así, silencioso y contrito—, pero los que como tú, los de nuestra clase...

—¡Clase!... ¡Clase!... —protestó Troyo—, la palabra más odiosa, amparo de gente secundaria...

—Me refiero a ciertas familias, como la nuestra —insistió Ana Julia, mosqueada, le desagradaba que su hermano la desautorizara ante su novio...

—¿Y la huelga? —irrumpió Fluvia, tan ligero se movía, que no se dieron cuenta a qué horas entró.— Veamos, veamos qué nos cuentan estos estudiantes de su fiesta. Ya, supongo, está todo preparado. Las carrozas, el decreto, más bien los decretos, porque en cada Facultad leen uno...

—No, este año se resolvió leer un solo decreto, después de enarbolar la bandera negra, y antes de la Canción de Guerra de los Estudiantes que se cantará por primera vez... —dijo Tantanis.

—Vaya, hombre, al fin hablás... —terció Troyo.

—Y lo más grave —atacó Ana Julia, decididamente—, es que van a sacar al tío Ramón en una de las carrozas...

—¡Qué redivertido se va a ver —aplaudió Fluvia—, gordo y hermosote como es!

—¿Te parece divertido que lo saquen representando a los terratenientes feudales, explotadores...?

—Bueno, si es así —se batió en retirada Fluvia, tras rápidas y espontáneas excusas de tono banal.

—Así es —intervino Troyo, y añadió volviéndose a Ricardo, a quien Fluvia llamaba “Ricardo corazón de plomo”, porque le caía mal por pesado—, y por eso participo del criterio de “Hormiga”...

—“Hormiga”... ay, díganme —interrumpió Fluvia, siempre banal—, quién es Hormiga...

—Es un estudiante sumamente serio —explicó Ricardo, in mente se lo tenía

recetado a Fluvia, que era otra máquina de movimiento continuo.

—¿Y por eso le dicen “Hormiga”? Las hormigas son lo menos serio que hay. Nadie las oye, pero se viven riendo, haciéndose cosquillas, yendo de aquí para allá...

—Le dicen “Hormiga”...

—Le dicen... —rió Fluvia, cortando la palabra a Ricardo—, le decimos...

—Sí, le decimos “Hormiga”...

—“Hormiga Loca” —completó Troyo.

—¿“Hormiga Loca”? ¡Ay qué lindo!... —exclamó Fluvia.

—Le decimos así —añadió Troyano—, porque nunca está quieto. No se sienta nunca, y si se sienta, se levanta, anda, va de un lado a otro, toca los objetos, se rasca, se asoma a las ventanas...

—Me voy, me voy —se dispuso a marcharse Fluvia—, antes que a mí también me vayan a llamar “Hormiga Loca”... ¿Verdad, Ana Julia?

—¡Diablo de muchacha —dijo Troyo—, no deja hablar y sólo habla tonterías! Como iba diciendo...

—¡Feliz... ella! ¡Fluvia sí que es feliz! —suspiró Ana Julia, fijando sus pupilas, llenas de hondo reclamo, en los ojos de Ricardo, que se sentía cada vez peor, más tembleque, aunque lo disimulaba, más sudoroso, más angustiado.

—Pues, como iba diciendo... ya parezco de esos discos que por estar rayados repiten y repiten la misma cosa, participo del criterio de “Hormiga”, para enjuiciar la Huelga de Dolores...

—¿En qué sentido? —preguntó Tantanis.

—En el sentido de que se convierte en bufonada la tragedia nacional. El que mi famoso tío, a quien, aparte de eso, quiero, adoro, sea el peor de los tiranos en sus propiedades del campo, paseado así como lo van a pasear...

Ana Julia alzó la cabeza y miró a Ricardo, como diciéndole: si dejás que lo hagan... si no ponés en ejecución tu plan de robarte el muñeco...

—Paseado así como lo van a pasear, no pasa de ser hazmerreír del momento, diversión de los que ven pasar la “huelga”, y nada más. ¿No sería mejor, pregunto yo, en lugar de la bufonada, la acción?

—O las dos cosas —atrevió Ricardo, aunque casi se muerde la lengua, pues vio palidecer ligeramente a su novia.

—Entonces, lo que quisieras es que, además de befarlo, lo colgaran, qué sobrinito tiene el tío Ramón —exclamó indignada Ana Julia—, qué sobrinito de agallas y qué amigotes...

—No es sólo el tío Ramón, hermana, hermanita. No reduzcamos el asunto a nosotros, a esta casa: es todo un sistema el que hay que cambiar, el sistema de los mediocres, los gobiernos de la mediocridad, todo lo demás, al haber gente apta en el poder, cambiará. La revolución que propugno es la de los capaces contra los incapaces.

—Los superhombres...

—¿Por qué no?

Levantóse Ana Julia de su silla de costura, siempre andaba con ella, y agregó antes de salir:

—Por fortuna que todas éstas no pasan de ser plásticas, porque mañana, como dice mamá, los que iban a proceder a grandes cambios sociales, los revolucionarios, salen de abogados, médicos, farmacéuticos, ingenieros, y como los gatos, perdonen la indecencia, les echan tierra a sus ideas, a lo que, ya recibidos, les parece que huele mal...

—¿Y realmente no hay forma de salvar al tío Ramón de la carroza? —enfrentó Troyo a su amigo, al salir Ana Julia, y riendo añadió—: Así deben haber hablado, en tiempo de la Revolución Francesa, los que tenían algún pariente, partidario o amigo, a quien salvar de la carreta que los llevaba a la guillotina.

—Tengo un plan —dijo Ricardo—, pero lo veo cada vez más difícil...

—Con la goma que te cargás, te debe parecer imposible. Y como no has querido comunicarme los secretos de tu confabulación para sustraer al muñeco...

—Es sencillo...

—Hablá, viejo, hablá. Por fortuna te agarré de goma, en estado de menor resistencia.

—Pienso robármelo y sustituirlo por otro muñeco que mandé hacer, donde hacen los Judas del Sábado de Gloria.

—Lo que necesités...

—Nada más que tu auto. El miércoles al mediodía vengo a buscarlo. Y te lo devuelvo el sábado, después de la huelga. Me servirá para hacer el cambio de personajes.

—Desde luego, el auto, y si querés que yo te ayude...

—No, viejito, entre menos bulto...

—Te lo voy a dar con el tanque lleno...

—Ve, Troyo, vas a tener mucho que hacer para salirte de tu *clase*...

—Y por qué jodido me decís eso... Acabáte el cigarro, no sé cómo no te quemás la jeta, ya fumás fuego, viejo, y después hablá.

—Porque, apenas te dije cuál era mi plan, ya no sabés cómo bailar ante mis ojos tus posibilidades de señorito, tu dinero...

—No seás bruto, tu gente también es rica, tus tatas tienen más dinero que nosotros...

—Pero el eternamente *riquito* serás vos. El tanque lleno. Ya no teniendo yo para comprar gasolina.

—Fue, y tomálo así, una amabilidad, porque, al final de cuentas, hablemos lo que es, qué necesidad tenés vos de andar en estos belenes de salvar al tío Ramón, lo hacés por amistad conmigo...

—En eso tenés razón...

—Y lo mejor, lo mejor es que te bebás un trago, porque de goma y...

susceptible...

—Te dejo...

—Si querés te acompaño, a mí también me hace falta un piroletazo...

—Todas las formas que hay para llamar al trago —acotó Ricardo cuando iban hacia el auto, repentinamente animado, al saber que iba hacia la medicina que le estaba haciendo falta y la única que cura la goma—; piroletazo, dijiste vos; otros dicen “mechazo”; otros, “guamazo”, “farolazo”, “puyón”...

—¿Y eran lindas las estampas que te había dado prestadas “Hormiga”?...

—Maravillosas, pero no tuve tiempo de verlas, Y se las devolví, para que no se fueran a manchar en casa. Sobre todo una, la del cuadro de la Primavera de Botticelli.

—La conozco...

—Hay allí una figura, Simoneta...

—La famosa...

—Y si te contara, Troyo —rodaba el auto hacia el Palace Hotel—, que aquí en la ciudad hay una muchacha que se le parece como si fueran dos gotas de agua...

—Presentámela o... dame la dirección...

—Vos sí que sos bruto de la cabeza. Hay otros que son brutos, porque comieron mierda. Pero vos, de la cabeza. Es una chiquilla preciosa que vive con sus padres.

—Eso no quiere decir nada. ¿Y “Hormiga” la conoce? ¿Por qué te dio prestadas las estampas?

—Ni la conoce, ni quiso que se la presentara...

—El que es tan don Juan...

—Es loco. Me dijo que si sacaba la lotería, sí, porque entonces, teniendo dinero, viviría con esta nueva Simoneta la primavera del cuadro célebre.

—Pues yo soy todo lo contrario. Si conociera a una mujer parecida a la de un cuadro célebre, querría que fuera algo así como Carlota Corday... cuchillo... cuchillo y en el baño..., en el baño... *tric* a los tiranos...

Dos copas de anís con agua, anís que era más ajeno que anís, sabiamente quebrado por Damián, el barman, y ambos se sintieron al otro lado de sus respectivas gomas: Troyo, la goma que dejan el paludismo, las fiebres, la quinina, y Ricardo, la que tenía de unos vasos de coñac que apuró, en su comedor, anoche, para evadirse de la realidad y olvidar que pertenecía a la especie humana.

XVI

La letra de la canción de guerra estudiantil estaba lista. Faltaba la música. Casi nada. El do-re-mi-fa-sol, como decían bromeando, do-re-mi-fa-sol-la-si que podía volverse do-re-mi-fa-sol-la-NO, si no encontraban un compositor que fuera bueno, primero que fuera bueno, y algo más difícil, valiente, ya que se trataba de poner música a una canción irrespetuosa con los símbolos patrios, el ejército, la Iglesia, la justicia, la patria misma. Salvo que se mantuviera su nombre en secreto. De otra suerte, caería en desgracia, y si era lo que son los músicos, profesor de solfeo en alguna escuelita o en el Conservatorio de Música, perdería el puesto, y si tocaba algún instrumento en la banda marcial, lo echarían y, por tratarse de un cuerpo militarizado, cabría lo de sedición y rebelión y el jueguito del Consejo de Guerra. Y otro de los contras en contra, porque hay contras a favor, pero aquí todos eran contras en contra: el tiempo. Se disponía de muy pocos días, horas para cantarlo. Alguien dijo: si no se consigue quien le ponga música, lo recitamos, lo gritamos, y no será canto coral, sino rugido. Surgió una propuesta, Proponérselo a un joven compositor que escribía su nombre con amanerada ortografía: “Joseh”, en lugar de José. ¿Y aceptará comprometerse ante la sociedad, ante las instituciones, ante los poderes públicos?

—Si es por eso, no hay cuidado —opinó el que lo había propuesto, un viejo estudiante, el eterno estudiante de medicina—, si es por eso, no hay cuidado; sé, y no me pregunten por dónde lo sé, pues no les diré más: básteles saber que sé y puedo poner mis manos al fuego, que si es por cuestión de ideas, por lo que dice la canción que han compuesto, “Joseh”, con “hache”, no se negará. Puede que no tenga tiempo, el hombrecito es muy ocupado, o que no quiera hacerlo, qué fregado, cada cual tiene sus preferencias: pero si es por ideas, con lo peleonero que es, no se negará.

—Pruebas... pruebas... pruebas, vos, “Bigotes”... —gritaron algunos.

—¿Qué pruebas quieren? Ya les dije...

—No dijiste nada —intervino un estudiante zumbón al que apodaban “Búfalo”...

—Ve, vos, “Búfalo Bil”... —exclamó “Bigotes”.

—Lo de “Búfalo”, acepto... Lo de “Vil” se lo dejás a tu papacito.

—Diálogos no, que “Bigotes” aclare en qué se basa para proponerlo.

—No griten —se tapó las orejas con las manos “Bigotes”—, porque a gritos no les contesto. Después...

—Nada de después...

—Sólo que juren no repetirlo...

—Es un insulto. Del Honorable Comité, no se duda...

—Si es así... Este caballero, no sé si ustedes lo saben, fue masón. Y ahora ya no es. No sé si se salió de la masonería o lo sacaron... Lo cierto, lo que yo sé y tengo por dónde, es...

—Es que también, vos, “Bigotes”, sos masón...

—No seas bruto... no sean brutos... ¿Acaso ando buscando empleo público?

—Pues el caballero ése, era masón, como se los iba diciendo. Pero hubo una tenida, no hace mucho, y allí “Joseh” les cantó las verdades. ¿Cómo es, les gritó; enfurecido como aquel que se siente engañado y de pronto descubre que le quieren seguir engañando, cómo es que preside la Logia Verdad el más mentiroso y venal de los periodistas? ¿Cómo es que la Logia Lealtad es presidida por un general traidor? ¿Cómo es que la Logia Pureza, Honradez, Probidad, tiene a la cabeza a un conocido ladrón? ¿Cómo es que la Logia de la Vida la encabeza un partero, no, un abortero que dónde no ha metido su cuchara?... Eso se hace, hermano, le contestaron a “Joseh” los Treintaitreses, para que esos hermanos, al sentirse en tales cargos, se enmienden, vuelvan sobre sus pasos, tomen el buen camino... Una carcajada, la carcajada del diablo en no sé que ópera...

—Eso es, hacéte el chiquito, vos, “Bigotes”, que sos de cuando había ópera...

—“Joseh” se tiró una de esas carcajadas mefistofélicas y se marchó.

—Muchachos —dijo *Pumún*, diminutivo de su apodo *Pumusfundas*—, y no sé si *Chochique*, *Moyas* y los de Derecho están de acuerdo: Medicina opina, opinamos así, verdad, vos, *Chinche*, que debe llevarsele la letra de...

—“La Chalana” —saltó la *Chinche*—, que es así como se llama la canción de guerra estudiantil.

—¿“La Chalana”? —se extrañó alguien que no estaba en el ajo.

—Sí, “La Cha-la-na” —deletreó la *Chinche*, de chalán, hablador, propagador de asuntos en las ferias.

—Dejen hablar —trató de intervenir *Pumún*— opina Medicina, y si Derecho y Farmacia están de acuerdo, una comisión le llevará la letra a “Joseh”, y que le ponga música. Lástima que mi tata ya está viejo. Fue buen compositor...

—De villancicos —rió “Bigotes”, mostrando entre los mostachos poblados, los dientes de oro—, y éste sí que no es villancico...

Día de sol. Las calles llenas de gente que compraba los estrenos de Semana Santa.

—Chino maldito, vos sos de otra religión—reclamaba una mujer del pueblo, poblada de carnes por todas partes—, por eso no me querés dar el burato a mejor precio...

—Mi *leligión*, no tengo...

—Ustedes creen en algo así como *Prepucio*. Lo que le quitaron al nuestro fue a resultar Dios allá con ustedes.

—Confucio, no *plepucio*... y *bulato balato*, *balatísimo* y *pala usted mal balato*...

—¿Eh? Tenga gracia, don Mauximo —se oía reclamar a una señora encopetada en una tienda de seis puertas a la calle, cargada de ultramarinos—, ustedes aprovechan la Cuaresma para poner por las nubes el bacalado...

—Siquiera, mi señora, fuéramos nosotros: pero ya viene caro del exterior.

—Rebaje, le voy a comprar todas las otras cositas para el fiambre.

—En el bacalado no puedo, le voy a rebajar en las otras cosas; por ejemplo, si va

a llevar aceite, vino, sardina...

—La túnica de cucurucho no te sale, hijo, con tres varas y media —advertía una mujer a un muchachón, en una de las tiendas del Mercado Central—, aunque haya dicho y redicho la costurera. Con tres varas y media, no te sale. Sí, don Pánfilo —medio dirigiéndose al que vendía las telas—, qué años que lo conozco yo, ¿verdad don Panfi?, si nos hiciera el favorcito de indicarnos a ojo de buen cubero, si alcanzarán sólo tres varas y media... El género es doble ancho, ¿verdad?

—No, señora; en estos géneros para túnicas, sólo este más morado es de doble ancho.

—Ese morado no me gusta, es muy tirando a azul...

Por entre todo ese mundo tratante, por entre grupos de campesinos que volvían con las arganas llenas de sus compras, endomingados, con zapatos acabaditos de comprar, nuevos, chirriantes, la doma del zapato se reflejaba en sus caras; por entre todo ese mundo que crece al mediodía, pero que hacia la una de la tarde va aminorando, pasó la comisión del Honorable Comité, en busca de la casa del probable creador de la música de “La Chalana”.

La casa, un caserón de esquina, con ventanas a dos calles empedradas de adoquines que a esa hora, bajo el calor del sol, tomaban color azulado de vidrio botella, con su número 8 y su puerta claveteada, veía hacia la plazuela del Teatro Colón, exactamente el lugar en que se alzaba sobre una columna, el busto de un poeta romántico que, según las consejas, se lo quiso llevar el diablo, por incrédulo, blasfemo, librepensador y mujeriego.

Allí el poeta narigudo, frentonazo, bigotes sobre labios sensuales y abundantes cabellos, y allí con los ojos puestos en la casa de “Joseh” que por la hora estaría almorzando, el grupo de estudiantes que iban a visitarle.

La *Chinche* se volvió al poeta, increpándole:

—Pepe, qué mal nos hiciste con tu poema que empieza: “Cara y desventurada patria mía...”

—Juguemos con una moneda, si entramos o no —propuso *Chirimoyas*, a quien más corto le llamaban *Moyas*.

—¡Son babosadas! “gritó *Chocochoque*— vénganse, vamos, lo más que nos puede pasar es que nos diga que no.

—Se va a negar... —murmuró un pesimista.

—Se va a negar... se va a negar... —repitió *Chocochoque* con manifiesto fastidio? rascándose la cabeza.

Los toquidos resonaron en el vacío zaguán, ancho como para que entrara un carruaje. Un momento después, dentro se oía caer el agua de una fuente, abrió una sirvienta muy alhajada: zoguillas, aretes, pulseras.

—Voy *visar* —dijo al oír que buscaban a don “Joseh”, y desapareció a la carrera por un corredor largo que daba, sin duda, a la puerta del comedor, para luego volver también corriendo.

—Que van a pasar a la sala —dijo— y lo van a esperar que acabe de almorzar.

—Podemos volver... —se echó para atrás *Pumún*, cuidadoso siempre con las normas de buena educación, sólo que esta vez estuvo a punto de que lo fulminara *Moyas*—, ¿volver?, cuando ya estamos adentro... sos bruto, vos, indio...

Pasaron a la sala alfombrada de rojo, retratos y muebles magníficos presididos por un piano de cola. Detrás del piano asomó un gato negro que los visitantes tomaron como signo de buen agüero. La cosa empezaba bien. El gato, sentado en el piano, se hizo la toilette con la lengua, ayudado de sus manecitas. Se ensalivaba y luego se las pasaba por la cara.

La servilleta en la mano, un bocado a medio masticar, nerviosa la marcha, echado hacia delante, quevedos con un listoncito o tintilla prendida al pabellón de la oreja, se presentó “Joseh”.

—Perdone, maestro, que lo venimos a molestar a estas horas...

—Vaya a terminar...

—Sí, termine de almorzar, nosotros podemos esperarle, tenemos tiempo...

—¿Qué se les ofrece? ¿En qué puedo servirles?... —repetía “Joseh”, cada vez que aquéllos le dejaban tiempo en sus protestas de buena educación por haber venido a importunarle.

—Traíamos esto... —se decidió *Chochique*, sacando de su bolsillo las dos cuartillas en que venía escrita “La Chalana”, y las desdobló para entregárselas al maestro. Este se caló mejor las gafas para leer las cuartillas.

—Es la letra de la canción de guerra de los estudiantes —añadió *Pumún*, y quisiéramos...

—Quisiéramos —se oyeron muchas voces— que usted le pusiera la música...

—Y lo malo, maestro —intervino *Moyas*, mientras aquel leía— es que no disponemos de mucho tiempo. Los estudiantes quisieran poderla cantar este año.

—Falta muy poco... —interrumpió su lectura “Joseh”—, porque es el Viernes de Dolores, el día de la huelga, ¿verdad?...

Todos callaron. Tenían el tiempo en contra. El maestro siguió leyendo. De pronto se levantó de la silla en que estaba sentado y fue hacia el piano, apoyó las cuartillas en el atril y al tiempo de sentarse, dijo:

—Veremos si sale... ¿Ustedes quisieran algo así? —y atacando las teclas fuertemente, tocó, por primera vez lo oyeron los estudiantes, los primeros compases de la introducción de “La Chalana”.

Todos se entusiasmaron. El maestro se detuvo y repitió la introducción, variando un poco, tomando otras teclas, hundiendo a fondo los pedales.

—Muy bien —dijo, él también entusiasmado—, déjenme le letra, y pasado mañana, si alguno de ustedes viene por casa...

—¿A qué horas, maestro? —se oyeron varias voces.

—A esta misma hora, si les parece, o un poquito más tarde, a las dos de la tarde. Vamos a ver qué sale... No les aseguro, pero me gusta la letra, tiene novedad,

rebeldía y a mí me gustan los inconformes... —rió con un jijí que le salía del paladar en espumita hasta las comisuras de los labios.

Al salir el grupo de estudiantes a la calle, más felices que si se hubieran sacado la lotería, y echarse a andar, había que ir en busca de algún restaurante, *Pumún* se detuvo, se jaló el pellejo de la cara, siempre le sobraba pellejo, y dijo:

—Muchachos, no le preguntamos cuánto nos iba a cobrar...

—Qué bien se conoce que sos “tay” —reaccionó *Chocochique*—, cobrar... el arte no tiene precio...

—Es lo único que aquí no tiene precio —arguyo *Pumún*— y por eso los artistas aquí con nosotros piden limosna. El arte sólo recibe compensación en sociedades más desarrolladas, más cultas...

—¡Ya salió éste con la cultura... tenemos hambre!

“Restaurante XOCHIMILCO —Se sirven comidas a todas horas - tacos - enchiladas - zopitos - mole de guajolote...”, leíase a la entrada de un zaguán que hiedras, hojas de begonia y otras hojas mantenían en un ambiente de perpetuo frescor. Al final quedaba, después de un corredor también tapizado de plantas ornamentales, un patio en el que se repartían mesas con manteles de colores y sillas rústicas. Ningún otro adorno, fuera de los fiestones de las colas de quetzal que caían hasta el suelo; los bambúes de miniatura temblorosos, dorados; las enredaderas de hojas caprichosas y los abanicos de las palmeras enanas.

El restaurante de las hermanitas. Dos hermanitas. Tres hermanitas. Dos, Lucita y Carmita. Pero Carmita se desdoblaba y aparecía detrás de ella, al lado de ella, sin separarse mucho, Paquita. Tres hermanitas. Dos hermanitas. Dos, si Carmita no se desdoblaba. Y no se desdoblaba todos los días. Dos hermanitas, Lucita y Carmita, muy gorditas, muy viuditas, muy modositas, muy calladitas, muy, muy muyitas de todo lo que es muymuy.

El vocerío de los muchachos, los cantos, y sus gritos, sacaron el ambiente de su silencio vegetal. Los pocos parroquianos que a esa hora comían, no pasaban de hacer ruido al masticar, al servirse el agua, la cerveza o el vino, o de golpear los cubiertos contra los platos, las cucharas soperas, los tenedores, los cuchillos, todos estos utensilios sin peso, como que eran de latón.

Los estudiantes juntaron dos, tres mesas y sillas, antes de sentarse, y mientras éste bramaba, imitando a las fieras cuando tienen hambre, aquél aullaba con aullido de coyote famélico, y el otro hacía con la garganta ruidos extraños de caníbal, sin que esta forma naturalísima de pedir la comida disonara mucho en aquel ambiente de cabaña montañosa.

Apareció un criado cuando ya estaban todos sentados. *Chocochique* se puso de pie y le dijo:

—Ve, serviles...

—Servil serás vos, *Choco* de porquería... —se enfadó uno de todos.

—No, si yo no he dicho nada parecido —se defendió aquel—, lo que he pedido es

que les sirvan...

“El que acaba primero, ayuda a su compañero...”, fue la orden, y por eso, ya sin hablar, cada cual se arrojó sobre su plato de arroz caldoso revuelto con frijoles negros. Luego vino el segundo plato. Las carnitas. Y la orden fue: “El que acabe primero, escupe en el plato del compañero...” Sólo se escuchaba el ruido de los cuchillos y tenedores al partir la carne picante, picantísima, picor que les hacía soplar hacia fuera, para quitarse el ardor del chile jalapeño con su propio aliento, entre lagrimitas y sofocamientos. Bebían cerveza. Por litros. Tequila, mezcal, ron al par de la cerveza, y fumaban como desesperados. Del banquete quedaron los cubiertos de latón con la forma cambiada. Las cucharas, con el mango enrollado, como colitas de sirenas. Los tenedores, ondulados los cabos, como pequeñas serpientes de cabezas terminadas en puntas de dientes. Sólo los cuchillos resistieron el embate. Sin filo, medio opacos, con olor a metal que borrarían las especias servidas con abundancia.

Las hermanitas los dejaban hacer. Todo desperfecto se contaba extra. Extra, extra, extra... iban apuntando... Platos rotos, cubiertos mellados, servilletas rotas... todo iba a la cuenta, al cuentón que se trasladaría al Honorable Comité, para que lo pagara.

Devueltos al mundo de la ciudad, fuera de aquel frescor vegetal, de los verdes luminosos de las grandes hojas de quequexque, de las espadas de los magueyes, algunas dentadas, de las hojitas parpadeantes de las enredaderas, de los anillos dorados alternando con argollas moradas de las cañas de bambú, de las cañas bravas, de las cañas de ámbar, de las begonias lampiñas, de los cactus velludos, de la yedra de paredes y techos; devueltos a la ciudad calurosa, fuera de aquel mundo de frescor vegetal, cada uno a sus ocupaciones, en sus frentes la estrella de una canción vibrando, de una canción que sería su canción, el himno, el canto de guerra de los estudiantes, *La Chalana*.

XVII

¿Qué pasa? ¿A quién se lo preguntan, a mí? A los que pueden hay que preguntárselo. A los que tienen en las manos el poder, el ejército, la policía. Hay que hacer algo. Eso, Eso. Hay que hacer algo. Visitar a la esposa del Ministro de Gobernación y contarle. Lo deben saber. Lo deben saber. Sí, lo deben saber, pero un pedido de las damas de la sociedad, a tiempo. La esposa del ministro le hablaría a su marido. No es posible que se deje sueltos a esos muchachos. No es posible. Que porque son estudiantes. Muy estudiantes serán, pero no tienen derecho de convertir el Viernes de Dolores en Viernes de Carnaval (o, como dicen ellos, blasfemando: Viernes de los Dolores de Todas Vírgenes...). Empecemos por allí. Y de tomárselas contra la Santa Madre Iglesia, la sociedad... ¡el gobierno!... Pero el gobierno se lo merece, y en qué medida... en la medida en que deja hacer a los estudiantes todo lo que se les pasa por la cabeza. Y no sólo a ellos. Los aconsejan. Los mal aconsejan. No, no es miedo, pero es algo muy parecido al miedo lo que inmoviliza a la gente y reparte en la ciudad un sentimiento de impotencia. Eso. Eso. Somos impotentes ante esa cáfila de mocosos. ¿Por qué? Ah, porque nos gusta que nos canten las verdades. Miedo, impotencia, autocastigo, masoquismo. Gozamos al ver y oír todo lo que dicen y pintan en sus carrozas y estandartes. Si existiera en el país verdadera libertad de prensa, no tendrían que poner los universitarios en el “No-nos-tientes”, el periódico de la huelga. ¿Huelga porque ese día no hay autoridades que prohíban desmanes, policía que impida la infamia en las calles, personas honestas que se apresten a defender su religión? Ah, la religión... Católicos de mentirijillas. En otro país, los católicos saldrían y a pedradas, a palos, acabarían con la huelga. Fantochada estúpida... ¿ingeniosa?... El ingenio de la vulgaridad y lo inmoral...

Las puertas de las oficinas de los altos jefes militares cedían a cada momento a la presión de manos femeninas, apresuradas, deliciosamente apresuradas. Jamás se habrían atrevido a poner allí los pies aquellas damas encopetadas, de no ser la contingencia aquélla. Sólo hombres. Hombres y más hombres. Qué cosa, cómo hay tantos hombres. Todos uniformados. Una calistenia interminable de saludos militares. Sí, mi coronel, hablaba la que hacía cabeza de fila, y el general qué dice... No hemos podido hablarle del asunto, señora, pero que está preocupado, está preocupado. Todo el mundo, la capital entera está preocupadísima. Las colonias extranjeras, figúrese, añadió una matrona con ojos de huevos de tortuga, colgados sobre las mejillas. Y por eso yo quisiera... Sí, mi señora, debe decirle al general lo que se piensa de la huelga estudiantil. Y cree, usted, coronel, que el general tomará medidas... jajá... le cosquilló a la dama, mientras otra de sus acompañantes la codeaba, una risita en los labios coloreados de *rouge*. Venían de estar en el despacho del Director General de la Policía, y recordó que cuando ella le dijo lo de “tomar medidas”, como dicho personaje era sastre vestido de militar, se mosqueó un poco y cortó la entrevista. Por fortuna que este otro coronel no era sastre, sino sí que, como dicen los estudiantes:

¡qué de sastres en el ejército!...

—Murciélagos a la vista, mal agüero... —dijo un oficial a otro antes de golpear a la puerta del despacho del coronel y entrar a dar parte que habían llegado los miembros de la curia eclesiástica.

—Que pasen directamente a la antesala, el general los va a recibir en seguida —ordenó el coronel.

El oficial se retiró, después de saludar y taconear, la vista al frente... de batalla... la batalla de los estudiantes...

Lejos y cerca, portazos, palabras entrecortadas...

—Liber... libertinaje, general... libertinaje...

—Coronel, acompañe a los venerables sacerdotes... —se oyó la voz del general, preocupado por un asunto de fronteras con un país vecino.

—Libertinaje... Coronel... libertinaje... —repetían los venerables, mofletudos los más y unos pocos flacos, la color de garbanzo.

Aquí en el Club... (Cluf..., como dice el “No-nos-tientes”), todo lo de los estudiantes nos cae en gracia. ¿Daño? Pero qué daño. No parece viajado, gente que ha vivido en París... el baile de “Quatre-Arts”... el baile del Internado... allí sí se ven, se ven se ven cosas... la encargada del vestuario, una vieja mañosa en medio de un lago de esperma... Pero estos pobres... No salgás a la calle ese día, quedáte en tu casa encerrado y no se te inflama el hígado ni escupís bilis... agradecido debías estar si se meten con vos, porque te hacen personaje... ¡Es la chusma! ¡La mierda!... ¡Ah, no viejo!... que yo no soy chusma ni mierda, ni mi familia es chusma, y uno de mis hijos, el mayor, es de los principales, es del Honorable Comité, casi nada, ¡Debías prohibírselo! ¿Y por qué, a santo de qué se lo voy a prohibir? ¡Mejor que les canten sus verdades, a unos cuantos de esos desgraciados que están en el gobierno... ésos sí, para que veas vos, ésos sí son chusma... producto cuartelario! Todo es así, viejo, y mejor si seguimos jugando, vos tenés el cuchumbo en la mano, vos mandás... Sí, todo es así, pero todo viene de la raíz. La falta de autoridad de los padres. Lo primero es que en la casa le enseñen a uno respeto. Después ya se respeta todo. ¡Menos la mujer del prójimo! ¡No seas bruto! Predicar, como predicás vos, que no tenés hijos, es fácil. Uno como padre sufre a causa de los hijos, si es un poco consciente. Porque hay un conflicto, viejo, hay un conflicto. Por un lado, la necesidad de imponerse, de ejercer la plena autoridad paterna, y por otro... ay... vos no tuvistes hijos y no sabés lo que es eso... el amor por los condenados desde que te empiezan a hacer gracias... ¿Y para ti son gracias las que los estudiantes hacen?... Son graciosos, no me vas a negar que son graciosos... me acuerdo del año pasado... aquello de “Napoleón dijo, antes de morir: Cabeza de Ejército... y nuestro Napoleón de piano, dijo al ministro de Relaciones, cuando lo echaron del Ministerio: “Cabeza de mi huevo”...

Un puñetazo en una mesa vecina. ¿Megalómano, yo? ¿Megalómano, yo?, preguntaba a gritos, rojo como un tomate, un personaje de ojos azules, altísimo y flaco. ¡Cálmese, don Herr! ¡Nada de don Herr! Ustedes me dicen Herr, por decirme

jeringa... Los estudiantes tienen *daracho*, mucho *daracho*... y yo les fui a dar mucho pisto para que hicieran su huelga... Esta mano es testigo, amigo, que cuando usted solicitó su entrada al club, tiré bola negra... Pues yo le voy a tirar este vaso de cerveza a la cara, pedazo de alemán...

¡A mí no me lo vas a decir dos veces! ¡Qué recontrafregado te importa a vos que los muchachos...! Se oyó el golpe de una mano abierta en la cara de uno de los que, mientras el alemán la tenía en el salón, discutía de la huelga en el bar. Y después de la bofetada... ¡No, caca! ¡No, mierda! ¡Así no! ¡A traición, no! Poch... se oyó la otra bofetada. El barman y los que estaban cerca intervinieron. Uno de los pacificadores, al que llamaban Pipiolo, apenas se tenía en pie, y para confesar elegantemente que ya estaba borrachito, repetía a cada momento: Estoy pluscuamperfecto, señores, pluscuamperfecto... lo que quiere decir, para que entiendan, brutos, que estoy más que perfecto... plus ultra... bestias... analfabetos... pluscuamperfectísimamente se está así como estoy yo... en otras partes se puede vivir de otra manera, pero aquí sólo pluscuamperfecto... más allá del plus... después del cóctel, el vino, el champán ... pluscuamperfecto... ¡Mequetrefes! ¡Les debo mi atención a jóvenes mequetrefes! El año entrante juro que voy a estar bueno para la huelga y que voy a ir a ver pasar la huelga... Otro plus, barman..., otro plus...

Un momento después se encontró solo frente al bar.

¡Otro plus, barman... otro plus... proque yo sí que pluscuamperfecto!...

¡Solito... me dejaron solito... muy bien... solito yo me voy a divertir a La Habana... (canturreaba)... porque allí no se piensa en mañana...

Trató de sentarse, creyó que había un banco donde sólo estaba el vacío, y se cayó...

El barman y los criados lo levantaron. ¡Doctor! ¡Doctor! Era un famoso cirujano. Lo instalaron, casi en peso, en un sillón, del que cada momento se levantaba y gritaba: ¡Viva la huelga! ¡Viva la huelga!... Se fue quedando dormido, la cabeza sobre el respaldo, por el puente de su corbata, hacia su vientre abultado, bajaba una baba relumbrante.

Desde que murió su único hijo bajo las ruedas de un camión, vivía en ese estado.

Su mano jugaba ahora con una cabecita —en sueños—, y decía: Si hubieras vivido, iría yo a ver pasar la huelga, por verte entre los muchachos vestido de mamarracho en una carroza, o montado en un caballo, llevando una bandera desplegada, un estandarte con insultos... sí... sí... muchos de tus amiguitos, muchos de los que llegaban a jugar contigo a casa van ahora en la huelga, son universitarios... y allí irías tú... Se llevaba la mano a la cara y se apretaba los ojos, silos de llanto... no ver... no ver... el accidente... el camión... la inmensa rueda del camión sobre el cuerpecito... ah, sí, sí... si fueras en el paseo de la huelga, yo iría a aplaudirte, y me reiría por ti de todo lo que hacen... de todo lo que tú harías... y te esperaría... y te traería al club... sí, sí... irías en la huelga, con tus compañeros que son un poco tú, son un poco tu tiempo burlándose de nosotros... y con razón... aquí

sólo la burla afirma... afirma algo... aunque es siempre deleznable y movedizo el terreno en el que el chiste afirma algo... pero sin chistes... sin burla... sin la huelga estudiantil, qué sería esto... —y seguía moviendo la mano en el brazo del sillón, como jugando con la cabecita de su niño, sin dejar de repetir: Irías en la huelga... yo sé que irías en la huelga...

La burla, la burla, pero más que la burla, la verdad. ¡Las verdades!, pluralizan las gentes de medio pelo, para quienes existía el plural, y por fortuna, porque en plural las cosas no son tan directas ni tan amargas. El singular era para los ricos, para la gente principal. Por las comiderías del Mercado Central andaban damas de la gran sociedad recogiendo firmas en un escrito en que se pedía al gobierno que suprimiera la huelga. La Engracia les firmó. Es la única que firmó, por ser la única que sabía firmar. Para eso le enseñan a firmar a la gente. Para que echen el fierro en cuanto papel les presentan, los ricachos que sólo en estos casos se acuerdan de nosotras. La bruta ésa les firmó y no sabe lo que firmó. Hay que reclamarle. La vamos a agarrar del pelo. Agarrála del pelo, vos, Tomasa, y yo le doy un par de gatzatadas. Se las merece. Ni yo... ¿Qué decís, Clodomira? Que ni yo les firmé, y eso que mi pariente y marido, el pobre Prieto, no va a tener su franco esta semana. Su franco era jueves y viernes. Pues ahora dispusieron acuartelar a la policía, por cualquier “continges”, me dijo el Prieto, con eso de las bullas de los estudiantes. ¡Qué reexagerados, no les parece? ¿Reexagerados?... Miedosos. Tienen más miedo que vergüenza. Acuartelar a la policía por lo que no pasa de ser una bulla de muchachos. Feo que se metan con la Iglesia, pero por lo demás, caen simpáticos.

Gritos, carreras, revuelo de gresca del lado de los “cajones de ropa”, como llamaban a las tiendas de telas. La dueña de uno de estos negocios, Carmina Valdez, hablando, hablando con una cliente empezaron a discutir. No, no fue así. Todo vino por una tela que la cliente quería. Carmina, por quedar bien, le dijo: éste no va a ser estreno de Semana Santa, sino del Viernes de Dolores. ¿Y qué hay el Viernes de Dolores?, preguntó el cliente. No se haga, mucha gente viene y compra para estrenar ese día telas así alegres, propias para salir a ver pasar el desfile de los estudiantes. La cliente intensamente pálida, su palidez le acentuó la sombra de un bigotito de vello sobre los labios, se le acercó, se le acercó y sin decir agua va, y no era agua, la escupió la cara. Carmina no tuvo tiempo ni espacio para retroceder, los cajones de ropa son muy estrechos, levantó la vara de medir y de un golpe le rajó la cabeza. Sangre, pelo... pelo que corría como sangre... sangre que corría como pelo colorado, entre gritos, carreras, tirones de unas mujeres con otras. Qué, pero qué le dijo la Carmina para que la escupiera..., preguntaban en las comiderías. Nadie sabía. La bigotuda ensangrentada trataba de escapar, pero se resbaló en una cáscara de banano, y al caer mostró que bajo la ropa llevaba un hábito monjil. ¿Monja clandestina?... Hay... hay... así como hay putas clandestinas... aguardiente clandestino... y ciudadanía clandestina, porque no puede haber otra... la clandestinidad y el disimulo, consciente o inconsciente, son las únicas formas de supervivencia en el país.

¡No, no, las atoleras no venimos el viernes! ¡Tampoco las melcocheras!... los estudiantes van a quebrarnos las tinajas de atol y rompemos en la cabeza los canastos de melcocha... ¡Son mentiras, mujeres, son mentiras! ¡No, no, no hay entrega de leña ni de carbón! Los estudiantes van... ¡No, el viernes no habrá refrescos, ni gaseosas, ni helados de carretilla!... Los estudiantes van... ¿Al colegio? ¿Mandar los niños al colegio? Ni pensarlo. ¡Cómo vamos a mandar señoritas al colegio!... Los estudiantes van... Mejor lo dejamos para otro día, otro día firmamos el contrato, el viernes, no... Los estudiantes van... ¿Van a qué...? A todo... Suetos, son como demonios... Habrá rogativas... ¿Cómo es eso, de “habrá”?... Ya hay, el socorro divino, sólo implorando la ayuda de Dios... que levante el castigo... el castigo que significa oír todo un día... y un día de la santa cuaresma, vociferar, insultar, calumniar... entre músicas y risas, pólvoras y matracas ensordecedoras, el carnaval del infierno...

—Abran... abran esa puerta... ábranla de par en par...

—Padre, pero si está abierta...

—De par en par...

—No se puede abrir más...

—Me estoy quedando ciego... lo tenía anunciado... tenía anunciado que una cuaresma me quedaría ciego... mejor ciego... que no entren a mis ojos... fuera... fuera...

—Padre, no son estudiantes, es gente piadosa que viene a rezar el Viacrucis del Desagravio...

—De rodillas, entonces... de rodillas... que entren de rodillas hasta el altar mayor... es tal el agravio a las sagradas llagas...

Los feligreses que acompañados del cura párroco rezaban el Viacrucis del Desagravio, a duras penas seguían de rodillas y les parecía cada vez más larga la distancia que separaba una estación de otra, y más de una quedóse en mitad del camino exánime o a punto de desmayarse, y no faltó la que se puso en pie, se sacudió las rodillas adoloridas y se fue...

Una mano la detuvo cerca de la pila de agua bendita. Iba tan abatida, tan disgustada, tan cansada, que de pronto no reconoció quién era, y estuvo a punto de gritar, temerosa de que fuera el Demonio. Si Ricardo no le habla a tiempo, grita.

—Ana Julia —le dijo aquél acomodando su mano alrededor de su brazo tibio bajo la seda del pañolón, y la detuvo.— ¿Te saliste antes?

—No me siento bien, sigamos...

La noche tibia. Las casas no parecían pegadas a la tierra, sino colgadas en el aire. Todo sin peso. Aroma de magnolias. El ruido de la ciudad, lejano. Del atrio bajaron a la pequeña plazoleta.

—¡Malo!... —hablaba ella con voz ronca, graciosa, era graciosa su voz ronca—, qué malo eres... por qué no has venido...

—¿Por qué no seguiste rezando el Viacrucis?

—Por... porque de qué sirve que yo desagravie a Dios, si tú lo agravias... —rió y

luego se puso seria—, porque creo que se está exagerando, ya hay una histeria de la huelga, todos estamos histéricos, yo ya no duermo, yo ya no como, rezo y rezo y rezo, y para qué... —Tantanis le dio un beso en la mejilla, y ella, no obstante que apoyó su carne contra aquellos labios cálidos, le reconvino—: No, no, mirá que nos ven... y no me acompañas más allá de aquella esquina. Allí ya las calles están muy iluminadas y...

—Regresemos entonces hasta la iglesia...

—No, para qué...

—Haz de cuenta que mi alma se te ha perdido y que vuelves a buscarla.

Regresaron.

—¿Y cómo se buscan las almas perdidas?

—Con besos...

—Malo, mi amor es malo. No me ha dicho cómo va el plan para robarse de la carroza al tío Ramón. De qué sirve que me bese si no hace nada por mí, nada de lo que yo le pido.

Lo trataba de usted, lejanía respetuosa que ella compensaba acercándosele, proponiéndole a jugar pleito amoroso de pestañas.

—No, no, así no... —decía Ana Julia, mientras él, sin hablar, alargaba los labios y la besaba—, así, así, baja más la cara, espera... deja... cuando mis pestañas estén entre las tuyas, parpadeas... No, no, así no... —él la besaba con los labios cada vez más húmedos, al amparo de una sombra, tras unas palmeras.— Empecemos —seguía ella—, empecemos de nuevo... ahora tú pones tus pestañas entre mis pestañas...

—¿Sabes por qué debes hacer lo del tío Ramón...?

—Por qué... por qué... chiquitilla... —no la besaba, le paseaba la punta de la nariz fría por las ventanas de su naricita húmeda.— Sí lo sé... sí lo sé... Porque te quiero...

—Y porque en casa ya me tienen loca. Mi hermana Grela...

—Esa...

—Sólo de eso habla...

—Tú sabes mi plan...

—No creo mucho, pero en fin...

—¿Dudas?

—Sí. Tendrías que ser...

—Entiendo. Ser de ustedes... hay una solidaridad de clase, ¿verdad?

—No de clase. Troyo, mi hermano, odia esa palabra y a mí se me escapa a veces. Hay una solidaridad de familias, y por eso dice Grela que aunque yo te me hincara, pidiéndotelo, tú ofrecerías, pero no lo harías...

—Por mi familia...

—No empecemos. Pero si salvas al tío Ramón del escarnio (y recordaba el vozarrón del cura del Viacrucis, repitiendo: “Y por escarnio le pusieron en lo alto de la cruz *Rey de los Judíos*”...) les das tal tapaboca a Grela y a los de la casta que los

dejas sin argumento...

Quedaron callados, viéndose hasta donde alcanzaban a dar luz sus miradas.

—No puedes imaginarte la lucha en casa —susurró ella como despertando de un silencio—, no sólo eres mal nacido, no sólo el negocio a que se dedica tu gente, cholojería, es de lo último, no sólo eres un hipócrita que se hace santito, pues eres descreído, masón, librepensador, sino ahora, para vengarte de nosotros, eres tú el que inventó, propuso que el tío Ramón representara a los terratenientes, en la carroza de “Los horrores del cristianismo”...

—Míralo bien —me gritó el otro día Gabriela—, mírale el pelo mota... Lo que pasa es que se lo alisa: es negro mezclado con indio peruano por su tata, que era ladrón de caballos...

En lo que paró el Viacrucis del Desagravio... echó Ana Julia la cabeza hacia atrás, buscando un poco de aire... la tenía abrazada, íntima, y a partir de allí, temblorosa como una venadita que siente que pierde la vida en un como desangrarse por todos los poros, amar es desangrarse...

—Se me hace tarde —atrevió ella al oído de Ricardo—, malito, verdad, malito, que me va a dar gusto, que se va a robar al tío Ramón de la carroza... y así ya no dirán nada en casa...

—Mejor les buscamos novios a tus hermanas y a tu mamá...

—No seas grosero —lo rechazó Ana Julia.

—¿Y acaso las viudas no pueden volverse a casar?

—Pero mamá no está pensando en eso... —marchaba a paso largo seguida de cerca por Ricardo hacia el centro de la ciudad — En una palabra —se volvió malhumorada—, no piensas ejecutar tu plan, robarte al tío Ramón y poner en su lugar el muñeco que mandaste hacer...

Los Judas, el “artista”, Simoneta... Tuvo la sensación de no ir detrás de Ana Julia, sino siguiendo a Simoneta, no por las calles, sino entre jardines; no en medio de aquel barullo de autos, tranvías, carruajes, bicicletas, peatones, sino en una luz flotante, al compás de una música jamás antes oída.

Ricardo alargó el paso y la alcanzó:

—Ana Julia, ¿vendrás al Viacrucis, pasado mañana, viernes?

—Mi amor ya no sabe ni en qué día vive: pasado mañana, viernes, la huelga, Viernes de Dolores...

XVIII

El tiempo mete y saca, saca y mete fechas, y por cada fecha que saca y mete, mete y saca el día, el mes, el año, la década, el siglo, la era y el calendario. ¿En qué calendario, en el gregoriano, en el musulmán, en el judío, en el maya lunar, este Viernes de Dolores, en un equinoccio de primavera, entre el trópico de Cáncer y el trópico de Capricornio, en esta tierra incógnita, todavía incógnita, cada vez más incógnita?

El paseo estudiantil, huelga, carnaval, vivalavirgen, acaba de iniciarse entre bombas voladoras, cohetes, vivas, aplausos, bandas, marimbas, en la Escuela de Medicina, vetusto edificio perdido en la eternidad de sus relojes sin agujas y adornado ese año a la pompeyana con lámparas votivas como sexos de mujeres, hojarasca de ojos humanos, sátiros de flautín y rabito, y falos industriales, quiméricos, de pinacoteca, decoración maestra de los futuros médicos pintores, que desfilaban bajo signos fálicos.

Adelante, los “Gonfalones”, grandes falos para tocar el gong, desafío de machos que predicaban con el ejemplo. Luego, los “Chacales”, malditos denteros. En las bolsas de sus mandiles, gabachas o delantales, el arsenal de extracción de dientes más escalofriante. Punto y seguido, los “Chorros”. Corrían entre el público, enharinados, vestidos de payasos, nariz de rábano a remolacha, cejas enarcadas como tildes de eñes, haciendo agujeros o barrancos en las carteras o monederos de los que les daban, diz que para los gastos de la fiesta. Los “Chas-Gracias”, “Chas-Gracias”, que daban las gracias a los asistentes, especialmente a las asistentes, por haberse molestado en venir a la huelga, lanzándoles serpentinas, puños de confeti y besos con la punta de sus dedos.

Calles, no. Ríos de gente. Cuerpos, cabezas, ojos. Edades, todas. Clases sociales, todas, Más ojos que cabezas. Ojos y “orejas”, policías secretos que si no daban el parte circunstanciado perdían el “impeyo”. Más brazos que cuerpos. Brazos y manos aplaudiendo frenéticamente, rabiosamente, a las huestes estudiantiles que pasaban a punta de matraca...

traca-traca-traca... traca-traca-traca...

traca-traca-traca... traca-traca-traca...

traca-traca-trac... traca-traca-trac...

traca-trac-trac... traca-trac...

tracatracaatracaatracaatracaatracaatraca

tracatracaatracaatracaatracaatracaatraca

las cadenas a rastras...

ras...trarrastrarras... ras...trarrastrarras...

trarrastrarrastrarrastrarrastrarrastrarras...

los que protestaban por los presos políticos, encadenados y vestidos de cebras, como iban ellos, sin faltar los patinadores, alas de ángeles en patines...

rurrrrr... rurrrrr... rurrrrrr...

ni los que venían en zancos...

toco-toco-toc... toco-toco-toc...

ni los que achicharraban los oídos con sus chicharras metálicas, entre trompetillas de mofa, agudísimas, chiflidos, chistes, chirigotas, máscaras, caras pintadas, embadurnadas, pelucas, barbas, bigotes, senos postizos, banderas de piratas, la blanca calavera en la tiniebla, y cartelones como éste:

¿DESDE CUANDO, SEÑORES DIPUTADOS,
TRES SARGENTOTES PUEDEN CAMBIAR
EL DESTINO DE LA PATRIA A MEDIANOCHE?

A su paso, lo llevaban cinco estudiantes vestidos de riguroso luto, uno por cada país de Centroamérica, la risa se convertía en mordisco y el aplauso se trasladaba a la sesión legislativa, en que *Chuchín*, estudiante diputado, gritó así a los tres generales vestidos de oro, que llegaban a dar cuenta de haber depuesto al gobierno legítimo, entre gallos y medianoche, “¿Desde cuándo, Señores Diputados, tres sargentotes pueden cambiar el destino de la patria a medianoche?” (Y en qué medida, acotó en voz alta un anciano de barba blanca, no el destino de nuestro país, sino el destino de la patria centroamericana toda: separada volvió a hundirse por los siglos de los siglos...)

Otro cartelón. Lo traía un grupo de estudiantes disfrazados de perros. Aullaban... aullaban...

AQUI, AL QUE NO ES PERRO,
SINO PATRIOTA,
SOLO LE QUEDA ENCIERRO,
DESTIERRO

O

ENTIERRO...

Aullaban... aullaban... aullaban...

La gente corría de un lado a otro, arremolinándose, atropellándose, por leer los carteles:

ESTE GOBIERNO
ES LA SUCIEDAD
DE AQUELLA AZUCAR.

(¡Claro... —somató una mujer pegada al mapamundi de sus nalgas—, al azucarero, que se fue a París, sustituyó el rapadurero!...)

El primer incidente. Tres cadetes, pantalón rojo, guerrera azul, contra un grupo de muchachos disfrazados de chinos que venía bailando y cantando:

Todos los militares

son, son, son...

todos los militares

son, son, son...

son mierlitaes,
son mierlitaes...
y cuando están de baja,
ja ja ja...
y cuando están de baja,
ja ja ja...

El zafarrancho no turbó la marcha de la columna estudiantil, entre las avalanchas de mirones y mironas que abrían sus parasoles de colores, empinándose, alargando los pescuezos, sacando los fondillitos, sin poder aplaudir, por sostener las sombrillas, mariposeros los ojos, labial la sonrisa, pugnantes en las camisitas los senos de punta de lima-limón.

Un caballón, él, osudo, él, alto, él, prognático y calvo, trataba de arrancar de las manos de un enmascarado, un cartel en que se leía:

¡DURO Y QUE DURE, MI GENERAL...!

La Patria Emputecida

(¡Zánganos!... ¡Zánganos!..., berreaba el calviprognático, y una mujer, hembra de pelo suelto torrencial, coreaba: ¡Zanganotes!... ¡Zanganotes!...)

CARPO, META... CARPO Y DEDOS...

Novia Agradecida

ME HACEN FALTA MUCHAS,

MUCHAS PAJAS DE AGUA...

La Muy Noble y Muy Leal

El sol perpendicular. Explosión de vidrios y cristales en los edificios. Los altos edificios. Más altas las cúpulas de las iglesias envueltas en su propio resplandor. Las calles obstruidas. Los automóviles, y tranvías, y carruajes, la locura. Hombres. Mujeres. Por aquí. Por allá. Topeteándose unos con otros. Quitándose o dándose el paso. Una esquina. Ganar una esquina para echarle un ojo a la huelga. ¿Qué tal va? ¿Va como el año pasado? El repartidor de pan olvida las entregas. El cartero, embelesado, los telegramas urgentes, en su bolso de cuero viejo. Al que le venga el guante, que se lo plante. A mí, ni me viene, ni me lo planto. “La Prostituta Ideal”, película de los llenos completos. El anuncio. Un inmenso anuncio. “Sólo el sexo es hecho de eternidad...” ¿Quién dice? Yo no, susurra un barrendero, shute metido, y no en broma, en serio, como si en verdad averiguaran quién había dicho aquello, inmóvil la escoba entre papeles mantecosos, corcholetas de botellas de agua gaseosa o cerveza, paquetes de cigarrillos y cajetillas de chicles. El barrendero de vez en vez levantaba una de estas cajitas y al encontrarla vacía, hacía el gesto del que mastica, rumeaba ganas de mascar chicle, o recogía uno de los paquetes de cigarrillos y al encontrarlo sin nada, se conformaba con olería, oler en lugar de fumar. “Sólo el sexo es hecho de eternidad...” Pero, quién dice... Cómo quién dice, no tenés ojos, ese cartelón de la película de los llenos completos, “La Prostituta Ideal”.

Los que ofrecían el “No-Nos-Tientes”, periódico de la huelga, debían defenderse.

Se los arrebatában de las manos con todo y manos, y a uno de todos lo alzaron en alto, y lo paseaban en hombros, como a un torero, para que ofreciera desde arriba su mercancía gloriosa.

Una ovación nutrida, cerrada, interminable, aprobación, contento, delirio, frenesí, saludó al aparecer en la polvareda solar de las calles henchidas de gente, la carroza de “MAMIFEROS, MAMADOS Y MANCORNADOS”.

En una plataforma colocada sobre lo que era un carretón de Ocampo, tirado por caballos enjaezados, una gran vaca lechera de cuatro metros (ERARIO), con tetas a docenas, largas, cortas, gordas, flacas, teterío al que, prendidos, mamaban a cuatro carrillos, ministros, diputados, diplomáticos, designados a la Presidencia de la República, jueces, magistrados, gobernadores, confidentiales, influyentes, plumíferos, directores generales de caminos, de aduanas, de rentas, de correos y telégrafos, funcionarios, tan parecidos a los de carne y hueso, que algunos eran dignos de figurar en un museo de personajes de cera. Todos mamaban, y los que no tenían teta se les veía en actitud de querer arrebatar a los otros la que exprimían, sabido por ellos que un hombre que se respeta debe nacer, vivir y morir pegado al presupuesto de la nación. Y, mientras los mamíferos vaciaban, sin vaciar la ubre del erario que el pueblo mantenía llena, los mamados apuraban a boca de botella aguardientes del país y licores extranjeros, y los mancornados, cuadros vivos de muñecas y muchachos disfrazados de vejestorios, daban el espectáculo de hembras y machos en trenza y nudo.

(...¡Lo perdí! ¡Lo perdí, va adelante...!, alargaba el paso, seguido de amigos, en pleno delirio alcohólico, el famoso cirujano que creía ver a su hijo (muerto siendo niño bajo las ruedas de un camión), entre los estudiantes que habían sido compañeros de aquél, en el colegio de Infantes, y ahora eran universitarios. ¡Iba! ¡Iba! Ustedes no lo vieron, pero yo le llamé con los ojos y él se volvió y me contestó con la mirada. Iba, iba disfrazado de yanqui, de marino del Tacoma, con los pantalones abombachados sobre la polaina blanca, baja, y el blusoncito. Hacía escolta al que llevaba el cartel del Tío Sam.

TIO SAM... TIO SAM...

EMPRESTITOS USUREROS

PARA QUE UNOS SE ENRIQUEZCAN

Y EL PUEBLO SE QUEDE EN CUEROS...

Otra ovación, retumbante, graneada, trágica, de populacho que aplaude ejecuciones capitales alrededor de un patíbulo, saludó el apareamiento de la carroza de “Los horrores del cristianismo”, más larga y ancha que la otra, en dos carretones de O campo, en forma de vagones de tren, uno tras otro. Cristianos magníficos consagrados a la crueldad, a la violencia, a la injusticia, a la venganza, a la más despiadada explotación del hombre, a las más espantosas carnicerías de inocentes. Infiernos de guerras civiles mantenidas por los fabricantes de armas. Muertos levantados, como banderas, seguidos por legiones de cadáveres vivos, fanáticos,

arrastrados a la tiranía o anarquía por capitanes ansiosos de sangre, como los tiburones del Caribe que se nutren de la carne humana, aún tibia, de los sacrificados por las satrapías dinásticas y los eternos bajalatos de esa región. Más cabezas cortadas que cucurbitáceas o ayotes de una cosecha, y todos cristianos, indios bestializados por la carga y el aguardiente revuelto con piedra lumbre, trabajadores sin salario, y todos cristianos, masacres, cárceles, torturas, escuadrones de la muerte, patíbulos, desangramientos al sol, guillotinas, sogas de ahorcar, sillas eléctricas, miles de millones de niños en un solo bostezo de hambre, y todos cristianos...

No, no, no era su culpa, no era culpa suya, pero así se dijera, tan demacrado, tan pálido, tan rígido, marchaba *Pan* al par de su inmensa carroza. ¿Qué sucedía? ¿Por qué esa cara contraída? ¿Por qué ese gesto contrariado, cuando debía estar contento por los aplausos que cosechan sus muñecos, esculturas de trapo y cartoncillo? Algo pasaba. Todo pasaba. De la carroza habían sustraído su obra maestra, el maniquí, la figura de don Ramón Montemayor y Gual, el esclavista que tenía en su despacho una hoja del árbol de la noche triste, cuando estaba medio borracho, lloraba con Cortés; una astilla de la cruz del Señor, olorosa a benjuí, cuando estaba de goma zollipaba con Jesús, un catre, no con colchón, sino con petate, para la pernada, y cepos de torturar a los peones, en los que figuraba, grabado, el nombre de los Montemayor. Un infeliz Judas de trapos viejos, con sombrero tejano y pistolas al cinto, habían puesto en su lugar. ¡Me ca... ches!, se repetía y repetía *Pan*, rascándose el poco pelo de su cráneo pequeño. ¡Me partieron! ¿Cómo averiguar quién lo sustrajo? Averiguarlo allí sobre la marcha y denunciarlo en plena huelga. Aunque, para qué, empezó a quererle rascar la espalda, para qué si el daño ya estaba hecho y a golpe dado no hay quite. Se la rascó, le comía todo el cuerpo. Cómo para qué, pára desenmascararlo, al menos eso. Fuera quien fuera. No, *Cholój*, no. ¿Por qué *Cholój*? ¿Por qué no otro? Porque *Cholój* era el único que se le venía a la cabeza, no era una razón. Preguntárselo. Lo llevaba al lado suyo. Pero preguntárselo habría sido acusarlo y con qué pruebas, sólo porque se le ponía a él... Y no, *Cholój* tuvo la llave del cuartucho en que se guardaban los muñecos y don Ramón no se desapareció de allí, sino de la carroza, donde con su ayuda, precisamente, con ayuda de *Cholój*, lo atamos, clavamos y... esto fue como a las tres de la mañana. *Cholój* se fue, yo todavía me quedé allí. ¿Un tribunal de honor? Procede, seguía *Pan* en su soliloquio, sin perder el ritmo de la marcha, ajeno a los aplausos que en gran parte eran para él, al estruendo de pólvoras, gritos y vivas; sí, procede, pero antes hay que saber quién fue y los estudiantes mañana sábado marcharán de vacaciones y no volverán sino pasado el feriado de Semana Santa, dispuestos a remachar, sin pensar más en la huelga. Un pedacito de papel del cigarrillo que fumaba se le pegó al labio inferior. No lo pudo escupir. Se lo quitó con la punta de los dedos. ¿Dinero? ¿Por qué no? Pudo ser alguien de la calle. Le dolía pensar que hubiera sido un estudiante. Le pagaron y se lo robó, entre las tres y cuarto de la madrugada, hora en que me marché, y las seis de la mañana, hora en que volví. *Cholój* Tantanis iba con él cuidando la cristianísima carroza. Uno de los

caballos hizo de las suyas. Poner estiércol de alfombra al paso de tanta sombra..., se dijo el *Cholojero* que a veces pensaba en verso con las tripas. De hecatombe en hecatombe, ¿dónde, dónde pondré al Hombre...? A él, que al hombre, a él dónde lo pondría Dios, a él que en vano buscaba sus pies, sentía los zapatos, pero no los pies, que inútilmente se buscaba, se buscaba el cuerpo, sentía la ropa con que iba vestido, pero no su cuerpo. Pantalones, camisa y guayabera flecona marchaban solos, con voluntad propia, sin él, y al mirarlas avanzar, moverse, sin él, se decía: ése soy yo... ese muñeco vacío soy yo... ese muñeco de anteojos oscuros... por qué lleva anteojos oscuros... qué esconde en sus pupilas que no se pueda leer... asco, disgusto, rabia, vergüenza de muñeco... si dejara de serlo se pegaría de bofetadas en la cara, hasta sacarse sangre, se arrancarían el pelo, las orejas, las orejas para no oír más aquella cuarteta pegajosa que se le hizo tímpano y cartílago:

Me robé de la carroza
al cabrón de don Ramón,
por unos senitos rosa,
puntas de lima-limón...

Pan no se atrevía a acusar a *Choloj*. Pero le miraba, le miraba y ahora con un reclamo más hondo: el del artista burlado, no el estudiante, el artista, el que asiste a la desaparición de su obra maestra antes de exponerla.

Troyo ni se acercó. Troyo sabía, pero mejor de lejos, de lejitos. No lo fueran a culpar. Y esto le dolió a *Choloj*. Que Troyano, Supermierda, qué Superhombre, tratara de ignorarlo, hizo que *Choloj* se empapara en sudor, en sudor de sol, hacía mucho sol, y en sudor de cloaca, el agua turbia, hedionda y pegajosa que sudan los ruines, los descastados, los que no son de buena familia. Troyano se abstuvo, se hizo el enfermo. No lo habría hecho. Pero entonces por qué él. Ellos, nobles e incapaces de malas acciones, empezando por Ana Julia, y él, plebeyo, apto para todas las bajezas...

Pan seguía adelante como autómatas, tronándose los dedos de las manos, y cuando esto no bastaba, iba a descoyuntárselos, se comía las uñas de raíz. Pero, bohemio, abúlico, católico y fatalista, se fue calmando y cayó en lo de siempre, cuando algo le pasaba, es que tal vez no convenía, lo que sucede es lo mejor. No quiso Dios que me luciera a costillas del prójimo. Si ese muñeco sale, el tal don Ramoncito se entierra en sus fincas y no aparece más. Hubiera sido algo así como su muerte. Pobre inocente, pobre artista, pobre ingenuo. En un país sin valores morales, todo da lo mismo. Estuvo mejor que se lo robaran, menos res... ponsabilidad iba a decir, pero dijo res... ponsos... en su casa, donde sus hermanas, solteronas, le habrían echado en cara su desenfreno para atacar a las clases sociales a las que él y ellas pertenecían, aunque pobres y obligados a ganarse la vida, él dando clases particulares de geometría y ellas de piano, canto y pintura en seda.

Lo único, la tempestad seguía por dentro y la agitación de su cuerpo se ocultaba apenas en su pobre vestido de tela ya casi sin color, lo único, saber quién fue y por

qué lo hizo: por dinero, por amistad, por gratitud... Si hubiera adivinado que no hubo ni dinero, ni amistad, ni gratitud, sino senitos color de rosa...

Otro pensamiento le turbó profundamente, en medio de los aplausos y entusiasmo que despertaba la carroza de aquellos cristianos de garra. Titubeó, no se tropezó materialmente, tropezó su pensamiento. El que se robó a don Ramón lo destruyó, le pegó fuego y solamente quedan las cenizas... las cenizas..., esto se lo repitió *Pan*, casi hablando solo, es decir nada, no quedó nada de una figura digna del Museo Grebin...

La Facultad de Derecho, término del paseo, asomó por fin. Carrozas, banderas, estandartes se inmovilizaron frente al majestuoso edificio, cubierto de arriba abajo, muros, ventanales, columnas, cornisamentos con rosarios, escapularios y bonetes de cura, entre cordones de pino y varas de bambú. Desde lo alto del edificio, dotaciones de muchachos lanzaban a la calle, sobre la muchedumbre, confeti y serpentinas, trenzas de triquitraques ardiendo, tronando, copias de “La Chalana”, canción de guerra estudiantil que se cantarían, dentro de unos momentos, por primera vez, y ejemplares del “No-Nos-Tientes”, mientras los que venían en el paseo entraban como tromba hacia el interior. Ya por los claustros abovedados, amplios corredores que rodeaban el patio, hileras de muchachos asidos fuertemente de las manos giraban a velocidad de locura, dos filas en un sentido y al centro otra fila en sentido contrario, formando anillos juveniles que se fragmentarían al cesar el movimiento de impulso saturnal. En el patio, cubierto con un manteado, gradas abajo, la fuente llena de cerveza y los sedientos que apuraban el refrescante y espumoso líquido a guacaladas: Chico Pancho, picapleitos que repartía el decanato de los estudiantes de Derecho con Chepe Cruz Santa, el Seco Paz, Fierro, Chilelo y aquel veterano que volvió a la Facultad, después de veinte años de exilio, y dijo al entrar “nosotros los muchachos”. Se hacían y deshacían grupos entre los bebedores de cerveza. El *Mono*, Monarca de Oriente, abrazaba que no le alcanzaban los brazos a cuanto compañero se le ponía en frente. *Milímetro* iba y venía con otros, braceando, aunque propio sería decir manguendo, porque siempre tenía más mangas que brazos, dado que los sacos, según las malas lenguas, eran de los abuelos históricos y le quedaban grandes. Los panzones, Nardo de Ber, Cachano, Fish, se despanzurraban de la risa al contemplar la figura de Clemenceau (le gustaba que le llamaran así), disfrazado de mujer embarazada, con enaguas y una barriga de meses, de un lado del brazo de Pitz, el poeta de junio, porque sólo en el mes de junio componía versos, y del otro de Rabanito, un jamás desvirgado, chapudito, acicalado y valiente. Momentáneamente todo quedó en suspenso. Callaron las matracas, las guitarras, las chicharras, las marimbas, las voces, los gritos, los cantos de los enloquecidos de júbilo. Se leía en la calle, ante miles de personas, el Decreto de la Huelga.

“CONSIDERANDO que en política somos lo que no somos y no somos lo que somos, pero eso sí, ni liberales con uñas o liberuñas, ni conservadores de mierda o conservamierdas... CONSIDERANDO que si la consigna para ser todo un hombre,

es tener un hijo, ya lo tenemos y va a ser diputado, porque es hijo de puta; sembrar un árbol (no el LIBRE CREZCA FECUNDO que te sembraron en el culo a Centroamérica); escribir un libro, más fácil plagiarlo si es de historia y uno es ministro de Educación; y matar un yanqui, si no se puede más de uno...

Vivas, aplausos, hurras interrumpían la voz del enmascarado que leía el decreto.

CONSIDERANDO que la guayaba presidencial es como el palo ensebado (palo para el pueblo y sebo de los sebones de las oficinas públicas), y que para subir hay que raspase la talpetatera y neutralizar la acción resbalosa del sebo con arena de la que enterró... soterró, despenó a Beatricita de la Cueva que puyaba don Pedro de Albacaca, nacido en Badacoz, por lo que sólo daba coces, lo que hizo creer a los indios que el caballo y el jinete eran la misma persona. CONSIDERANDO que el animal más parecido al hombre es el militar...

Aquí fue el delirio, aplaudieron hasta los policías.

CONSIDERANDO que no debe confundirse al padre las Casas de los indios, con el padre las Casas de los disfrazados de indios el día de la Virgen de Guadalupe. CONSIDERANDO que nadie sabe para quién trabaja, ni las putas... CONSIDERANDO que el peor coche se lleva la mejor mazorca, pero que tratándose de la susodicha, dejó a muchos al corte y no resultó suprema ni justicia. CONSIDERANDO que no todos los de apellido "Medrano", como nuestro Decano, medran por donde salva sea la parte. CONSIDERANDO que no son lo mismo los testiculórum, testigos del culorum, que los Testigos de Jehová. CONSIDERANDO que la política de repoblación del país, mediante la inmigración, sigue dando buenos resultados; porque es efectiva y clandestina: dos mil dólares por chino, mil por judío y quinientos por cura... untaditos en la mano del Señor Ministro.

La multitud se desgañitaba... ¡bravo! ¡bravo! ¡bravo!... ¡bravo!...

CONSIDERANDO que el Cuco de la Guerra, nuestro Napoleón de Piano, consultó al Oráculo si llegaría a la Presidencia de la República, y el Oráculo le contestó: ponte de culo y ora..., la voz se perdió en el estrépito oleante de las manos que aplaudían sin parar, sin parar, sin parar, no obstante que se les hacían señas de dejar oír lo que seguía.

CONSIDERANDO que el Manecampis se está meando en el pis, canmem...

Ya no se oía nada, los muros del edificio retumbaban al estallido de las bombas violadoras del cielo, los cohetes de vara que estallaban sobre los techos de teja espantando a los gatos y sembrando goteras, los triquitranes cohетillos que se quemaban por millares en trenzas chinas, las matracas, las guitarras, las trompetas, los pitos, los botes vacíos que golpeaban la masa estudiantil que cantaba:

Jorge con charpa y de gala,
es un émulo de Machaquito
y montado en una escoba,
se parece a Napoleón,
ay qué bonito...

O...

Rapadura, rapadura, rapadura,
Presidente contra el voto popular,
esa ganga codiciada y qué chichona
consiguió tu gran Partido Liberal...

O...

El gringomano Rechinós
emprendió arrastrada lucha,
empleó métodos caninos,
pero al fin agarró chucha...

O...

Había una vez un pueblo chiquito,
había una vez un pueblo chiquito,
había una vez un pueblo chiquito
que no podían, que no podían,
que no podían... gobernar...
si la dicta no les parece larga,
si la dicta no les parece larga,
si la dictadura no les parece larga,
volveremos, volveremos, volveremos a empezar...

O...

En un petate, capitán,
en un petate, capitán,
llevan la patria adonde van,
van a enterrarla, capitán,
van a enterrarla, capitán,
en un petate, capitán,
en un petate, capitán...

O...

Todos los estudiantes
son, son, son...
todos los estudiantes
son, son, son...
son pura riata,
son pura riata,
y cuando se emborrachan,
cha, cha, cha...
y cuando se emborrachan,
cha, cha, cha...
amarran zope,
amarran zope...

Y mientras se proclamaba la Huelga de Dolores, entre detonaciones y el vitorear constante de la muchedumbre apiñada frente a la Universidad —se decreta feriado por los dolores de todas las vírgenes (a las demás, aunque les duela)—, subía al asta principal del Alma Máter, la bandera negra de los piratas con su gran calavera, y al compás de las marimbas de Gabino, los Chávez y don Andresito, se entonaba por primera vez “La Chalana”, canción de guerra estudiantil.

Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,
¡estudiantes!
en sonora carcajada
prorrumpid, ja, ja...
reíd de los liberales
y de los conservadores...
Nuestro quetzal espantado
por un ideal que no existe,
se puso las de hule al prado
mas mudo, pelado y triste,
y en su lugar erigieron
cinco extinguidos volcanes,
que un cinco también se hundieron
bajo rudos yataganes...
Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,
¡hermanitos!
en sonora carcajada
prorrumpid, ja, ja...
reíd de los volcancitos
y del choteado quetzal...
Contemplad los militares
que en la paz carrera hicieron,
vuestrós jueces a millares
que la justicia vendieron,
vuestrós curas monigotes
que comercian con el credo
y políticos con brotes
de farsa, interés y miedo...
Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,

¡malcriadotes!
en sonora carcajada
prorrumpid, ja, ja...
reíd de la clerigaya,
reíd de los chafarotes...
Patria, palabrota añeja,
por los largos explotada,
la patria es una vieja
que está desacreditada,
no vale ni cuatro reales,
en un país de traidores,
la venden los liberales
como los conservadores...
Matasanos practicantes,
del emplasto fabricantes,
huizachines del lugar,
¡estudiantes!
en sonora carcajada
prorrumpid, ja, ja...

XIX

—¡Fru... fru... del Tabarin!... —entró cantando Ana Julia, venía de la calle sofocadísima—, desprecia la virtud, que a ti te llamarán Fru... fru...

—¡Qué contenta! —la recibió Grela, su hermana mayor, con voz adormecida, lacia, habitual; bordaba unas cortinillas para el tabernáculo de Jueves Santo, en un gran bastidor, ya casi terminándolas.

—Sí —dijo aquélla—, vengo muy contenta.

Grela, sin alzar la cabeza inclinada sobre el bordado, adolorida, por la postura, de la nuca, parece que se bordara con la nuca, añadió:

—Tan contenta y fuera de sí, tan enajenada que olvidas que en una casa como ésta, casa de tradiciones familiares y religiosas, no se puede entrar cantando una canción de cabaré... y menos en tiempo de guardar...

—¿No te gusta?

—No se trata de que me guste o no me guste. Lo que me parece que no está bien es que la cante mi hermana y que la cante aquí...

Por instantes oyóse la respiración de las hermanas, finas sierras dentadas que se cortaban una a otra, el ruido de la aguja al cruzar la tela tensa, tensísima del bordado, y el tremar del cañamazo que sostenía la obra de primor.

—Y te felicito —rompió Grela el silencio—, nos felicitamos —el “nos” muy marcado—, no salió en la carroza el tío Ramón, gracias a...

—Dios... —le cortó Ana Julia.

—No sabía que le llamabas así...

—¡Pesada!

—¡Grela... Grelona... Grelita... Gabrielaza!... —entró canturreando, hablando, Fluvia, la menor de las tres, muy dada a lavarle la cara a su hermana mayor—, ¿sabes la noticia... —al reparar en Ana Julia, añadió—, saben la última noticia?...

—Siempre esta *Champurris* con sus noticiones —interrumpió Ana Julia.

—El Señor Arzobispo excomulgó no sólo a los estudiantes, sino a todos los que vieron pasar la huelga...

—A media capital y media —dijo Ana Julia, con no disimulado orgullo, a las novias de los estudiantes también les alcanzaba un “su” poquito del triunfo de aquéllos.

La bordadora seguía con oído ausente el diálogo de sus hermanas, pasando, traspasando a golpe de dedal el campo del bordado, cada vez más difícil de penetrar, la cabeza siempre inclinada, el dolor de la nunca casi no la dejaba ver, las tijerillas al lado, los carrizos, las sedas, el hilo de oro.

—Y el más excomulgado, Troyano —remató Fluvia.

—¿Iba ese gra-cio-so en la huelga? —intervino Gabriela, sin dejar su labor.

—Si es estudiante —contestó Ana Julia—, ¿cómo querías que no fuera?

—Conozco estudiantes que no asisten a esa mascarada...

—Ja, ja... —rió Ana Julia al decir—, los que estudian para curas o para militares...

—Y, Grelona —terció Fluvia, bajita, velluda de la cara, vello fino de durazno—, Troyano no solo iba, sino por ser tan galán lo pusieron de soldado romano, desnudo, con una negra en las piernas...

—¿Una mujer? —se santiguó con el dedal la bordadora.

—Un maniquí. Una negra hecha de quién sabe qué, pero tan semejante a una mujer desnuda... La llevaba sentada en las piernas, en la carroza de los “Mamíferos, mamados y mancornados”, Troyo era de los mancornados. Llevaba a la negra sentada en las piernas y le acariciaba los pechos, las piernas, las nalgas, la besaba. Más aplaudía la gente y más la acariciaba Troyo...

—Fluvia sí que no perdió detalle —comentó Ana Julia, feliz de que la oficiosidad chismosa de *Champurris*, su ingenuidad y su bobería, acuchillaran a Gabriela, la perfecta, la sin tacha, la alguacila.

—Y, la gente que a todo le halla explicación —añadió Fluvia—, decía... yo lo oí decir, no me lo contaron... que la negra que Troyo llevaba en los brazos, era la Reina de Saba...

—Otra cosa oí yo —se interpuso Ana Julia—, que era la María Chiquimula, y que por eso, el querido de esa mujer, le iba a pegar un tiro...

—¿A quién? —saltó *Champurris*.

—A Troyo...

—¡Qué barbaridad... a los peligros que se exponen!

—¿La Reina de Saba? —alzó la cabeza la bordadora, la frente sudorosa, el cabello hermosamente peinado, campos blancos los de sus ojos para dos pupilas de ébano negro—, ignorantes, ¿un soldado romano con la Reina de Saba?

—Bueno, así decían... —contestó Fluvia—, lo que no se podía discutir es el contraste que formaban la piel de Troyo, blanca, blanquísima...

—Nada de la Reina de Saba —apresuróse a decir Ana Julia—, decían que eran Marco Antonio y Cleopatra...

—A lo que yo me refería —insistió *Champurris*—, es al contraste que formaban, la piel de Troyano, blanca, blanquísima, y la del maniquí, negra lustrada como charol, y en eso sí tiene razón Ana Julia —se dirigió a Grela—, mucha razón: en nada, pero en nada se parece Troyano a nosotras tres: él es blanco y nosotras puras prietas, él con su pelo sedoso y nosotras con estas cerdas de coche de monte...

—Y Ana Julia tampoco debió perder detalle —susurró Grela, soplando casi al mismo tiempo unos hilos que se habían mal enmadejado, para separarlos—, pero, por lo oído, no nos quiere dar sus impresiones...

—Para no hacerte pecar —se defendió Ana Julia.

—Más de lo que he pecado —respondió Grela por responder.

—Lo que no quiere decir, Juliana Ana (así llamaba Fluvia a su hermana, cariñosamente), es que Ricardo iba como si se hubiera tragado una espada. Tieso, con

anteojos negros, a la par de la carroza de los “horrores”. Ni se vistió, ni se disfrazó, ni se puso máscara de diablo, como él pensaba, ni gritaba, ni cantaba, ni aplaudía, ni saludaba, como hacían todos. Nada, como un muerto que acompañara un entierro.

—Qué extraño, qué le pasaría... —acotó Gabriela al tiempo de apretar una de las tuercas de madera del bastidor, y repitió—, pobre, qué le pasaría...

Aquéllas callaron. Fluvia no supo qué contestar, no sabía por qué Ricardo iba así, pálido, desencajado, con anteojos negros, y Ana Julia no chistó palabra, porque sabía demasiado y en cierta medida sentíase directamente culpable de la actitud de Ricardo, que iba en la huelga, en su huelga, tanta ilusión que tenía, como acompañando un sepelio. Su entierro, su entierro de estudiante universitario, su entierro de miembro del Honorable Comité, depositario de la confianza del estudiantado, y todo por ella, se estremeció, sudó, había que disimular ante sus hermanas, por ella que en cambio le daría sus pechos desnudos, para que los acariciara... cómo sería eso... sentía que se ahogaba... se abandonó en una silla...

—Fru... Fru... del Taba...

—¡Ah, no...! —saltó Grela con todo y el bastidor.

—Perdón... perdón... perdóname... —se excusó Ana Julia—, tengo metido ese tal sonsonete en los oídos, que no sé cómo hacer...

Champurris se escapó hacia su cuarto. Poseía el arte de los mutis. Al entrar a sus domines, se quitó el calzón y se orinó en una palangana. Para eso estaba la bacinica. Pero no estaba. Y mientras llamaba a la de adentro para que se la trajera, se bañaba en agua caliente, ambarina, olorosa a fresco de súchiles. Aliviada, muy a gusto, extrajo del bolso el volante mimeografiado con la letra de “La Chalana”, y empezó a tararear, a recordarse la melodía, siguiendo el texto: “Matasanos practicantes... del emplasto fabricantes... huizachines del lugar... estudiantes... iba a decir estudiantes, cuando oyóse un grito furibundo de Grela.

Se alzó de su asiento, un taburete bajo con un cojín adamascado, cuan alta era, y era alta; separó violenta de su regazo el bordado lleno de hilas. Ana Julia, en plena preñez de pensamientos malos, vio en aquellos movimientos un como si su hermana, la rígida, la pudorosa, apartara las piernas castas de otras piernas, de las piernas del bastidor, sin duda por lo que acababan de estar hablando de la negra en piernas de Troyo.

El bastidor, cubierto en las partes en que ya estaba terminado el bordado, con papeles de china blancos, medio hilvanados, parecía un cisne de albo plumón que nadara en las alfombras sedosas, más azules que verdes, a favor de la luz que dejaban entrar los cortinados... el cisne de Leda... las piernas de su hermana entre las piernas del bastidor pegado, ceñido siempre a su regazo, a su pequeño vientre de mujer que no cuidaba de su cuerpo, por ser cosa del diablo.

Callar a Fluvia no era fácil. Pero esta vez, Grela la habría pegado, la habría deshecho. Cantarle en la cara, como le cantaba a voz en cuello: “Reíd de la clerigaya... reíd de los chafarotes...”

—El Demonio, siempre hay que escribir con “D” mayúscula Demonio, los que no creen en él, lo escriben con “d” minúscula: el Demonio preña nuestros cerebros de malos pensamientos... —así explicaba el padre Lucanor en los sermones destinados a las señoritas de buenas familias en retiro—, y aunque vosotras no sabéis lo que es estar preñadas, ni yo... (para su “yo” empleaba una voz meliflua, angelical, ambigua), si en lugar de rayos equis se aplicaran a nuestros cráneos los rayos del Paracleto, que todo lo penetran (para Dios no hay nada oculto, y el Espíritu Santo es el espía número uno del cielo), se descubrirían los espantosos fetos de los pensamientos más nefandos, en nuestras entendederas. Una coliflor, en la verdulería, puede transformarse a nuestros ojos en una espantosa imagen carnal... No penséis... no penséis... ni yo pienso, pero tan pronto puede ser una estatua pagana, toda desnuda, que un cuadro pecaminoso, o lo peor de lo peor, la imagen de esa fotografía en movimiento del llamado cinematógrafo...

Tocaron a la puerta de calle. Algún mendigo. Pululan. La criada tenía para darles monedas que sacaba de las bolsas del pantalón de San Antonio, creencia y práctica censurables para Grela, pues a qué venía, en este siglo de las luces, alimentar esperanzas de matrimonio con una tan vulgar superstición.

¿El pantalón de San Antonio?

Así era. Parece ser leyenda. Al más roto, al más sucio, al más infeliz y desgraciado de los mendigos que frecuentaban la puerta de la casa, visitas del umbral, se le preguntaba si quería cambiarse de pantalón, ofreciéndole, en cambio, uno más o menos empienable y muchas veces nuevo, acabadito de comprar.

La propuesta era sencilla, halagüeña; pero los pordioseros no siempre aceptaban, los desequilibrados salían corriendo con su pantalón viejo, en hilachas, entre las piernas.

Cuando accedían, cuando alguno aceptaba, se le pedía pasar al último patio a cambiarse, al cuarto de baúles, valijas, cosas viejas, colchones despanzurrados. Y se le pedía que dejara allí botado o colgado el pantalón que se quitaba.

En todas las casas con niñas casaderas, el pantalón de San Antonio fungía como imán, no de balde un pantalón tiene forma de imán, a fin de atraer pretendientes dignos de la mano de las señoritas.

Cuando el mendigo se marchaba con su pantalón nuevo o usado, pero de buen ver, se esperaba la noche. Nadie podía entrar al cuarto de tapalcates viejos antes de las ocho campanadas roncadas de las Animas, causantes del herrumbre escamoso de los badajos, sostuvo en otro tiempo un sacristán perverso tan acomedido a filosofías que decía: “Las Animas todas hembras, cuando uno se muere se vuelve mujer, por macho que sea”. A esa hora, y con especial invocación al Anima Sola, para mucha gente Anima de una soltera que también del otro lado siguió sola, se rezaba un rosario de quince misterios, los misterios dolorosos con los brazos en cruz, la letanía de todos los santos, la petición, el suplicote y después con las velas que ardían ante el altar de San Antonio de Padua, lumbre de candelas benditas chisporroteantes, más

chisporrotea una candela y más lágrimas le han caído, las personas de saber y gobierno de la casa y las sirvientas más antiguas, casi ídolos, llegaban hasta el cuchitril cachivachero y extraían el pantalón que a partir de aquel momento recibía el nombre de Pantalón de San Antonio.

La dichosa prenda se colgaba detrás de una puerta, rociadas piernas, fondillos y bragueta con agua de rosas y creolina, para neutralizar un poco su pestilencia. Hedía a basurero, a porquería, a meados, a comidas podridas en sus bolsillos, a vómito seco, a nalgas, a entepierna, a moho, a hongos, a esqueletos de pescado, a huesos o plumas de gallina, a tripas, a chencas de puro, a cosecha de pedos en los fundis, y se le llenaban los bolsillos de monedas destinadas a los mendigos que llegaban los martes a pedir limosna.

Y allí, tras una de las puertas, permanecía el Pantalón de San Antonio, hasta que todas las niñas casaderas de la casa se casaban.

Ana Julia, mientras seguía el pleito de sus hermanas, la una que se callara, con todas las de la energúmena, y la otra que no, que no quería que se le olvidara la música de “La Chalana”, se encerró en su cuarto. Tenía cigarritos de mujer y una caja de fósforos escondidos detrás del cuadro del Corazón de Jesús.

Fumar... Fumar... “fumando espero al hombre que yo quiero...”, el oído atento al teléfono, por si llamaba Ricardo.

“Fumar es un placer...”

El cigarrillo entre los labios, un cierto ahogo dulce, un cierto temblor en los dedos... Aspiraba el humo hasta el fondo... (¡fui al bosque, quemé un palo y el humo aquí lo traigo!, decía, para en seguida soltar la bocanada por boca y narices...) “Fumando espero al hombre que yo quiero, y mientras fumo, mi vida no consumo, porque mirando el humo me siento adormecer...” Se asomó al espejo... “fumar es un placer...” y, como si hubiera visto al diablo, se contempló con las chiches de fuera, como una de esas mujeres de las cajas de puros que tenía su tío, hermosas, ataviadas como turcas, con la yunta de chambelanas desnudas...

Huyó, sin explicárselo explicándose. La idea que traía en los ojos, sus senos ofrecidos a Ricardo, como pasa cuando se revelan las fotografías, se le reveló al mirarse al espejo.

Huyó de su cuarto. La primera vez que salía al corredor de la casa con el cigarrillo en la boca. Qué imprudencia. Lo arrojó al water, tiró la cadena, Dios guarde si alguien husmeaba y sorprendía la colilla manchada de “rouge” en el fondo de la taza, y corrió hacia la cocina.

—Niña, si por almuerzo viene, no hay almuerzo —chilló la cocinera—, capsas estudiantes no hubo mercado, no hubo verdura, nada hubo...

—No importa, Damiana, capsas —remedándola—, capsas estudiantes no tenemos hambre, mamá no ha venido. Lo que quiero es que me prepares una tortillita con queso.

—Vaya, antojo de piojo... aquí tiene la tortilla, no está muy buena, porque la

masa de maíz estaba mal quebrantada, y el queso..., ¿le gusta así...?

—Así me gusta, un poco oreado y saladito...

La cocinera, sorprendida de los cambios que las viejas sirvientas van siguiendo en los cuerpos de las patroncitas, a quienes han conocido al nacer, le contorneó los pechos con la mirada, en forma aprobatoria y natural.

Ana Julia percibió, sin sentir molestia, la mirada de la cocinera, tan diferente de los chisquetazos lascivos de los ojos que encontraba en la calle, hombres que le decían, como le dijo aquél: ¡qué rompehielos!, y de las intenciones de Ricardo, cobrarse la cuenta del trato (quito al tío Ramón de la carroza y me dejas tocar tus senos en la propia carne), rompehielos, pagacuentas... para todo servían, mientras llegaba el momento de servir para lo que Dios los creó... (“¿Qué dicen las olas, rompiéndose a solas, en recios peñascos, murmuran a Dios...?”), recordó, sin saber por qué, aquellos versos del libro de lectura en que aprendió a leer, ¿sería porque la infantilizaban, porque la hacían sentirse párvula ante la vida?

—Otra tortillita, Damiana...

—Se va a llenar con tortilla y no va a comer almuerzo...

Por un pasadizo, la tortilla quemándole los dedos, más tostadita la segunda que la primera, escurrióse hacia el patio de los lavaderos, las lavanderas y la ropa tendida o echada sobre las piedras de los asoleaderos.

Uno de esos pasadizos largos y estrechos de las casas de antes, en los que la humedad y la cal descascarada dibujan signos regados como manchones.

Se escabulló rápidamente, lo más ligero que pudo, sin volver a ver, ese pasadizo siempre la infundía no sé qué de tumba, hasta el patio de altísimas paredes también humedecidas, cubiertas de enredaderas secas, huizquilares o yedra, paredes con la marca de la lluvia en fuetazos de líquidas cabelleras. El sol. Una que otra lagartija. Encimismita, el cielo.

Y el patio en movimiento. Nubes, no. Sábanas blancas, celestes, rosas, colgadas de los lazos de tender. Qué agitación, travesear del viento en ellas, las más secas sublevadas como banderas. Dos mujeres lavaban, los torsos desnudos, el pelo en trenzas alrededor de la cabeza, sobre las orejas, atado a la frente. Las manos, los brazos, el tórax, los senos al aire, al dejarse ir contra el lavadero y los trapos que frotaban contra la piedra granuda, entre guacalazos de agua y espuma de jabón, para más pronto devolverse hacia ellas, recogiendo brazos, y pechos, y manos, sin dejar de frotar (güichi-güi... güichi-güi...), para de nuevo dejarse ir contra el lavadero y la ropa apuñeada entre sus dedos y de nuevo recoger el cuerpo hacia fuera, y así sin parar. Ana Julia sólo les miraba los hermosos pechos, duros, frutales, hechos de cacao. Ojo tras ojo de jabón, la ropa iba quedando blanca, y no parecían lavanderas, sino preparadoras de yeso para esculpir, como se hacía en el taller en donde ella estuvo aprendiendo dibujo, escultura y modelado. ¿Y por qué, Ricardo no viene aquí y se sacia tocándoles las chiches a todas éstas...? ¿Será que determinados pechos tienen algo más que su forma carnal, su ojera oscura, las de éstas casi negra, y el

pezón distinto?...

Fluía su pensamiento, las manos de las lavanderas hundidas en la jabonosa blancura del yeso que ella trabajó en el taller-escuela de aquel profesor de cejas como yugos peludos sobre un par de ojos mansos, gangoso y perifrásico, que alguna vez les explicó que en lo tocante a senos, los de la Venus de Milo eran clásicos; los de la Maja Desnuda, románticos, y los de Paulina Borghese, neoclásicos, aunque ahora era mejor hablar del peso, desde los de pocas onzas hasta los de media arroba.

Las lavanderas la saludaron, mientras ella, tras contestarles el saludo, se deslizó moviendo los brazos abiertos, igual que un ave zancuda, entre las sábanas que olían a lino, a jabón, a lejía, a sol... y más atrás, menos visibles, entre las ropas íntimas... hasta allí se llevaba estrictamente lo de la separación de los sexos, lo de entre santa y santo pared de calicanto, las camisetas, camisas, calzoncillos, pijamas, escarpines de Troyano, aparte, en lazos separados de las ropas de ellas, para evitar todo contacto o relación promiscua.

...Las clavículas, eso es, las clavículas, ¿te las han besado alguna vez, alguna vez te han besado las isyllas?... Sí, padre, pero hasta allí...

Para confesarse con aquel jesuita, había que saber anatomía y tener mucha orejavulario más que vocabulario, para entenderle. Cada pecado mortal está sostenido por un andamiaje de huesos, no sólo por fuera, sino por dentro, el andamiaje esquelético, inequívoco lugar de la región pecaminosa, y por esta razón de la sinrazón diabólica el demoníaco andamio abarca también músculos, nervios, trompas custáquicas y falópicas, articulaciones, vértebras conductoras de todo el mal humano...

Hija, no fue la serpiente como la pintan la que hizo pecar a nuestros padres primeros en el Paraíso. Ellos, por su origen divino, eran seres anteriores a la materia, no eran seres materiales, como tú y yo, hasta que una columna vertebral que andaba suelta se partió en dos serpentíferas columnas de vértebras, para que por ellas, volviéndolos humanos, corrieran el pecado medular, como yo llamo al pecado original, y la voluptuosidad...

...Es mi consejo, hija mía. En la disyuntiva de tener que pagar con moneda de pecado gravísimo, por ser preámbulo de otros tocamientos, o de faltar a tu palabra, a cambio de que tu prometido quitara de la carroza, etc... lo que debe buscarse es el menor daño para tu alma y para la de aquél, acortando el impacto de la caricia sexual, por el abroquelamiento... ¿Te ve diurna o nocturnamente? Por las noches, padre. Más fácil, mucho más fácil. Tienes que abroquelarte como las santas mártires de nuestra santa religión. Mucha ropa, ¿eh?, muchísima ropa. Una blusa cerrada hasta el cuello de tela muy espesa, dentro cuanta camisilla o combinaciones puedas poner, y a ser posible dos copas de alguna substancia metálica para meter allí tus senos, que así defendidos, permitirán que los ofrendes, cumpliendo tu juramento, sin mayor peligro. Cabrían distingos, pero baste lo dicho...

Las sábanas oreadas, las ropas más íntimas, las piedras del asoleadero... el sol

que derretía, el paso lento y calculado de los gatos, las lavanderas sin problemas, felices, auténticas, hechas para la amorosa animalidad de la entrega, sin tantos quidisvanes.

Volvió paso a paso. En el segundo patio, un mono arrastraba su cadena corrediza a lo largo de un fuerte cordón de alambres retorcidos, tendido de extremo a extremo de los corredores, para que tuviera mucho donde moverse y jugar. Al pasar ella, el mono se dejó venir y la quiso alcanzar, saltaba, reía si se puede decir al mostrar los dientecitos.

¿Por qué iba de puntillas? ¿Por qué no asentaba los pies enteramente? No quería oír sus pasos, qué pasaba...

Al llegar al comedor, la mesa puesta, pero la gente no venía. Troyano ni pensarlo, después de la huelga, los del Honorable Comité almorzaban en el Restaurante Hilerman, de por el Guarda Viejo. Pero su mamá y sus hermanas...

Se quedó oyendo. Todo su pensamiento en hueco. Escuchaba un diálogo que no era sueño.

—Lo cierto —hablaba su mamá—, es que ese joven nos ha hecho un gran favor, un señalado servicio, y Juliana Ana, como la llaman ustedes cariñosamente...

—La pesada de la Fluvia, yo no... —rectificó Gabriela.

—Ana Julia, en lugar de salir a la ventana para verse con él, a escondidas, de noche, supongo que son novios, debía proponerle que entrara a la casa, para eso tienen la sala... es señorita, acaso es criada, ¿no te parece?...

—No me parece...

—¿Por qué no te parece?

—Porque, mamá, ha pensado usted en el tío Ramón —oyó decir a Gabriela, quien, a juzgar por la manera como se le quebraba la voz, estaría siempre embrocada sobre el bastidor.

—Desde luego que sí, he pensado en Ramón, y se le consultará antes.

Escéptica:

—Se le consultará antes...

—Sí, ya que es él quien en definitiva tiene que dar la autorización, hablar con el muchacho, él es el hombre de la casa, el que representa a tu pobre padre...

—¿La autorización? No creo que la dé; pero, en fin...

—¿Por qué ha de negarla? Lo normal es que una muchacha casadora...

—El tío, mamita —aquí Grela sobrecargó de intención sus palabras—, no es sólo el tío, es el gallo de la casa...

—¿Qué estás diciendo, muchacha —la atajó la madre escandalizada—, qué insinuación es ésa?

—El tío Ramón está feliz en esta casa, contigo y con nosotras, reinando como hombre, antes que tío...

—¿Y Troyanito?

—No sé por qué, pero, para el tío, Troyano cuenta poco...

—¡Qué horror —se persignó la mamá—, qué cosas dices!

—Aquí en la casa, tú la gallina y nosotras tres las pollitas, todas mujeres...

—Es terrible lo que hablas, es como si me pegaras en la cabeza con un mazo; hija, ¿de veras piensas así...?

—¿Cómo?

—Así, que él es el gallo, yo la clueca y ustedes las pollitas...

—No en mal sentido, desde luego —y tras una pausa—, cómo decirlo...

—Tú misma te enredas...

—No es que él tenga algo más que amor de cuñado y de tío, por usted y por nosotras; pero hay que pensar que ese afecto, al sentirse turbado por la presencia de otro hombre en la casa...

—Vendrá de visita, por Dios no exageres, una vez por semana...

—No importa, su presencia lo hará sentirse, ya sabes cómo es él de atravesado, no el cuñado ni el tío, sino el gallo que quiere conservar para él solo y sólo para él, su gallinero con su gallina y sus pollitas. Y lo malo es que puede hacer una barrabasada.

La madre guardó silencio. Se le oía respirar penosamente, como toda persona que, como ella decía, respira con el corazón.

Efectivamente, aquel hombre autoritario, mandón, neroniano, al que había que servir advinándole el pensamiento, no era fácil ni mucho menos. Era la susceptibilidad que anda sobre espinas.

—Lo difícil —agregó Grela para cortar el silencio— es que el tío se trague el anzuelo...

—No tan difícil, como crees tú, hijita de mis pecados, no tan difícil, ahora que podemos restregarle en la cara la acción de ese muchacho, al salvarlo, como lo salvó, de la picota, la vergüenza, el escarnio, la mofa, el ludibrio... (todos estos adjetivos los tenía en la punta de la lengua doña Sofía, siendo Cuaresma, los empleaban los oradores sagrados en todos sus sermones, al referirse a los sufrimientos de Jesús y especialmente a la flagelación y la coronación de espinas). Y, de ajuste, convendrás conmigo que al salvar al tío de tanta vergüenza, no lo hizo por nuestra linda cara. Yo me alegro, porque nos ahorró muchos sinsabores, muchos malos ratos, ratos de terneros que poner pálidas o coloradas, porque no te creas, amigos y enemigos nos hubieran tratado de molestar. Encontré a doña Gumersindo, en un mar de lágrimas. Sacaron a su marido, entre los mamíferos, mamando a dos tetas del Erario Público. Cuenta que les telefonan voces desconocidas y les dicen: ¿Hablo con la casa del ternero?...

—En todo caso, la llamada a decírselo al tío Ramón es usted.

—Yo había pensado en que tú... ahora que ya felizmente terminaste las cortinillas, quedaron lindísimas, van a tener a Jesús preso en el tabernáculo toda la noche de Jueves Santo, ay, hija, cómo envidio tus manos...

El susto de Grela fue tal, al oír que ella debía enfrentar al tío Ramón, con aquel recado, que se pinchó un dedo con la aguja de bordar con oro.

—No, mamá, no es nada. Me chupo la sangre y así no se pierde.

Y mientras se chupaba el dedo, dijo:

—Pararme yo frente al tío Ramón y soltarle que Ana Julia tiene novio y que el novio, si él permite, va a visitar nuestra casa... ni ebria, ni dormida, ni cloroformizada...

—Pero si no es así, cómo puedes pensar... Cayaco, el chofer, va a ir hoy, después del almuerzo, a dejarle a “Las Golondrinas”, semillas y abonos, y yo había pensado...

Gabriela movió la cabeza de un lado a otro, sin dejarse de chupar la sangre del dedo.

“Déjame hablar. No digas no. Yo había pensado que como también pidió aceituna, alcaparras, sardinas, aceite, todo para hacer él el fiambre en la finca, no se le mandara el pedido de los comestibles y fueras tú a invitarle para que venga a comer el fiambre con nosotros.

“Mamá, no me atrevo...”

—Oye...

—Oigo...

—Si no vas a ir con la papa pelada. Por el contrario, bien envueltita.

—Lo primero es que si no se le manda el pedido completo, se va a poner hecho un energúmeno.

—Pues se lo mandamos. Vale que se compró todo lo que pedía. Pero, antes de entregárselo, tú le dices, a él le halagará, que no queremos, la gallina y las pollitas, que se quede sola su alma los días grandes y solita su alma coma el fiambre. Que le esperamos sin falta para comerlo con nosotras...

—¿Y lo de Ana Julia...?

—Lo de Juliana Ana, al principio ni hablar. Las mujeres, hija, hemos sufrido tanto, que a la fuerza nos tuvimos que volver prestidigitadoras, quise decir hipnotizadoras. Sabemos darle pases hipnóticos de la más alta escuela, al que queremos dormir, ponerle de nuestra parte, hacerlo hacer lo que nosotras deseamos.

Grela, inclinada sobre el bordado, daba las últimas puntadas. Se oían. Lluvia que escampa sus agujazos. El relieve de los pensamientos bordados con morados profundos y lilas claros, de las hojas de muchos verdes y las espigas con amarillos subidos, no dejaban pasar fácilmente la aguja.

—Y una vez que lo hayas invitado —volvió a la carga la mamá—, títo por aquí... títo por allá..., le hablas, le comentas lo de la “huelga”. Toma, compré el “No-Nos-Tientes”, para que se lo lleves. Se va a reír con todo lo que le dicen al Gobierno, y como quien no quiere la cosa, le sueltas que a él lo tenían en una de las carrozas y que de no ser un joven estudiante...

—¿Y por qué jodidos, me va a decir, ya sabe usted cómo es de malhablado, ese joven estudiante me quitó de la carroza?

—Tontita, porque es amigo o, si quieres, íntimo amigo de Troyano...

—Lo de íntimo no le va a gustar...

—Pues amigo. Por ser amigo de Troyano, éste le pidió y...

—No sé si me decida...

—Y así sales a respirar un poco de aire, no que aquí encerrada como cartuja...

Y tras una pausa:

—Y así ganamos, hija mía, que el tío Ramón se entere, por nosotras, antes que se lo vayan a contar, que le vayan con el chisme, de la existencia de ese amigote de Troyano... añadirás que visita la casa y, según la cara que haga, que se ven con él en las fiestas del club muy a menudo, que casi siempre baila con Ana Julia y, si cabe, que es casi abogado, muy buena persona... Una madre...

—No llore, pues, usted...

—Desde que murió tu padre, desde que me dejó Florián, tengo las lágrimas tan a la orilla de los párpados, que se me van... no hagas caso... ya sabes que soy llorona...

—Voy a ir, pero solamente a invitarlo a comer el fiambre con nosotras, a más no me expongo, salvo que fuera muuuy de rodado, porque el otro inconveniente, para que se trague la píldora, es el origen y la familia de Tantanis, qué apellido... Ya sabe usted cómo es él de puntilloso en lo de las familias...

—Exagera, como en todo...

—En lo de la pureza de sangre, los títulos nobiliarios, los antepasados... Un cholojero no será fácil, mamá, no será fácil...

—En todo caso, que Ana Julia no sepa nada de esto —añadió la mamá, sin saber que ésta las escuchaba, el pensamiento hueco y el estómago vacío, ya tardaba el almuerzo.

—Me voy a ir con pantalones —dijo Grela.

—Eso no le gusta a él...

—¿A quién, mamá? —preguntó Ana Julia, fingiendo no saber nada,

—Al tío Ramón... En casa, los pantalones sólo los debe llevar el hombre, según él...

—¿Y el Pantalón de San Antonio? —intervino Fluvia, al sentarse a la mesa, para no quedar fuera de la conversación.

—Esa es otra cosa —cortó la mamá, mientras la sirvienta traía el arroz y el caldo, el cocido y algún aguacate maduro, en una gran bandeja.

—Entonces, qué me llevo... la falda gris...

—Me parece —dijo la mamá— y conviene que te hagas un peinado romántico, el pelo tomado y caído a los lados, haciéndole sombra de mujer sentimental a la cara.

—¿Romántico el tío? —intervino Fluvia—, mamita, que nos vamos a caer de las sillas...

—Si el tío es romántico, yo soy bolchevique —terció Ana Julia, tratando, con una risa muy sobrepuesta en los labios, de ocultar su preocupación por la ida a ver al tío de su hermana mayor.

—Ustedes dirán lo que quieran, pero no se olviden —subrayó la mamá— que a la

finca le puso “Las Golondrinas”, por los versos de Bécquer... “¿Volverán las oscuras golondrinas...?”

—Y a propósito —adujo Fluvia—, le doy la queja, mamá, que Juliana Ana está leyendo libros prohibidos...

—¿Libros prohibidos?

—Sí, mamá, está leyendo “Malditas sean las mujeres”, y no me lo quiere dar prestado...

—Esos son libros que eran de tu papá —se dirigió la mamá a Ana Julia— y Dios lo castigó por leer libros prohibidos, por leer “Malditas sean las mujeres”, sólo hijas mujeres tuvo...

—¿Y Troyo? —se le atragantó la pregunta con la sopa a Gabriela.

—Es verdad, pero como de chiquito parecía mujer, no se me hizo hombre...

XX

Abroquelada como una mártir cristiana, peto de la Doncella de Orleáns en la hoguera, amable como una hermana, misteriosa y distante como la estrella polar, pagaría su deuda al devorador de carne humana, burla burlando sus instintos de antropófago que pretendía acariciarle los senos desnudos, caricias que serían mascones, con la poética de que los que se aman, se entrecomen. Rellenos acolchados, broqueles y la mejor defensa: los muy juntos barrotes de la ventanita que estaba al lado de la puerta del zaguán, por donde ella salía a las citas, como una aparición nocturna, entre gasas, penumbras y la luz eléctrica de las calles, más reflejo que luz, asustadiza, temblorosa, medio cuerpo de fuera, evitando las ventanas grandes de la sala, imposibles de mover sus maderámenes y cristales por una sola persona y por estar siempre cerradas, nidos de cucarachas y arañas, fuera del ruido de explosión que hacían en el aire de toda la casa, cada vez que las abrían.

Ana Julia aprovechaba, para verse con Ricardo, aquella ventanita manejable, utilizada por las sirvientas para espiar, antes de salir a la puerta, a los que tocaban, dar las limosnas a los pobres, el Pantalón de San Antonio multiplicaba las monedas, y negar a la señora y a las niñas, cuando no estaban en casa o no querían recibir visitas.

“Revuelves perfume con alcanfor y así el enamorado perderá exigencia, y, si posible es, una ramita de ruda, para que se desgane...”, fueron los últimos consejos de su confesor, además del abroquelamiento.

La imposibilidad de usar los cuencos metálicos de unos viejos cucharones de plata amarilla, habría sido difícil separarlos de los delgados mangos de donde se agarraban, la obligó a bucear en los mares de ropa de los armarios viejos. Penetró a ciegas. Toses, estornudos, El polvo de la historia. Trajes de época. Rasos, damascos, muselinas, plumas, encajes, lentejuelas, abalorios. Nada le sirvió. Todos eran vestidos de grandes escotes, mostradores de ofrecimientos calculados, sostenes sedosos, chaquetillas bordadas, algunas con perlas y piedras, todo hecho para que sobresaliera lo que ya de por sí sobresalía.

—Niña, ¿qué se te perdió en esos armarios? —la interpeló su mamá.

—Busco vestidos que se puedan arreglar, así las sirvientas también estrenan en Semana Santa...

—¿Las sirvientas? ¡Ay, hija, en lo que estás! Todas tienen ya sus estrenos, zapatos y chales de seda...

—Pero la Régula...

—La Régula bien sabes que es idiota, y no sale. Pero, lo que no se roba, se hereda. También yo, cuando tenía tu edacita, hacía lo mismo en los armarios de casa.

¡Eureka!, estuvo a punto de gritar Ana Julia. Encontró un vestido de su abuela con unas enormes cacerolas, en las que de joven, la que ahora era polvo, introdujo, a juzgar por el tamaño, las demasías de su busto. Pendía en el armario más viejo y más solo. Olvidado de todos. Un armario alto, de caoba, simple de línea, con adorno de

hojillas a todo lo largo y Jo ancho de las puertas, y en el capitel.

Descolgó el traje, sin que la vieran, y a su cuarto. Le quedaba muy grande. Había que descoser las metálicas tazas. Pero, ¿cómo dejar los recipientes sueltos? No, no, mejor dejarlos pegados al corsé, tal y como estaban, porque si no, cómo los sostenía. Por detrás. Tomarle por detrás hasta que ajustara. Ensayó. Perfecto, Las cacerolas del sostén eran muy grandes para lo suyo. Mejor. Las rellenaría con algodón, y entonces, más que abroquelada, con armadura de museo.

No quería reírse, no podía reírse, no, debía reírse; pero se reía de sólo pensar en la cara que iba a poner Ricardo, al verla en la ventana, la noche de la cita, con una blusa hasta el cuello, casi como casulla de icono, de Virgen antigua, y bajo la casulla, las cacerolas de la abuela, sostenes en los que, perdidos entre algodón, no encontraría sus pequeños senos. La trataría de hacer cosquillas, como siempre empezaba, queriendo luego deslizar la mano hacia sus pechos; pero esta vez...

—¡Si es una bestia! ¡Si es una bestia! —gritaba Troyo al teléfono, y tras una pausa, después de escuchar al que le hablaba, agregó más calmado—: A quién se le ocurre, pero a quién se le ocurre... Por lo visto, por lo que vos me decís, no se separaron...

—Ni un momento, ¿me oyes?... aló... aló, ni un momento... *Pan*, Tolomeo y él...

—Y les contó...

—Todo, lo desembuchó todo...

—Pero qué animal, qué bestia... Estarían bebidos... A mí me mandó dejar el automóvil con un chofer...

—Sí, andaban bebiendo por las fondas del cementerio...

—¿Hasta allá se fueron...?

—En “El Ultimo Adiós”, en “Las Movidas de Cupido”, en “Los Angelitos”, y, como siempre, la visita de altares terminó en “El Quituy”, quituy, quitituy...

—No jodás, bromeando con eso...

—*Pan* le preguntó lo del muñeco, sin duda...

—No, no, él, *Choloj*, lo abrazó y se lo dijo...

—De primas a primeras...

—Así como lo estás oyendo...

—Qué gentío... La capital entera viendo pasar la huelga... —desperezó la voz Tolomeo, en un como bostezo flojo, el hambre y el desvelo, frente a una copa de “amancebado”, la especialidad de “El Quitituy”, que si estomacalmente la rechazaba, mentalmente la apetecía.

—Sí, hombre, qué gentío, ya les estamos haciendo la competencia a las procesiones de Semana Santa, y eso tiene alarmados a los curas... —dijo *Choloj*—, toda la capital estaba allí...

—Y después, qué... —silabeó *Pan*, el más bebido, la borrachera llorona del que ha perdido un deudo, un pariente, un brazo... su muñeco... su magnífico don Ramón

Montemayor y Gual...

—Por ahí resultó un colega...

—¿Por bolo o por médico? —ronquilloró *Pan*.

—Por las dos cosas. Buscaba a su hijo que murió atropellado por un camión. Se le metió que iba en la huelga y lo buscaba. A mí me abrazó, me untó de saliva y lágrimas la cara, y me dijo: si ve a mi muchacho, dígale que lo espero en el club...

Tolomeo, al hablar, se iluminaba por dentro con un resplandor de inteligencia cobriza, de inteligencia de mestizo, poblada de adivinaciones y curiosidad.

—Y después, ¿Qué...? ¿Otro “amancebado”?...

—No, vos, *Pan*, hay que ir a deshacer las carrozas...

—¿Deshacer las carrozas? Que las deshaga el hijo de la gran madre que me robó el muñeco... por no decir el hijo de la gran pupú...

—Malcriado sos vos...

—¿Nada más que malcriado?... Voy para criminal... sepan... asesino... y es poco... más que asesino...

Callaron. Lo menos que quería era asesinar al que le robó el muñeco. Las moscas zumbaban, necias, pegajosas. El humo de los cigarrillos. El hablar de los otros “quituyes”, dado que al entrar allí, todo el que entraba a beberse su “amancebado” se volvía “quitituy”.

—Crear es maravilloso —paladeó *Pan* el “amancebado” que acababan de servirle, acompañado de su boquita de chorizo y aguacate, cebollita cruda picada y chile—, mar... a... vi... llo... so...

—¿Crear o... el trago?

—Las dos cosas, Tolomeo, las dos cosas... y por eso Dios hizo el mundo y no lo deshace, porque deshacer es rebajarse y Dios no se puede rebajar, es humillarse y Dios no se puede humillar desbaratando su creación... ¡Salud! —apuró el trago—, que deshagan los des-hace-do-res... —le costó trabajo decir toda la palabra, debía haber un idioma de borrachos, un semidialecto de palabras cortas, para que no se les trabara la lengua—, que deshagan los que se roban muñecos, los que sustraen las obras maestras, y yo sé por quién lo digo, por no escupirlo, se lo digo...

—En paz la fiesta —reclamó Tolomeo—, voy a ir a echar una de araña...

Al quedar solos, dijo *Choloj*:

—Dejáte de indirectas, con eso del muñeco, vos, *Pan*, ¿por qué no sos franco y decís de quién sospechás?...

—Indirectas directas... —babeó un poco—, o querés que te lo diga más claro...

—Andá a la mierda...

—Voy, pero me devolvés el muñeco, mi maniquí, mi obra maestra. No me importa que no haya ido en la carroza. Eso ya no me importa. Lo que quiero saber es que no lo destruyeron, que está... —por poco dice “vivo”—, en tu casa, que vos lo tenés...

—Tuve las llaves —se defendía Tantanis—, me lo pude haber robado...

—Pero esperaste a que estuviera en la carroza, vos y tus compinches...

—Ve, *Pan* —intervino Tolomeo, que volvía abrochándose la bragueta—, que hay que ir a deshacer las carrozas. Nos comprometimos con Ocampo a devolverle los carretones hoy...

—Que vaya *Choloj* y se robe el resto...

—Ve, vos, *Pan* —intervino Tolomeo, ya mosqueado—, dejá de estar acusando a un compañero, sin pruebas; sólo porque se te pasó por la cabeza...

—Ve, Tolomeo, con vos sí me voy, pero con este *Cholojero*, no. Que vaya a buscar a don Ramón, que me lo traiga y entonces sí...

Ricardo sudaba el “amancebado” la decisión de que si aquél insistía, le iba a decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad... desgraciado estudiante de Derecho que jamás al escuchar la palabra *verdad*, deja de oír los artilugios verbales del juramento.

Tolomeo se despidió...

—Aló, aló, ¿Troyo? Sí, me despedí y no supe más, aunque después me contaron en los locales en que estaban deshaciendo las carrozas, otros de los encargados...

—¿Allí estaban ellos?

—No, no habían llegado...

—Aló... aló...

—El *Negro Sarvadó*... aló, aló... Troyo, ¿me oís?...

—Sí, sí, te estoy oyendo...

—El *Negro Sarvadó* contó que los había dejado abrazados, llorando en “El Quitituy”...

—¿Y *Choloj* le confesó?

—Todo, y *Pan* se conmovió, lo abrazó, lo perdonó...

—¿Y no sabés si le dijo por qué había quitado a mi tío de la carroza?

—No, Troyo; eso no sé...

—Y le diría dónde lo tiene escondido...

—Creo que sí. Lo cierto es que después llegaron, más hermanos que amigos, a la deshacedera de las carrozas...

La deshacedera de las carrozas y las andas. El anda en que pasaron las cenizas de la difunta Centroamérica. El anda de la Patria ciega pidiendo limosna a la puerta del edificio de la Empresa Eléctrica. La Patria: ¡luz, más luz! El trust yanqui: ¡money más money! El anda del cañón hecho con green-backs y esta leyenda: “No hay cuartel que resista un disparo de 50.000 dólares”. El anda del Tío Sam (buto), hecho con bananas. El anda de la lluvia de batones de policía (mana del cielo... raso)...

Pan y *Choloj* jugaban a quitarse la iniciativa en esa deshacedera, Si aquél desarmaba, éste desarmaba; si éste descosía, aquél descosía; si éste desataba, aquél desataba; si uno desclavaba, otro desclavaba, martillazos ayer y hoy las orejitas de conejo de los martillos, orejitas de metal para extraer los clavos, como raíces de dientes, de las encías de la madera. Desbaratarlo todo fumando, bebiendo, cantando

(“¡Ay! ¡Ay! ¡Qué felicidad, no querer a nadie de verdad y burlarse del amor como si no existiera... ¡ay! ¡ay! ¡qué felicidad...”), abrazándose, hermano, mi hermano, en un ve, vos, qué de tapa fuiste, birlarte a don Ramón, en un ve, vos, te agradezco en el alma que no lo hayas destruido, en un ve, vos, te agradezco más que todo que me lo hayas confesado, salí de una ratonera de suposiciones... Y por qué en lugar de birlártelo, si se le parecía tanto, no me pediste que lo desfiguráramos un poco... Maquillaje, *Choloj*, todo es maquillaje... no hay caras... hay máscaras... mascarones de proa, como el viejo ése, en amarillos mares de mierda... Tu obra maestra, *Pan*, cómo ibas a desfigurarla... Y por qué, Cholojero, no te denunció... por qué no te denunció... decíme, vos, por qué no te denunció con los compañeros... porque soy flojo, ¿verdad?... porque soy bohemio, porque soy lo más bohemio que hay... ay, ay, qué felicidad, no querer a nadie de verdad... y porque al artista, a un artista como yo, hecha la obra, no le importa nada más... el momentito en que la ve ya hecha le llena toda la vida y son esos instantes los únicos en que uno siente la eternidad con uno... y no porque uno sea eterno y lo que ha hecho lo sea, no, mi hermano, se siente así, porque al terminar la obra si te satisface te saca del tiempo, es un segundo fuera del tiempo, del mundo, del ayer, del hoy, del mañana... Pero no tomés sólo vos... A boca de botella apuraban uno y otro, sendas buchadas de “amancebado”, traído de “El Quitituy”. ¡Sublime, vos, *Choloj*, sublime!... ¿El trago?... No, lo que estoy imaginando. Poner a don Ramón de Judas, en el techo de tu casa, para que las turbas lo linchen el Sábado de Gloria, al menos en imagen. Es mucho pedirte, ¿verdad?, si te lo birlaste fue para salvarlo, no a él, yo sé a quién, de la comemierdería de la gente. Pero, lo que sí podemos hacer es que me lo das a mí y yo lo guardo en casa, no, en mi casa no, están mis hermanas que son cachurecas. Lo guardo en mi taller. Una gran idea, *Choloj*, una gran idea. Inauguramos con él, en mi taller, una galería de bandidos célebres. Puedo hacer un Alcapone, un Victoriano Huerta... Pero, hablá, decí algo vos, así fregado, ya me volví tu fonógrafo... Mové tu trompeta, para eso Dios te dio ese jocicón, para hablar, para opinar... Qué pensás... ¿me devolvés el muñeco?... ¿me lo devolvés?... Sí te lo devuelvo, yo para qué lo quiero..., dijo por fin Tantanis, la voz empapada en sentimientos contradictorios y la flojedad encendida, flojedad voluptuosa que producía el “amancebado”, sin manceba... y para qué manceba, si ya iba en el licor guardado en vaginas (pura leyenda), lo que hacía que el que lo apuraba sintiera encendérsele las partes pilosas del cuerpo. ¿Cuándo me lo devolvés? Cuando quieras... ¿No lo querés poner de Judas en tu casa?... Qué tonto, te hago la misma pregunta, cuando demasiado sé que no... La condición... Qué condición ni qué condición... La única condición es que sean tuyo y mío... Qué bien se conoce que sos Licenciado, *Choloj*... Tuyo y mío, hipo *Choloj*, hipo de guaro, humo y manceba, mío y tuyo... tuyo, por ser vos quien sois, el que lo hizo, y mío, por no haberlo destruido... No te atreviste... No me atreví, era tu obra maestra... Muy bien, aceptó *Pan*, apurando a boca de botella, un trago más. Muy bien, el caso del millonario que adquiere la obra de un pintor célebre, obra que en el fondo sigue siendo, aunque la

haya vendido por millones, del que la pintó... Eso creés vos, argumentó *Choloj* con brazos y todo, para contradecir, ya estaba muy bebido. ¿Se te figura a vos, eso? Desgraciadamente no es así. La pintura es del millonario, de sus hijos y de sus nietos, y al final de los finales termina siendo, por donación de aquéllos, de un museo. En todo eso tenés razón, ablandóse *Pan*, pero por qué hay gentes como vos, que no dejan que uno sueñe ni cuando está con sus aguardientes entre pecho y espalda... por qué regresarlo a uno a la fuerza a lo que es, a lo que sabemos, a lo que bien sabemos, a lo que por desgracia sabemos... no hay nadie como nosotros dos para entendernos... Me quiero ir al puerto..., dijo *Choloj*. ¡Vámonos al puerto, quién dijo miedo! ¿Y el muñeco? ¿Qué hacemos con el muñeco? Te lo regalo, *Choloj*, te lo regalo. Apuraron otros tragos de “amancebado”, ya no tenían cigarrillos, sólo uno, lo fumaron entre los dos, chupón uno y chupón otro. Cuernos, tetas, patas, en lo que terminó la vaca lechera de la carroza de “Mamíferos, mamados y mancornados” entre uno que otro muñeco del oficialismo mamador, tirado por el suelo, en ridícula curumbeta. Caras, manos, simples guantes rellenos, levitas de papel negro, sombreros, harapos, dragones, Césares de la carroza de “Los horrores del cristianismo”, Pontífices, gangsters, esclavos, esqueletos hambrientos con turbante y taparrabo, todo en el piso irremediadamente botado. No, *Pan*, no podés regalarme el muñeco que yo salvé de la carroza. ¿Por qué? Porque no es sólo tuyo. Es tuyo y mío. Lo legal es eso. Tenés razón, *Choloj*, no puedo regalar lo que no es mío... Y después de un rato... ¡Hallé, hallé! Te regalo mi mitad, porque como nos pertenece por mitad, te regalo mi mitad... No, no, vos, *Pan*, yo te cedo la mía, permitíme que te ceda la mía... Se abrazaron, se lloraron encima, hermano, mi hermano, se babearon los hombros... O, si te parece, te propongo que lo partamos en dos... *Pan* empujó lejos de sus brazos a *Choloj*. Vos, *Tantanis*, como buen cholojero, sos de pronóstico... Lo que querés es quedarte con el muñeco, que yo dijera, como la madre, en el juicio salomónico, no, partirlo, no... Pues, viejo, aceptado... partamos al muñeco en dos y mejor si fuera el de carne y hueso, puta que lo parió... ah, si nos fuera dable hacerlo picadillo... A ustedes, con el bisturí, todo les es dable... Andá a la misma mierda... Conste, *Pan*, que yo quería regalarte mi mitad, sin partirla, para que sólo vos fueras el dueño y propietario de tu obra... Y por qué, no te digo que sos de pronóstico reservado, por qué tan dadivoso, tan desprendido... muy sencillo, porque no te costó ni pura rosca, porque no lo pagaste, porque te lo pipiaste, te lo güeveaste... ésa es la pura verdad... y no me voy con vos al puerto... no me voy... y no me voy... cómo me voy a ir... Vámonos, *Pan*, allí nos pasa la juma... sudamos y con el calor... Si no quiero que me pase, en lo que estás vos, entonces para qué he bebido, para qué, para achicharrarme las tripas gratuitamente o para no estar en mis cabales, sino lejos, ausente, feliz, imponderablemente feliz...

—¿Y qué se hicieron... aló... aló... habla *Troyo*... aló... te decía que qué se hicieron, para dónde agarraron...?

—Te caés del susto... agarrate de algo... te caés del susto si te cuento...

—¿Se fueron al puerto?

—Qué, al puerto... se fueron a meter al manicero...

—¿Al manicomio?... Punto de delirium...

—No, qué delirium, fueron en busca del *Negro* Sarvadó, para invitarlo a irse con ellos al puerto... Aló, aló, ¿Troyo...?

—Sí, sí, te oigo...

—Y como estaban muy pasados de copas, el *Negro* los entró a su cuarto, aquél es practicante en la sección de mujeres del manicomio, y les dijo que se recostaran un rato, porque se les veía muy cansados.

—Muy chupis...

—Pero a un chupógrafo no se le puede decir, es su veneno que le digan que ha bebido. *Choloj* no muy quería, pero *Pan*, que estaba más bebido...

—Cansado...

—Es verdad, cansado, aceptó. Que se quitaron los sacos, los pantalones, la camisa, el cuello, hasta quedarse en camiseta y calzoncillos... urrrrr... urrrrr... urrrrr...

—Qué ruido hace este teléfono...

—Te decía que se quedaron en camiseta y calzoncillos, y se acostaron a dormir. Se durmieron en seguida. El *Negro* al verlos fondeados, salió a buscar cosas de comer para llevar al puerto. Con la cantidad de gente que ahora va allí, no se encuentra nada. Compró pan, sardinas, salchichón, queso, vino. Mientras tanto... aló... aló, Troyo... mientras tanto, te decía, aquéllos despertaron, desorientados, de goma, sin saber dónde estaban... Se medio vistieron, pantalones, zapatos y con las camisas, los cuellos, los sacos, las corbatas, al brazo, trataron de buscar la salida y cayeron en el patio de las locas... hubo que sacarlos... se armó el zafarrancho del siglo... de las locas lúbricas...

—¿Y el “Negro”?

—El “Negro” volvió... aló... aló... volvió y como no los encontró en su cuarto, ni ellos, ni su ropa, deben haberse ido al puerto, se dijo, y allá me juntaré con ellos. No iba a quedarse, no iba a botar lo que había comprado...

—Ustedes, estudiantes de medicina, son todos avaros, agarrados, rascas, codos...

—No, Troyano, es que a nosotros no nos regalan el título como a los de Derecho, nos cuesta y por eso somos más económicos...

—Tenés razón. Cuesta más fabricar un médico... aló, aló... se cortó...

—... abungalampó!... abungalampó!, gritaba una jamona de entrepierna rajada hasta la espalda, músculos flácidos, rodillas torneadas como perillas de féretro, pubis alborotado, venas como ríos de várices de mapamundi, agarrada a *Pan*, que trataba de soltársele, defendiéndose él y defendiendo su ropa, los pantalones que ya se le caían, la camiseta que ya se la sacaban, bien que si conseguía desasirse de aquella resollona elefanteásica, lo atalayaba para apresarlo una enana con toda la ropa levantada, ya sin camisa, sin zapatos, la cabellera volante sobre la cara, los ojos de brasa, los dientes que le quedaban, afilados, tastaceantes... Abungalampó... no...

po... abungalampó... se sacudía la jamona, con el sexo de *Pan* en la mano, presta a todo, si no viene a trochimoche una barbuda de reír caliente, los pechos entre pelos y güegüecho y empujándola, una cacarienta arrugada hasta el índice, y tras ellas, la *Mamola*, aristocrática que era toda mocos y pringas de sangre, con su grito de guerra: ¡Soy algo... valgo algo y de todo quiero probar...!, y con ésta, una joven erisipelosa, erisipela con pelos, en un lado de la cara y el cuello, y erisipelada, erisipela sin pelos, en la otra mitad, sin faltarle su sombra, aquella que le seguía por todas partes, una casi niña, desnudez de patíbulo, blanca, la cara morena, de polvos, de arroz... Abungalampó!... abungalampó!... no... po..., seguía la jamona defendiéndose y defendiendo a su presa, el pobre *Pan* en costillas y manzana de Adán, destrozado el pantalón, rota la camisa, la camiseta. Una extranjera, pelo colorado, pecosa, abría y cerraba las piernas, tal urgencia traía, igual que tijeras, pronta a cortarle a *Pan* todo lo que le sobraba, definido como una península rodeada de mujeres por todas partes, menos por una que la une al continente, si no se interpone, si no le sale al paso una inexorable tetuda, por sobacos, cuevas de estropajos piojosos, poetisa retirada al manicomio, terriblemente indignada con todas las que, para ella, ya disfrutaban del amado inmóvil, que de inmóvil nada tenía, porque salido del poder de la jamona... Abungalampó!... no... po... todas fueron mordidas, *pellizcos*, araños, uñazos de dedos de locas que como puntas de agujas de sismógrafos marcaban en su piel, terremotos, no, maremotos, no, sino los más enajenados putamotros. *Choloj*, caído bajo una montaña de hembras sembradas de hembras, todas ellas sacudíanse de los hombres que sentían las poblaban, y al que sacudían era a *Choloj*, lo meaban, lo zurraban, lo ensalivaban a besos, arteras, batracias, uterinas, golpeándolo como si él fuera la causa de todos sus males, mientras se desgarraban los vestidos para que salieran los hombres que tenían en el cuerpo. Las había casadas que huyeron del marido, muchos hombres en un hombre, una guapetona cinemática a la que purgaban las bubas, una celosa de su sombra, climatérica, aguiluchona, sempiterna, la *Tupungata* que siempre andaba en cuatro patas y como jefa de rompanfilas, quién pone en fila a las locas, siempre estaban en rompanfilas, la gringa de Oklahoma de ojos azules, marinos y todas las cruces del Gólgota y otras, en sus wasserman. ¿Qué iba a quedar de *Choloj*? Nada. Estaba casi desnudo, la ropa hecha tiras. No quiero, no quiero, la que se apoderaba de él se lo echaba encima. Otras se lo quitaban. Una campana de alarma sonaba inútilmente. La tocaba sin parar una loca arrebatada. En las celdas de gruesos barrotes, barrotes gruesos como rieles, bramaban las locas de furor uterino furioso, con ojos de asteroides paseándolos en el patio, fuera de la penumbra tenebrosa. Bramaban, bramaban, pidiendo que les arrojaran a uno de éstos, creían que eran varios, para satisfacerse, mientras se pellizcaban las puntas de los pechos hasta sacarse sangre o se arrancaban el pelo que íes quedaba, calvas, momificadas y sin dientes. El auxilio llegó por fin. A manguerazo limpio, a manguerazos de agua fría, dispersaron, los enfermeros, aquella veintena de locas enfurecidas que retrocedían quebradas al ímpetu del líquido avasallador. Lloros,

aullidos, gritos, blasfemias, caían y se levantaban, sin darse por vencidas, caían y se levantaban, al choque de los chorros cegadores, pugnaces, perforantes que alzaban en vilo a las más flacas y, como cortándolas por los pies, derribaban a las corpulentas que a rastras por el patio de cemento color ceniza, desierto, sin fin, volvían a querer recuperar sus presas, galanes convertidos en piltrafas humanas, más desnudos que vestidos, sin la borrachera, se les fue del susto, y sin sus papeles, los perdieron dónde... ay, pero vivos...

En espera de saber quiénes eran, los trasladaron a una celda de locos pacíficos, en la sección de varones. No se atrevían a mirarse entre ellos. Ni a dirigirse la palabra. Cada quien hacía un reconocimiento de su cuerpo donde le dolía o sentía ardor de araña. El Doctor, ya los enfermeros le decían doctor al “Negro”, dejó dicho que se iba al puerto y que si pasaban a buscarlo dos compañeros suyos...

—Somos nosotros —decían aquéllos al alimón—, somos nosotros sus compañeros...

—Buenos, bueno, cuando venga el doctor se aclarará...

—Y entonces, ¿nos van a dejar aquí? ...¿no podemos irnos?...

—Hasta que venga el doctor —para los enfermeros eran un par de locos.— ¿Los vino a dejar alguien? —les preguntaron.

—Nadie, venimos solos...

—¿Juntos?

—Juntos, los dos juntos...

Cada vez que decían quiénes eran y que no estaban locos, una Hermana de la Caridad, con acento francés, les contestaba:

—Ah, sí... *comme ça* dicen todos... —pronunciaba *togos*...

—¿Y qué van a hacer con nosotros?...

—Mañana se vegá... Van a ig a trabajag en la huegta... a sembrag gabanitos...

No puede ser, se decían. Hablaron a un enfermero que les pareció simpático:

—Yo soy estudiante de medicina —dijo *Pan*.

—Y a mí me falta un año para ser abogado —dijo Tantanis—, si quisiera usted hacernos el servicio de avisar que estamos aquí...

—Con mucho gusto, con mucho gusto... —repetía el enfermero, pero lo hacía por no contradecirles, no se fueran a enfurecer, como las locas.— ¿Y a quién se le avisa?...

—A mi casa —decía Tantanis.— Está en la Guía de Teléfonos...

—A mis hermanas —decía *Pan*, en la Cuarta Callé...—, el doctor —ellos también ya le llamaban doctor, al “Negro”— nos trajo a que nos pasara la borrachera, habíamos bebido por ser la huelga de Dolores, la fiesta de los estudiantes y...

—Sí, sí, al venir el doctor le avisamos, no se desesperen, duerman... les van a dar unos calmantes...

—No bebemos nada de lo que nos den —se levantó *Pan*, se levantó violento, como si le hubieran acercado por detrás un tizón ardiendo.

—Bueno, qué amolar —dijo *Choloj*—, yo sí me bebo lo que me den, para quitarme la goma... el flato... el malestar...

—Bromuro al... —dijo la dosis *Pan*.

—Pues bromuro, cuando uno está de goma, bebe veneno si no hay otra cosa...

Las carcajadas del “Negro” los despertaron. No paraba de reírse, de sacudirse de la risa, de retorcerse de la risa. Alto como era, movía los brazos como las ramas de un cocal. Jajaja... jajaja... jajaja...

—¡Qué idiotas son ustedes... desaparecieron de mi cuarto donde los dejé... dormidos... jajaja... jajaja... —las carcajadas no dejaban hablar al “Negro”—; creí que se habían ido al puerto y me fui a buscarlos allá.

—A mí, no me hablés, desgraciado —reaccionó *Pan*, tan pálido y blanco, que parecía hecho de hueso—, mirá, mirá, cómo estamos... Es lo único que te pido, que no me hablés, que no me volvés a hablar nunca en tu perra vida... pedazo de mierda...

—¡Cálmense! ¡Cálmense! ¡Cálmate, vos, *Pan*! —entró Tolomeo haciendo esfuerzos para no soltar la carcajada—, yo soy testigo que el “Negro”, al ver que no estaban en su cuarto, yo entré con él a buscarlos, me invitó a ir al puerto... veníte, me dijo, allá están los muchachos y allá estuvimos esperándolos hasta hoy sábado...

—Qué día dijiste —preguntó *Choloj*, aún medio dormido por el bromurazo.

—Domingo...

—Qué apenados deben estar mis viejos...

—En lo más mínimo —dejó de reír el “Negro” y pudo decir—, yo hablé por teléfono con tu mamá, preguntando si estabas allí, y me contestó que no, y cuando le pregunté si tenía idea de dónde podía encontrarte, respondió, muy tranquila, que te habías ido al puerto...

—Si supiera... —murmuró Tantanis, adormecido siempre.

—Primero, las locas energuménicas, excitadas, calientes, que por poco nos devoran todo aquello —explicó *Pan*, doliéndose de todo lo que le dolía, le dolía todo—, y después, algo peor, la bondad de las Hermanitas de la Caridad, que casi nos convencen de que estábamos locos, que habíamos perdido la razón de la noche a la mañana. Nadie, nadie ha medido lo tremendo que es, estando cuerdo, que lo tomen por loco... No tienen un cigarrillo —dijo después, juntando y se parando los dedos manchados de nicotina, como pinza.

—Tomá, y si querés quedáte con el paquete, yo tengo otro —le ofreció Tolomeo.

—Ni quien nos fuera a comprar cigarros —siguió quejándose *Pan* fumando a dos pulmones, a dos narices, a dos carrillos—, esto es peor que la cárcel. A *Choloj* lo violaron...

—Quién... —rió, fingiendo que se interesaba, Tolomeo.

—Una loca que tenía un gran moño le metió el dedo en...

—Qué lengua la de este *Pan*...

—Vos mismo me lo contaste... —y por el gesto que hizo *Pan* con el dedo, tacto

anal, la Hermanita que entraba en ese momento, repitiendo el gesto, al revés, de arriba abajo, preguntó:

—¿Van a ig a sembrag gabanitos?

La carcajada fue general.

—No, Hermanita —dijo el “Negro”—, no van a ir a la huerta y no hay que llenar ningún papel, se van conmigo...

Y al ver irse a la Hermana, Sor Marcelina, sin hacer ruido, tras hacerles un saludito con la cabeza, igual que paloma de alas blancas, su sombrero, *Pan* le reclamó al “Negro”.

—¿Y por qué no le dijiste que no estábamos locos?

—Porque no lo habría creído. Para los que hacemos esta especialidad, y para ellas que prestan servicio aquí en el manicomio, no hay gente cuerda, todos locos, inclusive ellas y nosotros.

—Vámonos al puerto —propuso Tolomeo, frotándose las manos, siempre sonriente.

—A buena hora “protestó Tantanis.

—Vayan adonde vayan —siguió el “Negro”—, tienen que pasar por mi cuarto y esperar a que les traigan ropa.

—Por baboso —dijo *Pan*—, se pueden salir las locas...

—O vénganse a mi champa al hospital, sólo que está algo lejos...

—Ni dormido, como está *Choloj* —contestó *Pan*—, vos, Tolomeo, con eso de tu investigación de la onchocercosis, tenés tu cuarto lleno de murciélagos vivos y muertos... y para murciélagos estamos...

—Dispongan si vamos al puerto —insistió Tolomeo—, porque hoy domingo no hay adonde ir, y para colmo Domingo de Ramos, qué aburrido...

—¿Querés que juguemos a la burriquita, vos, *Choloj*?

—Eso aprendiste con las locas, a ir montado...

—No blasfemen —intervino el “Negro”, mostrando la consabida y no pagada muela de oro del lado derecho—, después quién los ve de cucuruchos, este *Pan*, el Viernes Santo, en la procesión de Santo Domingo, gran túnica negra y matraca...

—Vámonos al puerto —insistía Tolomeo.

—Pues vámonos. Tolomeo tiene el automóvil de Sanidad Pública, por lo de la onchocercosis, y allí colocamos nuestros cóccix —aceptó Tantanis—, y en el puerto quiero ir directamente a los cangrejales para agarrar cangrejos y hacerme un buen caldo...

—Y para olvidarte de la gran cangrejeada que te pegaron las locas —añadió *Pan*, dispuesto también a irse al puerto,

—Y así sudan la borrachera,

—Más de lo que hemos sudado por vos, “Negro” desgraciado...

—Distinto sudor, sudor fisiológico... no sudor de goma y miedo... calentura y lascivia...

—Seremos siquiátras... y ve, Tolomeo —siguió *Pan*, vamos mal, prefiero quedarme aquí en el manicomio que recibir clase de fisiología...

—Este *Pan* no se deja sentar mosca —se defendió el “Negro”—, en el puerto la lección será de anatomía... y qué anatomías lindas...

Por contraste, *Pan*, el artista, pensaba en las locas, en Goya y en aquel patio de cemento color ceniza, en que parecía haberse secado un mar de lágrimas.

XXI

En esa luz de agua que tiene la ciudad cuando entorna los párpados de espejo, iluminándose por dentro, vaho de escondida mina de diamantes; en ese silencio de mudez sin sonido, temor a turbar el Martes Santo; en ese no dormir del perfume de plantas de aroma, en los “huertos” de las iglesias y catedrales de piedra; en ese no pasar nadie... un ruido, tal vez un gato, tal vez una ventana que se abre y un acercarse de puntillas...

—Ricardo... —saludó Ana Julia, ofreciendo a Tantanis sus manos heladas por la emoción del encuentro y por el temor de que alguien se levantara, su mamá o alguna de sus hermanas, y los sorprendiera.— Ricardo... —repitió ella... si no había, aquél echa a correr.

¿Quién era aquella dama antigua vestida de madona? ¿Habían vuelto a otras edades?

—Espera, espérame un ratito... —susurró ella—, me voy a entrar, voy a ir a ver si no me sintieron...

Ricardo estuvo a punto de huir despavorido. Se palpó, no de armas, apresuradamente, sino de persona, saber si era él, se frotó los ojos, golpeó los pies en el suelo, se mordió un dedo... estaba despierto, sí, estaba despierto, no soñaba con la pesadilla de las locas, aunque la que había salido a la ventana, más parecía una Ana Julia del manicomio.

No podía ser. Se bajó de la acera a contemplar la casa. Sí, la casa de los Montemayor. Anduvo algunos pasos hacia la esquina y leyó el nombre de la calle: “Avenida de Jocotenango”, y el número, También el número correspondía. Cerca el sastre, su rótulo: “Gumersindo Gamboa, Sastre”, y las paredes, y la puerta, pintadas de azul y rosa de “La Pianolina — Heladería — Hay pianola”. No tuvo tiempo de seguir su inspección ocular, pero fue suficiente para asegurarse, después de lo de las locas todo podía suceder, que aquel monstruo elefanteásico con vocecita de colegiala, era Ana Julia. Monstruo, sí, monstruo. Más la miraba y menos creía a sus ojos. Su novia disfrazada de amazona. Su novia disfrazada de guerrera. Se echó a reír, a reír, sin poderse contener, *sin* atreverse a tocar a aquella reina merovingia, aparición acartonada de una momia gorda, gordísima y no por eso menos momia...

—Ricardo... —reclamó Ana Julia, vuelta a la ventana—, sí sigues riéndote así, me entro...

Trató de contenerse, de tragarse con todo y dientes las carcajadas, pero imposible, imposible, fue necesario que Ana Julia hiciera el gesto de entrarse y cerrar la ventana, para que se callara, sin callarse del todo, porque, como hipo, le había quedado un jijijí de risa en la boca apretada.

—Que para qué estoy vestida así —extrañóse ella de la pregunta de Ricardo—, para pagarte mi deuda...

—¿Deuda?... —repitió aquél, siempre riéndose.

No entendía nada y... después de lo de las locas...

—¡Qué bonito... burlándote de mí...! ah, pero el que mucho ríe termina llorando...

—No es de ti, patoja; me río de lo que te has puesto...

—Para pagarte mi deuda...

—¿Qué deuda? ¿Qué deuda?, me vas a volver loco...

—Lo que me pediste y te ofrecí a cambio de robarte al tío Ramón de la carroza...

—Y cómo para pagarme sales así. Debiste escoger un vestido o una blusa ¿escotada, abierta...

—Por consejo de mi confesor, que me dijo que me abroquelara como una mártir cristiana, y abroquelada estoy dispuesta al sacrificio incruento...

La más alta dosis de un gas hilarante no habría producido en Ricardo otra explosión de risa:

—Debió decirte, no incruento, sino sacrificio inláceteo... —y, sin dejar de reírse, añadió—, una broma se convirtió en cosa de confesión, de consulta y... ya imagino a tu confesor hediondo a muerto, todos los confesores hieden a muerto, haciendo enjuagues de gordinflón sentado sobre sus almorranas, con saliva filosófica...

—¿Una broma? —se extrañó ella, desencantada de que sólo fuera una broma, que Ricardo no la tomara en serio.

—Cómo pudiste pensar... eres siempre la patojita de siempre...

—Lo has intentado tantas veces...

—Pero no en frío, no calculando... Cobrarme con tu cuerpo, qué indignidad...

—Entonces me voy a quitar todo esto... me estoy ahogando...

—No, quédate así. En el castigo está la penitencia. Me divierte...

—Seré tu payaso...

—Me divierte estar hablando con una Ana Julia que es y no es ella...

—Pero no la del cuadro de Botticelli, pensó ella, sin decirlo (en las ciudades pequeñas todo se sabe, y en las grandes, también), mientras Ricardo estuvo a punto de contarle lo de las locas, y explicarle que por momentos tenía la impresión de estar con una de aquellas locas, en una ventana del manicomio, aunque el manicomio no tiene ventanas, sino muy altas.

¿Senos?

Se curó de espantos en el patio de las lúbricas con aquellos racimos de pechos de larguísima caída que le llovieron encima, tetas flácidas que las locas más locas trataban de meterle en la boca (más tetas solamente la Vaca del Erario, en la carroza de los Mamíferos), pidiéndole, desesperadas, arañantes, urgidas, que las mordiera, mientras ellas metían y sacaban los dedos de los dedales húmedos de sus sexos, enmarañados de pelos negros, bermejós o canosos.

—Te siento extraño... no sé... —quejóse ella—, no sé... no eres el mismo... —tratando de retirarle sus manos que él casi a la fuerza retuvo, cubriéndoselas de besos seguidos, seguidos, seguidos.

—Por qué, patojita, no voy a ser el mismo... —la dijo al oído, temeroso, porque, la verdad, el impacto del manicomio había cambiado en él su concepto de la mujer, ahora más vargasvileano.

—Las noticias vuelan, se saben...

—Primor, yo no te oculto nada... —tembló, sería horrible que supiera lo de las locas, aquellas escenas de delirio fuera del tiempo y de la vida.

—Algo sé, algo sé..., pero prefiero que me lo cuentes tú...

—Si me dices qué... —subió sus manos Ricardo de las delgadas manos de Ana Julia, para tomarle los brazos y traerla hacia los barrotes de la ventana... qué helado el hierro... qué cálidas sus pieles... qué fuego en sus bocas...

—Dime lo que sabes... —le decía entrebesándola, abarcándola con sus manos que había deslizado casi hasta sus hombros, a pesar del abroquelamiento.

—Sé, sé, sé...

—¿Qué sabes?

—Que el que fue por Judas, volvió ahorcado...

—No entiendo (había entendido), mandé a que me hicieran dos Judas, como te dije al principio, cuando te conté lo del plan para salvar a tu tío... por ti lo hice y no me arrepiento ahora que estoy aquí contigo, aunque eres tan maldita; me arrepiento cuando estoy solo, me entran ganas de pegarme, de escupirme a la cara...

—Dos Judas y... —chistó ella, suavito, modosamente.

—Uno ya sirvió, iba en la carroza, y el otro lo tengo listo para el Sábado de Gloria...

—¿Y el muñeco del tío Ramón, qué se hizo?

—También lo tengo en mi casa, escondido bajo siete llaves...

—Dos Judas y... —insistió ella en tono pesadito.

—Sé lo que quieres oírme decir, palomita; pero ése es ahora el quebradero del cabeza quebrada de “Hormiga Loca”... Dicen que se sacó la lotería y que se la piensa llevar a Italia para repetir en no sé dónde el cuadro célebre... ¿satisfecha?...

Ana Julia bajó los ojos, con los párpados se dice dos veces “sí”, y le acercó la boca para que la besara, qué helado el hierro, los barrotes de la ventana, qué tibia la piel de sus mejillas encendidas, qué fuego el de sus labios...

—Oye —trató Ricardo de cambiar el tema—, y qué hubo con el tío.

—No te he contado, amor. Mamá lo mandó a invitar para que viniera a pasar los días grandes aquí con nosotras. Fue Gabriela. Le llevó el “No-Nos-Tientes”, y de paso le contó lo de la carroza de “Los horrores del cristianismo”, y también le contó que tú, por tu amistad con Troyo habías retirado su efigie de terrateniente-verdugo...

—Lo que es...

—¿Te molesta que se lo hayan dicho?

—No, no es eso... no sé...

—Verdad que estás extraño...

—No sé, ¿oyes?, no sé si era prudente habérselo dicho...

—Cómo si era prudente... Mamá ya no quiere que nos veamos en la ventana. Quiere que entres a la casa, como mi novio, como mi novio oficial... ¿eh? ¿eh?... estás arrepentido... la “Primavera” de Botticelli...

—Tonta...

—Gracias... —y tras una pausa, ella se sacó de la manga un pañuelito, para secarle el sudor a Ricardo—, y naturalmente, para permitirte la entrada, para que me visites en la sala, había que contar con la anuencia, con la autorización del tío Ramón, y a eso fue Grela a la finca, a darle azucarita...

Un caballo, no lo sintieron llegar, se detuvo junto a ellos. El tío Ramón. Ricardo, que unía a su donjuanismo su récord de maratonista, huyendo de otros suegros, cuando era novio de la tartaja Paiz, su papá, coronel retirado, lo persiguió con una espada desenvainada, estuvo a punto de echar a correr, pero huir de un hombre montado, ni pensarlo, antes de llegar a la esquina, le echaría el caballo encima; todos sabían que era un ogro.

Ana Julia... hasta su habitación no paró, presa de convulsiones en un como sollozo-llanto, diente contra diente tastaceantes, pierna contra pierna en un temblor... cerró o no cerró la ventana... pero eso qué importaba... echó llave en la puerta de su cuarto, encendió luz; mas, rectificando aquella imprudencia, la apagó... ¿tenderse en su cama?... ¿sentarse?... no tenía valor... seguía parada en la oscuridad...

Tantanis, agarrado en la ratonera, no tuvo más salida que portarse a lo macho:

—Buenas noches, señor...

—Buenas noches —contestó aquél, pasándose la punta de los dedos por los bigotes negros, poblados, caídos a la húsar, vivos, vivísimos los ojos, blanca la dentadura y entre los hombros levantados, un fuerte cuello de toro de lidia.

El caballo, educado a la alta escuela, se detuvo frente a la puerta de la casa, levantó una de las patas delanteras, para dar golpes en la orilla de la acera. El tío, igual que si hablaran el mismo idioma, le contestó golpeando en el piso la punta del zapato de su bota, y así estuvieron conversando un buen rato, golpecitos uno y golpecitos otro, como si el caballo supiera el alfabeto mor se.

Ricardo quiso aprovechar para despedirse, pero el tío le detuvo tomándole del brazo, afablemente, y le llevó con él hasta la puerta, donde, sin soltar a Ricardo, manejando la mano izquierda, era zurdo, extrajo de la bolsa de su pantalón un manojito de llaves al final de una cadena de eslabones de oro, tintineante, no sólo las llaves, sino las medallas de los clubes a que pertenecía y la medalla de algún santo.

Abrió la puerta de calle —el caballo se había quedado inmóvil, sin estar atado, ni parpadeaba—, la cerró, hizo funcionar las llaves de la luz del zaguán, todo quedó encendido, iluminado, el zaguán y los corredores, amplios, cementados con graciosas grecas, y condujo a su inesperado visitante de medianoche hasta el comedor.

No es el león como lo pintan, pensaba Tantanis, y por lo menos es agradecido. Todos estos viejos se amansan cuando empiezan a bajar de la plenitud a la vejez, como en el célebre cuadro del graderío de las edades que hay colgado en algunas

peluquerías. ¿Qué edad? Aparentemente, unos cincuenta y tres, cincuenta y cinco años, a lo sumo. Andaba balanceándose, al avanzar, hacia un lado y otro. Bajo de cuerpo más bien que alto. Piernas cortonas. Más tórax. Sobre las botas cafés el pantalón gris perla, una chaqueta de jerga a cuadritos, y un pañuelo también gris amarrado al cuello.

—Por aquí... por aquí... —le llevó hasta el comedor, que alumbró *a giorno*. Le pidió que se sentara en una de las sillas que rodeaban la mesa de familia, cubierta con un tapiz verde oscuro, galón de un verde más oscuro y flecos, a tono con los cortinados de las ventanas, los espaldares y asientos de las sillas, y la alfombra. Resplandecían, como altares del buen comer, trinchantes y aparadores. Todo limpio como espejo. A pesar de lo cual, el tío, tras pedirle que se sentara, pasó el dedo por varias partes, por los muebles, por los cordones y borlas de los cortinados, por los marcos de dos grandes naturalezas muertas: una de peces, mojarras colgadas de un gancho, y otra de frutas.

Terminada su inspección, sacó una botella de “Alabado sea Dios”, licor que él traía directamente de España, destilado para él, envasado para él, en barriles de treinta botellas, y transportado con máximos “egares”, decía afrancesadamente.

—Veremos qué tal es usted para esto... —dijo a su visitante de medianoche, y le sirvió casi un vaso de aquel licor de jerez acoñacado, por lo fuerte más bien coñac ajerezado.

Ricardo, dándoselas de mundano y haciendo honor a los elogios de su anfitrión por tan precioso néctar, sembrado para él, cosechado para él, puesto a envejecer para él, transportado para él, se lo acercó, antes de probarlo, varias veces a la nariz, para tomarle el bouquet, palabra que dijo, porque sabía que al tío le complacía sobremanera la galiparla, y porque el galicismo viste, aparisina, torrefelisa, y aunque su querida no era de París, sino de Bretaña..., fue maniquí (el tío decía “manecán”), chez Poiret: la gentil Valentina, que ahora de vieja parecía hombre, con el pelo cortado a la garçon y pequeños nichons.

El tío comprendió, indeciso sobre lo que debía hacer, la espera de su invitado de medianoche, dando vuelta a la copa, dando vuelta a la copa, la hacía girar entre sus dedos de mestizo triste, empequeñecido frente a él. No era correcto, ni mucho menos, dejar tomar solo al huésped. Fue por otro vaso, sirvióse un tanto igual, y tras el brindis — ¡A su salud, señor!, dijo Ricardo; ¡Santé!, contestó el tío— apuraron el precioso licor extraído de uvas sembradas para él, puesto en barricas de jerez antiquísimas y perfumado para él, enceguedo para él, porque es esto lo que se hace con el licor que se deja envejecer, cegararlo, mantenerlo lejos de la luz, para que su mirar hacia fuera se reconcentre y lo haga más digno de los dioses.

Don Ramón tenía sus teorías. Las suyas y las ajenas que él hacía de él, cuando le convenía.

Ricardo apuró el vaso de una vez. Lo necesitaba. El cuerpo se lo pedía a gritos. Valor líquido... valor líquido...

Pese a tantas amabilidades, el visitante de medianoche no las tenía todas consigo, encerrado con aquella fiera, más cuadrumano que ñera, más orangután que tigre, prepotente, alabancioso, sólo lo de él valía, sólo lo de él contaba, sólo lo de él *era*, lo demás no *era*, no existía ni en dibujo, y por eso, hablara de lo que hablara, siempre era él, él y nada más que él.

Extrajo de una caja que lucía sobre uno de los aparadores, entre varias cajas de cigarros, un habano, se lo puso en la boca y lo encendió con todas las de la misa.

—No es un puro —dijo escupiendo pedacitos de tabaco que le habían quedado en los dientes—, es una reliquia..., un cigarro de Partagás Hermanos, de Cuba; un cigarro de tabaco especial, sembrado para mí, cosechado para mí, hecho manjar de humo para mí... Pruébelo usted...

Ricardo tomó uno, un habano gordo y largo con un anillo de luces de plaza de toros, y lo encendió, halagado en el fondo de estar allí a lo grande.

Lo encendió al calor de otro vaso de aquel delicioso coñac-jerez, y qué extraño, después de los primeros chupetazos, seguidos, seguidos, y a fondo, para que la brasa del puro no se apagara, habría hecho el ridículo, el sin pulmones, el ya no sopla..., qué extraño, el hombre aquél que veía enfrente, el tío Ramón, empezó a parecería que era el muñeco que él tenía escondido en su casa. Iguales. Exactos. O éste era aquél, o aquél era éste...

—Perdóname... perdóname... perdóname... —se levantó a darle golpecitos amistosos en la espalda (le pedía perdón al muñeco por habérselo robado de la carroza); pero, le entró la duda, era o no era el muñeco...

En la duda, lo golpeó más fuerte. Era el muñeco, el tío-muñeco, y así se lo dijo:

—Tío-muñeco... Tío-muñeco...

Preferible no oírlo. Qué extraña borrachera la del humo en la cabeza.

—Tío-muñeco, no... tío, tío... cómo tío, tío... tío-muñeco, tío-muñeco... exactamente el mismo... exactamente el mismo que me robé de la carroza... —le decía, mientras lo tocaba, en la duda de si era o no era el muñeco, le quería alzar el brazo—, el latente calendario —decía, al levantarle el brazo—, los proverbios llameantes, el tercer llanto del agua, la rosa de Jamaica...

—Este me está embrujando... —se alejó don Ramón de sus manipuleos confianzudos.

—¡Jovencito! —le gritó para contenerlo, apoyando todo su vozarrón en el “JO... vencito...”

—Muñe...

—Muñe, qué...

—Muñecote, no son abusos... Estabas en mi casa, y ahora... confesáme... confesáme qué hacés aquí... yo no te traje... forzaste la puerta, el candado de la alacena en que te había dejado bajo llave, y te viniste para acá... Aliviados estaríamos con la rebelión de estos tíos hechos de trapo, pintados con albayalde, caras de cartón, manos de cartón, piernas de cartón... de cartón mascado... eso, mascado

para el tío Ramón... y trapos escogidos en los basureros y reventas de ropa usada, eso sí, en los basureros y reventas de ropa usada del tío Ramón y para el tío Ramón... paños que fueron producto de las hilanderías inglesas tejidos para el tío Ramón, con hilos teñidos en Escocía, para el tío Ramón, envejecidos sobre el tío Ramón, y recogidos para el muñeco que yo me robé...

—¿Qué está usted hablando? —lo increpó don Ramón.

—El que yo no sabía que hablara es usted... un muñeco... Sí, señor, un muñeco que yo, yo, yo sustraje de los horrores del carretón del cristianismo *en* que iba, orondo, fanfarrón, hecho de lo que están hechos los verdugos, encomenderos, enganchadores de mozos, esclavistas, ni gavilán, ni milano, buitre comedor de carne de indio domado...

—De un cristianismo hecho, según usted, a su medida, predicado, según tú, a tu medida, con mártires cristianos, en el circo, la medida, tu medida aquí no la dan los mártires, sino las fieras, de un cristianismo para uso interno sanramoneano, agitar los peligros del Anticristo, las herejías, el bolchevismo, antes de usarlo; de un cristianismo sostenido para vos, en las catacumbas que para cientos y miles y miles fueron catacumbas...

No callaba. Lo trataba de usted, de tú, de vos...

—De un cristianismo de horrores, cristianismo de los anticristianos que siguieron, siguen y seguirán ensangrentando la tierra, sin “quo vadis” que valga, en la carroza de la que yo, por mi desgraciadísima estampa, hice desaparecer a uno de los principales...

El proceder insólito de aquel muchachón lampiño, terroso, excéntrico, desarmó completamente a don Ramón.

¿De qué hablaba? ¿El humo de sus famosos puros lo trastornó? ¿Quién puede con un loco?...

Muñeco él, ni persona más persona, y decírselo en su cara, y decírselo en su casa, sin ningún respeto, inusitado, absolutamente inusitado, máxime si se considera que el respeto había sido inventado para él, todo lo demás podía no respetarse, inclusive a Dios, quién respetaba a Dios, fingían respetarlo, pero se burlaban de él, como ahora se estaba burlando de un Montemayor y Gual un canallita.

Ricardo, en un momento de lucidez, se alejó de “su” muñeco, y al darse cuenta de quién se trataba, se le fue el alma de los pies, y con sólo la columna vertebral, como serpiente de medulas instintivas, alcanzó a decir, tras una reverencia:

—Señor, mis intenciones son buenas, soy casi abogado, mis padres son ricos, y quisiera visitar a Ana Julia, su sobrina, como novio oficial, aquí en la casa.

Aquél hizo como que no oía, intentó servirle otro poco de licor; pero Ricardo, para que no lo hiciera, retiró el vaso y el líquido se derramó en el tapiz de la mesa.

Un racimo de bananos, del alto de hombre del suelo a los hombros, pendía de una de las esquinas del comedor. Pobres naturalezas muertas, más que muertas, enterradas, las pinturas de los cuadros de mojarras y frutas, enterradas, borradas junto

a esta “locura del sol”, panoplia redonda de guantes de dedos de oro, largos, no muy gruesos, a la medida de las manos del trópico.

Allí estaban y allí habrían seguido los bananos, si el zamorro del tío no discurre humillar a Tantanis, por haberle faltado el respeto, por habersele subido a las barbas, por haberlo llamado muñeco, por haberle golpeado la espalda, el hombro, como si fuera un tal y no un Montemayor y Gual, jovenzuelo al cual, según su cochina familia, tenía que estar agradecido, por habérselo robado, en forma de títere, de una carroza estudiantil.

—¿Me autoriza usted a visitar su casa? —insistió Ricardo de pie, solemne.

—Lo autorizo si se come un banano...

Ricardo creyó que se trataba de una broma.

—Sí, mi amigo, lo autorizo si se come un banano...

Ricardo se le quedó viendo, sin entender...

—Un banano... un bananito...

Ricardo fue hacia el racimo y arrancó el más pequeño de aquellos frutos de oro.

—Al que quiere celeste, que le cueste... —dijose Ricardo con el banano en la mano, sin decidirse a pelarlo.

—Un banano... vea usted lo que le pido, no es nada, comerse un banano para tener derecho de venir a visitar mi casa...

—No sé si puedo —dijo aquél.

—Cómo no va a poder...

—No sé si me pasa...

—Un banano por venir a visitar la casa...

—La verdad... —y empezó a morderlo y a moler su pulpa blanduzca con las últimas muelas, para así, molido más cerca del galillo, poderlo tragar. Sudaba.

—Deje la cáscara allí sobre la mesa...

La dejó. El silbato de un policía, en la calle, a lo lejos. Los manotazos del caballo que seguía parado frente a la puerta, suelto, sin estar atado. Y más cerca, los golpes secos, como de taco de billar, de un péndulo que jugaba a las carambolas con el tiempo.

—Me voy...

—No, mi amigo, sin comerse otro banano, no se va...

—De ninguna manera, ya me comí uno...

—Uno no vale, no hay uno sin dos... Otro bananito... —y esta vez fue el mismo don Ramón a cortarlo del racimo. Por cortesía se vio obligado a escoger uno de los más grandes.

Tantanis sintió que la glotis se le cerraba. Tuvo don Ramón que ponérselo en la mano. No era posible... cerró los ojos... no era posible... A duras penas fue tragando...

Y no terminaba cuando don Ramón trajo un tercero. No hay dos sin tres.

—No puedo... no me pasa... —tenía los ojos fijos y vidriados del que va a

vomitara.

—Se está ganando la entrada a la casa...

Le trajo un cuarto, y le trajo un quinto... que Ricardo le arrebató de las manos para pisotearlo... Un muñeco... un muñeco de mierda... (volvió a ver a don Ramón, como muñeco), y le dio la espalda para salir...

—¡JO... vencito! —le gritó aquél.

Cuando Ricardo volvió a ver, don Ramón tenía una pistola en la mano y lo amenazaba:

—Quieto... quieto... quietecito el niño... Si no quiere que le deposite una bala explosiva en el vientre, se va a comer otro banano... Va a salir de aquí vivo cuando se haya acabado de comer ese racimo...

—Es... —se le fue el habla a Ricardo.

—Como lo está oyendo...

Y dando dos, tres pasos largos, se le acercó más, la pistola con el gatillo listo a disparar.

Se atragantaba, sin poder deglutir tanta pulpa ligosa, las cáscaras amontonándose sobre la mesa, el racimo cada vez más desnudo, pero siempre como multiplicando sus frutos...

Empezó a vomitar...

—Ya no puedo... —decía el infeliz, en un como estertor; pero aquél le amenazaba, el frío cañón de la pistola lo hacía volver hacia el fatal racimo.

Y otro, y otro, y otro...

Por las narices, ya no sólo por la boca, se le escapaba, le salía lo que tragaba, con todo y el estómago, las tripas, las entrañas, sucias las manos, sucio el pelo, sucia la cara, sucia la ropa, sucios los zapatos, los puños, el cuello, la corbata, de aquella manteca resbaladiza, y aún faltaban, faltaban...

—Ya no... ya no... —lo único que alcanzaba a decir, atiborrado, sintiendo que vomitaba hasta por las orejas, ensordecidas por un zumbido que se cortaba y seguía, se cortaba y seguía.— Ya no... ya no...

Con las dos manos y todos los dedos se metía los bananos que le faltaban en la boca, a punto de ahogarse... se ahogaba... perdía la respiración... no se encontraba la lengua...

Se le volvió a llenar la boca de vómito, inflados los carrillos, palpitantes las sienes, las orejas enrojecidas, todo hacia fuera en borbotón incontenible.

Embrocado sobre la mesa, tiritando de frío, golpeaba los dientes con los dientes, ya el vómito le salía solo, sin esfuerzo, empastelado, sin arcadas...

Un caballo que se alejaba fue todo lo que oyó después...

Y el reloj, el péndulo del reloj de un lado a otro, en su andar y desandar andando, antes de dar el tacazo y hacer la carambola de la hora...

Endeble, de la cabeza a los pies convertido en escupidera, en taza de water-closet, en vomitorio, la rabiosa luz de las arañas lo hacía todo más visible, la mesa, las sillas,

las alfombras adobadas de banano, el recimo desnudo, ya no racimo, sólo la verga larga y delgada... Superando su bascosidad, su miedo físico, el sacudirse de sus piernas, de su cuerpo, se puso en pie y por los corredores y el zaguán iluminados *a giorno*, escapó..., sólo que al salir no pudo aguantar más y empezó a vomitar de nuevo... a rastras, casi a rastras, pegado a la pared se fue regando las entrañas...

Una carcajada, la carcajada de una mujer, escondida en una ventana, le acompañó...

XXII

Todo el día y toda la noche de Jueves Santo, todo el día y toda la noche de Viernes Santo, las campanas sin probar repique, las lenguotas de fuera, colgadas, lenguas horadadas en la punta, agujeros de los que pendían gruesos cordeles que ahora iban de un lado a otro en el más enloquecido repique, entre el gozoso girar de las volteadoras, campanas que se tocaban a cuatro manos, un hombre de cada lado, para que ni por un segundo cesara su vertiginoso clamor metálico, revividas, resucitadas... ¡Glooo... ria! ¡Glo... ria!, aquel sábado de abril, a las diez de la mañana, entre el estallido de los cohetes y las bombas voladoras que trasladaban al espacio, estentóreas y alegres, el triunfo del renacer del fuego, el agua y las campanas... ¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!..., en crescendo, en crescendo los cantantes, todos a galillo abierto, sostenido, jubiloso, acompañados de los más resonantes registros musicales que sólo por momentos cubrían las voces del coral rotundo, victorioso... ¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!...

Pero las campanas, las campanas eran las más gloriosas después de dos días y dos noches de silencio, muertas con el agua y el fuego. Y todo parecía celebrar su regreso, el cielo, la tierra, las aves, los árboles, el regreso de las campanas que fueron y volvieron de Roma, al cantar “Gloria” en las iglesias... ¡Glo... ria! ¡Glooo... ria!...

Chiquería y turbas vengativas, encabezados por gente de rompe y rasga, por hombres de pelo en pecho que alzaban y bajaban la botella —si vacía, vaina... si llena, espada—, precipitábanse a deshacer los muñecos que hasta ese momento, hasta la hora de cantar “Gloria”, habían permanecido, flamantes y desdeñosos, sobre los tejados o en las cornisas de las casas en que ponían “Judas”, muñecos de tamaño humano que se entregaban el Sábado de Gloria a las manos de la muchedumbre para que los despedazara en la calle, horroroso linchamiento de Iscariotes, y ese año, la novedad: el Judas de la cholojería de los Tantanis representaba a un personaje harto conocido en la ciudad, con un letrero que decía:

JUDAS ISCARIOTE
IGUAL A MI NINGUNO,
TODO PARECIDO CON LA REALIDAD
ES PURAMENTE CASUAL.

—Esto —comentaba la gente bien que se atrevía por aquel barrio popular picada por la curiosidad, las voces vuelan, les llegó la noticia y vinieron a ver—, esto nunca se había visto...

Y los entendidos en leyes, añadían:

—Hay delito... ya lo creo que hay delito... es injuria...

—Qué va... lo que hay es justicia, por fin alguien que se atreva...

—Este muñeco —comenta alguien— iba en una de las carrozas de los estudiantes el Viernes de Dolores...

—No iba —sostiene otro, un fotógrafo, a juzgar por el aparato que llevaba

prendido de una correa al hombro—, yo les aseguro que no iba... fotografías al canto...

Pan abrazaba a *Choloj*, *Choloj* abrazaba a *Pan*...

—¡Qué bueno, hermano, que te hayas decidido a ponerlo de Judas! No sé por qué tenía yo la certeza de que lo ibas a hacer... Rectificará, *Choloj* rectificará, me decía hablando solo, es tan lindo hablar solo, y sabremos entonces su verdadera intención al birlárselo de la carroza: ponerlo de Judas Iscariote, igual ninguno...

¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!...

El agua nueva, el fuego nuevo, el renacer de las sustancias elementales, en vísperas de la resurrección de Cristo, del espíritu, mientras se despedazaba, en la imagen de Judas, a los injustos de la Tierra. Se entregaban a la muchedumbre para qué despedazara los trágicos maniqués, cuál de levita tirada, cuál de leva faldonuda, cuál de uniforme militar, y los de pecheras flamantes, chisteras, cuellos duros y corbata plastrón, y los de crisantemo en la solapa, puro entre los dedos o en la boca, monóculo, bastón o paraguas, los injustos de la Tierra, los de la injusticia cotidiana que el pueblo se cobraba, en los barrios populares, haciendo añicos aquellos fantoches.

¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!..., triples y contraltos... ¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria! ..., tenores, barítonos y bajos... ¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!..., todos a coro, en lo mejor del repique de las campanas, el retumbar de cohetes y bombas, la grito de las turbas enardecidas...

¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!..., en todos los labios, palabra que en aquellos momentos no se podía dejar de decir.

—¡No digo, vaya...! ¡No digo, y no digo, y no digo... y no digo... y no digo...! —palabreaba un borrachín abrazado a un poste para no caerse, moviendo la cabeza de un lado a otro, para reforzar su negativa.— ¡No digo, y no digo, vaya! ¡No digo, y no digo... —hipaba, eructaba—, no digo y no digo!...

Cerró y abrió los ojos. La calle, como una tabla de sube y baja. Y con la calle, el poste, su poste, al que estaba abrazado, las casas, los otros postes del telégrafo, de la luz, del teléfono, el tranvía, los autos, los carruajes, y todos aquellos seres diminutos que hormigueaban frente a la cholojería de los Tantanis, en espera del Iscariote, igual no había, que no se decidían a tirarlo, y más bien lo fotografiaban.

El borrachín se abrazó más duro al poste que lo sostenía, lo más duro que pudo, temeroso de caerse de aquel sube y baja que sentía bajo los pies y que lo hacía subir y bajar entre los techos de las casas que daban vueltas, casas de ventanas giratorias.

—Aunque me maten, aunque me torturen —reía y se le soltaba la baba—, no digo, y no digo, y no digo...

¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!..., cantaban campanas, petardos, coros...

—Aunque me maten, aunque me fusilen, aunque me descuarticen... porque a ese señor (señalaba al Judas Iscariote, igual ninguno, que todos esperaban para hacerlo pedazos) lo van a descuartizar, y yo lo conozco... ¡Y no digo... y no digo...!

—No sea bruto, no es un señor, es un muñeco de trapos...

—Eso cree usted, pero es un señor... no trabajé yo para él... un señor con todas las letras de señor, como Dios manda...

—¡Borracho!

—¡Borrachísimo! ¡Mamado, porque, eso sí, estoy bien mamado! Aunque me descuarticen, me hagan pedazos, me arranquen los brazos, las piernas, la cabeza, como van a descuartizar a ese señor... Aunque todo... no digo, y no digo, y no digo...

—¿Qué les pasa? ¿Qué pasa aquí? ¿Qué pasa con ustedes dos? —se acercó a preguntar un policía, batón en mano, quepis ensartado hasta las orejas, barbiquejo bajo la papada, en orden de combate, en orden de fajar. Lo de Judas, según el polis, solamente era un pretexto para que anduvieran haciendo de las suyas todos los abusivos. Y quién no abusa aprovechando aquella merienda de negros... En todo hombre hay un abusivo. Y por eso el primer artículo del reglamento del cuerpo reza (¡No digo... y no digo... y no digo!..., seguía en sus trece el borracho, abrazado al poste), reza el primer artículo del reglamento del cuerpo: un agente del orden público debe reprimir los abusos a como dé lugar...— ¡Pronto, qué les pasa a los dos ustedes?...

—No es nada, guardia... es que el señor... —buscó excusas, ya alejándose del lugar, del poste y del borracho, el que se había acercado a decirle (¡No digo, vaya... no digo, y no digo...!) que no era a un señor, que era el famoso Judas de los Tantanis, el que iban a linchar.

—¡No digo, vaya... no, no, y no... —pataleaba el borrachín, siempre agarrado al poste, con berrinche de chico malcriado—, mamado y todo, no digo!

—¿Y qué es lo que no dice? —preguntó el agente, los dientes apretados, la cara ceniza y la picazón del batón en la mano.

—Vea, agente... aunque usted me borre de aquí... yo sé que me puede borrar de un soplido...

—Sí, sí, pero qué es lo que no dice... —apoyó el policía la punta de su batón blanco en las costillas del borracho con tal inquina, que la tela de la camisa y la tela del chaquetón raído cedieron, deshilacláronse, más hilacha que ropa.— ¿Qué es lo que no dice...?

—Qué es lo que no digo...

—Sí, qué es lo que no dice...

—Eso quisiera usted... pero no... no digo, y no digo, y no digo, y no digo...

Las campanas no dejaron oír las palabras del polizonte rabioso. Las campanas, los cohetes, las bombas, la grito de la chiquillería y el pasar de las turbas enardecidas con los pedazos, ya no decían de Judas, sino de don Ramo no te.

¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!

—¡No digo, y no digo, y no digo... perdone que le desobedezca, agente —hipó—, sólo esta vez lo voy a desobede... desobede... desobedecer... ¿oye?... ¿me oye,

verdad, agente?... Sólo esta vez, y no me pregunte más, porque no digo, aunque me mate, agente, aunque me haga pedazos como están haciendo tiras a ese señor que yo conozco, yo... yo... lo que soy yo, no digo, y no digo...

Por las calles, cerca y lejos, el vocerío de los que se disputaban los pedazos del Judas de la cholojería, al que ya todos llamaban don Ramón. Cada quien quería un fragmento de aquel Judas de la high-life. Un brazo, una pierna, la cabeza, una bota, un trecho, una tira del pantalón de cachirulo de cuero, los puños, el pañuelo, los escaarpines...

—Un cabo de sogá de ahorcado, mejor si pringadita de esperma, el ahorcado eyacula en el sexo de la muerte —explicaba don Saturnino Casayuca, maestro de escuela jubilado, a un campesino de ojos saltones y bocio disimulado en el cuello de su camisa aplanchada por ser Semana Santa—, y a falta de tal pedazo de sogá, no son muchos los que se ahorcan, una prenda de estos Judas, es el mejor talismán, y sobre todo de este Judas, persona de la clase chic, que nunca se vio y que no se volverá a ver, porque lo van a prohibir por ley, ya verás que lo van a prohibir.

—¡No! ¡No! ¡Y no... y no...!

—Pero qué lo que no decís, desgraciado —levantó el batón el policía y lo descargó sobre la espalda del borrachín, que seguía agarrado al poste.

Allí, en una media plazoleta, era la terminal de los tranvías que iban o volvían del cementerio, tirados por muías. Subían gentes con flores y bajaban otras llorosas. Detrás de un grupo de familias endomingadas de duelo, se oyó la voz de una mujer de grandes postas papales, cachotona, de un recule monstruoso y no menos monstruoso frontis, casi de andén o atrio.

—¡Le está pegando a Jesús, agente! ¡Le está pegando a Jesús! ¡No ve que no ha resucitado, y todo lo que se hace ahora, le va a dar a él, repercute en su sacratísima persona!

—¡No digo, vaya... aunque me pegue más, no oigo, y no digo, y no digo!

—Pero, habla —aproximóse la mujerona, sus zapatos chirriaban como las ruedas del tranvía, bajo su paso—, habla, mijo, decí lo que tenés que decir, si no el policía te va a seguir pegando, y es pecado, porque estás contribuyendo a que le peguen a Dios Nuestro Señor...

—Que me siga pegando, para eso tiene el batón, para pegar... que me recontramate... que me haga cisco, pero decir yo... eso sí que no, y no, y no...

Una lluvia de batonazos cayó sobre el borracho, en la cabeza, en la espalda, en los hombros, las nalgas, la cintura, todo lo expuesto a los golpes... el borrachín no apartaba los brazos del poste al que se agarraba, la cara pegada contra un pequeño anuncio...

Al cesar la lluvia de garrotazos, un lado de la cabeza con todo y el pabellón de la oreja sangrando, el borracho abrió los ojos, era de otro mundo y enseñando, entre los labios contraídos por un rictus de risa amarga, los dientes blancos, impecables, masculló:

—¡No digo... —y alzando la voz, para sacarla del bullir de las campanas, siguió repitiendo a gritos—, no digo, y no digo, y no digo —mientras aquí y allá estallaban las bombas, después de volar verticales y airosas, entre la cohetería que hacía añicos el silencio, todo el silencio que se amontonó entre el cielo y la tierra durante los días grandes, cohetes de estallido rápido, breve, cercano, y el triquitraque de los cohетillos que arrojaban a la calle desde los balcones de las casas y sobre los que se lanzaban los chiquillos descalzos, tratando de apagarlos a sombreroazos, para apropiarse de los que no ardían y quemarlos ellos después, uno por uno.

—No digo, vaya... óigalo bien... por qué entonces me está pegando, si sabe que no voy a hablar... aunque me cuelguen... aunque me torturen, no digo, y no digo...

—Déjelo, agente —seguía la mujerona aquélla, ahora reforzada por varias otras mujeres que en otro tranvía acababan de llegar del cementerio, llorosas, enlutadas—, no le siga pegando, no ve usted que está con tragos, que no sabe lo que dice...

Otra voz, la de una mujer flaca, alta, de riguroso luto, no porque viniera o fuera al cementerio, de luto riguroso por la muerte del Salvador del Mundo:

—¡No hace unas horas que clamó Jesús, clavado de pies y manos, “Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen”...!

—¿No saben lo que dicen? —volvió la cabeza el borracho, sin soltarse del poste, la cara contra un pequeño anuncio—, yo sí sé, vaya... y no digo...

Parsimonioso abandonó su ventana don Satur, el profesor, seguido del campesino, ventana de balcón volado que le sirvió de palco, la tenía adornada con cortinas de colores, para asistir al linchamiento de aquel personajón. En otras ventanas, otras familias, algunas con invitados, también habían asistido a aquel espectáculo nunca visto y anunciado con volantes de colores que repartían como programas de circo, la fiesta del despedazamiento de un ricachón en manos del pueblo. Así se empieza...

Al campesino bocioso lo que le daba muy mala espina era lo que el Profesor hacía, cuando aún estaban en el balcón. Desnudábase el brazo derecho, en el que lucía un brazalete dorado; cerraba los dedos, menos el pulgar, y con la mano así, la volvía hacia abajo; magia que significaba que la turbamulta que bramaba, gritaba, ondulaba, no debía dejar vivo a don Ramón... ¡A muerte!... ¡A muerte!, como en tiempos neronianos.

Alrededor del poste, del policía y el borrachín, se amontonaba más y más gente. El Profesor se abrió paso con las manos y los codos, y trató de intervenir, ningún papel le gustaba más que el de amigable componedor:

—Respetado agente, es fiesta, y él está celebrando lo que nosotros felizmente festejamos...

—No es porque esté borracho —respondió el agente, pálido, verde, cenizo—, sino bebido como está no se da cuenta de lo que habla, y parece que tiene algo que no quiere decir y que tiene que desembucharme...

—Entonces, mejor en la comisaría... Lléveselo y allí lo interrogan —adujo don Satur, el profesor, tratando de evitar que el policía siguiera haciendo de las suyas,

porque suyo era el batón y nada más...

—Sí, me lo voy a llevar, en lo que está usted... arrastrado... del pescuezo me lo llevo... pero antes tiene que confesar, que decirme a mí...

—¡No digo, vaya... —escupió el borracho—, y no es que no sepa lo que digo, es que no debo decir —pataleó agarrado al poste, sangrando del pelo del parietal y de la oreja—, no digo, y no digo...!

—Pero, qué es lo que no debes decir, muchacho —intervino don Saturnino, adelantándose al agente que enarbolaba el garrote más alto.

—¡Ja, eso quisiera usted para andarlo contando, que dijera lo que no quiero... no digo, vaya... no digo, y no digo, y no digo!...

Los cholojeros, negociantes en entrañas de cerdo, de quien la gente de pro decía que era una familia venida a más, se permitieron, por capricho de su hijo que les amenazó con irse de la casa si no le daban el gusto, el lujo de un Judas nunca visto, un Judas que no sólo era una obra de arte, sino el vivo retrato, la más acabada imagen de don Ramonote Montemayor, señorón de misa de doce, club, perros de caza, caballos amaestrados, escopetas, pistolas, cafetales, bananales, ganadería, póker, puros habanos y lenocinios, como llamaba el Profesor a los pringosos burdeles.

La muchedumbre, cada vez más numerosa, llenaba la plazoleta y las calles adyacentes, y reclamaba al muñeco, a ese Iscariote fastuoso, a manos levantadas, miles y miles de manos, con tal exigencia, que hubo que entregárselo.

Pan, más orgulloso que nunca, su obra maestra alcanzaba una consagración total, lo lanzó desde lo alto.

Un solo grito, un solo alarido y la pugna de todos contra todos, en oleajes de gente vengativa golpeada por un viento de rabia, por descuartizarlo todos... En menos de lo que se dice, estaba hecho pedazos...

Cholój lo vio caer, pero luego apartó los ojos, tuvo la impresión confusa de que no era el muñeco de la carroza, sino el tío en persona del que quedaba por aquí un brazo, por allá la cabeza, una pierna, un pie, las manos... Escupió... todavía sentía en la boca, después de tantos días, el sabor agrio del vómito de banano...

Un mulato agradable, tan agradable que le llamaban así, arrastraba a un chucho muerto. Lo aplastó el tranvía.

—¡No digo, y no digo, y no digo...!

El policía, al sentir que alguien le agarraba el brazo, para que no le siguiera pegando en la cabeza al infeliz borracho, se zafó del puño que lo retenía, el puño del Mulato Agradable, retrocedió, extrajo un silbato de dos pequeños tubos que llevaba en un bolsillo de la guerrera atado con una cadena, y ya fue de pitar y pitar pidiendo auxilio.

La multitud, más y más densa, apiñada, confusa, sobreexcitada como estaba por su ejercicio de descuartizamiento de los Judas que al cantar “Gloria” en las iglesias morían en sus manos, se arremolinó alrededor del poste, el borracho y el policía, ansiosa de saber qué pasaba, curiosidad callejera, mientras éste no cesaba de pedir

auxilio con el fli-fli, fli-fli, de su silbato ronco y agudo que destemplaba el cuerpo.

La masa humana crecía de instante en instante, ruidosa, desordenada, amenazante. Campanas, cohetes, bombas... ¡Glooo... ria! ¡Glooo... ria!...

Por todas las calles asomaban hombres, mujeres, chicos, trayendo restos de brazos, de manos, de piernas, zapatos, mangas de camisas, pantalones, zapatos, a aquella media plazoleta. Risotadas, gritos, bromas. Unos a otros se golpeaban con los restos de los Judas, además de don Ramón, que habían terminado deshechos en sus manos, al acercarse, apretujándose al lugar de donde procedía el angustioso pedido de auxilio, fli-fli, fli-fliiii... fli-fliiii... del agente 326, empeñados en sacar la cabeza, empinados unos, otros dando pequeños saltos, para saber qué ocurría.

El policía escupió a la cara del Mulato Agradable, más saliva que palabras al dejar de pitar:

—¡Espérese, jodido... que también a usted me lo voy a llevar!

—¡No empujen! ¡Basta! ¡No empujen!... —se oían aquí y allá salir de la masa compacta voces de ahogo...— ¡Me asfixio!... ¡Nos destripan... qué grosería!

Poco a poco se cerraba el espacio en que estaban, el poste, el borrachín, el agente de policía, el Mulato Agradable, y el Profesor que prudentemente empezó a abrirse paso para salir de allí, no sin antes hacer señas con un guiño de ojos al mulato, para que lo siguiera, pero éste no se movió.

—¡No digo, vaya...! ¡No digo y no digo...!

—¡Retírense! “gritó el policía desenfundando su revólver.

Todos se apartaron, pero no mucho, no podían apartarse mucho, era una masa apretada, menos el Mulato Agradable, que se quedó inmóvil. A su espalda la multitud, que sabía de qué se trataba, empezó a protestar ruidosamente.

—¡Retírese o no respondo!... —repitió el policía con la voz ahogada, dirigiéndose al Mulato Agradable, el revólver en la mano y el silbato, sobre el pecho, colgándole de la cadena.— Y vos, borracho, hablás... hablás o te morís... qué es lo que no querés decir...

Por la espalda del infeliz abrazado al poste paseaba aquél el cañón frío del arma.

—¡Hablás o te morís... hablás o te morís...!

El borrachito se conformaba con mover la cabeza de un lado a otro: no, no, y no, y no, y no digo...

La respiración de la multitud, que apenas cabía en la plazoleta, se oía como la respiración del mar. Campaneaba el tranvía. Paso. Paso. Pedía que le abrieran paso. Imposible. Otros vehículos que pretendían pasar, automóviles, camiones, carruajes, retrocedían para tomar por calles adyacentes. Y tras el primer tranvía, un segundo y un tercero, paralizados, inmovilizados. Los pasajeros asomaban a las ventanillas. Gente que estaba en la calle, se subía a los estribos o corría derechamente a las ventanillas a ver qué pasaba.

Garrote en alto y las manos en las fundas de los revólveres, prontos a hacer uso de ellos, asomaron otros policías.

La protesta contra los gendarmes que forcejeaban por abrirse paso, se generalizó, afloraba el odio de la multitud, en cuya trama, como en una inmensa telaraña, parecían moscas presas los policías,

—¡Hablás o te morís! —repitió el policía al borracho, ya como asunto de amor propio, lo que le importaba era demostrar su autoridad, imponerse, ahora que venían otros policías en su auxilio.

Fue cosa de un instante. El revólver cayó. El mulato le dio tal empujón y tal puñetazo en la mano. Se fue el tiro. De atrás del mulato, la multitud feroz, exacerbada, a los gritos de ¡Bandidos!... ¡Cobardes!... ¡Asesinos!... Los policías recién llegados tiraban al aire. Tras los tranvías inmovilizados se apostaron grupos que lanzaban piedras contra todo bicho uniformado. El que no alcanzó auxilio fue el gendarme, que cayó con el Mulato Agradable luchando cuerpo a cuerpo, hasta que lo arrebató la muchedumbre enardecida, frenética, armada de leños, machetes, pedazos de fierro, cuchillas, navajas, y lo arrastró disputándose, de las piernas, de los brazos, sin conseguir arrancárselos, como se los arrancaron a los Judas, el quepis, los arreos, el uniforme, las botas, todo ensangrentado.

El horripilante fin del compañero, al que había que vengar, sesos... intestinos... dedos... regados en las piedras de la plazoleta, y el miedo, el pavor, el instinto, obligó a los policías que habían llegado de refuerzo, a abrir fuego con sus revólveres contra aquella masa enardecida, revoltosa, delirante, que empezó a retroceder, a dejar heridos, heridos de bala y pisoteados por la ola de pánico que se apoderó de todos, el que caía no se levantaba más. Llegaron refuerzos militares. Había que poner un cordón al lugar, para que no se les escapara el Mulato Agradable, a quien echaban la culpa de todo lo sucedido, y al borrachín, bien que contra éste ya nada podrían.

El primer tiro le atravesó el pecho. Resbaló, siempre abrazado al poste, y cayó sin vida. Sobre sus despojos, en el poste, figuraba, sobre un papel violentamente amarillo, un avisito con letras negras en que se leía:

“Diga chiclets”...

XXIII

Los ojos calientes de luceros, el cuerpo en sudor caldoso, pero ya despierto, entreabrió los ojos el profesor Casayuca, sus ojos de maestro viejo, de jubilado catedrático de geografía, acostumbrados a continentes, mares y cadenas de montañas en los mapas, a los ríos de la China, a los pliegues y repliegues con nombres imposibles del Himalaya, de las alturas del Himalaya. No, no podía ser. Soñaba. ¿Los soldados romanos? ¿Las legiones? ¿A quién buscaban? Cada vez más despierto. Historia, pura historia. Se golpeó el codo con la cama, golpe de viuda, dolor agudísimo, hormigueante, al sacar el brazo de la ropa de dormir. Qué largo su brazo... qué distante su mano... los fósforos... la luz... el acabóse con los policías otra vez metidos en su casa... llegaron a registrar al sólo pasar el zafarrancho, volvieron en la tarde, al anochecer, y ahora ya estaban de nuevo transtumbando muebles, arrastrándose en los aleros, metiendo las narices en los armarios, alacenas, la carbonera de la cocina, el retrete. Los esperó acostado. Para qué se iba a levantar. Para lo mismo. Para el interrogatorio. ¿Sabe usted si está escondido en su casa el Mulato Agradable? ¿Dónde se oculta, si no está en su casa? Ah, pero, primero su edad, su estado civil, su domicilio, fecha y lugar de nacimiento, nombre de su padre, Cirilo Silvoso, y Cirilo Silvoso su abuelo. El acabó con los Silvosos, y se puso Saturnino Casayuca.

—Levántese, profesor... —ordenó uno de los sargentos, tres sargentos y seis policías hacían el registro de la casa.

—¿Me necesitan?

—Si... erpe es culebra. Lo necesitamos. Hay un lugar en que suena y resuena a hueco, y antes de romper, quizá usted nos puede informar si es un antiguo desagüe.

—Si es para eso, no me levanto. Es un pozo que nunca dio agua y que el propietario, porque yo soy inquilino, mandó cegar hace tiempo. *Quosque tandem Catilina, quosque tandem...*

—¿Ya está diciendo misa, profesor?

—Sargento, por qué la tienen con mi casa. Es el cuento de nunca acabar. Dos mil años después, la misma cosa. Los dedos de César, como llamaban a sus legionarios, registrando las casas en busca del que había resucitado, y se ocultaba en algún lugar...

—También hemos registrado todas las casas de por aquí, por eso no se preocupe, profesor. Vamos, si permite, a retirar la cama... no se levante... aquí mis hombres pueden con usted...

El grupo de policías arrastró, medio alzándolo, el camastrón ruidoso, tablas y cabeceras tronaron por todos lados, como si fuera a desarmarse.

—Pero, sargento, cómo iba yo a ser tan imprudente de tenerlo escondido bajo mi cama...

—¿Y dónde lo tiene? —apresuróse a preguntarle el sargento.

—No, sargento, es una forma de decir...

—De decir “chiclets”... —rió el sargento y rieron todos, cuidadito que al reír el jefe no rieran los subalternos.

—Sí, sí, de decir “chiclets”... —agarró al vuelo la broma el profesor, rogándole a Dios que se olvidara el sargento de lo que bien imprudentemente, empleando una forma de hablar, había dicho... (¡No digo, vaya... no digo, y no digo, y no digo...!, volvió a sus oídos la voz del borrachín culpable de aquellas horas trágicas..., aunque el policía tuvo mayor culpa...)

—¿Presenció usted los hechos?

—No al final, sargento. Lo que hice, muy al principio, cuando el asunto no estaba todavía tan peliagudo, fue acercarme y aconsejarle al policía, mi edad, mis canas me autorizan, que no le siguiera pegando, que se lo llevara a la comisaría.

—Y usted, ¿vio al mulato?

—Bien, bien, no recuerdo, Había tantísima gente, era tal el ruido, la bulla de las campanas, el movimiento de la gente, los chiquillos, los cohetes, las bombas... ¡qué Sábado de Gloria, Dios mío!

—Y qué Domingo de Resurrección para nosotros que tenemos que capturar al mulato, esté donde esté, sacarlo de bajo las piedras o... inventarlo... poner otro...

—¿Cómo... inventarlo, sargento?

—Sí, cuando no se agarra al reo, se inventa el reo, se captura a cualquiera, y ése es el reo. Si no le echamos mano al Mulato Agradable, otro mulato habrá... lo que no podemos, profesor, es quedarnos sin responsable... todas las policías del mundo hacen igual...

—Muchachos, no hay nada... —intervino otro sargento—, y perdone, ¿oye?... —se dirigió al profesor.

En el patiecito de la casa, tierra y montones de piedra al lado del brocal de un pozo que había sido abierto y cegado hace años, y que ahora, en busca del Mulato Agradable, habían vuelto a destapar.

No pudo volverse a dormir don Saturno, como le decían algunos pesados que les parecía muy largo lo de Saturnino. Inventar... inventar al culpable... si no encontraban al verdadero culpable, lo inventarían... ¿No tomarían los fariseos, los sacerdotes, los pontífices a otro en lugar del verdadero Cristo... y los que suben al patíbulo serán en verdad ellos? Se le retorció el corazón. ¿Hacer del alma, no es soltar todos esos turbios pensamientos? Como hacer del cuerpo. Estaba haciendo del alma. Emporcándolo todo con sus suposiciones. Hay más estiércol en el pensamiento que en las tripas. Ensuciaba, en aquella luminosa mañana, ya amanecía, el alba de Resurrección. ¡Aleluya! ¡Aleluya! Eran otras campanas. Otras de las que ayer, Sábado de Gloria, después de muchas horas de silencio, encontraron su voz. Se oían distintas. Eso tienen las campanas de camaleonas. No cambian de color. Cambian de sonido. Miméticas, instantáneamente miméticas, si cantan gloria, aletean como águilas de bronce resonante (¡Oh, Edgar Poe, permite que un pobre profesor te

suplante!); si lloran por los muertos, caen de sus sonidos húmedos, goterones salobres; si es misa de esponsales, se anudan, se entrelazan, se funde una con otra; si es rebato de incendio, sus golpes metálicos sacuden, despiertan, impulsan, empujan; pero nunca se les oye con tal alegría que al clarear del Domingo de Resurrección... ¡Aleluya! ¡Aleluya!

Por las calles dormidas, grupos de mujeres devotas iban o volvían de alguna iglesia con sus mejores ropas, y vecinos acumulados a su dulce condición de maridos que cumplían con la Iglesia, ensayando el primer cigarrillo, la primera escupida, para limpiarse la garganta, iban a comulgar, y alguna ilusoria sonrisa que se les pintaba en la frente, sintiéndose algo querubines, tan maridos eran, los querubines sonrían con la frente, arrugando sus frentecitas rosadas bajo los bucles de oro, en el coro de las Dominaciones.

—En cadena... el destino en cadena... es lo que se llama el destino en cadena, doña... —hablaba a la señora de Montemayor y Gual, viuda de don Florián, cuñada de don Ramón, en el atrio de Santa Catarina, uno de los mayordomos de la cofradía del Señor de la Resurrección. Ni respiraba el hombre. Tal prisa tenía en decírselo todo a la señora.— Es lo que se llama destino encadenado o cadena del destino: los de la cholojería figuraron a Judas con su señor cuñado, ¿lo sabe?...

—Sí, lo sé... —le temblaban los labios a la señora de Montemayor.

—Pero lo que no debe saber es que con lo de Judas encubrían un golpe de Estado... Doña, no me diga que no, porque yo lo sé de muy buena fuente. Regaron, en papeles de colores, programas como los de los circos, convocando al pueblo a linchar a un esbirro, sin jaculatorias, y el Judas que presentaron, tan igual a don Ramonote que sólo le faltaba hablar, encadenaba el principio de una conspiración. Porque está enterada, doña... Les falló... Nos iban a matar a todos los católicos... En no sé qué casa de oír allí, en casa de un tal ageografizado, un profesor, se reunían, y pensaban, aprovechando el alboroto, arrastrar a la muchedumbre y atacar un cuartel... Y, diz, no me lo crea a mí, que como lo oí se lo cuento, que el zafarrancho se adelantó, por un conjurado ebrio que no quería confesar, y un policía que a bastonazos trataba de arrancarle el secreto de la conspiración...

—Este gobierno ve conspiraciones por todos lados —alcanzó a decir la señora...

—Y en estos días de Semana Santa, no sólo las ven, sino las huelen. El miedo es mal consejero, doña. Las aglomeraciones que de buena gana prohibirían, pero no pueden, porque el pueblo es muy católico, los asustan; quiera que no, los asustan. Todo lo que es aglomeración, procesión, reunión de gente, no les gusta...

—Prohibieron que los cucuruchos lleven la cara tapada...

—Por eso, por eso, ya ve usted, doña... y me voy —consultó su reloj el mayordomo, lucía en el pecho un escapulario blanco y amarillo pontifical—, me voy, porque en mi casa ya van a despertar los puercoespines... cada hijo, doña, es un puercoespín, no se les puede decir nada, no se les puede hacer ninguna advertencia, no reciben consejo, porque a todo lo que les decimos sus padres, contestan sacando

las espinas...

Ese mismo domingo capturaron —para el profesor Casayuca, lo habían inventado— al Mulato Agradable, en casa de Agapita Venancio, una negra beliceña que, cuando se reía, y se reía siempre, siempre estaba riéndose, con los dientes tan sumamente blancos escupía leche.

A ella también se la llevaron. Mientras se averigua, todo el que está cerca del presunto culpable real o inventado, va preso. Por encubridora, por lo pronto. Encubridora y cómplice. Arrastrada. Negra arrastrada. Al agente 326 no lo lincharon porque a los tachadores les gustara la carne de mico —parecía mico uniformado—, sino porque ya estaban en pleno zafarrancho, en plena asonada. Y tenían que responder. Tenían que responsabilizarse. Por de pronto, el Mulato Agradable y la negra de Belice, Agapita Venancio, eran los primeros eslabones de la cadena conspiratoria.

—Mejor si me llaman a declarar —se dijo don Saturnino, cuando por una vecina supo la captura del mulato—, porque así me carean con él y veo si es el mismo,

Y lo llamaron. Esa misma tarde, mejor dicho, ya entrada la noche, lo citaron de urgencia.

Y era otro... el mulato que le presentaron —y él dijo que no estaba seguro de que fuera el mismo, lo más que podía decir—, no tenía nada que ver, salvo lo de mulato, con el Mulato Agradable.

Aquello le pareció inicuo. Al salir de la comisaría de policía, sintió que se le iba la cabeza. Mareo... la bilis... el condenado hígado...

Era otro mulato. Un infeliz de nariz aplastada y ojos de chino, mulato también, pero sin la prestancia del Mulato Agradable, sin su tez aterronada de lodo y luna, sin sus cabellos en larga onda que era la herencia de las sortijas del africano, y su gracia, el ángel que rodeaba su boca.

Hasta ese momento, antes no hubiera podido hacerlo, urgido por quién sabe qué mecanismo humano, recordaba con precisión la cara, las facciones, el porte, la figura del Mulato Agradable. Tal y como lo tuvo largo tiempo a poca distancia de sus ojos, cuando, por meterse a redentor... sí... sí... por meterse a redentor y sin esperanzas de resurrección... pero Jesús, sería Jesús... no agarrarían a otro... no lo inventarían... Giordano Bruno sería el mismo... No quemarían a una mujer del campo llamándola Juana de Arco, por no haber podido capturar a la verdadera Juana de Arco...

—No le pegue, agente... —si hasta la voz del Mulato Agradable era otra, muy distinta de la voz del mulato capturado en la casa de la negra Agapita, ronco de tanto gritar que él no era, que no era él, que él no había ido a la “quema” de los Judas...

Y escuchaba, percutiendo en sus oídos, como una gota de agua que horadaba su conciencia, su ser, su vida: “¡No digo, vaya... no digo y no digo y no digo...! Y las campanas gozozas, y las bombas, y los cohetes, y las turbas, y los tranvías, y la policía... los disparos... el silencio...

Llegó a su casa a duras penas, los ojos nublados, sudorosas las manos y el dolor,

el dolor agudo del de las oncemil funciones del hígado, bien que la que a él le fallaba era la biliar. Apuró una copita de aceite de comer y se acostó, boca abajo, del lado del hígado... Qué monstruosidad, el mulato que capturaron no tenía nada que ver con el Mulato Agradable... era otro... era otro... no quemaron a Galileo, porque el viejo era demasiado retumbante para que lo sustituyeran...

La señora de Montemayor y Gual llegó a su casa. Venía de comulgar en Santa Catarina. Una sirvienta la salió a encontrar con un vaso de agua destilada. Después de comulgar, siempre tomaba unos traguitos de agua.

—¿Y las niñas? —preguntó.

—Creo que no se han levantado —dijo la sirvienta.

—Voy a despertarlas...

—A despertamos —salió Grela, retadora—, a despertamos, si no hemos dormido...

Fluvia lloraba, Grela se paseaba, Ana Julia dormía. Se tragó casi entero un frasco de somnífero.

—Ofrezcámoselo a Dios —decía la mamá, angustiada.

—Arranquemos el teléfono... —interrumpió su jermiquear Fluvia—, nos llaman a cada momento y preguntan, imitando voces: ¿Hablo con la casa de los Iscariotes? o ¿Va a ir su tío a la última cena esta noche? o, simplemente, ¿Tienen cena?...

—¿Y Troyo? —preguntó la mamá, cada vez más preocupada, tronándose los dedos.

—Se levantó y ni desayunar quiso... dijo que se iba a nadar...

El teléfono seguía llamando...

—¡Arranquémoslo!... —gritó Fluvia—, deben preguntar por los Iscariotes... querrán saber si mi tío va a ir a la última cena...

—Ese es un chiste muy viejo... —dijo Grela de mal humor.

—Era un chiste, si me hacés favor, ahora no... —sostuvo Pluvia—, ¿va a ir o no va a ir el tío a la última cena...?

—¡Qué graciosa!

Noticias. Noticias frescas. Noticias en la cocina. Una de las lavanderas antiguas, la Calista, ya no estaba en la casa, allí con ellas, pero las visitaba cuando algo gordo acontecía con la familia. Y asomó ese Domingo de Resurrección, como resucitada, de resultas de haber estado en el hospital con las tercianas, calenturas que siguen rescoldando al palúdico, pasado el gran ataque.

—Mismito como decir allí donde están ustedes, la vide.

—Pero ¿la viste bien, era ella...? —preguntó Grela, gastada la voz de persona que no ha parado de hablar.

—No le digo, pues, que la vi de cerquitita, y yo ya soy grande, ¿verdad?, para ver lo que es... —se despegó el *rebozo* pesado de la cabeza, que traía cubierta. Sus aretes tintinearón. Y añadió con picardía—: Porque, cuando una es jovencita, como son ustedes, ve lo que quiere ver y no lo que es...

—Se volvió loca, entonces... —dijo Fluvia, al tiempo de alzarse los cabellos para sostenérselos por detrás con una peineta—, sólo trastornis se explica que haya estado allí...

—Pero —insistió Grela— ¿miraste bien que era ella, no te habrás confundido, la señora francesa que trata con el tío Ramón...?

—No la conozco, pues... Sí la conozco, pues... Ella en persona, ella en persona, y aplaudía... aplaudía que daba gusto...

—¿Aplaudía, decís..., pero fijáte bien..., aplaudía la señora francesa que trata con el tío Ramón?

—Eso se lo juro que aplaudía, con que aplaudía yo...

—¿También aplaudías, Calista? —se sorprendió Fluvia.

—Como pa que no, allí el que no aplaudía corría riesgo... Cerca mío, cerca de donde yo estaba, una vieja rezaba la “Oración despedazada”, esa que empieza “Anima losa”, de Anima y losa, losa adonde llevan a los matados, la losa del anfiteatro, bien que por debajo, disimuladamente, al invocar el ánima del matado que está en la losa, siempre hay un matado en la losa, al decir todo junto Animalosa, pongan de su parte el Anima Animal de los Animales, que es la Animalosa...

—Todo lo que habla esta mujer es pecado mortal —entró diciendo a la cocina doña Sofía, molesta por la sofistiquerías de la Calista, o con lo dados que son a deformar los nombres de la gente de servicio, los patrones ricos, una forma de menosprecio, Calistra.

—Son creencias —bostezó Fluvia, su voz de bostezo, sus palabras de bostezo—, que ya no cuelan en estos tiempos...

—¿Que no cuelan...? Pues a la gente, niña Fluvita, para que usted sepa, se le para el pelo cuando oye la “Oración despedazada”, y a las niñas se les va el mes...

—¡Mujer!... —la llamó al orden la mamá, que pelaba una naranja, sin mirar lo que miraba, porque para qué hacerse mala sangre con la cocina, como estaba, sucia y en un desorden de lo último.

—Creen en eso los supers... ticiosos, la gente supersticiosa... —intervino Grela.

—Super..., para ustedes, niñas, todo es super...

Rieron aquéllas y rió también la Calista. Sin saber que se reían de ella, se reía...

El teléfono sonaba y sonaba. Nadie atendía. Para qué... Para que les dijeran... aló... aló... ¿tienen tafilete para remendar la talega?... aló... aló... ¿a qué sabe el beso de un chimpancé traidor...? aló... aló... aló... perdonen que les hablemos de sogas, porque no hay que mentar la sogá en casa del ahorcado, pero ¿venden sogas...?

—Y la francesa, ¿estaba sola? —preguntó Grela.

—Sola su alma —contestó Calista—, y me se hace que bajó de un tranvía que venía del cementerio. Del tranvía bajó, y cuando vio al Judas, en casa de los cholojes, decía: ¡Gamón!... ¡Gamón!...

—¡Prostiserpiente! —exclamó Gabriela—, ¡haberle dado a comer a ella todos los

bananos que le obligó a hartarse al otro...!

—Grela —la llamó aparte doña Sofía—, les hice prometer, y me lo prometieron, por la salud de su padre en la otra vida, que en esta casa no se hablaría de eso jamás... ¿quieres que me arrodille, para pedírtelo hincada?... Fue una desgracia... Ana Julia llora y llora, y no se consuela, y el muchacho ése...

—El bandido ése, mamá...

—¿Por qué eres tan parcial...?

—Lo que hizo con el tío Ramón, ponerlo de Judas, y no sólo contra el tío Ramón, contra todas nosotras... —empezó a llorar—, contra todas nosotras, la familia, el apellido, el nombre, la casa, esta casa, y anunciarlo, mamá, anunciarlo como función de circo...

—Y lo que el tío Ramón hizo con él, ¿te parece poco? Humillarlo hasta lo último, obligándolo a comerse entero un racimo de banano a punta de pistola...

Secándose los ojos, otra vez altiva, agregó Gabriela:

—Estaba arrepentida, pero más días pasan y más me alegro de la carcajada que solté tras la ventana al verlo irse con el hocico como regadera, vomitando banano...

La casa de los Montemayor olía a maderas de fragancia antigua, a enredaderas de hojas parpadeantes al menor soplo del viento, entre los pilares que sostenían el techo de los corredores, al frescor del agua en las fuentes, en los primeros patios, y más adentro a manteles guardados, alacenas fragantes como embarcaciones llenas de especias, y más adentro, a velas encendidas, cirios benditos, alcanfor, incienso y ese como olor a humo de vidrio que se desprendía de los espejos...

Teléfono... teléfono... teléfono...

La casa de los Tantanis trascendía a tripas de cerdo. Imposible despegarse de la nariz el olor a chicharrón. Don Saturno, el profesor, sacó el pañuelo, convenientemente armado para la visita, y una fuertísima fragancia a agua florida se repartió en tomo suyo. El ya casi togado, Ricardo Tantanis, se dio cuenta, pero prefirió callar. Era una franca grosería. Y no lo sacó, porque algo se traía; por lo pronto, hacerle una consulta. En su casa, el que entraba, fuera el que fuera, debía someterse a la pestilencia del cerdo. De las entrañas, de las tripas, de las vísceras del coche salió todo lo que tenían, su educación y sus estudios, todo salió de allí, de aquello que no se puede sustituir por perfumitos...

Hecha la consulta a quien el Profesor llamaba Licenciado, éste se frotó las manos, echó el cuerpo hacia delante, como si se fuera a salir del sillón de tornillo en que estaba sentado, frente a un flamante escritorio de estilo ministro, y dijo:

—Si ese mulato que capturaron, y que dice usted que no es el del zafarrancho, justifica su tiempo, no pueden procesarlo criminalmente, de ninguna manera; pero tendrá que justificar su tiempo...

—Es decir tendrá...

—Tendrá que buscar personas que le hayan visto donde estuvo ese día de las diez de la mañana al mediodía, y así prueba su inocencia. Anduvo en algún sitio, habló

con alguien, quizá hizo alguna chamba, algún trabajo, o estuvo con alguna mujer, lo que sea; pero tiene que justificar su tiempo. No se alarme, Profesor...

—¿Y si no puede justificar o... no le creen?

—Esa ya es cosa del defensor...

—Pero, Licenciado, qué defensor, si no tiene ni donde caerse muerto...

—Se lo nombrarán de oficio...

—Y el defensor de oficio, ¿hará algo? ¿Hará algo sin ganar nada?

—Nos informaremos quién es y trataremos de...

—Si en un raptó de valor y hombría —murmuró don Saturno— el Mulato Agradable se presentara y dijera: “Fui yo y no ese infeliz que tienen preso...”

De los labios se le regresó a Casayuca la pregunta de por qué aquel año el Judas de su casa no había sido un Judas cualquiera, sino un personajote. Pero, se dijo, en boca cerrada no entra hostia... Ah, sus dichos, sus dicharachos... siempre contra Dios... sus dichos de librepensador...

Se volvió a Tantanis:

—Me olvidaba, Licenciado. La negra donde capturaron al mulato que no es el culpable, que yo sostengo que no es el responsable, declaró que había dormido allí con ella, y que para nada salió de su casa; pero no le creyeron, y ahora cómo va a poder decir que estuvo en otra parte, si ya la negra declaró bajo juramento que no salió de su casa para nada...

—Cuestión de la defensa, Profesor; váyase tranquilo...

A los que estudian Derecho, salió pensando, el pañuelo en la mano para enjugarse el sudor, él también hedía a marrano, o era la impregnación de la casa de los Tantanis, en su pituitaria; a los estudiantes de Derecho, en esas prácticas que hacen en los juzgados, los insensibilizan, los acostumbran a la injusticia con cara de justicia en el papel sellado, al atropello legal con base en los artículos de los códigos, si no, cómo podrían vivir y querer ejercer en un país en que...

“¡No digo, vaya... no digo, y no digo, y no digo...!”

Allí estaba el poste, el tranvía que iba y venía al cementerio, siempre, parecía el mismo, y el rotulito impreso sobre papel amarillo: “Diga chiclets”...

Don Saturnino se volvió de la calle. Una última pregunta:

—¿Y no tiene idea, Licenciado, de quién pueda ser el defensor...

—Yo... —dijo Ricardo, sintiendo que ya no era el muchacho de antes, había envejecido en pocos días...

EPILOGO

El profesor Casayuca colgaba de sus pensamientos con los pies en el aire, como en el aire, como en el aire, asomado al balcón de su casa que caía a la plazoleta, frente al negocio y residencia de los Tantanis. Todo pasó allí. En medio del alocado bullir de las campanas que cantaban gloria, todo pasó allí. El borrachín con su no digo y no digo; el policía estúpido y mandón, emperrado en que aquél hablara; la figura de don Ramonote, muñeco que las turbas despedazaron, no como a Judas, sino como si en verdad hubiera sido el propio Montemayor y Gual, y estuvieran haciéndose la mano para deshacerse en aquella forma expeditiva de explotadores y esbirros; la llegada de los refuerzos policiales; la lucha cuerpo a cuerpo del polizonte con un mulato; el disparo fortuito que da muerte al borracho; el anuncio “Diga chiclets”; la multitud enceguecida y hambrienta de venganza, no se sabe si de venganza o de justicia que arrebató al policía, lo alza en vilo, lo arrastra y lo destroza, en menos de lo que canta un gallo, a golpes, cuchilladas y patadas; los disparos de los otros agentes policiales, los muertos, los heridos, el ulular de las ambulancias...

Pero lo de ahora, detuvo su pensamiento, es monstruoso, inconcebible, no tiene igual... no tiene nombre...

Entró en su cuarto en busca de un cigarrillo mentolado. Algo que le aliviara la opresión que sentía, su impaciencia, su congoja, su desesperación, su malestar físico...

Se ahogaba dentro de su dormitorio, y se volvió al balcón. Una palidísima claridad, sin duda el alba, lo sacudió... Hacer algo... había que hacer algo... pero qué... detener la noche... detener al cielo... los astros... las estrellas... las infinitas luminarias que avanzaban... atajar el día... que no llegara... que no llegara antes de aparecer el Mulato Agradable... solamente él podía evitar que se cometiera el crimen de los crímenes...

Precipitadamente se refugió en su cuarto de nuevo, tomaba y dejaba los objetos, encendía cigarrillos, se paseaba de un lado a otro... había que hacer algo... había que hacer algo antes que se acentuara aquella leve franja de luz, aquella levísima línea luminosa... había que hacer algo para salvar de la muerte a un inocente... pero qué... qué podía él... nada... no ver nacer el alba... corrió a cerrar la ventana para que no entrara el amanecer gritando: ¡Es la hora! ¡Es la hora! Los carceleros abren el calabozo subterráneo donde estuvo siempre incomunicado... El cura lo está confesando... le da la comunión... lo reconforta...

Cerró la ventana a piedra y todo. Escondarse, refundirse, no ver nacer el alba, clarear el día... No, no, allí con él no habrían últimos momentos, prolongaría la noche profunda... Pero no bastaba cerrar la ventana, el alba se colaría por entre los maderámenes mal ajustados, y él se daría cuenta del instante fatal... si ya empezaba, si ya empezaba la luz a colarse...

Clavos... martillo... las colchas...

Alzó las colchas gruesas de su cama de friolento, para clavarlas en la ventana...

Cerrado todo, todo en tinieblas, seguiría la noche profunda y al menos él no participaría, ni de lejos, ni de cerca, de esos fragmentos de segundo que emplean las balas asesinas, sí, asesinas, para ir de la boca de los fusiles al pecho del condenado, y este caso de un inocente...

Se dejó caer en una mecedora y empezó a hamacarse ligero, más ligero, mucho más ligero; pero de pronto frenó, tuvo la sensación de que balanceándose se acercaba al cementerio, al muro exterior del cementerio, lugar señalado para el fusilamiento.

Un sillón...

Al tacto, al tacto encontró su sillón. Mejor, pero imposible. Inmóvil, imposible... Pero moverse o no moverse, qué importaba, si con no dejar entrar el alba allí con él, prolongaba la vida del que no era el Mulato Agradable, del que pagaba por éste para que la eficacia de la policía no sufriera mengua. (El rascaúñas, Adán Foronda, policía que retiraron del servicio uniformado en la calle, por maleta, es decir la maldad envuelta en todo lo más malo que existe, encontró en los archivos de la pequeña delincuencia, que corren a su cargo, pequeños robos, hurtos, golpes, injurias, el nombre y filiación de un pobre diablo, carterista, Manicio Mancilla, negroide originario de Omoa, alias *El Magnífico*, por el calibre de sus virilidades, al cual se capturó para hacerlo aparecer como el Mulato Agradable.)

El Profesor se alarmó. Las rendijas, los agujeros, el alba. La más mínima claridad sería fatal indicio de la hora del fusilamiento. Encendió la *luz* eléctrica, mas luego la apagó. Una candela, mejor. La luz de la candela reza. Pero sólo mientras encendía otro cigarrillo y acababa con rendijas y agujeros que desaparecían parchados con cera negra, trapos y pape! que mascaba y pegaba con su propia saliva, Prolongar la noche, y con la noche, la vida de Manicio Mancilla, ratero que la policía, en un simple cambio de mulatos, dio y tomó en presentar como el Mulato Agradable.

Saturno, Saturnino, Saturniano, en las mitologías viejo con la guadaña, de qué sirvió tu testimonio, respaldado por tu vida ejemplar, de tus casi sesenta años de servicios en el magisterio nacional, cuando juraste que aquel que te presentaban no era el Mulato Agradable, al que viste y hablaste el día de la tragedia... De nada... De nada valió que explicaras, un maestro es siempre buen fisonomista, cuán diferentes eran físicamente uno del otro. El Mulato Agradable, como su nombre lo indica, la mar de simpático, dicharachero, gracioso, sin la más mínima timidez, lo que pudo juzgar observándolo, mientras discutía con el agente 326 por su falta de caridad con el borrachín abrazado al poste. El Mulato Agradable tenía la nariz espigada, casi aguileña; Manicio Mancilla, por el contrario, tiene la nariz chata, aplastada, de tipo negroide y, además, se le ve concentrado, tímido, de pocas palabras. El Mulato Agradable era inconfundible por sus ojos, más córneas blanquísimas que pupilas, y los párpados de par en par; Manicio Mancilla mira a través de tildes de eñe, entrecerrados, a cegarritas.

Un ruido lejano... sí se sentaba, se paraba; si se paraba, se sentaba, sin ver nada,

en la cama deshecha, un lejano ruido, eco de sirena, de sirena de fábrica... el pito de la Cervecería... muy pronto... Porque ésa era la otra, el idioma del amanecer. Campanas, pitos de fábricas, silbido de trenes, suficientes indicios para saber del día. ¡A la miermísima mierdísima!, se dijo; encendió la candela, y de una mesa-alacena, mesa de hondos cajones, y en los cajones, cajones más chicos, y en los cajones más chicos, cajoncitos, sacó algodón y esparadrapo y se taponó las orejas... La noche y el silencio conseguidos; sólo le faltaba suprimir, aunque no lo mirara ni lo oyera, otro ingrediente fatal, el peor de todos: la culebrita cascabel del reloj despertador. De nadísimamente nada, no hay otra forma de decirlo, sirvió que él sostuviera ante los jueces la palmaria diferencia de la manera de hablar del Mulato Agradable, con el dejo de los habitantes de los puertos del Caribe, y el hablar del mulato que juzgaban, pobre diablo con acento de hombre de la ciudad. Tomó el reloj despertador, sin mirar la hora en la horrorosa, en la verdosa carátula fluorescente, y al tacto, con la cabeza vuelta, hizo girar locamente las agujas para que se perdiera el tiempo. Apagó la luz, aun la candela le daba conciencia de lo que no quería saber. La Agapita Venancio, al llegar los policías a capturar a Manicio Mancilla, entregó una toalla pegosteadada, tiesa de esperma, para comprobar que el mulato había cohabitado con ella esa mañana. El tribunal consideró la prueba inconducente, y mandó abrir procedimiento en cuerda aparte, contra la Agapita Venancio, por hurto, dado que la toalla tenía un rótulo que decía “Hotel Continental”. Un repartidor de pan, Tobías Sinsalón, declaró, bajo juramento, que a eso de las once de la mañana del Sábado de Gloria, el mulato sentado en el banquillo de los acusados, que ya parecía más alma de la otra vida, le arrebató cinco hojaldras y tres champurradas, fuera de un pan francés largo. Uno de los jueces, pasándose de vivo, le hizo ver al testigo que era extraño que a las once del día se hiciera reparto de pan. A lo que Tobías Sinsalón contestó que el Sábado de Gloria, no, porque el pan sale del horno después de las diez de la mañana, sabido que en Viernes Santo, la víspera, no se enciende fuego, y pedía, no como testigo, sino como acusador, que obligaran al procesado a pagarle. Otro tanto declaró un muchacho rústico, campesinito que con un rebaño de cabras recorre la ciudad ofreciendo leche de cabra. Ese hombre, y señaló al acusado, me pegó una patada y me gritó: Como si no hubiera bastantes cabrones en esta ciudad, beben leche de cabra... Y un distribuidor de botellas de cerveza, Gerardo Gatagil, declaró que a la puerta de la Agapita el acusado le había metido conversación, por lo que no supo a qué horas le robó un litro de cerveza, Como le reclamé, se puso furioso y me llamó calumniador, mentiroso, tramposo, y no le reclamé más, ni me fui a quejar, porque ya eran las doce del día y tenía que llegar con la cerveza adonde mis clientes. El defensor, Ricardo Tantanis, licenciado en cierne, repreguntaba a los testigos, sin insistir mucho, pues la prueba era superabundante. A las once y doce del día de autos, el indiciado estaba en casa de Agapita Venancio. Qué alivio, qué gran alivio, iba a decir, ciego, sordo, fuera del tiempo, el profesor Casayuca; pero se tragó la lengua y por poco se traga el bigote, todo fútil e inoperante, mientras no parara en su cabeza la

maquinita que seguía andando... Sacudir la cabeza —la “shola”, dirían sus alumnos —, sacudir la cabeza de un lado a otro, como el que siente agua en el oído y se la quiere sacar... sacarse el pensamiento que suena en los tímpanos a presuroso manipuleo de armas que se preparan antes de la voz de ¡fuego!... sacarse el pensamiento de los ojos, el pensamiento..., llanto que no diluye la imagen del que va a sustituir a otro para la muerte..., sacarse, botarse de la nariz el pensamiento que muerde con el olor al durísimo tabaco que fuman en las cárceles, el tabaco negro del último cigarrillo... si el orbe quedara en suspenso... una injusticia tan grande... un crimen legal tan atroz y nada, el universo inmutable, la rueda de las estrellas y los soles en su avanzar eterno... quién habla... nadie... es el que se está oyendo... pero cómo... oyéndose cómo... son las orejas taponadas con algodón y esparadrapo... se hizo lo humano... no oía de sus orejas afuera, pero dentro era su voz... era él el que se hablaba... se hizo lo humano y lo mágico... la Agapita Venancio invocó ayuda a los dioses más extraños de su calendario africano, nutriéndose de arañas y tierra... lo humano y... sintió... presintió... qué pasó... dijo lo humano y se le fue el aliento... acababa de salir de su casa el licenciado Tantanis... decirlo con esa seguridad... cómo podía decirlo con esa seguridad, si estaba a oscuras, ni la más mínima luz, con los oídos tapiados... si corriera al balcón a confirmarlo, pero... mientras desclavaba las colchas y abría la ventana y... mejor no confirmarlo... mala señal... si se fue el Licenciado tan temprano, mala señal... indicación de que se aproximaba el momento, dado que el defensor debe acompañar al condenado a muerte, del lugar en que está en capilla al sitio de la ejecución... denegado el recurso de gracia, podía haber contraorden o bien, en el caso subjúdice, como decía el Licenciado, presentarse en último momento el Mulato Agradable, aun cuando de nada serviría, los fusilarían a los dos... ¿a los dos?... a los dos, al Mulato Agradable y a Manicio Mancilla, el mulato que la policía inventó, buscó para culpable... Pero ¿en base a qué ley inicua? ... En base a que antes de la ejecución, momentitos antes, el jefe de las tropas que forman el cuadro —para donde vayan los ojos, sólo bayonetas—, ya el reo frente al escuadrón de fusilamiento, levanta la espada, montado en brillante caballo, le da dos o tres vueltas sobre su cabeza y grita: “¡Por la Nación, todo aquel que trate de evitar o se oponga a la ejecución, será pasado por las armas...!” Y por eso, en caso de aparecer y presentarse el Mulato Agradable, se le tendría por alguien que intentaba suspender la ejecución y por lo tanto caería sobre él la sentencia lacónica y terrible proferida por el jefe, espada en mano, y también sería fusilado... Para dónde agarrar... Aquí, ya para ninguna parte...

... De qué estaban hechos los soldados, los jueces... se le iban haciendo y deshaciendo... de qué estaban hechos el carro celular, las calles, avenidas, casas, iglesias, edificios... se le iban haciendo y deshaciendo... despertar... hablar... pero si estaba despierto... estaba hablando... entonces... estaba hablando... entonces no se accedió a... déjenme hablar... hasta ahora sé que... déjenme hablar, pero déjenme hablar... con quién estoy hablando... con este muro... con este muro que me

comunica con otros muros, con otros prisioneros... entonces ¿la respuesta?... la respuesta fue NO al recurso de gracia... el muro... el muro, el muro del cementerio... si se borrara... si desapareciera... alto, plumizo, interminable... fuera, la vida... dentro, las cruces... une tantas cosas separando tanto... si se borrara... si desapareciera... alto, plumizo, interminable... los gritos de los locos, lejos, lejos... las momias del hospital de leprosos... se retorcieron esa madrugada al oír la descarga de fusilamiento... las cruces... las cruces del cementerio... cal y llanto... cal y llanto... cal y llanto...

Señor Decano:

Al renunciar ante usted a los títulos de Abogado y Notario que me corresponden —he aprobado todas las asignaturas y exámenes generales en la Facultad y en la Corte Suprema de Justicia—, lo hago porque no quiero formar parte de una maquinaria judicial de tipo policíaco-militaroide, inicua y vergonzosa, negación de toda justicia y de todos los derechos del hombre, y sometida al vaivén político y a los caprichos y órdenes del mandamás o dictador de turno...

Se detuvo. ¿Era o no era renunciable el título? Mojó la pluma antes de firmar con todas sus letras, *Ricardo Tantanis*. Debía consultar. Su profesor de Filosofía del Derecho, que le ayudó tanto en la inútil defensa del mulato, le resolvería aquel intríngulis jurídico.

No volvió a casa hasta tarde de la noche. Estrenaba un automóvil de último modelo que le habían regalado sus padres, además de sus muebles de oficina y una chapa de fondo oscuro y letras de bronce resaltadas, en que se leía:

RICARDO TANTANIS

ABOGADO Y NOTARIO

La casita del que hacía los Judas. Enredaderas, flores, canarios, pájaros azules. Todo en la ventana, bajo el alero. Tocó tímidamente. La sensación de volver de muy lejos y no estar seguro de encontrar a las personas que buscaba. ¿Vivirían todavía allí, Simoneta y sus papás? Se lo llegó a preguntar dominado por la sensación de haber estado ausente mucho tiempo. Qué fuera de sí andaba. ¿Cuánto hacía del teje y maneje de los Judas? En el almanaque, semanas; para él, años.

Volvió a tocar. Sólo estaba la mamá. El artista y Simoneta andaban por el puerto con un amigo.

—Pero eso no quiere decir que se vaya... Pase, pase, Licenciado, pase, tal vez se toma un cafecito... hemos leído en el periódico... debe estar usted tan impresionado y, ni le cuento, por aquí vive, yo lo conozco, Tobías Sinsalón, el repartidor de pan, que fue a declarar, al que usted, como defensor, le hizo tantas preguntas, le han casi medio muerto a palos... Un cafecito le cae bien...

Tantanis entró al pequeño salón. Nada había cambiado. Idiota. Pero ¿es que sigues creyendo que no has puesto los pies aquí desde hace años...? Todo igual...

—El café... —volvió la señora, pero él no la oyó, absorbido en la contemplación de algo que no esperaba encontrar allí... los libros de arte y los álbumes de estampas

italianas de “Hormiga Loca”...

Temblaba su mano cuando tomó la taza y apuró a sorbos el contenido, sin quitar los ojos de aquel material que él tuvo en su casa cuando descubrió a Simoneta.

Regresó sin detenerse. Bares, cantinas, billares, casas de mujeres, calles de mujeres, la Calle del Abecedario, en cada puerta una letra y bajo cada letra, una mujer parada y el eterno problema de si voy con la “C”, se me enoja la “F”, y si voy con la “F”, se me enoja la “K”, y si voy con la “K”, se me enoja la “Q”...

Al volver a su casa, sobre su renuncia (oyó los pasos de su padre que se alejaba) encontró un pasaje para Liverpool.

Punta Negra, Mallorca,

23 de octubre de 1971.



MIGUEL ÁNGEL ASTURIAS (Guatemala, Guatemala, 1899 - Madrid, España, 1974).

Nació el 19 de octubre de 1899 en la ciudad de Guatemala y murió, en Madrid, el 9 de junio de 1974. Se le concedió, en 1967, el Premio Nobel de Literatura por su novela *El Señor Presidente*, modelo de cuantos relatos se han ocupado de los dictadores sudamericanos. Pero si por algo merece ser recordado, es por ser el creador del “realismo mágico”.

Aunque se crió en Guatemala, los acontecimientos políticos le llevaron a vivir gran parte de su vida en el extranjero. Así, durante su primera estancia en París, en la década de los años veinte, estudió las religiones precolombinas mientras se empapaba de las vanguardias, conjunción de elementos que marcará toda su obra literaria.

Retornó a Guatemala en la década de los treinta, pero la abandonaría definitivamente tras el golpe de Estado, de 1954. A partir de ahí, se tomaría un exiliado, con un breve periodo como embajador de su país ante la República Francesa (1966-1971).

Entre su obra narrativa, aparte de *El Señor Presidente* (1945), sobresalen *Hombres de maíz* (1949), *Mulata de tal* (1963), *Maladrón* (1969) y la *Trilogía bananera*, compuesta por *Viento fuerte* (1950), *El Papa Verde* (1954) y *Los ojos de los enterrados* (1960); además, legó una notable obra cuentística entre la que destaca *Leyendas de Guatemala* (1930). También editó poemarios, como *Clarivigilia primaveral* (1965), y teatro, del que cabe reseñar *Soluna* (1955) y *La audiencia de*

los confines (1957).

Además del Nobel, fue galardonado con el Premio Lenin (1966) y el Premio William Faulkner (1962).